Los Entrometidos Matlock

Variaciones de Orgullo y Prejuicio

Catherine Bilson

Los Entrometidos Matlock

Una Variación de Orgullo y Prejuicio

Catherine Bilson

Shenanigans Press

Derechos de Autor © 2025 Shenanigans Press. Todos los derechos reservados.

Este libro y todos sus contenidos están protegidos por la ley de derechos de autor. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna manera, ya sea por medios fotográficos, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves utilizadas en reseñas u otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Para solicitudes de permiso, por favor contacte:

Shenanigans Press

PO Box 323, MORAYFIELD QLD 4506 AUSTRALIA

Correo electrónico: cait@caitlynlynch.com

Tabla de contenido

1. Capítulo Uno
2. Capítulo Dos
3. Capítulo Tres
4. Capítulo Cuatro
5. Capítulo Cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete
8. Capítulo Ocho
9. Capítulo Nueve
10. Capítulo Diez
11. Capítulo Once
12. Capítulo Doce
13. Capítulo Trece
14. Capítulo Catorce
15. Capítulo Quince
16. Capítulo Dieciséis
17. Capítulo Diecisiete
18. Capítulo Dieciocho

19. Capítulo Diecinueve

20. Capítulo Veinte

21. Capítulo Veintiuno

22. Capítulo Veintidós

23. Capítulo Veintitrés

24. Capítulo Veinticuatro

25. Capítulo Veinticinco

Otros libros de la autora Catherine Bilson



Capítulo Uno

LA LLUVIA AZOTABA LAS ventanas del carruaje con ferocidad implacable, cada gota repiqueteando su protesta contra el cristal pulido. En el interior, Margaret Fitzwilliam, la condesa de Matlock, se removió en su asiento, presionando ligeramente un delicado pañuelo contra sus labios mientras suspiraba. El interior del coche, normalmente un refugio de refinamiento ordenado con sus cojines de terciopelo y adornos dorados, ahora se sentía húmedo y opresivo, con el aire cargado del aroma a lana mojada y temperamentos crispados.

—Bueno, querido —comentó ella con tono mordaz—, parece que los cielos mismos han puesto objeciones a nuestro viaje. Quizás pensaron que Derbyshire era un lugar demasiado agradable para dejarlo atrás.

—O quizás simplemente se están asegurando de que no lo dejemos sin una buena empapada —respondió su esposo, el conde de Matlock, bajando el libro que había estado intentando leer con la tenue luz que se filtraba a través de la ventana manchada de lluvia. Su voz llevaba esa mezcla particular de resignación y humor que solo se encuentra en los maridos largamente familiarizados con las sutiles pullas de sus esposas.

—¿Pretendes ahogarnos en ingenio, Henry, o me salvaré al menos hasta Hertford? —Margaret arqueó una ceja hacia él, aunque sus ojos azules brillaban de diversión.

—¿Salvarte? Nunca, querida. Después de todo, te casaste conmigo por mi ingenio —dijo él, con una comisura de la boca elevándose en una leve sonrisa.

—Ah, así que eso es lo que crees que me llevó a casarme contigo —replicó ella, doblando pulcramente las manos en su regazo. Su anillo de bodas brillaba tenuemente en la luz tenue, un sutil recordatorio de más de treinta años de matrimonio, sin contar un puñado de discusiones sobre los arreglos de viaje.

—¿Preferirías que sugiriera que fue por mi fortuna o mi título? —Sus cejas se elevaron por encima del borde de sus gafas, que ahora estaban ligeramente torcidas después del traqueteo del carruaje.

—La fortuna se desvanece, los títulos se vuelven tediosos, pero tu capacidad para soportar mi compañía sigue siendo inigualable, Henry —respondió ella, sobresaltándose ligeramente y haciendo una mueca cuando otro estruendo de trueno rugió sobre sus cabezas.

—Entonces esperemos que continúe sirviéndome bien —murmuró él, ajustándose las gafas con un dedo y volviendo a su libro, aparentemente despreocupado por la tempestad exterior.

Margaret volvió la mirada hacia la ventana, donde el paisaje se difuminaba en formas indistintas bajo el torrente de lluvia. Los caballos relincharon bruscamente afuera, sus cascos chapoteando ruidosamente en los charcos, y el carruaje se balanceó peligrosamente mientras las ruedas sorteaban el camino desigual. Se aferró discretamente al borde del asiento, cuidando de no arrugar su vestido de viaje, un delicado atuendo color lavanda con adornos de marfil, más adecuado para paseos soleados que para este lúgubre diluvio, aunque estaba forrado cálidamente y llevaba una gruesa capa encima.

—¿Crees —aventuró, tras un momento de silencio contemplativo— que la tormenta podría amainar antes de que lleguemos a Londres?

—Margaret, mi amor —dijo Henry, con ese tono de paciente sorna propio de un hombre que había soportado muchas preguntas similares durante viajes parecidos—. No puedo afirmar que posea la previsión meteorológica de un pastor o un marinero. Sin embargo, dado el estado actual de las cosas, me atrevería a decir que llegaremos pareciendo más ratones de campo empapados que miembros de la nobleza.

—¡Ratones de campo! —Rió suavemente, sacudiendo la cabeza—. Habla por ti. Yo me esforzaré por mantener cierta apariencia de dignidad, aunque la lluvia intente desbaratarla.

—Tu dignidad es indomable, querida —dijo él, mirándola por encima de sus anteojos una vez más. Su expresión se suavizó, y por un breve momento, el Conde de Matlock pareció menos el imponente señor de la mansión y más el devoto esposo que había ganado su corazón a pesar de su matrimonio arreglado.

—La adulación no acortará las millas —respondió ella, aunque se permitió una pequeña sonrisa en respuesta.

Afuera, la tormenta no mostraba signos de ceder, y el carruaje dio otra alarmante sacudida al caer en un bache más profundo del camino. Margaret se estabilizó de nuevo. La lluvia podría empapar el mundo exterior, pero dentro de los confines del carruaje, permanecía una sensación

de calidez, de compañerismo. Incluso en medio de las incomodidades del viaje, no podía evitar sentir que tales momentos, por imperfectos que fueran, eran parte de las peculiares alegrías de la vida en común.

—Dime, Henry —dijo, volviendo su atención hacia él con un brillo travieso en los ojos—. Cuando por fin lleguemos a Londres, ¿crees que podría convencerte de tomarte un día de descanso antes de enterrarte en esos terribles documentos parlamentarios?

—¿Convencerme? —La miró con fingida incredulidad—. Querida, estoy completamente a tu merced. Aunque debo advertirte que no puedo prometer ser tan encantador cuando me priven del sueño.

—Encantador nunca ha sido tu punto fuerte —dijo ella con ligereza, ganándose una suave risa de su esposo.

El carruaje se detuvo bruscamente con una sacudida desagradable, el movimiento repentino provocó que el sombrero de Lady Matlock se ladeara. Ella levantó la mano con un suspiro de vaga exasperación, enderezando las cintas bajo su barbilla mientras echaba un vistazo por la ventana surcada por la lluvia. La escena más allá era lúgubre: un puñado de edificios envueltos en niebla y penumbra, sus contornos suavizados por el incesante aguacero.

—Bueno, ¿y ahora qué? —murmuró, más para sí misma que para nadie más, aunque su tono llevaba el suficiente filo como para invitar respuestas de todos modos.

—Milord, su señoría —la voz del cochero se filtró a través de la puerta mientras el hombre la abría una rendija, acompañada de una ráfaga de aire húmedo que hizo que Margaret arrugara la nariz—, lamento decir que quizás no lleguemos a Londres esta noche. El clima ha vuelto los caminos peligrosos, y el anochecer solo empeorará las cosas.

—¿No llegar a Londres? —Su voz se elevó ligeramente, revelando su desagrado. Con un movimiento deliberado, se volvió hacia su marido, quien hasta ahora había permanecido demasiado sereno para su gusto. Lord Matlock parecía completamente imperturbable, arqueando levemente una ceja como si sugiriera que había anticipado precisamente este resultado.

—Henry —comenzó ella, con una brusquedad que enmascaraba su creciente inquietud—, seguramente no esperas que pasemos la noche en uno de *esos* establecimientos. —Su mano enguantada señaló vagamente, pero de manera significativa, hacia la posada visible al otro lado del camino, una estructura cuya pintura descascarada y tejado hundido no inspiraban confianza.

—Margaret —respondió él con una calma exasperante, su voz profunda llevando solo un atisbo de picardía—, me atrevería a decir que incluso la más humilde posada de diligencias sobreviviría

a nuestra presencia por una sola noche. Aunque admito que la calidad de sus hojas de té deja mucho que desear.

—¡Té! —exclamó ella, mirándolo con incredulidad—. ¿Te preocupas por el té mientras yo contemplo las seguras indignidades de tales alojamientos? No, no, ¡me niego! Debe haber alguien cerca a quien podamos apelar. Seguramente conocemos a *alguien* de importancia que resida en este rincón lúgubre de Inglaterra.

—Sin pensarlo mucho, no —dijo Henry, recostándose contra los cojines con un aire lánguido que sugería que encontraba bastante divertida su agitación—. Pero entonces, querida, tu memoria para tales cosas siempre ha sido muy superior a la mía.

—Muy bien —replicó Margaret con brusquedad, su mente ya corriendo a través de las posibilidades—. ¡Gillian! —dijo, desviando su atención hacia su acompañante, quien había estado sentada en silencio a su lado todo el tiempo. La señora Gillian Whiting, siempre confiable y siempre práctica, levantó la vista de su bordado con una expresión plácida que ocultaba las circunstancias cada vez más difíciles que se avecinaban.

—¿Sí, mi señora?

—¿Recuerdas si tenemos algún conocido en esta región? ¿Alguien que pudiera ofrecernos su hospitalidad en estas circunstancias tan desafortunadas?

La señora Whiting hizo una pausa, con la aguja suspendida en el aire mientras consideraba la pregunta. Una arruga pensativa se formó entre sus cejas antes de que su rostro se iluminara con el recuerdo. —¿No recibió recientemente una carta de su sobrino, el señor Darcy, mi señora? Me parece recordar que mencionó que estaba en Hertfordshire, hospedándose con un amigo.

—¿Darcy? —repitió Margaret, su irritación momentáneamente reemplazada por interés—. Sí, sí, ¡creo que tienes razón! Me escribió justo la semana pasada, pero ¿cuál era el nombre de la casa? Dame mi maletín de viaje, Gillian, estoy segura de que guardé la carta allí.

La señora Whiting pronto le entregó el escritorio portátil con el que Lady Matlock solía viajar, y ella rebuscó rápidamente entre su correspondencia antes de sacar una carta. —La letra de Darcy. Uno podría reconocer esa precisión rígida en cualquier parte —sonrió con satisfacción, desdoblándola—. Aquí está, ¡lo sabía! "Me encuentro actualmente en Hertfordshire, hospedado en Netherfield, una propiedad que mi amigo el señor Bingley ha arrendado para el otoño". ¿Lo ves? Parece que el destino aún puede sonreírnos, Henry. Preguntarás, por supuesto, si Netherfield está a una distancia razonable, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo él complacientemente, aunque sus labios se crisparon con diversión—. Aunque debo confesar, querida, que hay cierta ironía en los extremos a los que llegarás para

evitar el servicio de té de una posada.

—El té, Henry —dijo ella severamente—, es la menor de mis preocupaciones. Piensa en las *camas*.

—Ah, sí. Las camas. Para las cuales hemos traído nuestra propia ropa de cama, en casos de extrema necesidad como este —su tono irónico le valió una mirada penetrante, pero Margaret no se dignó a responder más, en su lugar hizo una señal al cochero con toda la autoridad de un general preparándose para la batalla.

—Averigua qué tan lejos está Netherfield —instruyó con firmeza—. Y ten cuidado de no perder el tiempo haciéndolo. Esta lluvia no muestra intención de amainar, y preferiría llegar antes de que nos veamos obligados a encender velas.

El cochero se dirigió a la posada para preguntar y recibió la feliz noticia de que Netherfield no estaba a más de seis millas de distancia, justo al lado del camino de St. Albans.

—¡Seis millas! —exclamó Margaret, su expresión tensa suavizándose en una de indiscutible satisfacción—. Vaya, eso no es nada en absoluto. Ni siquiera necesitaremos un segundo juego de caballos.

—En efecto, no, su señoría —asintió el cochero, aunque lanzó una mirada cautelosa al camino embarrado—. El viaje será lento con este clima, eso sí, pero está lo suficientemente cerca.

—Excelente —Margaret cerró la puerta, sacudiéndose unas cuantas gotas de lluvia descarriadas de la manga con un movimiento de su guante. Se volvió hacia la señora Whiting, su irritación anterior completamente desvanecida—. Seis millas, Gillian. ¡Me atrevo a decir que llegaremos a tiempo para la cena!

—Muy bien, mi señora —dijo la señora Whiting, aunque había un rastro de diversión en su tono.

—¡Qué contento se pondrá Darcy al vernos! Y qué excelente idea hacerle una visita, ¿no crees, Henry?

Lord Matlock levantó la vista del libro precariamente equilibrado sobre su rodilla, arqueando sus cejas plateadas con leve diversión. Las comisuras de su boca se contrajeron, amenazando con una sonrisa antes de que compusiera sus facciones en una fachada de suave indiferencia. Conocía bien este juego, pues las sutiles maniobras de Margaret eran tan parte de su matrimonio como el escudo dorado en la puerta del carruaje, y se encontraba no menos encantado por ellas ahora que cuando recién se habían casado.

—Querida Margaret —dijo con voz arrastrada, cerrando el libro con deliberada lentitud y dejándolo a un lado—. Tu preocupación por la sensibilidad de nuestro sobrino es

verdaderamente conmovedora. Aunque sospecho que tu aversión a la posada puede pesar algo más en la balanza.

—¡Henry! —exclamó ella, colocando una mano delicadamente sobre su corazón como si la acusación la hubiera herido—. Me haces una injusticia. Sabes cuánto detesto imponer mi presencia a los demás, pero la familia, sin duda, es un asunto completamente distinto.

—¿Lo es? —bromeó él—. Me pregunto si Darcy estará de acuerdo cuando aparezcamos en la puerta de su amigo, goteando agua de lluvia sobre las alfombras y exigiendo té.

—¡Goteando, por favor! —resopló Margaret, lanzando una mirada desdeñosa al dobladillo pulcramente recogido de su vestido de viaje—. Te aseguro que no tengo intención de presentarme en un estado menos que impecable. Además —su tono se suavizó, adquiriendo una cualidad persuasiva—, sabes tan bien como yo que Darcy siempre ha sido más feliz en compañía de su familia. Será una agradable sorpresa para él.

—Agradable para Darcy, quizás —dijo Lord Matlock con sequedad, aunque su sonrisa finalmente lo traicionó—. Pero, ¿qué hay de este señor Bingley? ¿Vamos a presumir también de su buena naturaleza?

—El señor Bingley es precisamente el tipo de caballero que acogería a visitantes inesperados, incluso con un clima como este. Lo conocimos la primavera pasada, si recuerdas, en la velada de Lady Chatterfield. Un joven encantador, lleno de buen ánimo y sin un ápice de artificio.

—Ah, sí —murmuró Lord Matlock—. ¿El dechado de encanto y alegría cuyo padre hizo su fortuna en el comercio, si mal no recuerdo?

—Nuevo rico, ciertamente —concedió Margaret, inclinando la barbilla con un elegante asentimiento—. Pero no por ello menos agradable. De hecho, encontré sus modales más placenteros que los de muchos de nuestros supuestos pares. Hay en él una refrescante ansiedad, una disposición a complacer, que rara vez se encuentra entre aquellos nacidos en el privilegio en lugar de haberlo ganado —Alisó una arruga invisible de su manga—. Y, en verdad, Henry, estoy bastante contenta de que Darcy tenga un amigo así. Le hace bien al muchacho estar cerca de alguien tan... libre de solemnidad.

—Libre de solemnidad, en efecto —repitió Lord Matlock, con los labios temblando de risa contenida—. Bueno, querida, supongo que debemos esperar que el señor Bingley no comparta tu aversión a la espontaneidad, o podríamos encontrarnos rechazados en su puerta.

—¿Aversión a la espontaneidad? —Margaret le lanzó una mirada de reojo que brillaba con fingida indignación—. Me temo que me malinterpretas por completo, señor. Soy perfectamente capaz de apreciar la impulsividad cuando está moderada por el buen juicio. Aunque —añadió,

suavizando su expresión a algo más pensativo—, debo confesar que espero que las hermanas del señor Bingley se hayan quedado en la ciudad.

—Ah —dijo Lord Matlock con conocimiento de causa—. ¿La señorita Caroline Bingley, recuerdo? ¿La entrometida?

—Entrometida, en efecto —dijo Margaret, arrugando ligeramente la nariz ante el recuerdo—. No me recuerda a nada tanto como a un gato que ha decidido que pertenece a tu regazo, a pesar de todas las protestas en contra. Muy bonita, por supuesto, pero demasiado segura de sí misma para su propio bien. Y sus atenciones hacia Darcy... —Dejó que el pensamiento flotara delicadamente en el aire, negando con la cabeza con una leve sonrisa—. Simplemente diré que espero que haya encontrado otras diversiones desde la última vez que nos vimos.

—Pobre señorita Bingley —dijo Lord Matlock, con la voz cargada de falsa simpatía—. Haber incurrido en tal desagrado de tu parte en un solo encuentro es ciertamente una desgracia.

—Pobre Darcy, más bien —replicó Margaret, arqueando una elegante ceja—. Aunque sospecho que es demasiado sabio para alentar sus afectos, por muy persistentemente que se ofrezcan. Ahora, calla, Henry; concentremos nuestras energías en llegar a Netherfield intactos. Difícilmente se puede causar una impresión favorable estando empapado hasta los huesos.

Mientras el carruaje avanzaba traqueteando por el camino embarrado, Margaret cruzó las manos pulcramente sobre su regazo, dejando que sus pensamientos vagaran hacia los rostros que podría encontrar en Netherfield. La sonrisa abierta del señor Bingley acudió fácilmente a su mente, pero la acompañaba el recuerdo afilado de la mirada calculadora de la señorita Caroline Bingley.

Sí, esperaba que la señorita Bingley se hubiera quedado en Londres y hubiera dejado la paz y tranquilidad del campo a su hermano.



En el momento en que Lady Matlock entró en el grandioso, aunque decididamente sobrecargado, vestíbulo de Netherfield, le sorprendió el inconfundible sonido del caos, un clamor que ninguna cantidad de paneles dorados o alfombras turcas podía disimular. Las voces resonaban por el pasillo hacia el comedor, agudas y agitadas, puntuadas por el apresurado pataleo de los pies de los sirvientes sobre los suelos pulidos. Margaret intercambió una mirada penetrante con la señora Whiting, quien levantó la barbilla con una expresión que hablaba de estar lista para la batalla.

—Válgame el cielo —murmuró Margaret, sacudiéndose la lluvia de la capa mientras un lacayo se apresuraba a ayudarla—. Uno pensaría que una finca campestre podría proporcionar cierta medida de tranquilidad. Supongo que fui demasiado optimista.

—¿Quizás el señor Bingley está organizando una representación teatral? —sugirió secamente la señora Whiting.

—Eso explicaría el dramatismo —respondió Margaret, entregando sus guantes—. Pero no saquemos conclusiones precipitadas.

—¡Lord Matlock, Lady Matlock! —resonó de repente una voz familiar, y allí en el pasillo se encontraba nada menos que la señorita Caroline Bingley, resplandeciente en un vestido de satén naranja tan chillón que casi distraía de su expresión apresurada, o quizás la realzaba. Descendió sobre ellos como un ave de presa con plumas particularmente desaliñadas—. ¡Nos honra su presencia! Bienvenidos a Netherfield.

—Señorita Bingley —saludó Margaret con suavidad, inclinando la cabeza—. Nos encontrábamos en las cercanías y pensamos en hacer una visita.

—Ciertamente fortuito —dijo la señorita Bingley, aunque su tono sugería todo lo contrario. Lanzó una mirada nerviosa por encima del hombro hacia el comedor—. Lamento informarles que mi hermano y el señor Darcy no están en casa esta noche. Han ido a cenar con oficiales de la milicia en Meryton. ¡Qué lástima! Estoy segura de que habrían estado encantados de cenar con ustedes.

—Sin duda —respondió Margaret, arqueando una ceja—. Pero deduzco que algo mucho más apremiante ocupa a su casa en este momento, ¿no es así?

—¿Apremiante? Oh, bueno... —La señorita Bingley agitó una mano lánguida, aunque sus ojos inquietos traicionaban una falta de verdadera indiferencia—. No es nada, realmente. Un asunto insignificante. Una invitada se sintió indispuesta durante la cena. Una constitución frágil, me temo.

—¿Indispuesta? —repitió Margaret con brusquedad, su postura endureciéndose—. ¿Está enferma? Por favor, no me diga que sigue en la mesa.

—Ha sido retirada —respondió la señorita Bingley, con toda la sensibilidad que uno podría usar para describir la reubicación de un helecho marchito en una maceta—. Mi hermana Louisa se encargó de ello.

—¿Retirada adónde? —insistió Margaret, ya marchando más allá de la joven y hacia la fuente del alboroto, sus faldas ondeando con paso decidido.

—¡Al salón! —exclamó la señorita Bingley tras ella, sonando ofendida—. No había necesidad de tanta alarma...

—Señora Whiting —espetó Margaret, ignorando completamente a Caroline—, traiga a una criada inmediatamente y pídale que prepare agua caliente y sábanas limpias. Y envíe un mensaje a la cocina para que preparen té... no, caldo. —Se volvió brevemente, con la mirada de acero—. Y llame al médico más cercano sin demora.

—Yo me encargaré de eso, querida —dijo Lord Matlock amablemente, ya dirigiéndose de nuevo hacia la puerta principal mientras la señora Whiting se apresuraba a salir.

—De verdad, Lady Matlock —protestó la señorita Bingley, siguiéndola como una sombra particularmente indignada—. Le aseguro que no es nada grave. La joven simplemente se desmayó...

—Entonces necesita atención, señorita Bingley, no conjeturas —interrumpió Margaret, con un tono que no admitía discusión.

Entraron al salón para encontrar una figura pálida estirada torpemente sobre una chaise longue, su cabello dorado ligeramente despeinado y su tez alarmantemente pálida. Una criada revoloteaba cerca, retorciéndose las manos inútilmente, mientras Louisa Hurst se abanicaba lánguidamente en un rincón.

—La señora Whiting supervisará los preparativos —anunció Margaret, tomando el control de la escena con facilidad experimentada—. Usted —señaló al sirviente más cercano—, traiga más almohadas aquí de inmediato. Esta pobre chica necesita un apoyo adecuado. —Se acercó y colocó una mano fresca en la frente de Jane. La joven se agitó débilmente bajo su toque, sus párpados revoloteando—. ¡Vaya, tiene mucha fiebre! Debemos llevarla a la cama inmediatamente. No puede permanecer aquí en este estado, no cuando el confort y la tranquilidad están tan fácilmente disponibles arriba.

—¿A la cama? —exclamó la señorita Bingley, su rostro contorsionándose en un mohín insatisfecho—. Seguramente no hay necesidad de llegar a tales extremos...

—Señorita Bingley —interrumpió Margaret, volviéndose hacia ella con una sonrisa serena pero implacable—. Siéntese, por favor. Su ayuda, aunque sin duda bien intencionada, es bastante contraproducente en este momento. ¿Cuál es el nombre de la joven?

—Bennet —dijo Louisa Hurst, cuando la señorita Bingley no respondió—. La señorita Jane Bennet.

—Muy bien. Ahora —continuó Margaret, dirigiéndose a la criada—, ayúdeme a levantarla con cuidado... sí, así. Debemos evitar sacudirla innecesariamente. Es realmente afortunada de no

haber sufrido ninguna lesión en su caída.

—Ciertamente —asintió la señora Whiting, mientras comenzaban a guiar a una aturdida Jane escaleras arriba—. Aunque me atrevo a decir que es aún más afortunado que usted llegara cuando lo hizo, Lady Matlock.

—La fortuna tuvo muy poco que ver con eso, señora Whiting —respondió Margaret, su tono ligero a pesar de la urgencia del momento—. Eso fue simplemente mi don innato para el tiempo impecable.



Capítulo Dos

ELIZABETH APENAS HABÍA TERMINADO su desayuno cuando llegaron noticias de Netherfield de que Jane estaba indispuesta y confinada en cama. La nota, escrita con la familiar y delicada caligrafía de Jane, era breve pero suficiente para poner a Elizabeth en acción inmediata.

—¿Indispuesta? —murmuró, medio para sí misma, mientras doblaba el papel. Sus cejas se fruncieron y sus labios se apretaron, una expresión que su familia reconocía como presagio de una acción resuelta. Se volvió hacia su padre, quien se recostaba en su silla habitual, con el periódico en alto como un escudo contra cualquier perturbación doméstica—. Padre, debo ir a ver a Jane.

—¿Debes, en efecto? —respondió el señor Bennet, bajando su periódico lo suficiente para revelar una ceja arqueada—. ¿Es eso una indirecta para que mande por los caballos?

—No, en absoluto —dijo Elizabeth—. Mis pies me servirán lo suficientemente bien. Son solo tres millas, después de todo; estaré de vuelta para la cena.

—Tres millas de campos embarrados, Lizzy —señaló él, aunque no sin amabilidad. Sus ojos brillaban con diversión—. Me temo que tus zapatos nunca se recuperarán.

—Mejor mis zapatos que mi conciencia —replicó ella, ya levantándose.

La señora Bennet, sin embargo, desaprobaba enormemente el plan.

—¿Caminar a Netherfield? ¿Sola? ¿Con este tiempo? ¡Oh, Lizzy, te matarás! ¿Y qué hay de tu apariencia? ¡No estarás presentable!

—Mamá —respondió Elizabeth, atando su cofia con rápida determinación—, estaré presentable para Jane, que es la única persona en Netherfield cuya buena opinión me importa.

—Niña testaruda —resopló la señora Bennet, retorciéndose las manos—. Pero está bien, ve, si debes. Solo recuerda decirles que la constitución de Jane suele ser muy robusta. Ya sabes cómo

habla la gente, y no podemos permitir que nadie piense que es enfermiza. Oh, y recuérdale que tome caldo. Y...

—Sí, sí —interrumpió Elizabeth, besando ligeramente la mejilla de su madre antes de marchar rápidamente hacia la puerta—. Entregaré todas tus instrucciones, mamá, palabra por palabra.

El aire afuera estaba fresco y húmedo, llevando consigo la tenue promesa de lluvia. Elizabeth se envolvió más el chal alrededor de los hombros y partió a un paso más decidido que elegante. El campo se extendía ante ella, un mosaico de campos verdes y senderos serpenteantes bordeados por bajos muros de piedra. Las hojas otoñales crujían bajo sus pies, y la ocasional ráfaga de viento tiraba juguetonamente de sus faldas, como si conspirara con su madre para disuadirla.

Una bandada de gorriones asustados alzó el vuelo desde un seto cercano cuando ella pasó, su repentino movimiento atrayendo su mirada hacia el horizonte. Netherfield Park se alzaba a lo lejos, su grandiosa fachada en marcado contraste con la modesta sencillez de Longbourn. Cómo Jane lograba navegar el mundo de tal riqueza y refinamiento sin flaquear en su innata bondad era una maravilla que Elizabeth solo podía admirar. En cuanto a ella misma, dudaba que le fuera la mitad de bien. Ya se imaginaba las cejas alzadas y las sonrisas apenas disimuladas que recibirían sus botas embarradas y su cabello alborotado por el viento a su llegada.

—Que levanten las cejas —dijo en voz alta, con un gesto desafiante de su barbilla—. Si no tienen nada mejor en qué ocupar su tiempo, los compadeceré más de lo que ellos me compadecen a mí.

El pensamiento le dibujó una pequeña sonrisa en los labios y, con renovada determinación, apresuró el paso. El camino por delante podría ser largo y embarrado, pero el destino estaba claro. Jane la necesitaba, y esa era razón suficiente para enfrentarse a lo que fuera que la esperaba en Netherfield, ya fuera lluvia, burlas o, lo peor de todo, el grosero y orgulloso señor Darcy.

El gran pórtico de Netherfield finalmente apareció a la vista, y Elizabeth, a pesar de sus pies doloridos y el frío que se había filtrado a través de su spencer húmedo, aceleró el paso. El dobladillo de su vestido se aferraba obstinadamente a sus tobillos, lastrado por el barro y el agua de lluvia, y ella hizo una mueca al imaginar la mirada desaprobadora de la señorita Bingley catalogando cada triste centímetro de su apariencia.

—Quince centímetros de barro —murmuró con pesar, mirando sus enaguas como para confirmar su desgracia.

Apenas tuvo tiempo de recomponerse, o de decidir si valía la pena el esfuerzo, antes de que la puerta se abriera de par en par revelando a un lacayo bastante sorprendido. Sus ojos se posaron

brevemente en su estado desaliñado, pero para su mérito, se recuperó rápidamente, haciéndose a un lado para permitirle la entrada. Elizabeth cruzó el umbral con toda la dignidad que uno puede reunir cuando está goteando sobre suelos pulidos, sus botas chapoteando levemente con cada paso.

—Señorita Elizabeth Bennet —La voz grave era inconfundible, su precisión cortante la congeló a medio paso. Se giró bruscamente para encontrar al señor Darcy de pie en el vestíbulo, su alta figura recortada contra la luz de una ventana adyacente. Parecía en todo sentido el caballero bien arreglado, su cabello oscuro perfectamente peinado, su corbatín tan impecablemente atado que casi parecía burlarse en su elegancia.

—Señor Darcy —respondió ella, obligando a su voz a mantenerse firme mientras sus mejillas la traicionaban con un revelador calor. No había forma de confundir su lento examen de sus ropas empapadas y su cabello revuelto por el viento, aunque su expresión permaneció inescrutable. Si estaba divertido, horrorizado o algo intermedio, no dio ninguna pista.

—Señorita Elizabeth —dijo de nuevo, inclinando la cabeza, aunque sus ojos oscuros parecieron detenerse en ella un instante más de lo que dictaba la propiedad—. ¿Ha caminado hasta aquí para atender a su hermana?

—En efecto, lo he hecho —respondió ella con brusquedad, decidida a no dejarse intimidar por él —. Parecía el curso más práctico, dadas las circunstancias.

—Práctico —repitió él, con un tono indescifrable—. Y encomiablemente resuelto.

—Gracias, señor. Aunque difícilmente pensaría que tal viaje merece encomio —replicó ella con ligereza, pasando junto a él mientras él le indicaba la puerta del salón.

Dudó solo un momento antes de entrar, componiendo sus facciones en lo que esperaba fuera una expresión serena. Las hermanas estaban sentadas en una chaise longue junto al fuego, absortas en la conversación, su hermano frente a ellas. La señorita Bingley levantó la vista primero, sus labios se entreabrieron como para comentar, pero cualquier observación mordaz que hubiera preparado fue impedida por la reverencia de Elizabeth.

—Señorita Bingley. Señora Hurst. Señor Bingley —saludó Elizabeth cortésmente, aunque su voz flaqueó ligeramente cuando su mirada se desvió hacia los desconocidos en la habitación. Junto al señor Bingley se sentaban dos figuras que no esperaba: una elegante pareja mayor cuya vestimenta y porte hablaban de riqueza e importancia. El abrigo del caballero estaba perfectamente confeccionado, su cabello plateado le daba un aire distinguido, mientras que el vestido de la dama brillaba tenuemente a la luz del fuego, su postura tan regia como la de una reina.

—¡Ah! —exclamó el señor Bingley alegremente, levantándose para saludarla—. ¡Señorita Elizabeth! Debe estar aquí por su hermana. Permítame escoltarla a...

—Señor Darcy —interrumpió el caballero mayor, poniéndose de pie también y volviéndose expectante hacia la puerta—. ¿Hará usted los honores?

Elizabeth sintió que se le retorcía el estómago de mortificación. De todos los días para encontrarse con invitados inesperados, este era sin duda el peor. Podía sentir el peso de sus miradas sobre el dobladillo embarrado, sus rizos despeinados y la leve mancha de tierra en su guante donde se había limpiado la cara antes. Hizo todo lo posible por no encogerse hacia la puerta.

—Señorita Elizabeth Bennet —la voz de Darcy sonó detrás de ella, tan calma y autoritaria como siempre—, permítame presentarle a mi tío, el Conde de Matlock, y a mi tía, la Condesa de Matlock.

A Elizabeth se le secó la garganta. ¿Un conde y una condesa? Había caminado tres millas a través del barro y la lluvia solo para encontrarse con la nobleza más alta que jamás había conocido mientras lucía como un espantapájaros extraviado. ¿Qué cruel giro del destino era este?

—A su servicio, señora —dijo el conde, inclinándose ligeramente. Su sonrisa era más afable de lo que había anticipado, aunque hizo poco para aliviar su incomodidad.

—Señorita Elizabeth —añadió la condesa calurosamente, sus ojos amables aunque claramente curiosos. Elizabeth solo podía esperar que el rubor que le subía por el cuello pudiera confundirse con agitación.

—¿Cómo está usted? —logró decir, haciendo una apresurada reverencia que casi la hizo perder el equilibrio. Enderezándose rápidamente, juntó sus manos con fuerza, esperando que dejaran de temblar antes de que alguien lo notara. ¡Si tan solo pudiera escapar arriba con Jane sin más demora o humillación!

Pero, por desgracia, el escape parecía improbable, pues la condesa ya se dirigía a ella con un interés que hizo que Elizabeth fuera agudamente consciente de cada rizo rebelde y mota de barro que afeaba su persona.

—Ha tenido usted todo un viaje, por lo que veo —dijo la condesa, levantándose con gracia de su asiento mientras Elizabeth se enderezaba de su torpe reverencia. Su voz era cálida y melodiosa, con solo un toque de diversión que hizo que las mejillas de Elizabeth ardieran más de lo que ya estaban.

—En efecto, señora —respondió Elizabeth, obligándose a mantener la mirada de la condesa a pesar de los rizos disparejos que le caían sobre los ojos y la innegable humedad que se aferraba a

su dobladillo—. Estaba ansiosa por acudir al lado de mi hermana tan pronto como supe que estaba enferma.

—Qué encomiable —intervino el conde, su voz profunda y amable en lugar de burlona. Sus cejas plateadas se elevaron ligeramente mientras examinaba su estado desaliñado, pero no había rastro de desdén en su expresión, solo un destello de lo que podría haber sido aprobación—. No todas las jóvenes se atreverían a desafiar tales condiciones por la familia.

—Sí, en efecto —convino la condesa con una sonrisa que llegaba hasta sus impresionantes ojos azules. Dio un paso adelante, tomando las manos de Elizabeth suavemente entre las suyas enguantadas.

—Señorita Elizabeth —continuó la condesa, suavizando su tono hasta hacerlo casi maternal—, debe estar sumamente preocupada por su hermana. Mi acompañante, la señora Whiting, ha estado sentada con ella arriba y me asegura que Jane está siendo bien atendida. Pero estoy segura de que deseará verla de inmediato. Yo misma la acompañaré.

Elizabeth parpadeó, momentáneamente aturdida por esta inesperada amabilidad. Cualquier cosa que hubiera imaginado de las damas de la alta sociedad, no incluía que escoltaran a jóvenes embarradas por las casas de sus anfitriones sin siquiera una mueca de disgusto. —Eso es muy... generoso de su parte, señora —logró decir, aunque las palabras le parecieron inadecuadas.

—¿Generoso? —La condesa dejó escapar una ligera risa como si la idea le divirtiera—. Tonterías. Es solo natural, querida. Venga, no la mantendremos alejada de ella ni un momento más.

Elizabeth hizo una rápida reverencia, sus faldas rozando suavemente sus botas embarradas. —Estoy sumamente agradecida —dijo con sinceridad, su mirada pasando de la amable expresión de Lady Matlock a la compañía reunida —Darcy, el conde y los hermanos Bingley—, todos los cuales la observaban con diversos grados de curiosidad y decoro. Sospechaba que Caroline Bingley tenía los labios apretados para reprimir una mueca de desprecio.

—Estoy seguro de que la señorita Bennet se alegrará mucho de que esté aquí —dijo el señor Bingley, con clara preocupación en su expresión—. Por favor, avíseme de inmediato si hay algo que pueda hacerse para su alivio.

—Gracias —murmuró Elizabeth de nuevo, lanzando una mirada al señor Darcy —quien, por alguna razón, parecía particularmente inescrutable en ese momento— y luego siguió a Lady Matlock fuera de la habitación.



Cuando la puerta se cerró suavemente tras ellas, los ojos de Fitzwilliam Darcy se demoraron en el lugar donde Elizabeth había estado momentos antes, con las mejillas sonrojadas por el esfuerzo y los rizos escapando rebeldemente de sus horquillas. El dobladillo húmedo de su vestido, desaliñado como estaba, debería haber sido poco atractivo; sin embargo, de alguna manera, contra toda lógica y decoro, solo servía para realzar su vivacidad. Frunció el ceño, sintiendo un destello de algo incómodamente cálido agitándose dentro de él.

—Bueno —declaró de repente Lord Matlock, rompiendo el silencio con una sonora carcajada—. Esa joven es ciertamente... vivaz.

—¿Vivaz? —repitió Caroline Bingley, con un tono cargado de desdén. Ajustó sus puños de encaje con movimientos bruscos—. Supongo que uno podría llamarlo así. Yo diría impertinente y abominablemente independiente. ¿Vieron el estado de sus enaguas? ¡Barro! De seis pulgadas de profundidad, por lo menos. Y presentarse así ante la compañía...

—Caminó varias millas para ver a su hermana —interrumpió Darcy, con voz cortante. Dirigió su mirada a Caroline, sin dejar lugar a discusión—. Seguramente tal demostración de afecto familiar merece respeto, señorita Bingley, en lugar de censura. ¿No haría usted lo mismo por su hermana?

Caroline se erizó visiblemente.

—Por supuesto, nos atenderíamos mutuamente si fuera necesario, pero no puedo concebir por qué sería necesario caminar por el *barro* —casi escupió la palabra— cuando se puede simplemente tomar un carruaje. Es una cuestión de decoro.

—Decoro o no —replicó Lord Matlock con un brillo en los ojos—, le hace bien a un hombre ver a las hermanas cuidarse mutuamente con tanta sinceridad. Una cosa rara en estos días, ¿eh, Darcy?

Darcy vaciló, las palabras de su tío punzando en los bordes de sus pensamientos. Qué rara devoción había mostrado Elizabeth, en efecto, una lealtad no atemperada por la vanidad o el artificio. Las palabras de su tío tocaron una fibra que aún no estaba dispuesto a reconocer. En su lugar, dirigió su mirada hacia la ventana, donde la húmeda luz gris de la mañana se derramaba sobre el inmaculado césped de Netherfield. En algún lugar de los pisos superiores, Elizabeth estaba con su hermana, su sincera devoción tan clara como el día. Y en algún lugar dentro de sí

mismo, una tumultuosa pregunta comenzaba a formarse: ¿podría ser que la admirara por algo más que sus hermosos ojos?

Darcy permanecía rígido junto a la chimenea, su mano descansando sobre el frío mármol como si la solidez de este pudiera anclar sus pensamientos. La habitación bullía de conversación. Los tonos melódicos de Lady Matlock flotaban débilmente desde los pisos superiores, mezclándose con el zumbido más cercano y profundo del comentario de Lord Matlock sobre la última adquisición de caballos de Bingley. Todo esto era un ruido de fondo, sin embargo, para la imagen grabada en la mente de Darcy: Elizabeth Bennet, con las mejillas sonrojadas por el esfuerzo, sus rizos escapando rebeldemente de sus horquillas, y sus ojos —esos malditos y cautivadores ojos— brillando con una mezcla de determinación y preocupación.

Se movió incómodo, tirando de su corbata como si de repente estuviera demasiado apretada. ¡Era absurdo! ¡Completamente absurdo! ¿Cómo podía una mujer tan despeinada, con el dobladillo cubierto de barro, las botas empapadas, los guantes seguramente arruinados, poseer una belleza tan cautivadora? No había lógica en ello. Sin embargo, había sentido una sacudida, aguda e innegable, en el momento en que la había visto allí de pie en el vestíbulo. Su presencia hacía que la elegancia de la cámara pareciera casi insignificante, como una sola flor silvestre opacando a todo un jardín formal.

—Realmente, señor Darcy, uno se pregunta qué podría poseer a la señorita Eliza Bennet para presentarse en tal estado —dijo la voz de Caroline Bingley, suave y venenosa. Estaba recostada artísticamente en una chaise longue cercana, su labor de aguja olvidada en favor de este pasatiempo mucho más tentador de denigrar a alguien que percibía como una rival—. Difícilmente es apropiado para una joven dama llegar a la casa de otra persona luciendo como si acabara de salir de un seto.

La mirada de Darcy se dirigió bruscamente hacia ella, lo suficientemente afilada como para hacerla parpadear. Sabía muy bien que los comentarios de la señorita Bingley no nacían de una preocupación genuina, sino más bien de un mezquino desdén, agudizado por los celos. Su tono desdeñoso le irritaba hoy más de lo habitual, quizás porque contrastaba tan marcadamente con la sinceridad que Elizabeth había mostrado en su llegada.

—Por el contrario, señorita Bingley —dijo, con voz cortante pero deliberada—, no vi nada fuera de lugar. —Se enderezó desde su posición junto a la chimenea, sus ojos fijándose en los de Caroline—. De hecho, lo único que noté fueron los hermosos ojos de la señorita Elizabeth, avivados por el saludable ejercicio.

Caroline se quedó paralizada en medio de su mueca desdeñosa, con los labios entreabiertos por la sorpresa. Cualquier réplica que hubiera estado preparando pareció evaporarse bajo el peso de las punzantes palabras de Darcy. Por una vez, parecía haberse quedado sin habla, su expresión vacilando antes de que bajara apresuradamente la mirada hacia el bastidor de bordado en su regazo.

Darcy volvió a centrar su atención en la ventana, donde aún pendía la tenue mancha de nubes grises. Su corazón latía de manera irregular en su pecho, aunque no podía determinar si era por irritación o por algo mucho más inoportuno. *Bellos ojos, en efecto*, pensó sombríamente. Si tan solo dejaran de perseguirlo con tanta persistencia.

La risa de Lord Matlock estalló, rica y cordial, llenando la habitación como una repentina ráfaga de aire cálido. Sobresaltó tanto a Caroline Bingley que el bastidor de bordado se le resbaló del regazo, aterrizando con un suave golpe en la alfombra. Su expresión cuidadosamente compuesta vaciló, aunque rápidamente la enmascaró con una sonrisa tensa que hizo poco por ocultar su incomodidad.

—Ah, Darcy —dijo Lord Matlock, con la voz aún teñida de diversión mientras miraba alternativamente a su sobrino y a la figura que se retiraba de la señorita Bingley, quien se había levantado bastante abruptamente—. Tienes una manera de cortar el sinsentido. Muy refrescante.

—Disculpen —interrumpió Caroline, con un tono tenso pero con una reverencia impecable—. Me encuentro en necesidad de tomar aire.

Sin esperar una respuesta, giró sobre sus talones y salió apresuradamente de la habitación, aunque la prisa en su paso socavó un tanto la dignidad que sin duda pretendía proyectar. La señora Hurst dudó antes de murmurar alguna excusa y seguir a su hermana.

Darcy exhaló lentamente, su mirada desviándose hacia el Conde, quien ahora lo observaba con una expresión a la vez perspicaz y ligeramente conspirativa. Había un brillo en los ojos de su tío que Darcy encontraba vagamente inquietante, aunque supuso que ya debería estar acostumbrado. Lord Matlock había tenido durante mucho tiempo el talento de descubrir verdades que otros preferirían mantener ocultas.

—Camina conmigo, Fitzwilliam —dijo el Conde, ya dirigiéndose hacia el extremo más alejado del salón donde un par de puertas francesas conducían a la terraza más allá. Su tono era casual, pero Darcy sabía que no debía asumir que su conversación seguiría el mismo cariz.

Darcy lo siguió, sus botas resonando suavemente contra el suelo pulido. Una vez que estuvieron suficientemente alejados del resto del grupo, Lord Matlock se volvió para mirarlo, con las manos

entrelazadas detrás de la espalda. El Conde inclinó ligeramente la cabeza, observando a su sobrino con un aire de contemplación que puso a Darcy inmediatamente en guardia.

—Dime, muchacho —comenzó Lord Matlock, bajando la voz a un murmullo confidencial—. ¿Crees que alguna de nuestras encantadoras anfitrionas atravesaría el barro y la lluvia para ver a la otra si una cayera enferma?

Darcy parpadeó, momentáneamente desconcertado por la pregunta. Se recuperó rápidamente, aunque no lo suficientemente rápido como para evitar el leve tic en la boca de su tío, una clara indicación de que el Conde había notado su vacilación.

—Improbable —admitió Darcy, con un tono más cauteloso de lo que pretendía.

—Ciertamente —convino Lord Matlock, levantando sus cejas plateadas con exagerado asombro —. Y sin embargo, aquí tenemos a la señorita Elizabeth Bennet, al diablo con las enaguas, llegando sin anunciarse y bastante decidida a ver a su hermana. Una muestra notable, ¿no le parece?

—Notable, quizás —concedió Darcy, aunque sintió que su mandíbula se tensaba involuntariamente. No podía negar la verdad en las palabras de su tío, ni podía ignorar el leve despertar de algo incómodamente cercano a la admiración que las acompañaba.

—En efecto —continuó el Conde, agudizando su mirada mientras estudiaba a Darcy—. Siempre he admirado ese tipo de devoción, particularmente entre hermanas. Es algo raro, ¿sabe? Un cariño genuino, sin mancha de interés propio o conveniencia. Uno puede aprender mucho sobre una persona observando cómo trata a los más cercanos a ella.

Darcy cambió de postura, encontrando de repente profundamente absorbentes las complejidades de la balaustrada de la terraza. —La señorita Elizabeth es ciertamente... devota a su familia — dijo al fin, con voz mesurada.

—Devota, sí —repitió Lord Matlock pensativamente. Luego, con una sonrisa conocedora que sugería mucho más de lo que Darcy se sentía cómodo, añadió—: Una cualidad digna de admirar, ¿no cree?

—Por supuesto —dijo Darcy en un intento de recuperar el control sobre el tema, juntando las manos detrás de la espalda con estudiada indiferencia—, está muy bien que una de las señoritas Bennet demuestre tal... atención. Pero no desearía que Georgiana siguiera tal ejemplo.

El Conde alzó una ceja plateada, su mirada firme dando a Darcy la incómoda sensación de ser escrutado bajo el microscopio de un científico. —¿Oh? —fue la respuesta mesurada, ligera y engañosamente casual—. ¿Y por qué es eso, se puede saber?

—¿Por qué? —repitió Darcy, su voz ligeramente más aguda de lo que pretendía. Se aclaró la garganta—. Bueno, seguramente puede ver que no es nada apropiado para una joven de su posición andar a través de medio condado, sin escolta, y llegar a la casa de otro en... —Vaciló, su mente evocando la imagen de Elizabeth Bennet de pie en el vestíbulo de Netherfield, con las mejillas sonrojadas y mechones de cabello húmedo rizándose contra su cuello, sus enaguas oscurecidas por el barro. Tragó saliva—. ...semejante estado.

—Ah. —El tono de Lord Matlock era suave, pero había un destello de diversión en su mirada que hizo que Darcy quisiera maldecir en voz alta—. Sí, supongo que la propiedad debe ser considerada, aunque uno podría preguntarse si la verdadera preocupación radica en las apariencias o en algo completamente distinto.

—Tío —dijo Darcy rígidamente, intentando alejar la conversación de las aguas traicioneras en las que amenazaba adentrarse—, Georgiana aún es joven. Es impresionable y...

—Precisamente —interrumpió Lord Matlock, su voz adquiriendo un tono de suave autoridad que no admitía discusión—. Es joven. Una niña todavía, como bien dices. Pero un día se convertirá en una mujer, y cuando ese momento llegue, espero que posea el mismo tipo de cuidado y consideración por su familia que la señorita Elizabeth evidentemente tiene por la suya.

Darcy se encontró sin respuesta. Su boca se abrió ligeramente, pero no salió ningún sonido; las palabras, cualesquiera que hubieran sido, murieron antes de llegar a su lengua. No era simplemente el peso de la declaración de su tío lo que lo silenció, aunque eso era considerable. No, lo que realmente lo inquietó fue el destello de acuerdo que sintió en lo profundo de su ser, un destello que se negó a reconocer.

—Esa devoción —continuó Lord Matlock— no es algo que se deba desalentar, Fitzwilliam. De hecho, debería considerarse una virtud para admirar, incluso para aspirar.

Darcy tomó una bocanada de aire, la tensión en sus hombros delatando su tormento interior. —Yo... —comenzó, solo para volver a vacilar. Su tío, satisfecho por la incapacidad de su sobrino para presentar algún tipo de refutación, inclinó la cabeza de una manera que sugería que la conversación, por ahora, había concluido.

—Ven —dijo el Conde con ligereza, su tono cambiando a uno de agradable desapego mientras hacía un gesto hacia los demás—. Mantengamos entretenido a tu amigo Bingley, no sea que se vuelva loco de preocupación por el bienestar de la señorita Bennet. Ciertamente está bastante prendado de ella, estoy interesado en conocer a la dama cuando esté lo suficientemente bien, aunque si es algo parecida a su hermana, la señorita Elizabeth, puedo entender perfectamente lo que ha captado el interés de Bingley.

Darcy lo siguió, sus pasos medidos y deliberados, pero sus pensamientos mucho menos compuestos. A pesar de todos sus esfuerzos por mantener el control sobre su semblante, no pudo suprimir la persistente imagen de la mirada brillante y decidida de Elizabeth Bennet. Ni pudo ignorar la molesta sospecha de que su tío había visto mucho más de su corazón de lo que Darcy jamás había tenido la intención de revelar.



Capítulo Tres

LA FIEBRE HABÍA PINTADO dos manchas brillantes en las mejillas de Jane, un fuerte contraste con la palidez que dominaba el resto de su semblante.

—Jane —murmuró Elizabeth, apartando un rizo rebelde de la frente de su hermana. El calor bajo sus dedos era alarmante, y por un momento, a Elizabeth se le cortó la respiración—. Oh, querida.

—El señor Bingley... —susurró Jane, con voz débil y temblorosa.

Su mente afiebrada parecía estar atrapada entre la realidad y un sueño, y el sonido de su nombre en sus labios conmovió el corazón de Elizabeth. Miró por encima del hombro hacia donde Lady Matlock y la señora Whiting estaban cerca de la ventana, con las cabezas juntas en una conversación silenciosa.

—Lady Matlock —llamó Elizabeth suavemente, haciéndoles señas para que se acercaran.

—Pobre muchacha —dijo Lady Matlock, observando a Jane con preocupación—. Ciertamente parece estar muy mal. Pero no se angustie, señorita Elizabeth; la cuidaremos con todo esmero.

—Gracias —respondió Elizabeth, con la voz cargada de gratitud, aunque su ceño permanecía fruncido—. No puedo soportar verla así. Ella siempre es tan serena, tan compuesta. Esto... —Gesticuló impotente hacia Jane, que se agitaba inquieta bajo las sábanas—. Esto es completamente diferente a ella.

—La fiebre pone a prueba incluso la constitución más delicada —dijo amablemente la señora Whiting, con su acento suave de Derbyshire. Puso una mano reconfortante en el brazo de Elizabeth—. La ayudaremos a superarlo, no tema. Muchas almas se recuperan de cosas peores.

—En efecto —convino Lady Matlock—. Aunque debo decir que ese boticario no puede llegar lo suficientemente pronto. Uno se pregunta si preparan sus brebajes desde cero en el momento en que se les manda llamar.

Elizabeth esbozó una pequeña sonrisa reluctante ante el tono irónico de Lady Matlock.

—Si fueran más lentos, estaría convencida de que primero cultivan las hierbas ellos mismos —bromeó, aunque su atención seguía fija en Jane—. ¿Creen que hemos hecho todo lo posible por ahora? Odiaría haber pasado por alto algo.

—Señorita Bennet, apenas ha parado desde que entramos en la habitación —señaló Lady Matlock con suavidad—. Si la diligencia por sí sola pudiera curar a su hermana, me atrevería a decir que ya estaría bailando una contradanza.

—Su señoría tiene toda la razón —añadió la señora Whiting con un gesto de aprobación—. No le servirá de nada si se agota preocupándose. Dejemos que nos dividamos el trabajo, querida. Es en lo que nosotras, las mujeres, somos mejores, después de todo.

—Solo superadas por soportar la compañía de hombres fastidiosos —murmuró Lady Matlock entre dientes, provocando una risa sorprendida de Elizabeth a pesar de sí misma.

—Gracias —dijo Elizabeth de nuevo, esta vez con más sinceridad. Qué extraño, pensó, encontrar consuelo en la presencia de estas relativas desconocidas. Y sin embargo, había algo innegablemente reconfortante en la autoridad compuesta de Lady Matlock y la calidez hogareña de la señora Whiting. Juntas, parecían llenar la habitación con una sensación de propósito tranquilo, un bálsamo para los nervios crispados de Elizabeth.

—Bien —declaró Lady Matlock, alisando su falda con una palmada decisiva—. Señora Whiting, preparemos algunas compresas frescas. Señorita Elizabeth, usted debería sentarse con su hermana y tomarle la mano. Una tarea muy importante, se lo aseguro. Pero intente no parecer tan trágica, querida, asustará a la pobre Jane haciéndole pensar que está a las puertas de la muerte.

Elizabeth contuvo otra risa, agradecida más allá de las palabras por la ligereza que Lady Matlock aportaba a la situación. Mientras tomaba la delgada mano de Jane entre las suyas, se encontró haciendo un silencioso juramento de devolver esta amabilidad algún día. Por ahora, sin embargo, su atención se mantenía firmemente en su hermana.

—Descansa, Jane —susurró suavemente—. No te dejaremos.

—Gillian, querida, ¿me alcanzarías esa palangana de agua? Sí, justo ahí, gracias —dijo Lady Matlock con brío, inclinándose sobre Jane con aire experimentado. Sus finas mangas de seda estaban arremangadas hasta los codos, una visión que Elizabeth encontró tanto sorprendente como enternecedora, pues parecía marcar a la condesa como una mujer de acción más que de meras palabras, a pesar de su elevado rango.

La señora Whiting, mientras tanto, se cernía cerca con la palangana requerida en sus manos y una sonrisa alentadora en su rostro redondo.

—Está descansando un poco más tranquila ahora, pobre corderito —murmuró, observando las mejillas sonrojadas de Jane—. Una fiebre es algo desagradable, pero los jóvenes tienen una manera de recuperarse más rápido de lo que uno pensaría.

—Esperemos que así sea —respondió Elizabeth, con la voz teñida de preocupación. Miró a Jane, que yacía apoyada contra una montaña de almohadas, su respiración superficial y sus rizos dorados húmedos de sudor. De vez en cuando, su hermana murmuraba algo incoherente, sus facciones normalmente serenas arrugadas por la incomodidad. La visión hizo que el corazón de Elizabeth se estrujara dolorosamente.

—Ah, aquí está —anunció Lady Matlock cuando la puerta se abrió con un chirrido para dar paso al boticario, un hombre encorvado con una nariz más roja de lo que dictaba la moda. Llevaba un surtido de botellas y paquetes en un maltratado maletín de cuero, que dejó caer con un golpe sobre la mesa más cercana.

—Señorita Elizabeth —la saludó, y ella asintió con una sonrisa tensa.

—Gracias por venir, señor Jones. Jane enfermó ayer después de quedar atrapada en la lluvia.

—Vaya, vaya. —El boticario se inclinó sobre Jane, frunciendo sus cejas grises mientras observaba su pálida complexión. Después de varios momentos de empujar, palpar y murmurar entre dientes, se enderezó con un aire de grave autoridad—. La fiebre es significativa pero no insuperable. Sin embargo, debe permanecer donde está por el momento. El viaje a casa podría resultar demasiado agotador en su estado actual. Prepararé algunas pociones para aliviar sus síntomas y bajar la fiebre.

—Gracias —dijo Elizabeth con sinceridad, mezclándose el alivio con una nueva preocupación. La idea de mover a Jane la había llenado de temor; ahora, al menos, esa decisión en particular se había aclarado.

—Muy bien —dijo Lady Matlock con decisión—. Señora Whiting, asegúrese de que nuestro buen amigo tenga todo lo que necesite mientras prepara las pociones. La señorita Elizabeth y yo nos encargaremos de las cosas aquí.

—De inmediato, su señoría —gorjeó la señora Whiting, ya ajetreándose hacia el boticario con el entusiasmo de alguien que nunca se encontró con una tarea que no pudiera afrontar.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Elizabeth reanudó su lugar al lado de Jane, apartando un rizo rebelde de la frente húmeda de su hermana.

—¿Oyes eso, querida? —susurró—. Debes quedarte aquí mismo y descansar. Todo estará bien.

Jane se agitó levemente al sonido de su voz, sus pestañas revoloteando.

—Lizzy —murmuró, apenas audible—. ¿No... te irás?

—Nunca —le aseguró Elizabeth, apretando su mano con fuerza—. Estoy aquí, Jane. Siempre.

—Qué conmovedor —se oyó una voz completamente diferente desde la puerta, suave y empalagosa. Elizabeth se giró bruscamente para encontrar a la señorita Bingley deslizándose en la habitación, su vestido naranja contrastando horriblemente con los tonos sobrios de la estancia. Su expresión contenía toda la simpatía de un gato observando a su próxima presa—. Pobre señorita Bennet —continuó, curvando sus labios en una sonrisa que no alcanzaba sus ojos—. Qué lástima, verdaderamente. Pero supongo que estas constituciones rurales quizás no sean tan robustas como todos afirman.

—Señorita Bingley —dijo Elizabeth fríamente, poniéndose de pie—. Agradecemos su preocupación.

—He venido a ofrecerle el uso de nuestro carruaje, señorita Eliza, para que regrese a Longbourn —Caroline ofreció una sonrisa dulzona.

—Oh, pero yo preferiría... —comenzó Elizabeth, pero antes de que pudiera decir más, un sonido suave y desgarrador llamó su atención. Jane, semiconsciente y temblorosa, había comenzado a llorar, lágrimas silenciosas deslizándose por sus mejillas.

—¡Jane! —Elizabeth estuvo a su lado en un instante, secando las lágrimas con su pañuelo—. Tranquila, querida, tranquila. No hay necesidad de esto. No voy a ninguna parte.

—¿No te... vas? —susurró Jane, con la voz cargada de emoción.

—Por supuesto que no —la tranquilizó Elizabeth, lanzando una mirada afilada a la señorita Bingley, cuya sonrisa había flaqueado ligeramente—. Solo necesitas descansar ahora, Jane. Estoy aquí y me quedaré hasta que estés completamente recuperada.

—Qué noble —comentó Caroline, aunque su tono sugería lo contrario—. Pero seguramente debe ver la practicidad de volver a casa para traer comodidades adicionales para su hermana.

—Al diablo con la practicidad —murmuró Elizabeth entre dientes, y luego añadió en voz alta—: La comodidad de Jane reside en mi presencia, señorita Bingley. Eso es todo lo que requiere por ahora.

—Ciertamente —intervino Lady Matlock, irrumpiendo en la conversación como una fuerza de la naturaleza. Fijó en Caroline una mirada tan imperiosa que incluso la intrusa vestida de naranja pareció momentáneamente intimidada—. El lugar de la señorita Elizabeth es aquí, con su hermana. Si hay que ir a buscar algo, me atrevo a decir que alguien más puede encargarse de ello.

Elizabeth, que había estado esperando una educada batalla de voluntades, se encontró mirando a Lady Matlock con algo rayano en la admiración. El tono de la Condesa no admitía discusión,

pero había una bondad inherente en sus palabras que suavizaba su dureza. Era el tipo de bondad que Caroline Bingley probablemente tendría dificultades para reconocer, y mucho menos para replicar.

—Por supuesto —dijo Caroline después de un momento, con los labios tan visiblemente tensos que Elizabeth sospechó que podrían desaparecer por completo—. Si ese es su deseo, Lady Matlock...

—No es meramente mi deseo, señorita Bingley —interrumpió Lady Matlock con suavidad—, sino una necesidad. Estoy segura de que está de acuerdo en que la comodidad de la señorita Bennet, y de hecho, su recuperación, deben tener prioridad sobre todo lo demás. ¿No es así?

—Naturalmente —respondió Caroline, con la voz rebosante de civilidad reluctante. Su sonrisa, sin embargo, era lo suficientemente frágil como para quebrarse—. Tal vez entonces podría enviar a un sirviente a Longbourn para traer lo que la señorita Eliza pueda necesitar para su estancia prolongada.

—Una excelente sugerencia —dijo Lady Matlock con gracia—. ¿Lo ve? Qué ingeniosa. No hay necesidad de interrumpir el cuidado de la señorita Bennet.

—En efecto —dijo Caroline con tirantez, aunque su entusiasmo no parecía extenderse más allá de los confines de su vocabulario. Con una rígida inclinación de cabeza, salió majestuosamente de la habitación como un pavo real descontento, rozando apenas el marco de la puerta con sus faldas antes de que esta se cerrara tras ella.

—Bueno —dijo Lady Matlock alegremente, sacudiéndose pelusa inexistente de las mangas—. Eso resuelve el asunto bastante bien. Ahora, mi querida señorita Elizabeth —se volvió hacia Elizabeth con una expresión de preocupación casi maternal—, ¿cómo se encuentra usted? Debe permitirme cuidar de usted también, o nunca me lo perdonaré.

—Eso es totalmente innecesario, se lo aseguro —dijo Elizabeth rápidamente, aunque la calidez del afecto de Lady Matlock era difícil de resistir—. Jane es lo único que importa en este momento.

—Su lealtad la honra, querida —sonrió Lady Matlock, con los ojos brillando con lo que Elizabeth solo podía describir como picardía—. Pero incluso las hermanas más devotas deben comer, y si pretende dejarse morir de hambre hasta la inutilidad, me veré obligada a intervenir con mucha severidad. Una vez que le hayan enviado sus cosas, insisto en que se cambie y baje a cenar.

—Oh, no —negó Elizabeth, mirando hacia la cama de Jane donde la señora Whiting estaba diligentemente colocando paños fríos—. No puedo dejarla; podría despertar y necesitarme.

—Entonces tendrá a la señora Whiting —respondió Lady Matlock enérgicamente, como si el asunto ya estuviera resuelto—. La señora Whiting se sentará aquí y disfrutará de una bandeja, y Jane estará bien atendida en su ausencia —hizo una pausa, inclinándose confidencialmente—. Además, si me abandona a cenar sola con la señorita Bingley, es muy posible que perezca de aburrimiento antes del plato de sopa.

—¡Lady Matlock! —exclamó Elizabeth, dejando escapar su risa a pesar de sus esfuerzos por contenerla.

—No me malinterprete, niña; hablo por experiencia —dijo Lady Matlock con gravedad, aunque las comisuras de su boca temblaban de diversión—. Usted no ha soportado las opiniones de la señorita Bingley sobre arreglos florales, ni sus soliloquios sobre las virtudes de la sombrerería francesa. Pocos mortales salen ilesos.

—Seguramente exagera —dijo Elizabeth, aunque no pudo ocultar su diversión.

—Baje a cenar y descubra la verdad por sí misma —desafió Lady Matlock con ligereza, deslizando su brazo a través del de Elizabeth en un gesto tan natural que parecía como si lo hubieran hecho cientos de veces antes—. Vamos, señorita Elizabeth. Nos fortificaremos juntas contra el tedio, y si la señorita Bingley resulta demasiado insufrible, me comprometo a recompensar su valentía con una copa del mejor clarete del Conde. Él no viaja a ninguna parte sin él, ¿sabe?

—¿Cómo podría rechazar una oferta tan generosa? —dijo Elizabeth con fingida solemnidad, aunque su corazón se calentó ante el genuino afecto de la Condesa. Una mirada de vuelta a Jane, que dormía pacíficamente bajo el diligente cuidado de la señora Whiting, la tranquilizó lo suficiente para ceder—. Muy bien, Lady Matlock, me ha convencido... por el bien de Jane, por supuesto.

—Por supuesto —asintió Lady Matlock, con expresión triunfante.

Elizabeth descendió la gran escalera junto a Lady Matlock, conteniendo apenas su risa al llegar al último escalón. Había cambiado su vestido manchado de barro por un vestido de muselina simple pero elegante, cuyo suave tono verde complementaba sus oscuros rizos. El brazo de la Condesa entrelazado con el suyo le daba un aire de camaradería que Elizabeth encontraba sorprendente y extrañamente reconfortante.

Las puertas del salón fueron abiertas de par en par por un lacayo, revelando la reunión en su interior. El señor Darcy se encontraba cerca de la chimenea, su alta figura recortada contra la luz parpadeante del fuego, mientras que el señor Bingley y Caroline ocupaban dos sofás en estratégica proximidad a él. A su entrada, todas las cabezas se giraron, aunque ninguna con la

intensidad de la señorita Bingley. Sus ojos se ensancharon con incredulidad y el color de sus mejillas se intensificó bruscamente, como si se sintiera ofendida por la mera audacia de la presencia de Elizabeth del brazo de una condesa.

—Cielos santos —exclamó Caroline entre dientes, cerrando su abanico con un vigor innecesario. Se recuperó lo suficientemente rápido, esbozando una sonrisa tensa que poco hacía por ocultar el destello de irritación en su mirada.

—Disculpen nuestra tardanza —anunció Lady Matlock con despreocupación, guiando a Elizabeth hacia adelante con la misma autoridad regia que uno utilizaría para presentar a una duquesa en la corte—. La señorita Elizabeth tuvo la amabilidad de acceder a mi petición de acompañarme esta noche. No podría soportar la cena sin su agudo ingenio para sostenerme.

Elizabeth contuvo una sonrisa, muy consciente de la mirada penetrante que Caroline ahora le dirigía.

—Qué... encantador —logró decir la señorita Bingley, sonando más como un lamento que como un cumplido.



Darcy, que había estado observando atentamente las llamas hace un momento, dirigió su atención a la escena que se desarrollaba ante él. Desde su posición, notó el sutil juego de expresiones que cruzaban el rostro de Elizabeth: el leve temblor en la comisura de sus labios, el arco de su ceja mientras miraba a Lady Matlock con algo parecido a una cariñosa exasperación. Era demasiado fácil discernir que estaba divertida, aunque no de manera cruel, por la situación.

Por su parte, Darcy sintió que se le oprimía el pecho, una sensación no del todo desconocida pero cada vez más incómoda. Debería ser indiferente, incluso distante, ante trivialidades como la presencia de Elizabeth Bennet en la cena. Y, sin embargo, la visión de ella bajando las escaleras lo había dejado inmóvil, como si cada onza de aire en la habitación hubiera conspirado contra él.

—Señorita Elizabeth —dijo, inclinando la cabeza con una formalidad que se sentía más rígida de lo habitual—. ¿Confío en que su hermana está descansando cómodamente?

—Así es, señor Darcy —respondió Elizabeth, dedicándole una sonrisa por su pregunta—. Gracias a las amables atenciones que ha recibido aquí en Netherfield, y más significativamente al gentil cuidado de la señora Whiting y Lady Matlock, Jane tiene todo lo que necesita. Estoy muy agradecida.

—En efecto, debemos elogiar la generosidad de Lady Matlock —interrumpió Caroline, con un tono impregnado de dulzura empalagosa—. No es poca cosa extender tal amabilidad a... —Vaciló, tal vez dándose cuenta de que cualquier desaire que pretendiera no sería bien recibido por la condesa—. ...a invitados necesitados.

—La amabilidad solo es poca cosa para aquellos dispuestos a ofrecerla —comentó Lady Matlock de manera incisiva, posando su fría mirada en la señorita Bingley antes de volverse hacia Elizabeth—. Pero venga, querida. Tomemos asiento antes de que la sopa se enfríe.

Darcy observó cómo Elizabeth se dejaba guiar hacia la mesa del comedor, cada uno de sus movimientos imbuido de una gracia que parecía completamente natural. El desagrado de Caroline irradiaba de ella como el calor de un adoquín en pleno verano, aunque logró mantener la compostura, por ahora.

Exhaló lentamente, resistiendo el impulso de pellizcarse el puente de la nariz. Esta velada prometía ser mucho más larga de lo que había anticipado, aunque había placeres inesperados en la agradable vista de la señorita Elizabeth con ese encantador vestido verde.



En el momento en que Elizabeth se excusó del salón, un suspiro colectivo de decepción pareció ondular entre la compañía restante, aunque si era debido a la ausencia de su conversación cautivadora o a la perspectiva de soportar los comentarios desenfrenados de la señorita Bingley, estaba abierto a debate.

Caroline se movió en su asiento, el susurro de su vestido de seda atrayendo algunas miradas. Sus labios se curvaron en lo que sin duda ella pensaba que era una sonrisa amable, aunque tenía el desafortunado efecto de parecerse a un gato acorralando a un canario. —Por supuesto —comenzó, su voz cantarina con una estudiada cortesía—, *Jane* Bennet es una chica tan dulce. Una no puede evitar admirar su... naturaleza complaciente.

Lady Matlock alzó una ceja elegante, sus ojos azules fijos en Caroline con el tipo de escrutinio suave que podría pelar la pintura de la pared de un salón. —En efecto —dijo suavemente, su tono tan pulido como sus perlas—. La dulzura es una cualidad que nunca se debe subestimar.

—Ciertamente —se apresuró a estar de acuerdo Caroline, sus mejillas sonrojándose como si hubiera sido atrapada en una corriente de aire—. La querida Jane posee...

miró furtivamente a Darcy, quien estaba examinando su copa de vino con atención como si contuviera los secretos del universo, —...una disposición de lo más entrañable.

—Qué afortunado para el señor Bingley, entonces —respondió Lady Matlock con una alegría empalagosa, dirigiendo su atención a Charles, quien había estado haciendo su mejor imitación de un hombre intentando desaparecer en su corbatín.

—Eh... —Bingley titubeó, casi derribando su cuchara. Sus orejas se volvieron de un tono escarlata bastante desafortunado mientras lanzaba una mirada desesperada alrededor de la mesa —. Bueno, yo... no sé nada de eso...

—Vamos, vamos —interrumpió Lady Matlock, su sonrisa ensanchándose con deleite travieso—. No debe ser tan modesto, señor Bingley. El buen gusto siempre debe ser elogiado, y el suyo, me atrevo a decir —su mirada brilló con algo decididamente conspiratorio—, es impecable.

—Gracias, mi lady —murmuró Bingley, su sonrojo intensificándose hasta que uno podría haberlo confundido con alguien que hubiera pasado una larga tarde bajo el sol. Jugueteó con el borde de su chaleco como si pudiera protegerlo de la diversión colectiva que irradiaba de la mesa.

—Por supuesto —continuó Lady Matlock, completamente imperturbable ante su incomodidad —, uno espera que tal buen juicio se extienda más allá de asuntos de vestimenta y cenas. —Sus palabras eran perfectamente inocentes, sin embargo, la mirada astuta que lanzó hacia Darcy sugería lo contrario.

Darcy miró a su tía de reojo. Lady Matlock, al parecer, estaba demasiado divertida por la incomodidad de su anfitrión para ceder.

—De verdad, señor Bingley —dijo con una sonrisa tan dulce como la melaza pero dos veces más pegajosa—, uno pensaría que nunca ha recibido un cumplido antes. Pero hablo muy en serio. La señorita Bennet me parece una joven de lo más encantadora. Todo un tesoro.

Los dedos de Darcy se tensaron imperceptiblemente alrededor del tallo de su copa de vino. Tomó un sorbo deliberado, dejando que el rico borgoña reposara en su lengua más tiempo del necesario mientras estudiaba a su tía por encima del borde. No era propio de ella hablar tan cálidamente, o tan efusivamente, de alguien a quien acababa de conocer. Los Bennet difícilmente eran el tipo de familia que normalmente atraería la aprobación de su tía. Su madre por sí sola podría enviar a la mitad de Mayfair a buscar refugio detrás de los helechos en macetas... aunque supuso que Lady Matlock aún no había conocido a la señora Bennet.

—Discúlpeme, tía —intervino Darcy al fin, con un tono frío y mesurado—, pero habla como si conociera a la señorita Bennet desde hace años, en lugar de horas.

—Ah, Darcy —respondió Lady Matlock con un arco conocedor de su ceja—, unas pocas horas en compañía de tal sinceridad valen más que semanas pasadas entre aduladores. Harías bien en recordar eso.

—En efecto —murmuró, aunque su expresión no revelaba tal acuerdo. Bajó la mirada, trazando el delicado corte de la copa de cristal en su mano como si contuviera alguna profunda revelación. Que su tía encontrara agradable a Jane Bennet ya era bastante sorprendente; que elogiara sus virtudes con tanto entusiasmo era positivamente desconcertante.

¿Acaso Lady Matlock desconocía realmente las circunstancias de los Bennet? Seguramente ya lo habría descubierto, su tía no era del tipo que permanecía desinformada cuando se trataba de cuestiones de linaje y decoro, particularmente en lo que concernía a posibles conexiones, y Caroline Bingley había tenido tiempo de sobra para ponerla al tanto de todos los detalles. Y sin embargo, aquí estaba, elogiando a la señorita Bennet como si fuera la hija de un vizconde en lugar de un caballero provincial con poca fortuna y sin conexiones.

No había duda en la mente de Darcy de que las atenciones de su amigo hacia la señorita Bennet provenían de un afecto genuino. Pero el afecto por sí solo no podía borrar las flagrantes disparidades entre sus posiciones, disparidades que seguramente se convertirían en obstáculos insuperables con el tiempo.

—Bueno, no importa —declaró Lady Matlock, interrumpiendo sus pensamientos. Agitó una mano desdeñosa, como apartando cualquier objeción que pudiera surgir—. Creo que el señor Bingley se las arreglará muy bien sin nuestra interferencia. En cuanto al resto —hizo una pausa, su mirada se detuvo en Darcy una fracción más de lo cómodo—, el tiempo lo dirá.

Darcy no respondió. En su lugar, permitió que su atención se desviara hacia la luz de las velas que bailaba sobre la cubertería, su resplandor parpadeante proyectando sombras fugaces sobre el mantel de lino. El tiempo, en efecto, lo diría, aunque sospechaba que tendría poco que decir a favor del actual enamoramiento de Bingley. Y en cuanto a la recién descubierta apreciación de su tía por los Bennet... Bueno, seguramente no era más que un capricho pasajero. Después de todo, ella y su tío pronto continuarían su viaje a Londres, donde tales diversiones rurales serían rápidamente olvidadas.

Sí, pensó, enderezando los hombros con silenciosa determinación. Todo sería de poca importancia muy pronto.



Capítulo Cuatro

LA LUZ DORADA DEL sol de la mañana se derramaba a través de las ventanas de parteluz del salón de Netherfield, aunque el señor Darcy apenas lo notaba. Sentado rígidamente en una silla de respaldo alto, miraba sin ver el tablero de ajedrez frente a él. El conde de Matlock estaba sentado enfrente, con los dedos entrelazados en reflexión sobre un movimiento particularmente complicado. Darcy, sin embargo, tenía sus pensamientos en otra parte, o más bien, con alguien más.

Elizabeth Bennet. Su nombre había sido tan persistente en su mente como el tictac del reloj de la repisa desde su último encuentro. Había algo enloquecedor en ella, esa combinación de agudo ingenio y una sonrisa desarmante. Frunció ligeramente el ceño. Le inquietaba lo fácilmente que ella podía atravesar su compostura cuidadosamente construida.

—Darcy —la voz de su tío interrumpió su ensueño—, es tu turno.

—Ah —Darcy se enderezó, alcanzando un caballo sin mirar completamente el tablero. Antes de que pudiera colocarlo, el sonido de voces flotó a través del pasillo: una animada mezcla de tonos femeninos, subrayada por uno distintivamente estridente e inconfundible.

—La señora Bennet —dijo Darcy en voz baja, como si nombrara a un espectro. La dama había llegado media hora antes y se había apresurado directamente a subir para ver a Jane; ahora claramente había bajado para hablar con Bingley.

—Ah —dijo su tío con una leve risa—. Creo que estamos a punto de ser inundados.

Darcy se levantó cuando la puerta se abrió, revelando a la misma señora Bennet. Entró apresuradamente en la habitación, su sombrero adornado con cintas que revoloteaban como banderas en un viento fuerte. Detrás de ella se arrastraban cuatro hijas en diversos grados de entusiasmo: Mary, solemne como siempre; Kitty, medio escondida detrás de Lydia, quien inspeccionaba la habitación con el aire de un general revisando sus tropas. Elizabeth venía al

final, luciendo como si prefiriera estar en cualquier otro lugar, pero estaba decidida a afrontar cualquier caos que su madre pudiera inducir en los procedimientos.

—Señora Bennet —el señor Bingley se levantó de un salto de su asiento e hizo una pequeña reverencia—. La señorita Bennet se está recuperando bien, confío.

—Recuperándose, sí, pero aún no completamente —replicó la señora Bennet, sus cintas temblando—. ¡Oh, apenas pude dormir de preocupación! Mis nervios...

—Qué amable de su parte traer a sus hijas a ver a su hermana —intervino Darcy suavemente, esperando desviar la conversación, aunque dudaba que lo lograra. Su mirada se dirigió hacia las hermanas menores de Elizabeth. Kitty logró una reverencia incierta, mientras que Lydia ofreció una rápida inclinación antes de dirigirse directamente a Bingley.

—¿Hay un salón de baile aquí? —preguntó Lydia—. ¿Dará usted un baile, señor Bingley? ¡Oh, diga que sí! ¡Anhelo un baile!

Bingley pareció un poco sobresaltado y dijo algo tonto sobre lo maravilloso que sería dar un baile una vez que la señorita Bennet se hubiera recuperado, sin duda pensando con anhelo en bailar cada pieza con la dama en cuestión.

Lo que siguió a continuación fue algo que Darcy no habría podido predecir aunque lo hubiera intentado, y él se enorgullecía de estar preparado para casi cualquier eventualidad.

—¿Fanny? —la voz de Lord Matlock retumbó por toda la habitación—. ¡Cielos, sí que eres tú! —declaró, avanzando con todo el entusiasmo de un hombre que acababa de desenterrar un tesoro perdido hace mucho tiempo—. Me lo pregunté cuando escuché el apellido Bennet, pero no podía recordar exactamente dónde se ubicaba la finca de Thomas.

La señora Bennet, que estaba a mitad de una frase en una descripción bastante efusiva de la constitución normalmente robusta de Jane, se quedó completamente inmóvil. Su boca permaneció abierta, aunque no escapó ningún sonido de ella, lo que Darcy pensó en privado que podría ser una primera vez.

—Henry Fitzwilliam —balbuceó ella después de una pausa.

—¡Fanny Bennet! —exclamó de nuevo el conde mientras se detenía frente a ella, sus ojos brillando con un reconocimiento inconfundible. Extendió ambas manos hacia ella, dejando escapar una risa jovial—. Dios mío, ¿cuántos años han pasado? ¿Veinte? ¿Veinticinco?

—Veinticuatro, creo —llegó la débil respuesta de la señora Bennet, aunque aún parecía incapaz de decidir si hacer una reverencia o desmayarse directamente. Dudó solo un momento más antes de colocar sus manos enguantadas en las de él, su expresión una mezcla peculiar de conmoción y desconcierto—. ¿No me dirá que me recuerda, milord?

—¿Recordarla? —Lord Matlock rió con ganas—. ¿Cómo podría olvidarla? ¡Thomas Bennet y yo éramos uña y carne en Cambridge! Era uno de los pocos compañeros que no encontraba completamente ridículo mi matrimonio juvenil. —Le guiñó un ojo de manera cómplice—. Y, mi querida, la reconocería en cualquier parte. Sigue tan encantadora como siempre.

La señora Bennet se sonrojó.

—¿Conocía a mi padre? —la voz de Elizabeth era suave, pero Darcy captó el destello de curiosidad en sus ojos oscuros mientras miraba fijamente a su madre.

—En efecto, sí —continuó el conde, soltando las manos de la señora Bennet solo para gesticular ampliamente—. Su padre era un gran amigo en aquellos días. Incluso asistió a la boda de Margaret y mía, cuando yo era un simple muchacho de dieciocho años. Y Maggie y yo fuimos a la suya y de Fanny, por supuesto, aunque eso fue algunos años después. Ah, ¡qué alegre acontecimiento fue! Maggie habló de ello durante semanas después.

—¿De veras? —La señora Bennet parpadeó rápidamente, como si el recuerdo hubiera sido extraído de un rincón polvoriento de su mente.

—Ciertamente lo hice —llegó una voz melodiosa mientras la condesa se unía a ellos, su sonrisa cálida y acogedora—. Aunque confieso que ha pasado una eternidad desde que hablamos de ello. ¡Qué encantador encontrarnos conocidas una vez más, Fanny!

—Encantador —repitió la señora Bennet débilmente, aunque las comisuras de sus labios comenzaron a temblar hacia arriba, como si no supiera si abrazar este giro inesperado de los acontecimientos o huir de él por completo.

—Thomas y yo perdimos el contacto poco después de que Margaret y yo heredáramos —explicó Lord Matlock, con un tono teñido de nostálgica afección—. Me temo que así suelen ser las cosas. Propiedades que administrar, familias que criar, y demás. Pero dígame, Fanny —se inclinó ligeramente, con sus ojos gris azulado brillando con picardía—, ¿cómo está ese pícaro esposo suyo? Espero que siga siendo tan ingenioso como siempre.

—El señor Bennet está... —titubeó la señora Bennet, su mirada revoloteando nerviosamente entre el conde y sus hijas—. Está muy bien, milord. Muy bien, en efecto. Aunque me temo que pasa demasiado tiempo entre sus libros estos días.

—Ah, algunas cosas nunca cambian —dijo Lord Matlock con una risa estruendosa, dando una palmada—. Ese hombre siempre tenía la nariz metida en un volumen u otro. ¡Supongo que por eso nos llevábamos tan bien!

—Sí —respondió débilmente la señora Bennet.

Darcy, mientras tanto, permanecía clavado en el sitio, sintiendo como si le hubieran quitado la alfombra de debajo de los pies. Su tío —su siempre digno, siempre compuesto tío— intercambiando recuerdos con *la señora Bennet*, ¡de entre todas las personas! Era inconcebible. Si alguien le hubiera dicho esta mañana que tal escena se desarrollaría ante él, podría haberse reído abiertamente. Ahora, sin embargo, solo podía observar con mudo asombro cómo lo imposible se desarrollaba ante sus propios ojos.

—Fanny —dijo Lady Matlock cálidamente, tomando la mano de la señora Bennet entre las suyas —. Qué placer volver a verla después de todos estos años. No ha cambiado ni un ápice.

—Su señoría es demasiado amable —logró decir al fin la señora Bennet, haciendo una apresurada reverencia. Su voz temblaba lo suficiente para delatar sus nervios, pero había una dignidad en su tono que rara vez se hacía notar—. A-Apenas sé qué decir. Ha pasado tanto tiempo, milady.

—Demasiado tiempo —concordó la condesa, sus ojos azules arrugándose con genuino afecto—. Pero estoy encantada de volver a conocerla. ¡Y estas deben ser sus hijas menores! Ya he conocido a Jane y Elizabeth, por supuesto, son unas chicas encantadoras. —Dirigió su mirada hacia las hermanas Bennet más jóvenes, que se habían agrupado como ciervos indecisos sobre si huir o no.

—S-sí —balbuceó la señora Bennet, recuperando algo de su animación habitual a pesar de sí misma. Hizo un gesto apresurado hacia las chicas—. Esta es Mary, mi hija del medio, y Kitty, y Lydia, mi más joven.

Mary parecía a punto de desmayarse mientras hacía una reverencia muy profunda. Kitty y Lydia, por su parte, hicieron reverencias comedidas con los ojos muy abiertos y redondos. Incluso Lydia, usualmente poseída de una energía infinita y una tendencia a las risitas inapropiadas, permaneció inusualmente silenciosa. Kitty parecía como si nunca fuera a hablar de nuevo.

—Qué familia tan encantadora —comentó la condesa, con una expresión cálida—. Debes estar muy orgullosa de ellas, Fanny.

—En efecto, lo estoy, mi señora —respondió la señora Bennet, con las mejillas sonrosadas por una mezcla de orgullo y la mera improbabilidad de escuchar tales palabras de una condesa—. Todas son unas muchachas tan queridas y buenas.

Darcy, que se hallaba algo apartado de la escena, sintió que su asombro se profundizaba con cada momento que pasaba. Sabía que su tía era amable, pero verla extender tal calidez a la señora Bennet, una mujer a quien hasta entonces había considerado el colmo de lo absurdo, estaba casi más allá de su comprensión. Sin embargo, allí estaban, intercambiando cortesías como si fueran

viejas conocidas reunidas después de décadas separadas. Lo cual, se recordó con no poca incredulidad, aparentemente lo eran.

—Señorita Elizabeth —dijo en voz baja, acercándose a su lado—. ¿Sabía usted de esta conexión entre sus padres y mis tíos?

Elizabeth se volvió hacia él, levantando las cejas con sorpresa.

—No —admitió, con un tono lo suficientemente bajo para que solo él pudiera oírla—. No tenía la más mínima noción de ello. Es una conexión de lo más inesperada.

—En efecto —murmuró Darcy, siguiendo con la mirada a Elizabeth de vuelta hacia la condesa y la señora Bennet. Por un momento, se olvidó por completo de sí mismo, con sus pensamientos consumidos por el enigma de la familia Bennet y los inesperados lazos que los unían a la suya. Pero entonces Elizabeth se volvió hacia él, con sus ojos oscuros iluminados por la curiosidad, y recordó, con sorprendente claridad, exactamente por qué su familia le importaba tanto después de todo.



Las damas Bennet apenas habían partido de Netherfield cuando Margaret Fitzwilliam se encontró incapaz de resistir el tirón de la curiosidad. Grácilmente posada sobre un canapé delicadamente bordado en la sala de estar, se volvió hacia su marido con un brillo en sus penetrantes ojos azules que Henry reconoció muy bien.

—Henry —comenzó, con un tono que llevaba una inconfundible corriente subyacente de determinación—, me encuentro bastante entusiasmada con la idea de renovar nuestra amistad con los Bennet.

El conde de Matlock, que había estado inspeccionando un jarrón bastante chillón en la repisa de la chimenea con evidente desdén, arqueó una ceja y se permitió una pequeña sonrisa conocedora.

—Ah, Maggie —dijo con sorna, volviendo a colocar la pieza ofensiva en su lugar—, no te contentas simplemente con reunir a viejos amigos en teoría; debes verlo hecho en la práctica. Que el cielo no permita que dejes un solo hilo de conexión sin coser.

—Precisamente —respondió Margaret, imperturbable ante sus bromas. Cruzó las manos pulcramente sobre su regazo, una imagen de elegante resolución—. Sería una gran negligencia por nuestra parte no hacer una visita a Longbourn. Después de todo, han pasado décadas desde

que vimos al señor Bennet por última vez, y estoy bastante segura de que se alegrará de vernos de nuevo.

—Décadas —meditó Henry, acariciando su barba bien recortada—. Los días de Cambridge... hace toda una vida. Sin embargo, lo recuerdo bien. Una mente aguda, ingenio rápido y demasiado aficionado a citar poetas oscuros a horas intempestivas.

—Una indulgencia que compartías, si mal no recuerdo —replicó Margaret con un toque de picardía—. ¡Y no olvidemos que conspiraron juntos para introducir una cabra en las habitaciones de su tutor! ¡Has estado compartiendo esa anécdota en las cenas desde entonces!

—Ah, sí —dijo Henry, con una risa rica e impenitente—. Thomas Bennet era un buen amigo. Muy bien, querida, descendamos sobre Longbourn y pongamos a prueba los límites de su hospitalidad.

Margaret inclinó la cabeza, satisfecha de que su marido hubiera adoptado su forma de pensar, como tan a menudo hacía, aunque se cuidó de no alardear. —Excelente. Partiremos poco después del almuerzo. No sería apropiado llegar sin anunciarnos sin haber tomado el sustento adecuado primero.

Cuando llegaron a Longbourn más tarde ese día, la casa de los Bennet se sumió en un torbellino de actividad. Los sirvientes corrían de un lado a otro como faisanes asustados, y la voz de la señora Bennet, aunque menos estridente de lo habitual, se oía dando órdenes con un aire de importancia sin aliento.

—Por favor, siéntense, Lady Matlock, milord —insistió la señora Bennet, señalando hacia la sala de estar con una mano temblorosa. Parecía debatirse entre hacer una reverencia y retorcerse las manos, optando finalmente por algo que se asemejaba torpemente a ambas cosas—. Iré a buscar al señor Bennet inmediatamente. ¡Oh, qué sorpresa es esta! ¡Pensar que tenemos tan distinguida compañía bajo nuestro humilde techo!

—Por favor, no se moleste por nosotros —dijo Margaret amablemente—. Estamos aquí solo para renovar una vieja amistad, no para causar revuelo.

—Aunque me atrevería a decir que causar revuelo es inevitable —murmuró Henry entre dientes, ganándose una mirada de reproche de su esposa. Fanny Bennet nunca había sido la mujer más inteligente o estable, y los años no la habían mejorado en lo más mínimo, algo que era evidente para ambos.

Momentos después, el señor Bennet entró en la habitación, su expresión era de leve curiosidad atemperada por un habitual desapego. Pero en el instante en que su mirada se posó en Henry, la máscara de indiferencia se desvaneció.

—¡Henry Fitzwilliam! —exclamó, avanzando con un vigor que desmentía sus años—. ¡Por Júpiter, sí que eres tú, viejo diablo!

—En efecto, soy yo —respondió Henry, levantándose para estrechar la mano de su amigo con cordial calidez—. Y veo que el tiempo no ha embotado tu lengua, Thomas. Ni, sospecho, tu propensión a las travesuras.

—Ni la tuya —replicó el señor Bennet con una amplia sonrisa—. Ven, debemos ponernos al día apropiadamente. La biblioteca nos espera, y he adquirido algunos volúmenes desde la última vez que nos vimos que estoy seguro impresionarán incluso tus elevados estándares.

—¿Libros, dices? —dijo Henry con entusiasmo—. Muy bien, guía el camino. Margaret, querida, ¿confío en que me perdonarás por abandonarte a la tierna misericordia de la señora Bennet?

—Vayan los dos —dijo Margaret con un gesto de la mano y una sonrisa indulgente—. Les aseguro que me las arreglaré perfectamente bien.

Y mientras los dos hombres desaparecían por el pasillo, con sus voces ya elevándose en risas y animada conversación, Margaret se acomodó en su asiento, preparada para navegar lo que la tarde —y la señora Bennet— pudieran deparar. Mirando a su alrededor, pensó que la sala de estar de Longbourn era acogedora, sin duda, pero carecía de la grandeza a la que estaba acostumbrada. El papel tapiz, aunque seguramente alguna vez estuvo de moda, mostraba las inequívocas señales de la edad, con su estampado floral descolorido en los lugares donde la luz del sol había sido más implacable.

—Tome otra galleta, Lady Matlock —instó la señora Bennet, con voz chillona por la energía nerviosa—. Son de mi receta especial, bueno, no exactamente mía, sino de nuestra cocinera, que es muy ingeniosa con estas cosas.

—Qué amable de su parte, señora Bennet —Lady Matlock dio un delicado mordisco y sonrió educadamente, aunque la galleta se deshizo demasiado seca para su gusto. Su atención se desvió hacia las jóvenes Bennet sentadas cerca de la ventana, con posturas inusualmente rígidas mientras se agitaban bajo su mirada.

Kitty intentaba, con éxito limitado, bordar un pañuelo, mientras Lydia permanecía ociosa, parloteando de una manera poco apropiada para una joven dama. Sus vestidos, aunque cortados según los últimos estilos, revelaban, tras una inspección más cercana, estar confeccionados con telas modestas, la costura quizás un poco desigual. Era evidente que estas prendas eran producto de una diligente costura casera más que el trabajo de una modista hábil. Sin embargo, si Lady Matlock admiraba algo, era el ingenio, y se encontró ablandándose hacia las chicas a pesar de su evidente falta de refinamiento.

—Sus hijas tienen un encanto tan juvenil —aventuró con una sonrisa graciosa, aunque sus ojos se demoraron en las cintas demasiado vivas que adornaban el sombrero de Lydia—. Sin duda, un hogar muy animado.

—Sí, animado —repitió la señora Bennet, aunque su voz tembló levemente, y por un fugaz momento, su perpetua alegría se agrietó como hielo fino sobre un estanque. Miró hacia la esposa del conde, su expresión repentinamente más contenida—. Debo confesar que no siempre es fácil tener cinco hijas y ningún hijo varón.

—Ah —dijo Lady Matlock suavemente, percibiendo el cambio de tono. Colocó su taza de té sobre el platillo con cuidado deliberado, dando a la señora Bennet toda su atención—. Aunque Henry y yo fuimos bendecidos con dos hijos varones, puedo imaginar lo desafiante que debe ser.

La señora Bennet exhaló un suspiro que parecía provenir de algún lugar profundo y oculto dentro de ella. —Oh, Lady Matlock, es más que desafiante. ¡Es una preocupación interminable! La propiedad del señor Bennet está vinculada, ¿sabe usted?, a un primo lejano, y cuando pienso en lo que será de nosotras si... —Se interrumpió, presionando una mano contra su pecho como si el mero pensamiento pudiera abrumarla.

—Cuán difícil debe ser esto para usted —ofreció Lady Matlock, con voz suave y empática. Absurda o no, había algo profundamente humano en la angustia de Fanny Bennet, cuya crudeza se abría paso a través de su habitual teatralidad.

—¡En efecto! —exclamó la señora Bennet, envalentonada por la comprensión de la condesa—. Por eso estoy tan decidida a ver a mis hijas casadas y bien establecidas. ¡Ay, pero usted no puede imaginar la tensión que supone, mi señora! Tener cinco hijas, todas necesitadas de marido, y ninguna con una fortuna digna de mención...

—Vamos, vamos —replicó Lady Matlock con una sonrisa tranquilizadora—. Subestima usted los encantos de sus hijas, señora Bennet. La belleza y el ingenio a menudo logran lo que el oro no puede.

—¿De verdad lo cree así? —preguntó la señora Bennet, con los ojos abiertos de par en par por la esperanza, aunque su agarre sobre la taza de té seguía siendo precariamente firme—. Jane es una querida, tan hermosa y gentil, y Lizzy... —aquí vaciló, frunciendo el ceño—. Bueno, Lizzy está decidida a casarse solo por amor, lo cual es muy romántico pero poco práctico. Y luego está Mary, tan estudiosa, y Kitty y Lydia... ¡Oh, todavía son tan jóvenes, pero son muy vivaces!

—Tal vivacidad puede servirles bien —dijo Lady Matlock diplomáticamente, aunque en privado se reservaba sus propias conclusiones sobre el asunto. La actual ocupación de Lydia de reírse al oído de su hermana no auguraba nada bueno para sus perspectivas.

—Un hijo nos habría asegurado a todos, ¿sabe?, y me habría ahorrado esta constante ansiedad. Pero, ay, no pudo ser —Fanny se secó la comisura del ojo con un pañuelo de encaje.

—La vida rara vez nos concede todo lo que deseamos —reflexionó Lady Matlock en voz alta—. Pero a menudo proporciona oportunidades donde menos se espera. Quizás usted también lo compruebe, señora Bennet.

—¿Oportunidades? —repitió la señora Bennet, con la curiosidad picada incluso mientras parpadeaba para contener las lágrimas—. ¿Qué clase de oportunidades, mi señora?

—Pues, el tipo de oportunidades que surgen cuando uno mantiene una mente abierta —respondió Lady Matlock enigmáticamente. Una tenue sonrisa jugueteaba en sus labios, aunque sus penetrantes ojos azules no estaban fijos en la señora Bennet sino en las dos hijas menores, que se habían propuesto realizar una pantomima improvisada en el rincón.

Kitty parecía estar imitando un desmayo, aunque poco convincentemente, mientras que Lydia, claramente la más teatral de las dos, se aferraba a un galán imaginario y se declaraba "¡la belle de todo Hertfordshire!" en tonos que difícilmente podrían llamarse sutiles.

—Qué chicas tan vivaces —comentó Lady Matlock, sus palabras impregnadas de una suavidad que enmascaraba su creciente determinación. Se volvió hacia la señora Bennet, cuyas mejillas se sonrojaron levemente mientras seguía la mirada de la condesa hacia su progenie más joven—. Sin embargo, me pregunto si tal exuberancia no se beneficiaría de un poco de... refinamiento.

—¿Refinamiento? —repitió la señora Bennet, frunciendo ligeramente el ceño, aunque no se podía negar el tono levemente defensivo en su voz—. Vaya, pero si son jóvenes, mi lady. ¡Llenas de energía y vivacidad! Tales cosas son naturales a su edad.

—En efecto, y encantadoras en ocasiones —convino Lady Matlock con suavidad, ladeando la cabeza como si considerara sus siguientes palabras con gran cuidado—. Sin embargo, no puedo evitar pensar... —Aquí hizo una pausa, suavizando su voz hasta algo casi maternal—. Tener a las cinco hijas en sociedad al mismo tiempo debe ser una tarea tremenda. Es una bendición poco común, sin duda, pero quizás no exenta de desafíos, ¿no es así?

—¿Desafíos? —repitió la señora Bennet, su expresión atrapada entre la curiosidad y la aprensión —. ¿A qué se refiere, Lady Matlock?

—Simplemente a esto —dijo Lady Matlock, inclinándose ligeramente hacia adelante, con las manos descansando suavemente una sobre la otra—. El mundo puede ser... implacable cuando se trata de primeras impresiones. Y aunque sus hijas mayores tienen mucho a su favor, se me ocurre que la señorita Kitty y la señorita Lydia, encantadoras como son, podrían beneficiarse de un poco más de madurez antes de sumergirse por completo en los rigores de la sociedad.

—¿Madurez? —La voz de la señora Bennet se elevó medio tono, y parpadeó rápidamente como si no estuviera segura de si debía ofenderse—. Oh, mi lady, debo decir que es usted muy amable al decirlo, pero ¿qué se puede hacer? Ya han debutado, y...

Hizo un gesto vago con la mano, como para sugerir que el asunto estaba completamente fuera de su control—. Puede que sea un poco tarde ahora.

—¿Tarde? —Lady Matlock rió suavemente—. Tonterías, mi querida señora Bennet. Nunca es tarde para invertir en los hijos. Vaya, puedo pensar en un sinfín de jovencitas que se han beneficiado enormemente de un breve período de estudio y disciplina lejos de casa. Hay una escuela muy respetable no muy lejos de aquí, en Oxford. Varias de mis conocidas han enviado allí a sus hijas con excelentes resultados.

—¿Escuela? —La señora Bennet miró a Lady Matlock como si acabara de sugerir enviar a Kitty y Lydia a las colonias—. ¿De verdad cree...? —Se interrumpió a mitad de la frase, su expresión cambiando de incredulidad a algo más pensativo—. Bueno, supongo que Kitty podría... ¡Pero Lydia! —Su voz bajó a un susurro, aunque el objeto de su preocupación seguía siendo ostensiblemente audible mientras continuaba su dramática actuación en el rincón—. Me temo que encontraría un lugar así terriblemente aburrido.

—Quizás al principio —concedió Lady Matlock, su sonrisa ganando un toque de acero bajo su calidez—. Pero he descubierto que las jóvenes de carácter fuerte —su mirada se dirigió significativamente hacia Lydia— son precisamente las que prosperan cuando se les da la orientación adecuada. La confianza, después de todo, se templa mejor con el buen juicio y los logros.

—Buen juicio y logros —murmuró la señora Bennet, como si saboreara la frase poco familiar—. Suena bastante... ventajoso.

—Precisamente —respondió Lady Matlock—. Y si así lo desea, señora Bennet, estaría encantada de hacer las presentaciones necesarias. Una palabra mía a la directora aseguraría los arreglos más fluidos.

Por un momento, la señora Bennet no dijo nada, con los labios fruncidos en contemplación. Luego, con un suspiro que parecía liberar años de preocupación contenida, asintió. —Bueno, quizás valga la pena considerar la escuela. Para Kitty, al menos. En cuanto a Lydia...

—¿Escuela? —exclamó Lydia, con un tono tan incrédulo que rayaba en lo teatral. Sus rizos rebotaron mientras giraba la cabeza hacia su madre, luego hacia Lady Matlock, su joven rostro resplandeciente de incredulidad—. ¡No puede hablar en serio!

—Completamente en serio —respondió Lady Matlock, su serena compostura imperturbable ante el arrebato de Lydia—. La escuela puede hacer maravillas por las jóvenes que necesitan refinamiento.

—¡Refinamiento! —repitió Lydia, su voz elevándose lo suficiente como para hacer que Kitty se estremeciera a su lado—. ¡Que sepa usted que soy perfectamente refinada! ¡Apenas la semana pasada, el teniente Denny dijo que yo bailaba mejor que cualquier otra chica en Meryton!

—No dudo que el señor Denny, quienquiera que sea —dijo Lady Matlock con frialdad, arqueando una ceja elegantemente perfilada—, difícilmente sea el árbitro del decoro o del talento. La opinión de un soldado, aunque halagadora, no debe confundirse con la apreciación de la sociedad.

El leve rubor que subía por las mejillas de Lydia podría haber sido tanto por indignación como por vergüenza. Abrió la boca, sin duda para montar una defensa ardiente, pero lo que salió en su lugar fue un chillido ahogado cuando Lady Matlock la fulminó con una sola mirada intimidante; una mirada tan calmada, tan imponente en su silenciosa autoridad, que incluso la señora Bennet pareció momentáneamente enmudecida.

—Señorita Lydia —comenzó Lady Matlock, su voz de acero endulzado—, le haría bien recordar que la juventud no otorga inmunidad frente a los requisitos de la propiedad. Y además —aquí, su tono se afiló lo suficiente como para cortar el aire—, ninguna señorita menor de dieciocho años asistirá a ningún baile celebrado en Netherfield. Eso, le aseguro, no es negociable.

—No... asistir —balbuceó Lydia, como si el concepto mismo fuera una afrenta a la naturaleza. Sus ojos se abrieron como si Lady Matlock hubiera sugerido exiliarla a algún páramo olvidado —. Pero... ¡pero *todos* estarán allí!

—Solo aquellos de edad y porte apropiados —contrarrestó Lady Matlock con suavidad—. La distinción, querida, es tanto por tu beneficio como por el de ellos. Es mucho mejor hacer la entrada en sociedad cuando una está verdaderamente preparada para deslumbrar, que arriesgarse a ser recordada por... razones menos favorables.

Una fuerte inhalación de Lydia señaló la tormenta inminente, pero antes de que pudiera desatar cualquier réplica ardiente que estuviera preparando, Lady Matlock se levantó con gracia de su asiento. La luz del sol de la tarde que entraba por la ventana resaltó las delicadas hebras plateadas de su cabello, otorgándole un aura casi regia. Con una pequeña y compuesta sonrisa, añadió: —Y aunque admiro su entusiasmo, señorita Lydia, creo que es hora de que lo canalicemos en actividades más dignas. El colegio, pienso, ofrecerá precisamente esa oportunidad.

—¡El colegio! —balbuceó Lydia una vez más, su voz quebrándose por la desesperación mientras se volvía desesperadamente hacia su madre—. Mamá, ¡no puedes permitir esto!

—Vamos, vamos, niña —tartamudeó la señora Bennet, abanicándose nerviosamente mientras miraba alternativamente a su hija menor y a Lady Matlock—. Quizás Lady Matlock tenga razón. Un poco de refinamiento podría...

—¿*Refinamiento*? —Si Lydia había estado indignada antes, ahora estaba positivamente volcánica —. ¡No necesito refinamiento, mamá! ¡No soy un mueble aburrido!

—Precisamente por eso una educación adecuada te servirá bien —intervino Lady Matlock suavemente, como si las protestas de Lydia no fueran más que el graznido lejano de unos gansos demasiado entusiastas. Luego, con una ligera inclinación de cabeza hacia la señora Bennet, añadió—: Considérelo, señora. Después de todo, incluso los diamantes más finos necesitan pulirse antes de poder brillar.

Lydia se desplomó en la chaise-longue en un montón dramático. —Completamente bárbaro —siseó Lydia entre dientes, aunque no tan bajo como para que Lady Matlock no pudiera oírla. La condesa simplemente sorbió su té, completamente imperturbable, y permitió que la habitación se sumiera en un silencio tenso e incómodo.

Por un breve momento, Kitty intentó captar la mirada de Lydia, como para transmitir alguna solidaridad silenciosa, pero al ver la expresión tormentosa de su hermana, sabiamente lo pensó mejor. En su lugar, se ocupó con su costura, evitando el peso de la mirada vigilante de Lady Matlock.

—Bárbaro o no —murmuró por fin Lady Matlock, dejando su taza de té con un suave tintineo—, descubrirá, señorita Lydia, que el buen juicio y los logros nunca pasan de moda. —Con eso, sonrió —una sonrisa que prometía que sus palabras no eran una mera sugerencia, sino ley— y volvió su atención a la señora Bennet, que jugueteaba nerviosamente con su pañuelo.

Lydia fulminó con la mirada, cruzando los brazos sobre su pecho en un gesto de desafío. Pero a pesar de su bravuconería, no se podía pasar por alto el destello de incertidumbre detrás de su mohín petulante. Parecía que, por una vez, sus tácticas habituales de encanto juvenil y berrinches habían fallado en lograr sus objetivos, y que en la pulida y astuta Lady Matlock, había encontrado la horma de su zapato.



Capítulo Cinco

ELIZABETH ASCENDIÓ POR LA gran escalera de Netherfield, sus pensamientos arremolinándose con incredulidad. ¡Los Matlock! ¿El ilustre conde y la condesa, conocidos íntimos de sus padres? Parecía demasiado absurdo para ser cierto, como una historia fantástica escrita por un novelista demasiado ambicioso.

Haciendo una pausa en el rellano, Elizabeth presionó suavemente su mano contra el pasamanos pulido, sus labios temblando con una sonrisa incrédula. ¿Qué otros secretos guardaban sus padres? Quizás lo próximo que descubriría sería que su padre había cenado una vez con el Príncipe Regente o que su madre era la heredera perdida de un ducado. Sacudió la cabeza y continuó hacia la habitación de Jane, sus suaves zapatillas apenas haciendo ruido contra el suelo alfombrado.

—¿Jane? —llamó Elizabeth suavemente mientras abría la puerta.

La señora Whiting levantó la vista de su asiento cerca del fuego y de su siempre presente labor de punto con una sonrisa. —Ha estado despierta estos últimos minutos. Parece un poco más ella misma; creo que la fiebre está cediendo. Las dejaré solas —. Dejando su tejido, se deslizó fuera de la habitación, dejando a las hermanas a solas.

Jane yacía aún en la cama, pero las marcas rojas de la fiebre en sus pálidas mejillas habían disminuido algo, y sus ojos azules estaban despejados. —Lizzy —dijo débilmente, con una sonrisa temblorosa en sus labios—. Siento ser tanta molestia...

—No eres ninguna molestia en absoluto —dijo Elizabeth con firmeza, cerrando la puerta y sentándose al lado de Jane—. Pero tengo que contarte lo que acabo de descubrir. ¡Lord Matlock y nuestro padre estuvieron juntos en Cambridge! La misma Lady Matlock prácticamente declaró que nuestros padres eran viejos amigos. ¿Lo sabías?

Jane parecía tan asombrada como Elizabeth se sentía. —No —respondió suavemente, negando con la cabeza—. No tenía idea.

—Bueno, yo ciertamente tampoco —dijo Elizabeth, cruzando los brazos—. Es muy irritante sentirse tan completamente desinformada sobre la propia familia. Lo próximo será que nos revelen que estamos emparentados lejanamente con los Césares de Roma.

La risa de Jane fue suave. —Oh, Lizzy, no debes dejar que te preocupe. Estoy segura de que hay una explicación perfectamente razonable.

—¿Razonable? —repitió Elizabeth, arqueando una ceja—. Jane, ¡los Matlock! No puedes llamar a eso razonable. ¿Nuestra querida madre, que nunca ha conocido a un personaje eminente sin exaltar sus virtudes a cualquiera que esté al alcance de su voz, de alguna manera ha olvidado mencionar una amistad de décadas con un conde y una condesa? Me parece totalmente irrazonable.

—No te alteres por ello —dijo Jane—. Mamá y papá están llenos de sorpresas, es cierto, pero seguramente esta revelación no significa nada inapropiado.

—Tal vez no —concedió Elizabeth, aunque su expresión seguía siendo escéptica—. Pero confieso que siento como si el suelo bajo mis pies se hubiera movido ligeramente. ¿Qué más podría no saber? O peor aún, ¿qué otra sorpresa nos deparará mamá?

Jane sonrió, pero luego tosió, y Elizabeth se ocupó de atenderla y persuadirla para que tomara una de las pociones del boticario. Sentándose en la cama junto a su hermana mientras Jane se calmaba, los pensamientos de Elizabeth volvieron a la escena más inesperada que acababa de ocurrir abajo.

—Deberías haber visto la cara de la señorita Bingley —dijo, con una risa burbujeante al recordar la indignación silenciosa de Caroline—. Si alguna vez hubo un estudio de ambición frustrada, sin duda estaba pintado en su semblante hoy. Me atrevo a decir que las atenciones de Lady Matlock hacia mamá fueron más de lo que la pobre Caroline pudo soportar.

—Lizzy, no debes sentir tanto placer en la incomodidad de otros —le reprendió Jane, aunque las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba, traicionando su propia sonrisa reprimida—. Es poco amable.

—¿Poco amable? Quizás —Elizabeth se reclinó, apoyándose en sus manos—. Pero completamente irresistible. La actitud de la señorita Bingley ciertamente contrasta mucho con la de Lady Matlock; ni siquiera es su casa, y mira cuán asidua ha sido en sus atenciones hacia ti.

—Lady Matlock ha sido extraordinariamente amable —dijo Jane—. No parece vernos como... inconvenientes, como algunos podrían.

—Amabilidad, en efecto —asintió Elizabeth, aunque su sonrisa se tornó irónica—. Y cuán magnánimo de su parte otorgarla a criaturas tan humildes como nosotras. Verdaderamente, somos bendecidas más allá de toda medida.

—Vamos, Lizzy —protestó Jane suavemente—. No debes ser tan cínica. El interés de Lady Matlock parece genuino, ¿no es así? Y en cuanto a la señorita Bingley... —Aquí, Jane dudó, siempre ansiosa por encontrar lo bueno en todos—. Quizás se sienta... un poco desplazada en su propia casa. No puede ser fácil, entretener a los invitados y manejar tantas personalidades. Estoy segura de que, cuando llegues a conocerla mejor, encontrarás mucho que admirar en ella.

—¿Admirar? —repitió Elizabeth, arqueando una ceja con tal incredulidad que incluso Jane no pudo contener una risa.

—Sí, admirar —insistió Jane, aunque su voz ahora tenía menos convicción—. Es instruida, ¿no es así? Y muy devota de su hermano.

—¿Instruida en qué, precisamente? ¿En lanzar miradas despectivas? ¿En hablar con indirectas veladas? ¿O quizás en orquestar la disposición perfecta de los cojines para mostrar su superioridad? —bromeó Elizabeth, ganándose otra risa de su hermana.

—¡Lizzy! —exclamó Jane, aunque su tono era más divertido que de reprimenda—. Realmente creo que te agradará, con el tiempo.

—Ah, querida Jane —dijo Elizabeth, sacudiendo la cabeza con cariño—. Tu capacidad para ver virtud en los lugares más improbables es nada menos que milagrosa. Pero me temo que mis poderes de percepción no están tan divinamente inspirados.

Jane sonrió, aunque sus párpados revolotearon con cansancio, una señal sutil pero reveladora. Elizabeth lo notó inmediatamente y se puso de pie.

—Basta ya —declaró con ligereza—. Estás cansada, y yo soy una incorregible fuente de distracción. Descansa ahora, querida hermana, antes de que te provoque a defender más a Caroline Bingley. No quisiera poner en peligro tu salud con un ejercicio tan exigente.

—Está bien —cedió Jane con una pequeña risa—. Pero solo si prometes no atormentar demasiado a la pobre señorita Bingley en mi ausencia.

—Por mi honor —respondió Elizabeth, aunque el brillo travieso en sus ojos sugería lo contrario.

Mientras se dirigía a cenar más tarde esa tarde, Elizabeth se encontró sonriendo a pesar de sus frustraciones anteriores. Cualesquiera que fueran los desafíos que se avecinaban, ya fuera en forma del desprecio de Caroline Bingley o el inesperado patrocinio de Lady Matlock, no tenía duda de que la vida continuaría proporcionando amplio material para su ingenio. Y en verdad, ¿qué más se podía pedir?

Elizabeth apenas había llegado al salón cuando un lacayo entró con una bandeja de plata, sobre la cual yacía una nota doblada con el sello de Matlock. Todas las miradas se volvieron expectantes hacia Caroline Bingley mientras la recogía, sus movimientos tan deliberados y precisos como si estuviera actuando para un público de mucho más de cinco personas. Rompió el sello de cera con lo que Elizabeth solo podía describir como una ceremonia innecesaria antes de escanear su contenido.

—Bueno —comenzó Caroline, sus labios curvándose en una sonrisa que no llegaba del todo a sus ojos—, parece que Lord y Lady Matlock han sido invitados a cenar en Longbourn esta noche. —Su tono era ligero, pero había una agudeza reveladora debajo, como el brillo de una hoja medio oculta.

—¡Qué encantador! —exclamó el señor Bingley desde su asiento junto al fuego, donde había estado removiendo distraídamente los leños—. Me atrevo a decir que disfrutarán inmensamente de la compañía de la señora Bennet. ¡Qué anfitriona tan animada!

Elizabeth se mordió el interior de la mejilla para reprimir una risa. La imagen de Lady Matlock soportando las efusiones de su madre sobre caballeros elegibles y adornos de encaje era casi demasiado rica. Pero la expresión de Caroline se congeló a medio sonreír, traicionando un destello de incertidumbre: ¿era esto realmente un desaire o simplemente una coincidencia desafortunada?

—Solo podemos esperar —respondió Caroline con suavidad, recuperando la compostura, aunque su mirada se dirigió brevemente hacia Elizabeth—. Es una lástima que no pudieran unirse a nosotros nuevamente, pero supongo que algunos están más acostumbrados a entretenimientos más sencillos.

—En efecto —dijo Elizabeth, encontrándose con la mirada de Caroline y arqueando una ceja—. Pero, después de todo, la sencillez tiene sus encantos. Quizás sea un alivio para ellos después de los rigores de la sociedad londinense.

Un leve tic en la mandíbula de Caroline reveló su irritación, aunque rápidamente lo ocultó tras una sonrisa melosa. —Oh, sin duda, señorita Eliza. Aunque habría pensado que tan distinguida compañía preferiría una conversación algo más... refinada.

—Tal vez —reflexionó Elizabeth en voz alta, inclinando la cabeza como si considerara el asunto —, pero encuentro que el verdadero refinamiento reside en la sinceridad, más que en la afectación. ¿No está usted de acuerdo?

—Caroline, ¿no crees que hace bastante calor aquí? —interrumpió alegremente el señor Bingley, quizás percibiendo la necesidad de redirigir la conversación—. ¿Tal vez deberíamos abrir una ventana?

—Si hace calor, es solo porque has avivado demasiado el fuego, Charles —respondió Caroline, con voz cortante, aunque asintió en señal de acuerdo. Mientras agitaba la mano para llamar al lacayo y que se ocupara del asunto, Elizabeth se permitió un momento de diversión.

La cena transcurrió sin más incidentes, aunque las ocasionales pullas de Caroline continuaron salpicando la conversación como flechas mal dirigidas, fácilmente desviadas por el ingenio de Elizabeth. Cuando el grupo se retiró al salón que la señorita Bingley prefería por las noches, Elizabeth se encontró anhelando el tranquilo refugio de la presencia de Jane. Declinó jugar a las cartas y se acomodó con un libro.

Elizabeth pasó la delgada y crujiente página de su libro con deliberada lentitud, más para ocuparse que por un verdadero interés en el texto. En realidad, el salón nunca se había sentido tan inquieto, con una peculiar tensión vibrando bajo su superficie refinada. El rasgueo de la pluma del señor Darcy contra el papel mientras escribía una carta a su hermana proporcionaba el único ritmo real, aunque era interrumpido irregular y exasperantemente por las persistentes intervenciones de Caroline Bingley.

—Por favor, señor Darcy —dijo Caroline con voz arrastrada—, dígale a Georgiana cuánto anhelo verla de nuevo. ¡Es tan encantadora, de verdad! Tan talentosa para su edad. Vaya, toca el pianoforte mejor que cualquier persona que haya escuchado jamás.

La pluma se detuvo a mitad del rasgueo. El señor Darcy frunció ligeramente el ceño, aunque no levantó la vista. —Ciertamente transmitiré sus sentimientos, señorita Bingley —dijo, con un tono tan medido y uniforme como el hombre mismo. Reanudó su escritura sin más comentarios.

—En efecto, tales logros son raros en estos días —continuó Caroline, imperturbable, elevando su voz como si quisiera asegurarse de que nadie, y menos aún el señor Darcy, pudiera ignorarla—. Es tan refrescante ver a una joven dedicada a las artes. Y qué afortunada es de tener un hermano tan atento a su educación y refinamiento. Me atrevería a decir —miró significativamente al señor Bingley, quien levantó la vista de sus cartas con aire de leve confusión— que tal cuidado podría inspirar a otros a seguir su ejemplo. ¿No estás de acuerdo, Charles?

—¿De acuerdo con qué? —preguntó el señor Bingley alegremente, habiendo perdido por completo el hilo de la conversación.

—Con que las hermanas menores merecen todas las oportunidades para ser guiadas apropiadamente —respondió Caroline con suavidad, aunque hubo un destello de irritación en su expresión. Su mirada se deslizó de nuevo hacia el señor Darcy—. Georgiana será una esposa excelente para algún afortunado caballero algún día. ¡Tantos talentos! Tanta... *idoneidad*.

Los labios de Elizabeth se crisparon, aunque mantuvo los ojos fijos en su libro. Idoneidad, sin duda. ¿Estaba Caroline insinuando que Georgiana se casara con el señor Bingley? ¿O quizás simplemente pretendía halagar al señor Darcy ensalzando las virtudes de su hermana? De cualquier manera, la actuación era tan transparente como el cristal.

—Señorita Eliza —la voz de Caroline interrumpió sus reflexiones, afilada y cortante—, ha estado usted notablemente callada esta noche. ¿Qué está leyendo que capta su interés tan profundamente?

Elizabeth levantó la mirada lentamente.

—Una novela, señorita Bingley —respondió con serenidad—. Una debe encontrar entretenimiento donde pueda.

—Ah, una *novela* —dijo Caroline, con un tono impregnado de desdén—. Qué divertido. Aunque supongo —sus ojos recorrieron el libro de Elizabeth con desprecio— que una debe ser cautelosa al no dejarse llevar demasiado por tales frivolidades. Después de todo, hacen poco para cultivar una mente verdaderamente refinada.

—En efecto —murmuró Elizabeth, imperturbable, volviendo su mirada a la página. No caería en la provocación. No esta noche.

—Al contrario —intervino la voz del señor Darcy, tranquila pero firme, deteniendo tanto la lectura de Elizabeth como el pavonearse de Caroline. Dejó su pluma y levantó la mirada por primera vez, con sus ojos oscuros agudos y firmes—. Ninguna mujer puede considerarse verdaderamente refinada a menos que mejore su mente a través de una lectura extensa. Es —añadió, con una leve inclinación de cabeza— una señal de discernimiento.

Caroline parpadeó, visiblemente desconcertada. Por una vez, parecía haberse quedado sin palabras.

La comisura de la boca de Elizabeth se crispó a pesar de sus mejores esfuerzos. Inclinó su libro ligeramente más alto, como si el acto pudiera protegerla de la creciente oleada de risa que burbujeaba en su pecho. Era un esfuerzo inútil. El comentario perfectamente oportuno del señor

Darcy, tan devastadoramente preciso y pronunciado con tal calma y autoridad, había dejado a Caroline Bingley desconcertada más allá de la recuperación. Una visión rara y gloriosa.

—Lectura extensa, en efecto —murmuró finalmente Caroline, apretando los labios en una línea tan tensa que podría haber sacado sangre. Su abanico se abrió con un chasquido audible, y lo agitó frente a su rostro con un vigor exagerado, como si intentara enfriar la indignación que hervía bajo su exterior compuesto.

Los ojos de Elizabeth se deslizaron de lado contra su voluntad, asomándose por el borde de su novela. Para su inmensa incomodidad, el señor Darcy ya la estaba mirando. Su expresión era de estudiada neutralidad, pero había un destello revelador en sus ojos, un brillo de picardía, o quizás diversión, que suavizaba los bordes duros de su semblante.

Atrapada, Elizabeth sintió que se le cortaba la respiración. Ahí estaba de nuevo, esa cualidad sorprendentemente humana que tan raramente asociaba con él. ¿El distante e inflexible señor Darcy, traicionando un rastro de regocijo? Casi dejó caer su libro.

Su mirada se prolongó por una fracción más de lo que dictaba la propiedad, y aunque no movió ni un músculo, Elizabeth tuvo la clara impresión de que él también luchaba por mantener intacta su compostura.

Lo absurdo de todo aquello, el entendimiento compartido, la silenciosa conspiración entre ellos, era demasiado. Elizabeth apretó los labios con fuerza, obligándose a no estallar en una risa poco femenina. Pero, ¡oh, qué tentador era! Casi podía oír el jadeo escandalizado que Caroline emitiría si lo hiciera.

—Señorita Eliza, ¿se encuentra bien? —La voz de Caroline cortó el silencio cargado. Claramente había recuperado suficiente ingenio para lanzar una pulla en dirección a Elizabeth—. Parece... distraída.

—En absoluto, señorita Bingley —respondió Elizabeth, con una voz modelo de serenidad, aunque su agarre de nudillos blancos sobre el libro traicionaba su lucha—. Simplemente estaba reflexionando sobre el excelente punto del señor Darcy.

La cabeza de Darcy se inclinó muy levemente, el más mínimo asentimiento de reconocimiento, ¿o era gratitud?, antes de volver su atención a su carta.

—Qué afortunados somos todos de que el señor Darcy esté aquí para iluminarnos en tales asuntos —replicó Caroline con una sonrisa frágil, sus palabras impregnadas de un veneno que probablemente creía sutil.

Elizabeth no se atrevió a mirar arriba de nuevo. Podía sentir el calor de la hilaridad reprimida pinchando detrás de sus ojos, amenazando con desbordarse en cualquier momento. Con toda la

dignidad que pudo reunir, se puso abruptamente de pie.

—Discúlpenme —murmuró, aferrándose a su libro como a un salvavidas. Sin esperar respuesta, hizo una rápida retirada hacia la puerta, sus pasos ágiles pero medidos. Solo cuando estuvo fuera del alcance del oído se permitió exhalar, sus hombros sacudiéndose de risa mientras subía las escaleras.

Para cuando llegó a la habitación de Jane, había logrado recomponerse, en su mayor parte. Jane yacía recostada contra una pila de almohadas, su rostro sereno incluso en el cansancio. La señora Whiting estaba sentada cerca, tejiendo en silencio, su presencia una constante reconfortante.

—Ah, Lizzy —saludó Jane suavemente, su feliz sonrisa iluminando la habitación—. ¿Has venido a rescatarme de mi devota cuidadora? Me temo que me mima en exceso.

—Imposible —respondió Elizabeth, hundiéndose en la silla junto a su hermana—. Los mimos de la señora Whiting están entre las pocas indulgencias en esta casa que nunca te negaría. Aunque confieso —se inclinó conspiratoriamente hacia Jane—, la tentación de escapar del salón era abrumadora.

—¿Fue muy terrible? —preguntó Jane, su voz teñida de simpatía.

—No del todo —admitió Elizabeth con una sonrisa irónica—. El señor Bingley sigue tan encantadoramente animado como siempre. Es una maravilla que su espíritu no lo lleve directamente a través del techo. Desafortunadamente, el ingenio de su hermana no posee la misma cualidad elevadora, y dado que los Matlock aparentemente decidieron quedarse a cenar en Longbourn, la señorita Bingley está decididamente ofendida.

—Pobre Caroline —murmuró Jane, siempre inclinada a la caridad—. Debe sentirse tan desplazada.

—Pobre Caroline, en efecto —repitió Elizabeth secamente—. Su situación es lamentable, Jane. Imagina ser eclipsada en tu propia casa, no por hermanas, sino por meras conocidas. Y peor aún, por criaturas tan insoportablemente simples como nosotras.

—Lizzy —reprendió Jane suavemente, aunque su expresión delataba un atisbo de diversión.

—Perdóname —dijo Elizabeth, levantando las manos en fingida penitencia—. Me esforzaré por comportarme con mayor humildad. Mañana.

Elizabeth se acomodó en una silla cerca del fuego, permitiendo que el calor se filtrara en sus huesos. Por un momento, miró fijamente las llamas, su danza parpadeante reflejando el caos de sus pensamientos.

—Jane —comenzó, con voz contemplativa—, ¿alguna vez te has encontrado completamente equivocada sobre alguien? Tan segura de tu opinión, solo para descubrir que hay... más en ellos

de lo que creíste al principio?

—Por supuesto —respondió Jane, siempre dispuesta a empatizar—. Las personas pueden sorprendernos de las maneras más inesperadas.

—Sí —murmuró Elizabeth, su mente volviendo a la mirada de diversión en los ojos del señor Darcy, la inclinación casi imperceptible de sus labios—. Ciertamente pueden hacerlo.

Por primera vez, se preguntó si había sido demasiado apresurada en su juicio sobre él. Quizás el señor Darcy no era tan carente de humor después de todo. Y quizás, aunque nunca lo admitiría en voz alta, no era tan terrible encontrarse siendo la receptora de ese raro y esquivo destello de su buen humor.



Capítulo Seis

A LA MAÑANA SIGUIENTE, el Conde de Matlock no perdió tiempo en ordenar que prepararan su carruaje, ofreciendo solo una leve disculpa a sus anfitriones por abandonarlos nuevamente. —¡Me voy a Longbourn! —declaró con el aire de un hombre que se embarca en una gran expedición—. Bennet y yo tenemos veinte años de tonterías que ponernos al día, y no lo dejaré en paz hasta que hayamos revivido hasta la última broma.

Elizabeth sintió que una sonrisa tiraba de sus labios. Se imaginó a los dos viejos amigos encerrados en el estudio de Longbourn, rodeados de estanterías que se inclinaban más precariamente con cada año que pasaba, su conversación puntuada por el ingenio seco del Sr. Bennet y la risa estruendosa del Conde.

—Qué conveniente para papá —murmuró para sí misma—, haber encontrado a alguien dispuesto a complacer su afición por lo absurdo sin quejarse. La pobre Hill sin duda se volverá loca asegurándose de que no se mueran de hambre en medio de su discurso.

—¿Dijo algo, señorita Elizabeth? —preguntó la señorita Bingley desde la esquina de la habitación donde se reclinaba lánguidamente en un sofá, su bastidor de bordado abandonado en favor de una bien ensayada expresión de estudiada indiferencia.

—Solo hablaba conmigo misma, señorita Bingley —respondió Elizabeth alegremente, volviéndose hacia su anfitriona—. Un hábito terrible, lo sé.

—En efecto —dijo la señorita Bingley con un leve resoplido—. Uno debe tener cuidado con tales hábitos; la gente podría empezar a preguntarse a quién encuentra usted una confidente tan fascinante.

—Entonces me propongo cultivar su envidia —respondió Elizabeth con un brillo en los ojos. No se dejaría arrastrar a una de las escaramuzas verbales de la señorita Bingley, no hoy, cuando el clima exterior prometía tanta libertad más allá de las sofocantes paredes de Netherfield.

—Qué fastidiosos pueden ser los hombres —suspiró la señorita Bingley, moviéndose para inspeccionar sus uñas—. El Conde de Matlock apenas ha pasado un momento en nuestra compañía desde su llegada, prefiriendo en cambio desaparecer en la selva de Hertfordshire. Qué encantador debe ser para su padre recibir tal atención.

—Encantador, sin duda —asintió Elizabeth con ligereza, aunque sus palabras llevaban el más leve filo. No se le escapó cuán hábilmente la señorita Bingley lograba ocultar el insulto bajo la apariencia de un cumplido. Elizabeth se preguntó qué diría el Conde si se oyera descrito como vagando por una selva simplemente porque eligió Longbourn sobre el salón de Netherfield.

—Quizás encuentra refrescante la compañía de la gente sencilla del campo —añadió con una dulce sonrisa que la señorita Bingley pareció encontrar de todo menos agradable.

—Sencilla, sin duda —murmuró la señorita Bingley, aunque su tono carecía de su veneno habitual. Dirigió su mirada hacia la ventana y agitó una mano desdeñosa—. Si me disculpa, creo que escribiré algunas cartas. La sociedad londinense se vuelve bastante olvidadiza si se la descuida demasiado tiempo. —Con eso, salió majestuosamente de la habitación, dejando a Elizabeth bendecidamente sola.

—Por fin —exhaló Elizabeth, alejándose de la ventana. Sus pensamientos se detuvieron brevemente en el Conde de nuevo, ahora traqueteando por el camino hacia Longbourn, probablemente anticipando un día libre de artificios y pretensiones. Una punzada de envidia la golpeó, aunque rápidamente la desechó. Seguramente habría amplia oportunidad para su propia escapada pronto.

—Señorita Bennet, ¿puedo tentarla a abandonar esta jaula dorada y acompañarme a dar un paseo? —la voz de Lady Matlock interrumpió la silenciosa contemplación de Elizabeth cuando la condesa entró en la habitación—. La señorita Bingley parece bastante en contra, pero si usted me complaciera, estaría encantada de tener compañía.

Elizabeth se volvió con una sonrisa, su ánimo elevándose de inmediato.

—Estaría encantada, Lady Matlock. Me atrevo a decir que mis pobres pulmones necesitan algo de aire fresco después de tan prolongado cautiverio.

—Excelente. Un paseo constitucional es precisamente lo que ambas necesitamos —declaró la condesa.

Elizabeth no perdió tiempo en buscar su cofia y sus guantes. La idea de escapar de la asfixiante formalidad de Netherfield, aunque solo fuera por una hora, fue suficiente para apresurar sus pasos.

—¿Vamos? —Lady Matlock extendió una mano, su expresión serena no revelaba nada más que un tranquilo sentido de propósito.

—Con mucho gusto —respondió Elizabeth, sintiendo una inesperada camaradería con la elegante condesa mientras enlazaba su brazo con el de la mujer mayor.

Salieron al aire fresco de la mañana, que llevaba débiles trazos de tierra húmeda y humo de leña distante. El camino de grava crujía agradablemente bajo sus pies mientras se dirigían hacia el bosquecillo que bordeaba la finca. La luz del sol se filtraba a través de nubes dispersas, iluminando parches de escarcha que brillaban como diamantes esparcidos sobre el césped.

—Netherfield es bastante encantador —comentó Lady Matlock de manera casual—. Aunque sospecho que su encanto palidece un poco cuando una ha estado confinada en el interior.

—En efecto —concordó Elizabeth—. A menudo he descubierto que incluso los interiores más hermosos comienzan a parecerse a una prisión después de demasiado tiempo. Pero supongo que ese es el destino de la "simple gente del campo" que tanto admira la señorita Bingley.

Lady Matlock rió suavemente, un sonido que a Elizabeth le pareció inesperadamente genuino.

—Ella posee un talento para velar sus opiniones detrás de frases corteses. Casi podría admirarse, si el velo no fuera tan transparente.

—Ciertamente —asintió Elizabeth, sintiendo una oleada de afecto por la mujer mayor. Había algo refrescantemente franco en Lady Matlock, a pesar de su exterior pulido.

La conversación fluyó fácilmente entre ellas mientras caminaban, tocando temas que iban desde el clima hasta las peculiaridades de la flora local. Elizabeth se encontró relajándose en compañía de la condesa, su cautela inicial cediendo paso a un disfrute genuino.

—Ah —murmuró Lady Matlock de repente, su tono cambiando lo suficiente como para llamar la atención de Elizabeth. Adelante, en la curva del camino, aparecieron dos figuras, un caballero alto y una dama cuyo vívido pellizón naranja parecía calculado para llamar la atención.

—El señor Darcy —dijo Elizabeth antes de poder contenerse. Su corazón dio un extraño pequeño aleteo, aunque rápidamente lo descartó como irritación. A su lado, la señorita Bingley se movía con una elegancia intencionada, su brazo rozando ligeramente el de él mientras gesticulaba animadamente.

—En efecto —dijo Lady Matlock, su sonrisa adquiriendo una cualidad decididamente enigmática—. Parece que nos han seguido. Quizás la señorita Bingley encontró el exterior más atractivo con la perspectiva de la compañía de mi sobrino. Y la señorita Bingley parece decidida a mantenerlo completamente entretenido.

A medida que se acercaban, Elizabeth notó la ligera rigidez en la postura de Darcy, la manera en que sus ojos se desviaban brevemente en su dirección antes de volver a un punto fijo delante. Si antes se había sentido cómodo, ciertamente ahora no lo estaba.

—Lady Matlock —exclamó Caroline, su voz rebosante de fingido deleite mientras soltaba el brazo de Darcy y hacía una reverencia—. Qué agradable sorpresa. El señor Darcy y yo estábamos discutiendo... —Dudó, su mirada parpadeando hacia Elizabeth—. Bueno, no importa. ¡Qué día tan encantador para dar un paseo!

—Encantador, en efecto —concordó Lady Matlock con suavidad, sus penetrantes ojos azules no revelaban nada de la diversión que Elizabeth sospechaba se ocultaba debajo.

Darcy inclinó la cabeza en señal de saludo, su expresión cuidadosamente neutral, aunque un leve rubor coloreaba sus mejillas.

—Señorita Elizabeth. Tía.

—Qué afortunados somos de encontrarnos con tan agradable compañía —dijo Lady Matlock, su voz llevando la autoridad sin peso de alguien que sabía exactamente cómo dominar una sala o, en este caso, un sendero del jardín.

—Sí —dijo Elizabeth, aunque interiormente no podía evitar preguntarse qué había pasado entre la pareja antes de su llegada. Darcy parecía como si lo hubieran atrapado cometiendo algún crimen indecible, y la expresión de Caroline había adquirido la sospechosa agudeza de un gato interrumpido en medio de su acecho.

—¿Continuamos? —sugirió Lady Matlock.

—Por supuesto —respondió Darcy, aunque aún parecía incómodo. Sus ojos parpadearon brevemente hacia Elizabeth, y por un momento ella creyó detectar algo, ¿una disculpa? ¿Una explicación? Fuera lo que fuese, desapareció tan rápido como apareció.

Lady Matlock apenas había reanudado su paso por el sendero cuando, con una destreza que solo podía provenir de años de maniobras sociales, se enlazó del brazo con la señorita Bingley. La transición fue tan fluida, tan infaliblemente elegante, que Elizabeth, quien de repente se encontró caminando junto al señor Darcy, parpadeó asombrada.

—Señorita Bingley —dijo Lady Matlock cálidamente, guiándola por una bifurcación del sendero —, debo confesar que estoy bastante encantada con Netherfield. Es encantador, positivamente encantador, y tan convenientemente ubicado, ¡en un vecindario tan agradable! Debe animar a su hermano a comprarlo sin demora.

Elizabeth alcanzó a ver el rostro de Caroline mientras se separaban. Su sonrisa se había congelado en algo frágil y tenso, como un caramelo dejado al sol.

—Oh, Lady Matlock —respondió Caroline, su voz vacilante—, qué amable de su parte decir eso. Pero Charles es tan... impulsivo.

—Ah, esa es la belleza de la juventud —contrarrestó Lady Matlock, su tono bordeado con una autoridad que no admitía discusión—. La impulsividad a menudo conduce a nuestras más grandes aventuras. Y realmente, ¿qué mejor aventura que establecer una propiedad adecuada?

Mientras sus voces se desvanecían en la distancia, Elizabeth dirigió su atención a su inesperado nuevo acompañante. Darcy caminaba rígidamente a su lado, con las manos entrelazadas detrás de la espalda, su mirada fija resueltamente hacia adelante como si el camino de grava contuviera alguna gran verdad filosófica.

—Bueno —comenzó ella, con tono ligero—, parece que Lady Matlock está decidida a establecer a su amigo, el señor Bingley, aquí en Netherfield. ¿Comparte usted su entusiasmo?

Darcy la miró de reojo, sobresaltado, antes de volver la vista al camino. Su vacilación se prolongó lo suficiente como para que Elizabeth sintiera un destello de triunfo. Burlarse de él, aunque no siempre fructífero, era invariablemente entretenido.

—¿Supone usted —insistió ella, envalentonada— que el señor Bingley seguirá su consejo? ¿O cree también que sufre de la aflicción de la impulsividad?

—El señor Bingley —dijo Darcy al fin, con voz baja y deliberada— es un hombre de carácter amable y espíritu generoso. Valora las opiniones de aquellos a quienes aprecia. —Hizo una pausa y añadió, casi a regañadientes—: Y Lady Matlock es particularmente persuasiva cuando se lo propone.

—En efecto, parece haber dominado el arte de la persuasión —dijo Elizabeth, mirando por encima del hombro a las figuras que se alejaban de Lady Matlock y la señorita Bingley—. Me atrevería a decir que incluso a la señorita Bingley le resultará difícil objetar.

—La señorita Bingley —respondió Darcy, con los labios temblando ligeramente— tiene un talento notable para la objeción.

—¿No es así? —convino Elizabeth, con los ojos brillantes de picardía—. Pero seguramente, si el señor Bingley entrara en razón y comprara Netherfield, usted encontraría amplias ocasiones para visitarlo. Quizás incluso para soportar la compañía de nosotros, los provincianos, con más regularidad.

La comisura de la boca de Darcy se elevó, aunque Elizabeth no pudo discernir si era por diversión o exasperación.

—Usted asume demasiado, señorita Bennet.

—Al contrario, señor —replicó ella con ligereza—, simplemente observo. ¿No es deber de todo caballero apoyar a su amigo en tales asuntos? El estímulo, después de todo, es clave.

—El estímulo, señorita Bennet —dijo Darcy, con tono seco—, es una cualidad que se debe emplear con moderación y cuidado. Demasiado entusiasmo, y uno corre el riesgo de entrometerse. —Había un curioso peso en su expresión que hizo que a ella se le cortara la respiración. Antes de que pudiera descifrarlo, él apartó la mirada, con su compostura firmemente restaurada.

Elizabeth se inclinó para arrancar una hoja perdida de su dobladillo, apartándola con un movimiento de sus dedos. La brisa de finales de otoño agitaba el aire a su alrededor, trayendo consigo el tenue aroma de la tierra húmeda y el follaje marchito. Miró al señor Darcy, que estaba de pie a su lado, con la mirada fija en algún punto de la distancia media, como si estuviera contemplando la dirección misma del viento.

—El estímulo e incluso la *intromisión*, al parecer, no carecen por completo de mérito —dijo Elizabeth con ligereza, juntando las manos e inclinando la cabeza—. ¿O sostiene usted que tales cosas es mejor evitarlas por completo, señor?

Los ojos oscuros de Darcy se desviaron para encontrarse con los de ella, y por un momento, algo tácito brilló allí, algo serio e inquisitivo que hizo que su pulso se acelerara a pesar de sí misma. Cuando habló, su voz era baja pero clara, sus palabras deliberadas.

—En esta ocasión, señorita Bennet —comenzó—, me inclino a estar de acuerdo con la apreciación de Lady Matlock. Netherfield es, en efecto, una casa excelente. Sus terrenos están bien proporcionados, sus interiores son elegantes sin ostentación, y el vecindario... —Hizo una pausa, permitiéndose la más tenue curva de una sonrisa—... ofrece encantos que no había apreciado plenamente en un primer encuentro.

Elizabeth arqueó las cejas sorprendida, pero antes de que pudiera responder, él continuó, con un tono cada vez más reflexivo.

—Por supuesto, puede que la señorita Bingley no tenga la misma opinión de la compañía aquí que otros, pero eso es de poca importancia. Si el señor Bingley decide comprar Netherfield, me complacería mucho visitarlo con regularidad. Su felicidad, después de todo, es de gran importancia para mí —vaciló brevemente, como si sopesara cuidadosamente sus siguientes palabras—. Y encuentro la perspectiva de volver a esta parte del país mucho más agradable de lo que una vez imaginé.

Elizabeth parpadeó, sorprendida por su sinceridad. Su instinto inicial fue hacer algún comentario ingenioso, quizás sobre la sorprendente elasticidad de sus preferencias, pero la sinceridad en su

expresión contuvo su lengua. En su lugar, se encontró sonriendo, aunque no podía decir exactamente por qué.

—Qué magnánimo de su parte, señor Darcy —dijo al fin, con un tono burlón pero suave—. Admitir tal alteración en su perspectiva. Uno podría sospechar incluso que ha sido... influenciado.

—¿Influenciado, señorita Bennet? —Inclinó ligeramente la cabeza, su voz teñida de humor seco —. Quizás. Pero solo por aquellos cuyas opiniones estimo.

El peso de sus palabras quedó suspendido entre ellos, y Elizabeth sintió que sus mejillas se calentaban. Sin embargo, antes de que pudiera confiar en sí misma para responder, el sonido distante de pasos sobre la grava señaló el regreso de Lady Matlock y la señorita Bingley. Darcy se enderezó, recuperando su compostura una vez más, y Elizabeth se sintió agradecida por la distracción.



Más tarde esa noche, el comedor de Netherfield resplandecía con la luz dorada de las velas y el suave murmullo de la conversación. Elizabeth miró al otro lado de la mesa donde estaba sentada Jane, sus mejillas besadas por un delicado rubor que hablaba de renovada salud. Su hermana se veía radiante, una verdadera imagen de gracia y encanto mientras hablaba con Lord Matlock, quien parecía completamente cautivado por cada una de sus palabras.

—Señorita Bennet, debe decirme —estaba diciendo el Conde, inclinándose ligeramente hacia adelante—, ¿lee usted a menudo a Shakespeare? Sus percepciones sobre *Noche de Reyes* sugieren una familiaridad que rara vez encuentro fuera de los círculos londinenses.

—No con frecuencia, milord —respondió Jane con su habitual modestia—. Pero mi padre tiene un gran amor por el bardo, y su entusiasmo es bastante contagioso. Es imposible no contagiarse algo de su admiración, ¿no es así?

—En efecto —asintió el Conde calurosamente, sus ojos grises centelleando—. Hace tiempo que sé que su padre es un hombre de considerable buen gusto. Y usted, señora, es un crédito a su buen juicio.

Jane sonrió, su rubor intensificándose, pero volvió su atención recatadamente a su plato. Elizabeth reprimió una sonrisa, notando cómo Bingley, sentado al otro lado de Jane, parecía

incapaz de apartar la mirada de su rostro. El pobre hombre parecía haber olvidado por completo que tenía una comida delante.

—¿No encuentra el venado de su agrado, señor Bingley? —preguntó Elizabeth inocentemente, sacándolo de su ensimismamiento.

—¿Venado? Oh, sí, sí, ¡por supuesto! —balbuceó Bingley, cogiendo apresuradamente su tenedor con una risa de disculpa—. Excelente, en verdad. Yo... —Sus ojos volvieron a posarse en Jane, su entusiasmo intacto—. Aunque debo confesar que la compañía esta noche supera con creces la comida.

—Qué afortunado que esté rodeado de amigos —bromeó Elizabeth, ganándose una risita de Lord Matlock.

—Amigos, en efecto —dijo el conde, lanzando una mirada cómplice entre Bingley y Jane—. Y quizás, si la fortuna sigue favoreciéndonos, más que amigos con el tiempo.

—Tío —intervino Darcy desde el otro extremo de la mesa, con un tono suave pero incisivo—, estás presumiendo demasiado.

—¿Lo hago, Darcy? —replicó Lord Matlock, con una sonrisa descarada—. Bueno, ya veremos, ¿no es así?

Elizabeth se mordió el labio para no reírse abiertamente. Jane, por su parte, parecía tanto turbada como encantada, mientras que Bingley, el pobre enamorado, lucía como si le hubieran entregado el mundo en bandeja de plata.

Elizabeth apenas pudo contener su diversión al observar la sonrisa cada vez más forzada de la señorita Bingley. Los esfuerzos de Caroline por mantener un aire de compostura graciosa podrían haber sido admirables, de no haber sido tan transparentes. Su irritación flotaba en el aire como un invitado no mencionado en la mesa, cada palabra y gesto suyo traicionando su descontento con el desarrollo de la velada.

—Hablando de fortuna —dijo Lady Matlock—, creo que hemos tenido bastante suerte nosotros mismos. Con nuestros planes tan deliciosamente interrumpidos por esta estancia inesperada en Netherfield, espero que aún podamos imponernos a la hospitalidad del señor Bingley un poco más.

—¿Imponerse? —repitió Bingley, con el rostro iluminado de entusiasmo juvenil—. ¡Tonterías! Es un placer indescriptible tenerla aquí, Lady Matlock. Usted y Lord Matlock son más que bienvenidos a quedarse todo el tiempo que deseen. ¿No es así, Caroline?

—Por supuesto —respondió Caroline, con una sonrisa frágil mientras inclinaba ligeramente la cabeza—. Siempre es un privilegio hospedar a amigos de tan alta distinción.

—¡Excelente! —continuó Lady Matlock, sin dejarse disuadir por la tibia respuesta de Caroline —. Entonces nos quedaremos hasta el baile. Y quizás —sus ojos brillaron con un toque de picardía— escribiré a mis hijos en Londres para invitarlos a unirse a nosotros. ¿No animaría eso la ocasión, señorita Bingley?

La postura de Caroline Bingley se transformó en un instante, su columna enderezándose con tal presteza que era como si las palabras de Lady Matlock la hubieran levantado físicamente. —¿Sus hijos, Lady Matlock? —preguntó, con una voz que se elevó a un tono que solo podía describirse como artificialmente dulce—. No creo haber tenido el placer de conocerlos.

Elizabeth, sentada frente a Caroline, sintió que sus labios temblaban en el esfuerzo de reprimir una sonrisa. Era raro ver a la señorita Bingley abandonar su cuidadosamente cultivada apariencia de indiferencia lánguida, pero la mención de caballeros solteros de noble cuna era aparentemente suficiente para despertar incluso a la anfitriona más compuesta a la acción.

—Quizás aún no —respondió Lady Matlock, con un tono cálido pero teñido con el más leve indicio de travesura—. Mi hijo mayor, el vizconde Highton, a menudo está ocupado con asuntos de la propiedad, y mi hijo menor, el coronel Fitzwilliam, está ausente gran parte del tiempo con el Ejército, aunque actualmente se encuentra en Londres. Ambos son jóvenes muy talentosos, aunque me temo que soy parcial. —Sonrió serenamente, su mirada aguda como una aguja recorriendo a Caroline con toda la sutileza de un jugador de ajedrez moviendo un peón.

—¡Qué encantador! —gorjeó Caroline, inclinándose ligeramente hacia adelante, como si la proximidad pudiera acelerar la llegada de más información—. Un vizconde y un coronel... ¡qué distinguido! ¿Y ambos comparten la... —vaciló por un brevísimo instante antes de elegir cuidadosamente sus palabras— ...propensión a la reflexión tranquila de su primo?

—¡Reflexión tranquila! —Lady Matlock rio alegremente—. Oh, mi querida señorita Bingley, los halaga usted. Aunque Richard tiene sus momentos de solemnidad, está mucho más inclinado a la conversación animada y el buen humor que su primo. En cuanto a mi primogénito, bueno, James sí se parece a su padre en ciertos aspectos. Pero quizás pueda juzgar sus caracteres por sí misma cuando lleguen.

—Qué emocionante —murmuró Caroline, con una expresión dividida entre el entusiasmo y su pariente cercano, la confabulación.

Sin poder resistirse, Elizabeth dirigió su mirada hacia Darcy. Para su sorpresa, la atención de él ya estaba sobre ella, sus ojos oscuros encontrándose con los suyos con una mirada que hablaba volúmenes sin pronunciar una sílaba. No había duda de la ligera curva en la comisura de su boca, la más pequeña de las sonrisas, pero una que llevaba consigo una sorprendente sensación de

alivio. Parecía, pensó Elizabeth con no poca diversión, un hombre que acababa de ver cómo se le quitaba de encima el peso de una carga no deseada.

Su propia sonrisa floreció involuntariamente, aunque rápidamente la ocultó llevándose la copa a los labios. Lo absurdo de la situación era demasiado delicioso: Caroline Bingley, tan decidida a asegurarse el afecto del señor Darcy, ahora pivotando con notable agilidad hacia la promesa de un vizconde, o en su defecto, un coronel y el segundo hijo de un conde. Y Darcy, cuya incomodidad ante las atenciones de Caroline había sido evidente para Elizabeth desde el principio, parecía positivamente animado ante la perspectiva de su distracción.

—Señorita Eliza —dijo Caroline abruptamente, interrumpiendo los pensamientos de Elizabeth —. Parece usted divertida. Por favor, comparta sus pensamientos con nosotros.

Elizabeth bajó su copa y enfrentó la mirada de Caroline directamente, con una expresión de perfecta compostura.

—Oh, simplemente admiraba la habilidad de Lady Matlock para pintar retratos tan vívidos de sus hijos —respondió, con un tono ligero e ingenuo—. No es de extrañar que encuentre tan atractiva la perspectiva de conocerlos, señorita Bingley.

Las comisuras de la boca de Lady Matlock se crisparon, e incluso Lord Matlock pareció reprimir una risita. Caroline, sin embargo, entrecerró los ojos ligeramente, aunque su sonrisa permaneció firmemente en su lugar.

—En efecto —dijo, con palabras cortantes pero educadas—. Uno siempre debe interesarse por una compañía tan... distinguida.

—Ciertamente —murmuró Darcy, con voz baja pero lo suficientemente cargada como para llamar la atención. Elizabeth lo miró una vez más, captando el débil destello de humor en su expresión. A pesar de su naturaleza reservada, había momentos —breves y fugaces momentos— en los que Darcy se revelaba como un hombre que entendía la ironía mucho mejor de lo que dejaba ver.

Si no otra cosa, la perspectiva de ver a Caroline Bingley intentando congraciarse con los hijos de Lady Matlock prometía proporcionar amplia diversión a Elizabeth en los días venideros.



Capítulo Siete

EL SEÑOR DARCY ESTABA sentado rígidamente en la mesa del desayuno, con los dedos enroscados alrededor de una taza de porcelana, aunque apenas había dado un sorbo. A su alrededor, el murmullo de la conversación comenzaba a agitarse, aunque su atención estaba fija, contra su mejor juicio, en la puerta.

—Buenos días —resonó una voz familiar, anunciando la entrada de la señorita Elizabeth Bennet con su hermana mayor del brazo. La palidez de Jane Bennet se había suavizado un poco, y aunque se movía con cuidado, había un brillo innegable en su expresión que hablaba de su continua y constante recuperación.

—¡Señorita Bennet! —exclamó Charles Bingley, casi derribando su café en su entusiasmo por levantarse de su asiento y retirar la silla junto a la suya para que Jane se sentara—. ¡Es maravilloso verla levantada! ¿Confío en que se siente mucho mejor?

—En efecto, señor Bingley —respondió Jane suavemente, con las mejillas ligeramente sonrosadas mientras inclinaba la cabeza—. Estoy muy restablecida, gracias a su amable hospitalidad.

—Señorita Elizabeth —añadió Bingley, ampliando su sonrisa mientras se volvía hacia ella—, ¿y usted, cómo se encuentra en esta hermosa mañana?

—Bastante bien, gracias —respondió Elizabeth, su voz cargada de su habitual calidez. Su mirada se dirigió brevemente a Darcy, quien aún no había hablado, antes de posarse en otra parte de la habitación.

Los dedos de Darcy se apretaron imperceptiblemente alrededor de su taza. Era muy irritante cómo incluso la más pequeña mirada de ella parecía evocar una peculiar inquietud dentro de él, una sensación tanto inoportuna como totalmente imposible de suprimir.

—Jane, qué alivio verte con mucho mejor aspecto —interrumpió Caroline Bingley suavemente mientras se levantaba de su lugar—. Nos diste un buen susto, ¿sabes?

—Su amabilidad ha sido muy apreciada —dijo Jane con un educado asentimiento.

—Sí —añadió Elizabeth con ligereza, tomando asiento junto a su hermana—, pero ahora que mi hermana está mejorando, creo que no abusaremos más de su hospitalidad. Debemos regresar a casa hoy.

—¿Se van tan pronto? —Caroline se precipitó como un halcón que avista una presa—. Bueno, por supuesto que Charles estará encantado de ofrecer su carruaje. ¿No es así, Charles?

Sin embargo, el señor Bingley *no* estaba encantado. —¡Señorita Bennet, debo protestar! —exclamó, su semblante soleado nublado por la preocupación—. Aún no se ha recuperado. Pensar en que viaje con este tiempo frío y húmedo, ¡por qué la mera idea es insoportable!

—En efecto —intervino Lady Matlock, su suave autoridad dando peso al argumento. Se limpió delicadamente los labios con una servilleta ribeteada de encaje antes de continuar—: Sería muy imprudente, mi querida señorita Bennet. Someterse al viaje tan pronto podría deshacer todo el progreso que ha logrado. Por favor, permítanos el placer de su compañía por un día más.

Jane lanzó una mirada de disculpa a su hermana. Aunque sus mejillas habían recuperado algo de color, aún persistía un leve cansancio en sus suaves ojos azules. —Son ustedes muy amables —dijo suavemente—. Pero no quisiera imponerme.

—¿Imponerse? —exclamó Bingley, pareciendo positivamente afligido—. ¡Imposible! Vaya, seríamos nosotros quienes nos sentiríamos impuestos si se marcharan estando aún indispuesta. ¿No es así, Darcy?

Darcy, que había estado intentando mantener un aire de educada indiferencia, se encontró de repente arrastrado a la conversación. Dejó su taza de té con deliberado cuidado y se encontró con la mirada expectante de Bingley. —Sin duda —dijo con suavidad, aunque su voz carecía de su habitual desapego. Sus ojos se desviaron brevemente hacia Elizabeth, quien lo estudiaba con una mirada que solo podía describirse como de divertido escepticismo. Era de lo más desconcertante.

—Bueno —dijo Elizabeth al fin—, parece que estamos en desventaja, Jane. ¿Y quiénes somos nosotras para discutir contra tan abrumadora preocupación por tu salud? Será otro día.

El pecho de Darcy se tensó inexplicablemente ante sus palabras, aunque no podía decir si era por alivio o por alguna otra emoción inquietante.

—¡Excelente! —exclamó Bingley, juntando las manos con satisfacción—. Entonces está decidido. Haré que Nicholls prepare algo reconstituyente para usted de inmediato, señorita Bennet. No debe dudar en llamarnos para cualquier cosa que necesite.

—Verdaderamente, señor Bingley, es usted demasiado bueno —respondió Jane, su sinceridad evidente en cada sílaba.

—En absoluto, en absoluto —insistió él, rechazando su gratitud como si fuera totalmente innecesaria, lo que, en su mente, probablemente lo era.

Darcy, mientras tanto, permaneció en silencio, su té enfriándose una vez más mientras lidiaba con la incómoda verdad que había comenzado a arraigarse en él: estaba aliviado. Aliviado de que Jane Bennet permaneciera en Netherfield. Aliviado, de manera más inquietante, de que *Elizabeth* Bennet permaneciera en Netherfield.

Y ahí radicaba el peligro.

¿Qué locura era esta, encontrarse tan afectado por su presencia? ¿Sentir que su compostura se desmoronaba con el mero sonido de su risa? No podía, *no* lo permitiría. Sin embargo, incluso mientras se resolvía a fortalecerse contra tal insensatez, un pequeño pensamiento traicionero susurraba en los recovecos de su mente: quizás un día más no sería tan intolerable después de todo.



Darcy entró a zancadas en la biblioteca, cerrando la pesada puerta de roble tras él con más fuerza de la necesaria. El satisfactorio golpe reverberó a través de la silenciosa habitación, un marcado contraste con el animado caos del salón del que tan decididamente había escapado. Sus botas resonaron contra el pulido suelo de madera mientras se dirigía a su sillón favorito junto a las altas ventanas, cuyos cristales se veían oscurecidos por la lúgubre luz de la tarde.

Tomó un respiro para calmarse, permitiendo que el familiar aroma de libros encuadernados en cuero y pergamino envejecido sosegara su mente desordenada. Aquí, al menos, había un santuario, un refugio del incesante parloteo, la bienintencionada pero insistente alegría de Bingley, las sonrisas calculadoras de la señorita Bingley, y la tan perturbadora presencia de Elizabeth. No, la *señorita* Elizabeth Bennet, se corrigió severamente, aunque incluso la formalidad de su nombre no podía opacar la vívida imagen de sus ojos penetrantes y su sonrisa burlona que persistía sin ser invitada en sus pensamientos.

—Insensatez —murmuró Darcy entre dientes. Alcanzó el volumen abierto sobre la pequeña mesa a su lado —*La Ilíada*, traducida por Pope— y fijó su mirada en sus páginas con el tipo de determinación sombría que uno podría reservar para la batalla.

Sin embargo, la ira de Aquiles y el valor de Héctor se desdibujaron ante él, las palabras se negaban a tomar forma. En su lugar, su mente lo traicionó, reproduciendo momentos indeleblemente grabados en su memoria: la curva grácil del cuello de Elizabeth mientras inclinaba la cabeza sobre su libro; el leve tono de diversión en su voz mientras se batía en duelo verbal con la señorita Bingley por algún asunto trivial; la manera en que su risa, baja y rica, como un soneto cobrado vida, parecía ondular en el aire mismo, dejándolo desarmado.

—Locura —susurró con dureza, cerrando el libro de golpe con un chasquido decisivo, como si tal acto pudiera silenciar sus pensamientos rebeldes. Y por un tiempo, funcionó. La biblioteca volvió a quedar en silencio, interrumpido solo por el ocasional crepitar del fuego y el murmullo distante de voces más allá de la puerta.

Pero entonces el pomo giró.

El sonido, suave pero inconfundible, lo sacó de su ensimismamiento. Darcy se enderezó casi imperceptiblemente, su mano apretándose en el reposabrazos mientras la puerta se abría con un chirrido. Y allí estaba ella.

Elizabeth Bennet se detuvo en el umbral, su mano descansando ligeramente en el marco. Sus rizos oscuros estaban despeinados por el viento, como si acabara de regresar de uno de sus paseos por el campo, y sus mejillas tenían un leve rubor que solo realzaba su belleza natural. Echó un vistazo a la habitación, sus ojos posándose en él con un destello de sorpresa antes de asentarse en una compostura educada.

—Señor Darcy —dijo, inclinando la cabeza con un pequeño y medido asentimiento—. No me di cuenta de que la biblioteca estaba ocupada.

Él se levantó de inmediato, aunque sus movimientos se sentían extrañamente mecánicos, como si sus extremidades de repente le fueran ajenas.

—Señorita Elizabeth —respondió, con voz cuidadosamente neutral—. No tiene que irse por mi causa. Se lo ruego, póngase cómoda.

—Gracias —dijo ella simplemente, entrando. No había artificio en su manera, ni coqueteos aleteantes ni gestos calculados, como podría haber esperado de otra mujer en su lugar. En cambio, se movió con tranquila determinación, escaneando las estanterías hasta que encontró lo que buscaba: un delgado volumen encuadernado en verde.

Se acomodó en una silla cerca del hogar, la distancia entre ellos ni demasiado cerca ni demasiado lejos, y abrió su libro sin decir otra palabra. Darcy la observó por un momento más de lo estrictamente apropiado, notando cómo sus pestañas proyectaban delicadas sombras en su mejilla mientras leía, antes de obligarse a volver a su asiento.

El silencio los envolvió. No del tipo tenso e incómodo que exigía ser llenado, sino algo más suave, más agradable. El reloj marcaba el tiempo constantemente en la repisa de la chimenea; el fuego crepitaba bajo y cálido. Ocasionalmente, Elizabeth se movía ligeramente en su silla, el susurro de sus faldas mezclándose con el leve pasar de las páginas. Era, se dio cuenta Darcy con no poca sorpresa, notablemente placentero.

Pasó una hora, o tal vez más; el tiempo tenía una curiosa manera de perder significado en su presencia. Al fin, Elizabeth cerró su libro y se puso de pie con gracia.

—Que tenga un buen día, señor Darcy —dijo.

—Que tenga un buen día, señorita Elizabeth —logró decir él, esperando que su tono no traicionara nada de la extraña calidez que se había asentado sobre él.

Y luego ella se había ido, dejando atrás solo el más leve rastro de lavanda y la curiosa sensación de haber estado verdaderamente en paz.

Darcy permaneció sentado, mirando fijamente el lugar donde ella había estado. A pesar de toda su confusión, de toda su determinación de protegerse contra el peligro que ella representaba, un pensamiento persistía por encima de todo: cuán raro, cuán extraordinario era simplemente *existir* con alguien —sin pretensiones, sin expectativas— y encontrarlo tan extraordinariamente... agradable.



El salón de Netherfield resplandecía con la luz de las velas, los tonos dorados proyectaban una suave radiación sobre la compañía reunida. La cena había sido un asunto elaborado como siempre, y ahora el grupo se había acomodado en sus rutinas nocturnas; naipes para algunos, conversación para otros, y para Caroline Bingley, su singular búsqueda de la atención del señor Darcy.

—Señorita Eliza —la voz de Caroline resonó con una alegría afectada que hizo que Darcy levantara la mirada desde su asiento cerca del fuego. Había estado intentando concentrarse en el relato de Lady Matlock sobre algún escándalo menor de Londres, pero el sonido del nombre de Elizabeth pareció atravesar sus defensas con sorprendente eficacia.

—¿Sí, señorita Bingley? —respondió Elizabeth con serenidad, aunque había un destello de diversión en sus ojos oscuros. Había estado sentada junto a Jane, su postura relajada pero digna, como si estuviera perfectamente cómoda a pesar de la grandeza que la rodeaba.

—¿Deberíamos dar un paseo por la habitación? Es tan tedioso estar sentada tanto tiempo, ¿no está de acuerdo? —Caroline se puso de pie con gracia, alisando los delicados pliegues de su vestido mientras lanzaba lo que solo podría describirse como una mirada calculadora hacia Darcy.

Elizabeth se levantó con suavidad, su expresión de cortés aquiescencia.

—Si usted gusta, señorita Bingley.

Cuando comenzaron su recorrido, los ojos de Darcy, en contra de su buen juicio, siguieron la figura de Elizabeth. Había una ligereza en su paso, una gracia natural que parecía totalmente espontánea, a diferencia de los movimientos deliberados de Caroline. Sus rizos rebotaban levemente con cada zancada, y el más leve rastro de diversión jugaba en sus labios, como si estuviera involucrada en una broma privada.

—Dígame, señorita Eliza —dijo Caroline con forzada alegría—, ¿cuál es su opinión sobre Netherfield? ¿Lo encuentra de su agrado?

—Netherfield es sumamente fino —respondió Elizabeth, su tono medido pero con un toque de humor—. Aunque confieso que lo encuentro más notable no por su arquitectura o mobiliario, sino por la animada compañía que atrae.

—Ah —dijo Caroline, claramente tanteando—. Debe referirse a mi hermano. Él siempre está reuniendo las fiestas más... variadas, ¿no es así?

—Variadas, sí —Elizabeth estuvo de acuerdo con inocencia—. Bastante encantadoramente. Me atrevo a decir que nunca me habría imaginado debatiendo sobre los méritos del barro de Hertfordshire con personas tan estimadas como el señor Darcy y usted, señorita Bingley.

Lady Matlock, que había estado escuchando con silenciosa diversión, soltó una risa encantada.

—Es usted bastante traviesa, señorita Elizabeth —declaró, con los ojos brillantes—. Pero debo decir que lo disfruto bastante.

—En efecto —añadió el conde, que había estado escuchando a medias desde su silla—, un ingenio agudo vale su peso en oro estos días. Demasiadas jóvenes damas suspiran y se desmayan; es refrescante escuchar a alguien hablar con sentido y espíritu.

Los labios de Darcy temblaron, casi imperceptiblemente. Por una vez, no sintió la punzada de las bromas de Elizabeth; más bien, se encontró extrañamente encantado por ellas. No había malicia en sus palabras, solo una jovialidad que calentaba algo profundo dentro de él.

—La señorita Elizabeth ciertamente nunca es aburrida —comentó, con un tono más bajo pero impregnado de una inusual suavidad que provocó que Lady Matlock lo mirara con curiosidad—. Una cualidad rara, sin duda.

—¡Un gran elogio viniendo del señor Darcy! —bromeó Elizabeth ligeramente mientras ella y Caroline se detenían cerca de la chimenea—. Quizás debería enmarcarlo y colgarlo en el salón de Longbourn.

—Quizás debería —respondió Darcy, su voz llevando el más leve indicio de diversión, un momento fugaz, pero suficiente para dejar a Elizabeth sonriendo mientras retomaba su asiento.

Caroline, mientras tanto, parecía decididamente menos complacida, sus labios apretados en una fina línea mientras se sentaba con exagerada elegancia. Darcy, sin embargo, le prestó poca atención. Sus pensamientos, para su propio desconcierto, estaban completamente ocupados en otra parte.



La mañana siguiente, el día del regreso prescrito de las hermanas a Longbourn, era domingo, y por supuesto asistir a la iglesia debía ser parte de la rutina del día. Los Matlock habían invitado alegremente a Jane y Elizabeth a compartir su carruaje para el viaje a St. Peter's en Meryton, y ellas habían aceptado con gusto, aunque el señor Bingley parecía decepcionado por no haber logrado hacer su invitación a Jane primero.

Cuando las hermanas bajaron al vestíbulo, encontraron a los Matlock esperando con su característica gracia. La condesa, envuelta en una elegante capa de terciopelo verde oscuro, las saludó calurosamente, mientras que el conde ofreció una jovial reverencia.

—Señorita Bennet, señorita Elizabeth —dijo con un brillo en los ojos—, ¿confío en que están preparadas para enfrentar tanto los rigores del sermón como los peligros de los caminos?

—En efecto, milord —respondió Elizabeth con un destello travieso—, aunque confieso que estoy más aprensiva por lo último. Los caminos de Hertfordshire son notorios por su capacidad de convertir un viaje agradable en una aventura.

—Entonces esperemos que nuestro cochero esté a la altura de la tarea —dijo Lady Matlock con una sonrisa serena, indicándoles que la siguieran afuera. Cuando Elizabeth salió al aire fresco de la mañana, vio al señor Darcy de pie junto al carruaje de los Bingley, su expresión tan inescrutable como siempre. Inclinó la cabeza en un saludo cortés, pero ella creyó detectar un destello de algo más suave en su mirada, una noción que descartó tan rápido como surgió.

—Ahora, señorita Elizabeth —dijo el conde mientras la ayudaba a subir a su carruaje—, debe prometer no escandalizar a la congregación con ninguna de sus agudas observaciones. La iglesia

no es lugar para el ingenio, ¿sabe?

—Entonces me esforzaré por ser lo más aburrida posible, milord —respondió Elizabeth con fingida solemnidad—. Aunque no hago promesas si el vicario proporciona material para comentarios.

El conde rió de buena gana, y los labios de Lady Matlock se curvaron con diversión mientras se acomodaban en sus asientos. El viaje a Meryton transcurrió con relativa facilidad, la conversación alternando entre cortesías ligeras y bromas suaves. Elizabeth se encontró disfrutando genuinamente de la compañía de los Matlock, cuyo buen humor y falta de pretensión eran un contraste bienvenido con los aires afectados de otros que había encontrado en Netherfield.

En la iglesia, el servicio fue tal como Elizabeth había esperado: solemne, extenso y puntuado por alguna que otra tos o el arrastrar de pies de los miembros menos devotos de la congregación. Ella se unió obedientemente a los himnos y logró evitar que sus pensamientos divagaran demasiado, aunque no pudo evitar notar la presencia del señor Darcy al final del banco. Su postura era tan erguida como siempre, su perfil severo pero innegablemente apuesto en el suave resplandor de las vidrieras.

—¿Estás cómoda, Lizzy? —susurró Jane en un momento, quizás notando su distracción.

—Perfectamente, querida —le aseguró Elizabeth con un pequeño apretón de mano—. Aunque temo que pronto me encontraré contando los paneles de la ventana para mantenerme despierta.

—No dejes que Lady Matlock te oiga decir tal cosa —murmuró Jane con una leve sonrisa—. Pensaría que eres muy irreverente.

—Entonces guardaré mi irreverencia entre nosotras —respondió Elizabeth, conteniendo una sonrisa mientras el vicario se lanzaba a otro extenso pasaje.

Cuando concluyó el servicio, el grupo se dirigió a Longbourn en el cálido carruaje de los Matlock. Elizabeth notó cómo Jane parecía animarse con cada milla más cerca de casa, su ánimo elevándose visiblemente a medida que el familiar paisaje rural aparecía a la vista. Por su parte, Elizabeth sintió una curiosa mezcla de alivio y aprensión; aunque se alegraba de volver con su familia, no podía ignorar la extraña sensación de aleteo que se agitaba cada vez que recordaba la forma en que los ojos del señor Darcy se habían detenido en ella durante los acontecimientos de la mañana.

—Por fin en casa —murmuró mientras el carruaje entraba en la calzada, preparándose para cualquier caos que les esperara dentro, aunque con Lord y Lady Matlock invitados a cenar

nuevamente, esperaba que los peores excesos de su familia pudieran ser contenidos en presencia de sus nobles invitados.

El tintineo de la cubertería y el suave murmullo de la conversación llenaban el comedor de los Bennet mientras la familia, junto con sus distinguidos invitados, disfrutaba de una excelente cena de cordero asado y, sorprendentemente para Elizabeth, de una conversación muy sensata y refinada. Elizabeth, sentada frente a Lady Matlock, lanzó una mirada a su padre, quien se reclinaba en su silla con una expresión de inusual alegría. El Conde de Matlock parecía igualmente divertido mientras los dos intercambiaban ocurrencias sobre sus copas de vino.

—Ah, Bennet, no has cambiado ni un ápice —dijo el Conde con una sonora carcajada—. Recuerdo tu afición por ridiculizar los absurdos de la vida.

—Bueno, milord, algunos absurdos solo se agudizan con la edad —respondió el señor Bennet con sequedad, aunque la comisura de su boca se curvó hacia arriba—. Y me atrevo a decir que no me falta material para divertirme bajo mi propio techo.

Elizabeth casi se atragantó con este comentario, pero rápidamente lo disimuló con una delicada tos.

Lady Matlock arqueó una ceja, sus labios curvándose en una sonrisa conocedora.

—En efecto, hay que reconocer el ingenio de un hombre rodeado de cinco hijas —observó, con un tono ligero pero perspicaz—. Uno imagina que debe cultivar el humor como herramienta de supervivencia.

—Humor o resignación —bromeó el señor Bennet, aunque su mirada se suavizó cuando se posó brevemente en Elizabeth. Ella sintió un rubor que le subía por el cuello, a partes iguales de orgullo y vergüenza por ser tan señalada.

Sin embargo, lo que más impresionó a Elizabeth fue lo natural que parecía su padre en compañía de estos conocidos titulados. No había ninguna de las reservas cautelosas o desviaciones sardónicas que solía emplear en sociedad. En cambio, parecía genuinamente a gusto, algo que Elizabeth rara vez había presenciado fuera del santuario de su biblioteca. Era una revelación curiosa, y una que la dejó extrañamente reconfortada.

—Papá parece bastante transformado —murmuró a Jane, que estaba sentada a su lado. Su hermana mayor sonrió levemente, limpiándose los labios con una servilleta.

—Tal vez sea la compañía —sugirió Jane suavemente—. Hay una amabilidad en los Matlock que invita a tal comodidad.

—Amabilidad, en efecto —convino Elizabeth, desviando su mirada hacia Lady Matlock, cuya presencia parecía lanzar un hechizo calmante sobre la mesa. Incluso la señora Bennet,

típicamente propensa a ataques de nervios y charla efusiva cuando estaba en presencia de aquellos que percibía como sus superiores, había adoptado un tono más mesurado. Ahora estaba profundamente enfrascada en una conversación con Lady Matlock sobre las ventajas de las aguas de Bath frente a las de Tunbridge Wells, asintiendo con una compostura sorprendente.

—Mamá parece muy sensata esta noche —comentó Elizabeth a Jane, bajando aún más la voz—. Es como si Lady Matlock esgrimiera una varita mágica de decoro.

—O quizás mamá simplemente desea impresionar —respondió Jane con una suave risa—. Aunque confieso que es bastante refrescante.

—En efecto —murmuró Elizabeth, preguntándose qué pensaría Lady Matlock de la exuberancia habitual de su madre si emergiera sin control.

—Ah —la voz del señor Bennet interrumpió sus reflexiones, atrayendo la atención de la mesa. Se inclinó ligeramente hacia adelante, con una expresión de fingida gravedad—. Me temo que debo interrumpir esta escena tan agradable con noticias que pueden causar cierto desconcierto o deleite, dependiendo de la perspectiva de cada uno.

—¡No nos haga sufrir, señor Bennet! —exclamó la señora Bennet, perdiendo momentáneamente el decoro mientras lo miraba con curiosidad ansiosa—. Por favor, ¿de qué se trata?

—Simplemente esto: nuestro estimado primo, el señor Collins, llegará mañana —anunció, haciendo una pausa para lograr efecto—. Sin duda con toda la pompa y circunstancia que corresponde a su posición como heredero de Longbourn.

Un silencio cayó sobre la mesa, roto solo por el leve tintineo de Lady Matlock al dejar su tenedor. Miró a la señora Bennet, cuya expresión se había congelado en una sonrisa forzada que hacía poco por disimular su tormento interior. Los ojos bondadosos de la condesa se posaron en su anfitriona con simpatía.

—¿El señor Collins? —aventuró Lady Matlock gentilmente, su tono invitando a una aclaración —. Un pariente, supongo.

—En efecto, señora —respondió el señor Bennet, su voz cargada de ironía—. Un clérigo de no poca importancia, o eso nos haría creer. También es el afortunado futuro heredero de esta modesta propiedad, gracias a la sabiduría de las leyes de mayorazgo.

—Qué desafortunado para sus hijas —dijo Lady Matlock diplomáticamente.

La señora Bennet, mientras tanto, había recuperado la compostura suficiente para hablar, aunque su voz temblaba ligeramente—. Oh, sí, el señor Collins es bastante... bueno, es muy piadoso, mi lady. Y muy atento a sus deberes, creo —juntó las manos con fuerza en su regazo, como si se preparara para alguna calamidad inminente.

—Qué admirable —respondió Lady Matlock amablemente, aunque su mirada permaneció fija en la señora Bennet, como si percibiera el peso de su inquietud. Elizabeth se maravilló de la capacidad de la mujer para transmitir comprensión sin una sola palabra de condescendencia.

—Bueno —dijo el señor Bennet, rompiendo la tensión con una sonrisa astuta—. No nos desesperemos prematuramente. El señor Collins aún puede resultar ser una fuente inagotable de entretenimiento.

—O de infinita exasperación —murmuró Elizabeth, demasiado bajo para que alguien más que Jane la oyera. Su hermana reprimió una risa, y Elizabeth no pudo evitar sonreír. Fuera lo que fuese que trajera la visita de su primo, se propuso afrontarlo con su habitual fortaleza y, quizás, con un toque de humor, para mayor seguridad.



Después de que el Conde y la Condesa se marcharan y los Bennet mayores se hubieran retirado, el señor Bennet a su estudio y la señora Bennet a sus aposentos en un ataque de angustia por la inminente llegada del señor Collins, Lydia estalló, con las mejillas encendidas de un carmesí furioso y sus rizos rebotando con cada paso indignado mientras recorría el salón.

—¡¿De vuelta a la escuela?! ¡¿De vuelta a la *escuela*?! —gritó, arrojándose dramáticamente sobre la chaise longue como si su mismísimo espíritu hubiera sido herido de muerte—. Y, ¿quién, me pregunto, le dio a *ella*... —escupió la palabra como si fuera veneno— ...el derecho de dictar toda mi vida?

Elizabeth, que había estado recolocando un pequeño jarrón de vegetación sobre la repisa de la chimenea, lo dejó con deliberado cuidado y se volvió para observar la teatralidad de su hermana menor con una ceja levantada. Kitty se mantenía indecisa en un rincón, aferrando su bastidor de bordado como un escudo y lanzando miradas nerviosas entre Lydia y la puerta, como si debatiera si la huida podría ser prudente.

—¿Sabes lo que le dijo a Mamá? —continuó Lydia, levantándose ahora con una urgencia que no podía contenerse estando sentada. Sus brazos se agitaban para dar énfasis, casi derribando una delicada figurilla de porcelana de la mesa lateral—. ¡Dijo que nos haría bien cultivar *disciplina* y *refinamiento*!

—Bueno —intervino Elizabeth con sequedad—, hay cierto mérito en su sugerencia. La disciplina, al menos, siempre pareció un concepto extraño para ti.

—¡Eso no es gracioso! —Lydia dio una patada en el suelo, el impacto hizo temblar las tablas del piso—. ¡Y luego Mamá se limitó a asentir como si fuera una mansa ovejita llevada al matadero! ¡Estuvo de acuerdo! ¡Con todo! Nada de asambleas, nada de fiestas, y... —aquí su voz alcanzó un tono tan agudo que Mary, sentada recatadamente con un libro, hizo una mueca y lo cerró con un chasquido audible— ¡nada de baile en Netherfield!

—Ah, ahí está —reflexionó Elizabeth en voz alta, dándose golpecitos en la barbilla pensativamente—. Sabía que esta diatriba debía tener una tragedia central. La pérdida del baile, por supuesto, eclipsa todas las demás preocupaciones.

—¡Sí, lo hace! —exclamó Lydia, perdiendo por completo el sarcasmo—. ¿Cómo voy a bailar con los oficiales si estoy encerrada en algún aula lúgubre sin más compañía que verbos latinos y aritmética? —Se estremeció—. Es cruel, Elizabeth. ¡Positivamente bárbaro!

—Quizás —respondió Elizabeth, moviéndose para tomar la silla frente a su hermana—, pero no puedo evitar preguntarme si Lady Matlock podría tener razón. Eres bastante... impetuosa, Lydia, y no todo el mundo encuentra eso encantador. Puede que no te haga daño adquirir un poco más de decoro.

—¡Decoro! —chilló Lydia, con una risa incrédula resonando por toda la habitación—. ¡Suenas igual que ella! Esa mojigata entrometida...

—Vamos, vamos —interrumpió Elizabeth rápidamente, levantando una mano—. Dejemos los insultos a un lado, ¿de acuerdo? No son ni ingeniosos ni encantadores.

—¡Pues la odio! —declaró Lydia con vehemencia, lanzándose de nuevo sobre la chaise longue con tanta fuerza que los cojines gimieron en protesta—. ¡La odio a ella, y a sus aires, y a sus miradas de suficiencia, y odio que lo haya arruinado todo! Y Kitty —torció la cabeza para mirar fijamente a su hasta ahora silenciosa aliada—, ¡deja de acobardarte y di algo útil por una vez!

—Pero quizás Lady Matlock solo quería ayudar —balbuceó Kitty, con voz temblorosa mientras miraba a Elizabeth buscando seguridad—. Después de todo, es bastante amable.

—¡Amable! —se burló Lydia, sentándose de golpe otra vez—. Si esto es amabilidad, preferiría arriesgarme con la crueldad. —Lanzó una mirada suplicante a Elizabeth, con los ojos abiertos y dramáticos, como si esperara que su hermana mayor se lanzara a la refriega en su defensa. Cuando no pareció llegar tal rescate, se dejó caer de nuevo sobre la chaise con un suspiro desesperado—. Es completamente desesperanzador. Mi juventud se está desperdiciando, Lizzy, ¡y pareces contenta de quedarte sentada viendo cómo sucede!

—Al contrario —replicó Elizabeth, reprimiendo una sonrisa mientras se levantaba para recoger su libro de la mesa auxiliar—. Me parece infinitamente entretenido.



La noche se había asentado en una rara calma en Longbourn, habiéndose apaciguado el caos del arrebato anterior de Lydia como una tormenta pasajera. Elizabeth estaba sentada en su habitación, con el fuego crepitando suavemente en la chimenea y proyectando sombras parpadeantes en las paredes. Iba por la mitad de una novela, con los pies cómodamente recogidos debajo de ella, cuando un suave golpe en la puerta interrumpió su paz.

—Adelante —dijo, dejando el libro a un lado y sabiendo perfectamente quién sería.

Jane entró con su gracia habitual, su cabello dorado pulcramente trenzado para la noche y su expresión serena, aunque sus labios se curvaban en una sonrisa ligeramente cómplice. Cruzó la habitación y se hundió en el borde de la cama de Elizabeth, alisando los pliegues de su bata mientras lo hacía.

—Pobre Lydia —comenzó Jane—. Está bastante angustiada. Me quedé con ella un rato hasta que finalmente se durmió. Kitty, sin embargo, parece resignada a su destino, aunque sea dos años mayor.

—Sí, pobre Lydia, en efecto —respondió Elizabeth secamente, recostándose contra los cojines —. Su sufrimiento verdaderamente no conoce límites. ¡Pensar que le han negado un baile! ¿Cómo sobrevivirá a tal privación?

—Lizzy —la reprendió Jane suavemente, aunque sus ojos brillaban de diversión—. No debes burlarte. Es muy difícil para ambas. Son jóvenes, y sus placeres, por frívolos que nos puedan parecer, significan mucho para ellas.

—¿Frívolos? Eres demasiado amable, Jane. Si me hubieran enviado de vuelta a la escuela a su edad, imagino que mi mayor queja habría sido la calidad del pan y la mantequilla, no la perspectiva de perderme un baile. —Elizabeth hizo una pausa, arqueando una ceja—. Pero no viniste aquí para abogar por la causa de Lydia, ¿verdad?

Jane vaciló, sus manos jugueteando ligeramente con la cinta atada a su cintura. Su semblante sereno dio paso a algo más incierto, aunque no menos compuesto. —No —admitió al fin—. En verdad, me siento algo aliviada.

—¿Aliviada? —repitió Elizabeth, aunque su tono no denotaba sorpresa—. Continúa, por favor.

—Piénsalo, Lizzy —dijo Jane con seriedad—. Lydia y Kitty se beneficiarán enormemente al volver a la escuela. Aprenderán disciplina y decoro, y quizás incluso adquieran algunos logros

más allá del coqueteo y la charla ociosa. Y en cuanto a las reuniones y fiestas... —hizo una pausa, bajando ligeramente la voz—. Bueno, no podemos negar que su comportamiento en tales eventos ha sido... animado, por decirlo amablemente.

—Animado —repitió Elizabeth con una risita—. Esa es, en efecto, una descripción muy caritativa. Me atrevería a decir que Lady Matlock usaría una palabra completamente diferente. Pero Jane —su expresión se suavizó mientras se inclinaba hacia adelante—, no debes sentirte culpable por pensar así. Estoy completamente de acuerdo contigo.

—¿De verdad? —preguntó Jane, sus ojos azules abriéndose ligeramente.

—Por supuesto —respondió Elizabeth—. Lydia y Kitty protestarán contra esto, naturalmente, pero con el tiempo, puede que incluso agradezcan a la condesa por su interferencia. —Inclinó la cabeza pensativamente—. Aunque quizás no hasta que tengan hijas propias.

—Ese es un consuelo bastante lejano —dijo Jane con una sonrisa, su vacilación anterior desvaneciéndose—. Pero supongo que es mejor que nada.

—Precisamente —dijo Elizabeth, extendiendo la mano para apretar la de su hermana—. Y mientras tanto, disfrutemos de este breve respiro de sus travesuras. ¿Quién sabe cuánto durará?

—No mucho, sospecho —dijo Jane con una risa suave, levantándose con gracia de la cama—. Pero seguiré tu consejo y lo aprovecharé mientras pueda. Buenas noches, Lizzy.

—Buenas noches, Jane —respondió Elizabeth, observando a su hermana deslizarse fuera de la habitación con una sonrisa cariñosa. Una vez sola, tomó su libro de nuevo, aunque se encontró releyendo la misma frase varias veces. A pesar de sus bromas, no podía evitar sentir una pequeña esperanza de que la influencia de Lady Matlock pudiera traer algo del tan necesario orden a su animado hogar, aunque quedaba por verse si resultaría una bendición o simplemente un nuevo tipo de caos.



Capítulo Ocho

LA CASA DE LOS Bennet bullía con la peculiar energía de una visita inminente. La señora Bennet revoloteaba por el salón, enderezando cojines que no necesitaban ser enderezados y ordenando a la criada que quitara motas de polvo imaginarias de la repisa de la chimenea. Elizabeth, por su parte, intentaba concentrarse en un bordado largo tiempo descuidado, aunque sus puntadas se volvían cada vez más erráticas a medida que su mente divagaba. El señor Collins, su muy discutido primo y heredero de Longbourn, estaba a punto de llegar, y Elizabeth no podía evitar sentir una vaga sensación de inquietud.

—Vamos, Lizzy —gorjeó la señora Bennet, con los ojos brillando de un entusiasmo que Elizabeth consideraba totalmente injustificado—, siéntate derecha, querida. Las primeras impresiones son muy importantes, y debemos mostrarle que somos una familia de refinados logros.

—Por supuesto, mamá —respondió Elizabeth con una sonrisa complaciente, aunque sospechaba que la opinión del señor Collins sobre su refinamiento no se vería afectada por el ángulo de su columna vertebral.

Antes de que la señora Bennet pudiera ofrecer más consejos sobre el porte, el sonido de las ruedas de un carruaje crujiendo contra la grava del camino llegó a sus oídos. Un momento después, Hill, el ama de llaves, anunció al señor Collins, quien entró en la habitación con toda la pompa y ceremonia que cabría esperar de un hombre que se consideraba a sí mismo un dechado de dignidad clerical.

Elizabeth se levantó educadamente, solo para ser recibida con una reverencia tan elaborada que parecía desafiar las leyes de la anatomía humana. La figura alta del señor Collins se inclinó profundamente, su corpulenta figura oscilando peligrosamente como una rama sobrecargada en

un viento fuerte. Cuando finalmente se enderezó, su rostro estaba sonrojado de un tono rosado bastante alarmante, aunque él parecía completamente imperturbable.

—¡Qué encantado estoy de conocerlas al fin! —comenzó, con una voz que era una curiosa mezcla de presunción y servilismo—. Mi estimada patrona, Lady Catherine de Bourgh, a menudo me ha inculcado la importancia de las conexiones familiares, y es con gran placer que me encuentro entre tan amables parientes.

—Qué amable es usted al decir eso, señor Collins —exclamó la señora Bennet, con las mejillas resplandecientes de orgullo maternal—. Estamos muy felices de darle la bienvenida a Longbourn.

Elizabeth inclinó ligeramente la cabeza, conteniendo la réplica que amenazaba con escapar. *Amables parientes*, vaya. Conocía al hombre desde hacía apenas treinta segundos y ya sentía el apremiante deseo de huir de la habitación.

El señor Collins, ajeno al tormento interior de Elizabeth, se embarcó en un largo monólogo ensalzando las virtudes de Rosings Park, la grandeza de Lady Catherine y, lo más desconcertante, los beneficios morales de las patatas hervidas. Elizabeth escuchaba con una mezcla de fascinación y horror, intercambiando ocasionales miradas de incredulidad con Jane, que estaba sentada serenamente junto a la ventana.

—¡Ah, señorita Bennet! —exclamó de repente el señor Collins, volviéndose hacia Jane con una floritura casi teatral—. Debo decir que su belleza supera con creces incluso los elogiosos comentarios que he recibido. ¡En efecto, apenas puedo imaginar un semblante más angelical!

—Gracias, señor —respondió Jane suavemente, y eso fue todo el aliento que el señor Collins pareció necesitar para intentar monopolizar su atención.

—Mamá —dijo Elizabeth en voz baja—, ¿crees que eso es prudente? El señor Collins se sentirá bastante decepcionado si se enamora de Jane solo para descubrir que el señor Bingley ocupa el primer lugar en sus afectos.

—¡Tienes toda la razón, Lizzy! —convino la señora Bennet, y poco después llevó al señor Collins aparte para informarle que—: Jane ya está comprometida, señor Collins. Tenemos sobradas razones para creer que pronto se comprometerá de manera muy ventajosa. —Su tono llevaba el suficiente aire de triunfo como para hacer inequívoco su significado.

—¿Comprometida? —repitió el señor Collins, parpadeando rápidamente como si las palabras requirieran un procesamiento adicional. Hizo una pausa, su expresión cambiando de la decepción al cálculo con una velocidad inquietante. Su mirada recorrió la habitación, deteniéndose

brevemente en Mary (que estaba absorta en un libro) y Lydia (que se movía impaciente), antes de posarse finalmente en Elizabeth.

—Señorita Elizabeth —dijo, su tono adquiriendo un aire de solemnidad que le revolvió el estómago—, parece que la Providencia ha guiado mi atención hacia usted en su lugar. ¡Qué felicidad encontrar a otra joven dama de tan evidente inteligencia y encanto dentro de la misma familia!

Elizabeth lo miró fijamente, momentáneamente privada del habla ante este espantoso resultado de su consejo a su madre. De todas las absurdidades que había soportado hasta ahora, esta seguramente se clasificaba entre las más altas. ¿Providencia? Seguramente ninguna entidad divina sancionaría un destino tan terrible como convertirse en el objeto de atención del señor Collins.

—Qué afortunado, en efecto —logró decir al fin, con voz firme a pesar de la creciente marea de incredulidad. Lanzó una mirada significativa a su madre, cuya sonrisa aprobatoria solo profundizó su consternación.

—Sí, sí —rió tontamente la señora Bennet, juntando las manos—. Lizzy es una chica muy inteligente, señor Collins, y muy talentosa, se lo aseguro.

—En efecto, puedo percibirlo fácilmente —declaró el señor Collins, hinchando el pecho con un aire de magnanimidad que casi ocultaba su falta de sutileza—. Me resulta evidente que la señorita Elizabeth posee todas las cualidades que uno podría buscar en una esposa de buen juicio y decoro.

Elizabeth apretó los labios, obligándose a mantener la compostura. El impulso de reír, o quizás gritar, era casi abrumador. En su lugar, fijó la mirada en el aro de bordado en su regazo, deseando fervientemente poder apuñalar algo más que la tela frente a ella.

El tintineo de los cubiertos y el educado murmullo de la conversación finalmente dieron paso al suave arrastre de las sillas al ser empujadas hacia atrás, señalando el fin de la cena. Elizabeth se levantó de su asiento con toda la compostura que pudo reunir, agudamente consciente de la mirada del señor Collins siguiendo cada uno de sus movimientos, su expresión una mezcla de asombro reverencial y expectativa satisfecha.

—Elizabeth —la voz de la señora Bennet captó su atención antes de que pudiera escapar al santuario de la sala—. Una palabra, querida. —La mano de su madre, ligera pero insistente, se curvó alrededor de su brazo.

—Por supuesto, mamá —respondió Elizabeth con suavidad, aunque el brillo en los ojos de la señora Bennet le puso los nervios de punta. Esa mirada en particular rara vez auguraba algo que

ella deseara escuchar.

La señora Bennet la condujo hacia el rincón más alejado de la habitación, donde el resplandor parpadeante de los candelabros proyectaba una luz irregular sobre el papel tapiz. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro conspiratorio, aunque el dramático ademán con el que lanzaba miradas al resto de la familia hacía parecer que estuviera tramando algún gran espionaje.

—Ahora, Lizzy, debo hablarte de algo sumamente importante —su tono estaba cargado de significado, y Elizabeth se preparó mentalmente, arrepintiéndose ya de cualquier sabiduría maternal que estuviera a punto de recibir.

—¿En serio, mamá? ¿Y qué podría ser tan urgente que no pudiera esperar hasta que el señor Collins termine su oración sobre nuestras excelentísimas patatas hervidas? —los labios de Elizabeth se curvaron a pesar de sí misma, pero su broma no logró disuadir a la señora Bennet.

—No seas impertinente, niña —la reprendió su madre, abanicándose con exagerado propósito, aunque la habitación apenas estaba cálida—. Esto te concierne directamente. Lady Matlock —hizo una pausa para dar efecto, como si invocara el nombre de la realeza— te ha tomado bastante aprecio.

—¿Lady Matlock? —repitió Elizabeth, alzando las cejas con genuina sorpresa. Este no era el giro que esperaba que tomara la conversación—. Ha sido muy amable, es cierto.

—¡No seas absurda, Lizzy! Con tus encantos, no es de extrañar que te encontrara agradable —la señora Bennet parecía absolutamente triunfante, como si este desarrollo fuera únicamente el resultado de sus propias estratagemas parentales—. Y es ciertamente fortuito, pues tengo buena autoridad —aquí se inclinó más cerca, como si compartiera un secreto de Estado— de que los Matlock poseen varios beneficios eclesiásticos a su disposición.

Elizabeth la miró fijamente, completamente perdida.

—¿Varios beneficios? ¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—¡Por Dios, Lizzy! —la señora Bennet chasqueó la lengua, exasperada por la aparente obtusidad de su hija—. ¿No lo ves? Si te casaras con el señor Collins, ¡podrías recomendarlo a Lady Matlock para uno de esos beneficios! Después de todo, ella te admira. Sería fácil asegurar su favor.

—¿Fácil? —repitió Elizabeth, alzando ligeramente la voz, aunque rápidamente la moderó cuando su madre gesticuló frenéticamente para que bajara el tono—. Mamá, ¿estás sugiriendo que cultive una amistad con Lady Matlock puramente para impulsar la carrera del señor Collins?

—¡Pues sí, claro que sí! —declaró la señora Bennet, como si fuera la proposición más razonable del mundo—. Es solo prudencia, querida. ¡Piensa en lo ventajoso que sería, para él, para ti, para

todos nosotros!

Elizabeth miró fijamente a su madre, con una mezcla de incredulidad e indignación arremolinándose en su interior.

—No puedes esperar seriamente que forme relaciones basadas en tales cálculos.

—¿Cálculos? —exclamó la señora Bennet, llevándose la mano al pecho como si Elizabeth la hubiera herido mortalmente—. ¡Ay, Lizzy, cómo me exasperas! Nunca piensas en las cuestiones prácticas, en las *realidades* de la vida. Una esposa debe considerar los intereses de su marido tanto como los suyos propios, ¡sobre todo cuando coinciden tan perfectamente!

—¿Cuestiones prácticas, dices? Quizás debería sugerir al señor Collins que dirija sus atenciones a la propia Lady Matlock, aunque dudo que incluso su servilismo pudiera soportar su escrutinio —el tono seco de Elizabeth le valió una mirada fulminante de su madre.

—No seas impertinente, Lizzy —la reprendió la señora Bennet, aunque su disgusto se vio atenuado por una mirada por encima del hombro para asegurarse de que nadie más la había oído —. Estás empeñada en llevar la contraria. Deberías agradecerme que me tome tantas molestias para asegurar tu futuro.

—No puedo agradecerte que me animes a tratar a Lady Matlock como si fuera un peón en un juego de ascenso social. Es una forma mercenaria de ver las amistades, mamá, y no me rebajaré a hacer tales cálculos.

—¿Mercenaria? —repitió la señora Bennet, la palabra despertando una nueva indignación mientras su voz subía una octava—. ¿Cómo puedes decir eso? ¿Es mercenario que una esposa considere las perspectivas de su marido? ¿Asegurarse de que sus hijos estén bien provistos? ¡Te aseguro que tales consideraciones son solo prudentes!

—Prudentes —repitió Elizabeth, sus labios curvándose en una sonrisa irónica—. Y yo que pensaba que la prudencia implicaba honestidad e integridad, no buscar el favor bajo falsos pretextos.

—¡No tergiverses mis palabras, niña! —exclamó la señora Bennet, sus mejillas sonrojándose de un delicado rosa, señal inequívoca de frustración y ofensa—. ¡No son falsos pretextos! Lady Matlock ya ha mostrado preferencia por tu compañía. No hay nada inadecuado en fomentar tal conexión. De hecho, sería beneficioso para todos.

—Para todos menos para mí —replicó Elizabeth con brusquedad, el filo de su voz cortando el aire como una cuchilla. Tomó un respiro medido, obligándose a hablar con más calma—. Mamá, incluso si estuviera inclinada a soportar la compañía del señor Collins el tiempo suficiente para casarme con él —lo cual, te aseguro, no es el caso—, el asunto de Longbourn haría que todas

estas maquinaciones fueran completamente innecesarias. Cuando él lo herede, no habrá necesidad de beneficios adicionales ni favores de Lady Matlock ni de nadie más.

—¡Razón de más para asegurar sus atenciones ahora! —rebatió la señora Bennet, juntando las manos en una súplica ferviente—. Una vez que estés casada, tendrás todas las oportunidades de guiar sus intereses, de influenciarlo para el bien de nuestra familia.

—¿Guiar sus intereses? —Las cejas de Elizabeth se elevaron, mostrando su incredulidad—. ¡Antes me guiaría yo misma a un convento que pasar mi vida intentando dirigir al señor Collins! Y dejémoslo claro, mamá: cuando él se case, no será conmigo. Debo insistir en que dirijas sus atenciones a otra parte.

—¿Insistir? —jadeó la señora Bennet, aferrándose a su pañuelo como para sostenerse del impacto de tal desafío—. Oh, Lizzy, no sabes lo que estás diciendo. ¡Te arrepentirás de esta terquedad, ya lo verás!

—Terquedad o amor propio, llámalo como quieras —respondió Elizabeth con frialdad—. Pero hablo en serio. El señor Collins no encontrará ningún aliento de mi parte, y confío en que harás lo posible por evitar que se siga avergonzando a sí mismo, y a mí, continuando con sus atenciones.

La señora Bennet se quedó sentada en un silencio atónito, abriendo y cerrando la boca como si buscara una réplica adecuada. Elizabeth no esperó a que la encontrara; su paciencia, al igual que los argumentos de su madre, se había agotado. Se dio la vuelta y salió precipitadamente de la habitación.

Los tacones de la señora Bennet resonaron con fuerza contra el suelo de madera mientras seguía a Elizabeth al pasillo, con su cofia de encaje temblando de indignación. —¡Necia y egoísta! —exclamó, con un tono de voz tan dramático que hizo que Elizabeth se estremeciera—. Nunca me he sentido tan confundida por una de mis propias hijas, Lizzy. ¿No ves lo ingrata que estás siendo?

Elizabeth se volvió, arqueando una ceja con diversión en lugar de arrepentimiento. —Tenía la impresión de que el señor Collins se consideraba el benefactor en este acuerdo propuesto. Seguramente es él quien debería agradecerme por aconsejarle que busque la felicidad en otra parte, ya que no la encontrará conmigo.

—¡No seas impertinente, niña! —espetó la señora Bennet, aunque su expresión dejó entrever un destello de confusión ante la lógica de Elizabeth. Se secó las sienes con el pañuelo, murmurando algo sobre los nervios y las hijas ingratas antes de recomponerse para un nuevo ataque—. Bueno, si estás decidida a desperdiciar esta oportunidad —y recuerda mis palabras, te arrepentirás—,

supongo que Mary podría servir igual de bien. Después de todo, es una chica sensata, aunque carezca de cierta... vivacidad. ¡Y siempre ha mostrado tanto interés en los sermones y la mejora moral, cualidades que el señor Collins tiene en la más alta estima!

Elizabeth sintió ciertos reparos ante este plan, pero considerando que la alternativa podría ser que su madre siguiera empujando al señor Collins hacia ella, se contentó con un murmullo ambiguo que su madre, sin embargo, tomó como un acuerdo.

—Muy bien —declaró la señora Bennet con un resoplido, enderezando su postura como si se preparara para la batalla—. Haré lo que pueda. Pero recuerda mis palabras, Lizzy, ¡te arrepentirás de haberlo rechazado cuando veas a Mary felizmente establecida y tú te quedes atrás!

Elizabeth no ofreció más respuesta que una ligera inclinación de cabeza, su expresión cuidadosamente neutral mientras se dirigía hacia la puerta del salón. Un débil murmullo de voces llegó a sus oídos, y dudó solo un momento antes de abrir la puerta.

—Ah, los *Sermones de Fordyce* —se oyó la voz espesa y pomposa del señor Collins, elevándose por encima del crepitar del fuego en la chimenea—. Una obra de sabiduría sin par, señorita Mary, y una que a menudo consulto en mis humildes esfuerzos por llevar una vida virtuosa.

—En efecto, señor —respondió Mary, con voz solemne y baja de entusiasmo. Sostenía el volumen encuadernado en piel con reverencia en sus manos, sus mejillas ligeramente sonrojadas con lo que Elizabeth solo podía describir como fervor erudito—. Es un texto que ilumina el camino hacia la rectitud, aunque confieso que hay pasajes que requieren una reflexión más profunda para comprender plenamente su significado.

—Cuán cierto —dijo el señor Collins, asintiendo con tanta fuerza que su barbilla casi desapareció en su corbatín—. Posee usted un discernimiento admirable, señorita Mary. Pocas jóvenes de hoy en día se esmeran tanto en cultivar su mente y su espíritu.

Elizabeth miró a su madre, cuyo rostro se había iluminado. Intentando contener la risa, se inclinó hacia la señora Bennet y murmuró:

—Parece que no necesita usted dirigir la atención del señor Collins después de todo. Parece que ha encontrado a su musa.

—¡Chist! —siseó la señora Bennet, aunque su deleite era evidente en el brillo triunfante de sus ojos. Hizo un gesto a Elizabeth para que guardara silencio mientras ambas observaban la escena desarrollarse.

—Quizás —continuó Mary pensativamente—, podríamos discutir los capítulos sobre la humildad, señor Collins. Es una virtud que tengo en gran estima, aunque a menudo se

malinterpreta en su aplicación.

—Una excelente elección, señorita Mary —se entusiasmó el señor Collins, juntando las manos —. La humildad es, en efecto, la piedra angular del carácter cristiano. ¿Debo leer en voz alta? A menudo se ha elogiado mi voz por su claridad y resonancia durante las lecturas de las Escrituras.

—Por supuesto —accedió Mary, con la mirada fija en él con una intensidad que hizo que Elizabeth se preguntara si su hermana podría realmente desmayarse de pura admiración.

—Bueno —susurró Elizabeth a su madre, incapaz de resistirse a añadir una última observación —, parece que el señor Collins ha descubierto por fin un público cautivo.

—Cautivo o no —susurró la señora Bennet en respuesta, con una amplia sonrisa—, ¡esto puede ser la respuesta a todas nuestras oraciones!



El aire de la mañana era fresco y vigorizante, trayendo consigo la promesa de un paseo solitario y enérgico, libre de los opresivos confines de Longbourn, hasta que Lydia irrumpió en la sala, con el sombrero torcido y las mejillas sonrojadas de emoción.

—¡Ven, Lizzy! —exclamó, tirando ya del brazo de su hermana—. ¡Vayamos a Meryton! ¡Estoy segura de que habrá noticias del regimiento, y quizás hasta uno o dos oficiales holgazaneando por ahí!

Elizabeth, que acababa de decidir pasar la mañana en tranquila soledad, dudó solo un momento antes de reconocer la oportunidad de escapar. El señor Collins, que estaba en algún lugar de la casa (probablemente ensalzando las virtudes de Lady Catherine de Bourgh a quien quisiera escuchar), seguramente no se aventuraría a salir en un recado tan frívolo. Y aunque el señor Collins había dedicado su atención a Mary durante una media hora completa la noche anterior, sus ojos se habían detenido en Elizabeth, y más tarde había abandonado a Mary para continuar sus atenciones hacia Elizabeth de una manera muy inoportunamente persistente.

—Muy bien —dijo Elizabeth, levantándose rápidamente—. Jane, ¿nos acompañas? ¿Mary?

—Por supuesto —respondió Jane, con su sonrisa tan serena como siempre.

—Supongo que también podría ir —murmuró Mary encogiéndose de hombros.

Sin embargo, cuando su grupo se reunió en el pasillo, las esperanzas de Elizabeth de libertad se desvanecieron con la repentina e inoportuna aparición del propio señor Collins. Sus pesados

pasos resonaron mientras se acercaba, sosteniendo su sombrero en una mano y luciendo una expresión de determinada afabilidad.

—¡Ah, mis queridas primas! —declaró, inclinándose tanto que casi derriba una mesa lateral—. No podía dejar que tan encantadora compañía emprendiera un paseo sin acompañante. Permítanme el honor de acompañarlas.

—Eso no es en absoluto necesario —comenzó Elizabeth, con un tono afilado por el temor instintivo. Pero Lydia, ajena a los matices y a cualquier cosa que se pareciera al tacto, aplaudió encantada.

—¡Excelente idea, señor Collins! Usted hará compañía a Lizzy mientras Kitty y yo exploramos por delante. ¡Vamos, Kitty! —Y con eso, las Bennet más jóvenes salieron disparadas por la puerta, riendo como colegialas que escapan de una institutriz.

—Señorita Elizabeth —entonó el señor Collins, acercándose y ofreciendo su brazo con un aire de solemnidad más apropiado para un funeral que para un paseo a Meryton—. ¿Nos vamos?

Elizabeth miró a su alrededor en busca de algún posible alivio, pero Jane simplemente le dirigió una mirada de silenciosa simpatía, entrelazando su propio brazo con el otro lado de Elizabeth.

—Caminaremos todos juntos —dijo Jane suavemente.

—Sí —murmuró Elizabeth entre dientes—, qué afortunados somos de disfrutar de tanta... unión.

Mientras avanzaban por el camino hacia Meryton, Lydia y Kitty se adelantaron, sus risas resonando mientras especulaban sobre qué oficiales podrían aparecer en las tiendas. Mary caminaba detrás, con postura rígida y la mirada fija resueltamente en el suelo. Elizabeth no pudo evitar notar el ceño fruncido de su hermana, ni las ocasionales miradas que Mary lanzaba en dirección al señor Collins, miradas que se oscurecían cada vez que él se dirigía a Elizabeth con lo que sin duda imaginaba eran galantes atenciones.

—Qué encantador es observar los encantos rurales de Hertfordshire —comentó el señor Collins, haciendo un gesto grandilocuente hacia un seto cercano—. Uno apenas puede imaginar un paisaje más propicio para la contemplación o, de hecho, para la conversación con alguien tan encantadora como usted, señorita Elizabeth.

—En efecto —respondió Elizabeth, manteniendo su voz tan seca como el polvo bajo sus botas —. Aunque sospecho que el seto ofrece menos opiniones que yo.

—Ah, pero sus opiniones son de lo más esclarecedoras —replicó el señor Collins, sin captar en absoluto la broma—. Lady Catherine misma valora el discurso animado; me atrevo a decir que encontraría sus observaciones muy agradables.

—Lady Catherine debe estar hambrienta de entretenimiento —murmuró Elizabeth, ganándose una risa ahogada de Jane, quien apretó su agarre en el brazo de su hermana en silenciosa solidaridad.

—Quizás —aventuró Jane diplomáticamente—, podríamos hablar de algo menos... exaltado que Lady Catherine. El clima, por ejemplo. Hace un día muy agradable, ¿no es así?

—Sumamente agradable —concordó el señor Collins, aunque sus ojos permanecieron fijos en Elizabeth con un fervor que la hizo desear esconderse detrás del seto más cercano.

Mientras tanto, Mary caminaba pesadamente unos pasos detrás de ellas, aferrándose a un pequeño libro como si fuera a la vez escudo y arma. Cada paso parecía más pesado que el anterior, y Elizabeth sintió una punzada de culpa a pesar de sí misma. No era su culpa, después de todo, que los afectos del señor Collins cambiaran tan fácilmente como el viento, pero no podía evitar desear que volvieran a centrarse en Mary o, idealmente, en alguna parroquia lejana donde ninguna de las hermanas tuviera que sufrir sus atenciones.

—¡Miren! ¡Un uniforme rojo! —La voz de Lydia resonó como un repique de campanas triunfantes, cortando el aire fresco de la mañana. Aceleró el paso, con las cintas de su sombrero ondeando tras ella mientras se adelantaba al grupo, dejando a Kitty luchando por mantener el ritmo—. Es el señor Denny, oh, ¿y quién es ese caballero tan apuesto que lo acompaña?

Elizabeth, que había estado intentando ignorar estoicamente el incesante comentario del señor Collins sobre los beneficios morales de caminar, alzó la vista con leve curiosidad. Su mirada se posó en la figura que se acercaba: un caballero alto, de cabello oscuro, con porte seguro y paso ligero.

—Cielos —murmuró Elizabeth entre dientes—, un Adonis. Justo lo que Lydia necesita, un nuevo objeto para su exuberancia.

—En efecto —murmuró Jane a su lado, con un tono divertido pero teñido de un cansancio fraternal. Intercambiaron una mirada de complicidad, unidas en su preocupación compartida por los entusiasmos desenfrenados de Lydia.

Lydia pronto había persuadido al teniente Denny para que presentara a su amigo, un tal señor Wickham, que aparentemente estaba en proceso de unirse al regimiento, lo que inmediatamente llevó a Lydia a declarar lo bien que se vería con un uniforme rojo. Elizabeth hizo una mueca, pero el señor Wickham se mostró perfectamente amable y encantador a pesar del paso en falso de Lydia.

—Señor Wickham —respondió Elizabeth cuando se lo presentaron, inclinando la cabeza. Su encanto era innegable, pero había algo en la estudiada gracia de sus modales que la ponía en

guardia.

—¿Acaba de llegar a Meryton, señor Wickham? —preguntó Jane educadamente, siendo siempre la viva imagen del decoro.

—En efecto, señorita Bennet. Me he unido al regimiento del coronel Forster y estoy deseando conocer el vecindario... y a sus más encantadores habitantes —Sus ojos se demoraron en Elizabeth con una mirada que podría haber sido halagadora, de no haber parecido tan deliberada.

—Qué afortunado —dijo Elizabeth con sequedad, aunque una comisura de su boca se torció en una renuente diversión. Estaba a punto de preguntarle de dónde venía cuando el sonido de cascos acercándose atrajo la atención de todos.

—¡Señor Bingley! —exclamó Jane suavemente, su rostro iluminándose de placer cuando dos caballeros aparecieron a la vista a caballo. El señor Bingley saludó alegremente mientras desmontaba con facilidad, su entusiasmo juvenil sin disminuir por la formalidad de su atuendo.

—¡Señorita Bennet! —llamó mientras se acercaba, su expresión tan radiante como el sol de la mañana—. ¡Qué agradable sorpresa! Justo iba cabalgando hacia Longbourn para interesarme por su salud.

—Qué amable de su parte, señor —respondió Jane con una suave sonrisa, su voz lo suficientemente cálida como para hacer que incluso la brisa otoñal se sintiera agradable.

Pero mientras la entrada del señor Bingley fue todo sol y luz, la de su compañero era una nube de tormenta que se cernía en el horizonte. El señor Darcy cabalgaba rígidamente sobre su caballo, con la mandíbula apretada y el rostro enrojecido. Sus ojos oscuros estaban fijos en el señor Wickham con tal intensidad que Elizabeth casi esperaba ver saltar chispas entre ellos.

—Señor Darcy —saludó ella con cautela mientras él desmontaba y se colocaba junto a Bingley. Su seco asentimiento fue suficiente reconocimiento, aunque su mirada nunca se apartó de Wickham, cuya compostura, antes inquebrantable, ahora parecía precaria en el mejor de los casos. El color había desaparecido de su apuesto rostro, dejándolo pálido bajo su bronceado.

Finalmente, el señor Wickham inclinó la cabeza en lo que podría haber sido deferencia o desafío. El señor Darcy no devolvió el gesto. La tensión crepitaba entre ellos como una tormenta en ciernes, y los ojos perspicaces de Elizabeth se movían entre los dos hombres, preguntándose si se conocían.

—Confío en que esté disfrutando de esta hermosa mañana, señorita Bennet —dijo el señor Bingley, ajeno a la creciente tensión.

Elizabeth apenas escuchó la suave respuesta de Jane. Su atención permaneció firmemente fija en la batalla silenciosa que se desarrollaba entre Darcy y Wickham. Cualquiera que fuese la historia

entre ellos, estaba claro que no era ni simple ni amistosa. Mientras la fachada serena de Wickham se desmoronaba ligeramente y los puños de Darcy se cerraban a sus costados, Elizabeth sintió una punzada de inquietud en medio de su creciente intriga.

«Cada vez más curioso», pensó, su mente ya zumbando con posibilidades. ¿Qué secretos se escondían bajo estos pulidos exteriores? Y cómo, se preguntó, involucraban al enigmático señor Darcy y al apuesto señor Wickham?



Capítulo Nueve

DARCY REFRENÓ SU CABALLO tan bruscamente que la pobre criatura dio un resoplido sobresaltado, arañando el camino en señal de protesta. Apenas lo notó. Sus ojos estaban fijos al frente, sin parpadear, como si mirar demasiado tiempo pudiera hacer que toda la escena se evaporara ante él.

Pero no, allí estaba. *Wickham*. Wickham, con esa infernal sonrisa pícara, parado demasiado cerca de *ella*. Elizabeth Bennet. Y ella, completamente ajena al lobo con piel de cordero, parecía estar escuchando atentamente cualquier tontería que Wickham indudablemente estaba soltando.

El pecho de Darcy se tensó. Por un momento fugaz, pensó que quizás esto era algún cruel truco de la luz, pero no. No había forma de confundir esos ojos oscuros y calculadores o esa inclinación arrogante de la boca. Wickham estaba hablando, gesticulando con una facilidad y familiaridad que hacía hervir la sangre de Darcy. ¡Y Elizabeth! Estaba allí parada, con una expresión de cortés interés, sus rizos ligeramente despeinados por lo que debió haber sido otra de sus caminatas. ¿No veía el peligro? ¿No podía sentir el veneno bajo las dulces palabras de Wickham? Su agarre en las riendas se apretó hasta que sus nudillos se volvieron blancos.

Y entonces, como si sintiera el peso de la mirada de Darcy, Wickham giró la cabeza. Sus ojos se encontraron, y por un breve y tenso momento, ninguno de los dos hombres se movió. Darcy podía sentir su corazón latiendo en sus oídos, cada latido un tambor de ira y odio reprimidos. La expresión de Wickham cambió; el encanto fácil vaciló por solo una fracción de segundo antes de que su compostura regresara. Con insultante despreocupación, Wickham tocó el ala de su sombrero, ofreciendo a Darcy el más mínimo asentimiento de reconocimiento.

La audacia. El puro descaro.

La mandíbula de Darcy se tensó. ¿Cómo se atrevía? Como si fueran iguales. Como si Wickham tuviera algún derecho a estar allí, contaminando el aire con sus mentiras. La sonrisa de Wickham

se profundizó, claramente deleitándose con el silencio de Darcy, antes de volverse hacia Elizabeth con un floreo, continuando su actuación como si nada hubiera pasado.

—¿Y adónde se dirigen usted y sus hermanas en esta hermosa mañana, señorita Bennet? —preguntó Bingley, alegremente ajeno al tormento de Darcy.

—¡A casa de mi tía, por supuesto, señor Bingley! —fue Lydia Bennet quien habló, sin darle a su hermana Jane la oportunidad de responder, a pesar de que Bingley le había dirigido la pregunta a ella. El tono de Lydia era alegre y no llevaba el más mínimo rastro de deferencia—. Pensamos hacerle una visita, aunque me atrevo a decir que no es nada tan emocionante como galopar por el campo a caballo.

—Entonces espero que le transmitan nuestros saludos a su tía —respondió Bingley, con los ojos arrugándose de genuina calidez. Se quitó el sombrero con un floreo que habría sido digno de un caballero que regresaba de la batalla en lugar de un caballero intercambiando cortesías en un camino rural—. Que tengan un agradable día.

—¡Gracias, señor Bingley! —exclamó Lydia con entusiasmo antes de añadir, con un brillo conspiratorio en los ojos—: ¡Aunque desearía que pudiéramos intercambiar lugares! ¡Qué divertido debe ser montar tan libremente!

—Ciertamente —convino Bingley con una risa, claramente encantado por su audacia—. Pero, ay, los caballos no me lo agradecerían.

Los labios de Elizabeth se curvaron hacia arriba, y el pecho de Darcy se tensó ante la visión. ¿Cómo podía encontrar tal impertinencia encantadora?

—Vamos, Darcy —comentó Bingley por encima del hombro, espoleando a su montura para que se pusiera en marcha de nuevo—. No deberíamos hacer esperar más a las damas.

Darcy dudó solo un momento antes de seguirlo, aunque sus movimientos eran más lentos, casi mecánicos. Sus pensamientos giraban en una tempestad de sospecha e incomodidad, con la imagen de Wickham de pie tan casualmente junto a Elizabeth grabada en su mente. ¿Qué asuntos podría tener con ella? ¿Y por qué parecía tan... imperturbable? Seguramente, si ella supiera qué clase de hombre era realmente, su semblante delataría algún grado de disgusto, o al menos, cautela. Pero no, allí estaba ella, serena y compuesta, como si Wickham no fuera más que un conocido corriente. La idea era enloquecedora.

—¿Darcy? —la voz de Bingley lo trajo de vuelta al presente, su habitual jovialidad teñida de leve preocupación—. Estás inusualmente callado hoy. ¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió Darcy secamente, aunque la palabra sonó hueca incluso al salir de sus labios. ¿Bien? ¿Cómo podía decir que estaba bien cuando Wickham estaba aquí en Meryton, tejiendo su

red de engaños sin control?

—¡Excelente! —dijo Bingley, sin dejarse desalentar por el tono cortante de Darcy. Volvió su mirada hacia el cielo, observando las nubes dispersas con aire de absoluta satisfacción—. Es un día perfecto para montar, ¿no crees?

—En efecto —murmuró Darcy, aunque su acuerdo era meramente formal. Su atención permanecía en su interior, sus pensamientos girando cada vez más estrechamente en torno a la misma pregunta: ¿qué debería hacer, si es que debía hacer algo? La presencia de Wickham era como una piedra arrojada en un estanque plácido, enviando ondas de inquietud por cada rincón de la mente de Darcy. Y sin embargo, por mucho que anhelara actuar, confrontar a Wickham directamente o advertir a quienes pudieran caer presa de su encanto, las restricciones de la cortesía lo mantenían atado.

Cuando llegaron a las puertas de Netherfield, Darcy se dio cuenta de que apenas había escuchado una palabra de la charla de Bingley. Su amigo, afortunadamente, parecía no haberse percatado, parloteando sobre el próximo baile con entusiasmo desenfrenado. Darcy, sin embargo, permanecía atrapado en sus propios pensamientos, su resolución fortaleciéndose con cada paso de los cascos de su caballo. Wickham ya había causado suficiente daño en su vida. No se quedaría de brazos cruzados mientras el canalla sembraba el caos de nuevo.

Darcy desmontó con un movimiento rápido y practicado, sus botas aterrizando sobre la grava del camino de Netherfield con un crujido decisivo. Entregó las riendas a un mozo de cuadra que esperaba sin siquiera mirarlo, su atención fija por completo en otra parte. Sus pensamientos permanecían en tumulto, un enredo caótico de deber e indignación, pero al acercarse a la casa, un destello de claridad comenzó a emerger de la tormenta. No tenía que cargar con este peso solo. La verdad le golpeó como una ráfaga de viento inesperada: Lord Matlock sabía sobre Wickham, conocía toda la desagradable verdad sobre los tratos de Wickham con la familia Darcy.

—Maldita sea —murmuró Darcy entre dientes, atravesando las puertas principales con determinación. Los pasillos de Netherfield parecían inusualmente silenciosos por una vez: ni la señorita Bingley al acecho para interceptarlo con halagos empalagosos, ni el señor Hurst deambulando en busca de su próxima comida. Era un raro respiro, aunque Darcy apenas lo notó. Su mente se había aferrado a un pensamiento y no lo soltaría: debía consultar a Lord Matlock.

—¡Ah, aquí estás! —llegó una voz familiar y jovial desde el corredor. Darcy se detuvo a medio paso, girándose para ver a su tío emerger del salón con toda la tranquilidad de un hombre que acababa de disfrutar de un excelente almuerzo. Lord Matlock era la viva imagen de la afabilidad,

su cabello plateado captando la luz de la tarde, sus manos entrelazadas tras la espalda como si no tuviera una sola preocupación en el mundo.

—Tío —saludó Darcy, inclinando la cabeza en un educado reconocimiento, aunque su tono cargaba el peso de su preocupación—. ¿Puedo hablar con usted? —Echó un vistazo al pasillo vacío, asegurándose de su privacidad antes de continuar—. En la biblioteca, si no le importa.

—Qué dramático —dijo Lord Matlock, arqueando una ceja con diversión—. ¿Debo prepararme para revelaciones de importancia nacional, o meramente para intrigas familiares?

Darcy no se dignó a responder, simplemente giró sobre sus talones y comenzó a dirigirse hacia la biblioteca. Lord Matlock rio suavemente, poniéndose a su lado con un aire de leve curiosidad.

—¡Señor Darcy!

Darcy hizo una mueca, pero era imposible escapar. La señorita Bingley había aparecido de quién sabe dónde y se había aferrado a su brazo.

—¡Ha vuelto! Dígame, ¿fue un paseo agradable esta mañana? Quizás debería haber ido con usted, pero realmente hace un poco de frío para salir a montar...

—En efecto —dijo Darcy, tratando sin éxito de liberar su brazo. Lord Matlock observaba con gran diversión—. Si me disculpa... —pero la señorita Bingley tenía el bit entre los dientes y seguía parloteando sobre lo saludable que era el ejercicio, todo mientras apretaba su brazo de una manera muy desconcertante.

—Señorita Bingley —Lord Matlock finalmente acudió al rescate de Darcy—. Si nos disculpa, hay un asunto de negocios que necesito discutir con mi sobrino.

—¿Negocios? —Miss Bingley rio ligeramente, y aún parecía no tener prisa por soltar a Darcy—. ¡Oh, qué tedioso!

—Pero necesario, me temo —Lord Matlock la miró fijamente, y finalmente Miss Bingley pareció darse cuenta de que no tenía intención de ceder.

—Bueno —dijo con una de sus falsas risitas tintineantes—, estoy segura de que nos honrará con su compañía cuando sus *negocios* hayan concluido. ¡Estaré en el salón!

Darcy exhaló un suspiro de alivio cuando Miss Bingley finalmente lo soltó. Ofreciendo una cortés reverencia, esperó mientras ella se alejaba con parsimonia, mirando por encima del hombro todo el tiempo como si esperara que él la llamara de vuelta, antes de dirigir a su tío una mirada de silencioso agradecimiento.

La biblioteca, cuando llegaron, estaba afortunadamente desocupada. Darcy cerró la puerta tras ellos con un clic medido, cortando cualquier posible interrupción. El intenso aroma de los

volúmenes encuadernados en piel y la madera pulida llenaba el espacio, una reconfortante familiaridad en medio del tumulto en el pecho de Darcy.

—Bien, entonces —dijo Lord Matlock alegremente, acomodándose en uno de los sillones junto al fuego. Estiró las piernas con la facilidad de un hombre completamente en casa en su entorno —. ¿Qué pesa tanto en tu mente, Fitzwilliam? Y por favor no me digas que se trata de cuentas, estoy demasiado lleno después del almuerzo para soportar tal tedio.

Darcy dudó por un momento, caminando una corta distancia antes de finalmente hablar.

—Me temo que el asunto es mucho más serio que las cuentas, tío.

—¿En serio? —Lord Matlock se inclinó ligeramente hacia adelante, su expresión aguzándose con interés—. Continúa, por favor.

Darcy respiró hondo, tranquilizándose. No era poca cosa exponer los problemas que lo habían atormentado desde Ramsgate. Pero si había alguien en quien podía confiar para obtener un consejo sensato, y quizás una medida de tranquilidad, era su tío.

Sin embargo, antes de que pudiera comenzar, Lord Matlock inclinó la cabeza, con una sonrisa astuta tirando de las comisuras de su boca.

—A menos, por supuesto, que desees confesar tu admiración por cierta joven dama. Si es así, permíteme asegurarte que lo aprobaría de todo corazón.

—Tío —dijo Darcy bruscamente, sus mejillas oscureciéndose a pesar de sí mismo—. Este no es el momento para bromas.

—Por el contrario, muchacho —respondió Lord Matlock con un brillo en los ojos—. Parece exactamente el momento para ello. Has estado cavilando como una nube de tormenta desde que llegué a Hertfordshire; le hace bien a un hombre reír, ¿sabes?

—En este momento, no —replicó Darcy, aunque el más leve indicio de una sonrisa amenazaba con traicionarlo. Si no otra cosa, la ligereza de su tío servía para recordarle por qué había buscado esta conversación en primer lugar: para encontrar un camino a través de la tormenta, con la guía de un hombre más sabio.

—Es una mujer de muchas cualidades —dijo Lord Matlock—. La dedicación, no es la menor.

¿Dedicación? La mente de Darcy voló de vuelta a lo que acababa de ocurrir, al intento más dedicado de Caroline Bingley por llamar su atención. Seguramente su tío no podía pensar...

—Tío Henry —dijo Darcy, con voz cortante. Permaneció de pie, como si tomar asiento pudiera sugerir complicidad en lo que temía que estaba por venir—. Espero que no esté bajo la idea errónea de que tengo... alguna intención de cortejar a la señorita Bingley.

—¿La señorita Bingley? —repitió Lord Matlock, frunciendo el ceño momentáneamente antes de que la diversión iluminara sus facciones. Rió por lo bajo, inclinándose hacia adelante con los codos sobre las rodillas—. Por Dios, no, Fitzwilliam. ¿Qué te dio esa idea?

—Su comentario sobre el cortejo y la dedicación... —comenzó Darcy con rigidez, aunque el alivio corrió por sus venas como un repentino deshielo. Ahora se sentía absurdo, pero el recuerdo de los intentos empalagosos de Caroline por entablar conversación justo antes de que entraran en la biblioteca claramente había dejado huella.

—Ah —interrumpió su tío, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. La señorita Bingley, en efecto. No, muchacho. Mi referencia era a una perspectiva mucho más vivaz, una tal señorita Elizabeth Bennet, cuyos hermosos ojos e ingenio chispeante pareces incapaz de ignorar. —El brillo en los ojos de Lord Matlock se intensificó, su sonrisa casi lobuna—. Aunque no lo admitas en voz alta.

—¡Elizabeth Bennet! —soltó Darcy, su compostura momentáneamente destrozada. Se enderezó, aclarándose la garganta y juntando las manos detrás de la espalda como si el acto pudiera restaurar el orden al caos que se arremolinaba en su interior—. Eso es... usted me malinterpreta, tío. Sus conexiones...

Lord Matlock se reclinó, fijando en Darcy una mirada perspicaz.

—No pretendamos que tu propio círculo está libre de manchas. ¿Debemos discutir sobre la señorita Bingley una vez más, o prefieres examinar el origen de la fortuna de los Bingley? El comercio, ¿no es así? Y bastante reciente, por cierto.

—Eso difícilmente...

—¿Difícilmente relevante? —interrumpió Lord Matlock bruscamente, alzando una ceja plateada —. En efecto, tales cosas pueden pasarse por alto *cuando lo deseamos*. Dime, Fitzwilliam, ¿cuándo te volviste tan propenso a sonar como la misma señorita Bingley, lanzando piedras desde su casa de cristal? Me decepcionas.

Las palabras cayeron pesadamente, aunque no había crueldad en su forma de decirlas. Darcy se estremeció de todos modos, sus pensamientos corriendo. A pesar de toda la alegría de su tío, su tono llevaba el peso de una verdad innegable.

Al otro lado de la biblioteca, Lord Matlock esperaba sentado, las cejas levantadas con leve diversión, como si la consternación de Darcy no fuera más preocupante que un marcador de libros mal colocado.

—Ahora —comenzó Lord Matlock, acomodándose en su propio asiento con el aire de un hombre que se está divirtiendo enormemente—, volvamos nuestra atención al señor Bingley y la

señorita *Jane* Bennet, ¿de acuerdo? Una excelente pareja, si me lo preguntas. —Hizo girar el líquido rubí en su copa, su tono ligero pero deliberado.

—¿La señorita Bennet? —repitió Darcy, sobresaltado de sus pensamientos en espiral. Su tío no podía referirse realmente a... —. Seguramente está bromeando, señor.

—En absoluto —llegó la tranquila respuesta—. Es una joven encantadora, muy bien considerada por sus vecinos, y su belleza es incomparable. Mi querido Fitzwilliam, considerando la feliz mejora que supondría para la posición del señor Bingley, me atrevería a decir que debería estar agradeciendo a su buena estrella. —Lord Matlock inclinó la cabeza, su mirada aguda posándose sobre Darcy como un halcón evaluando a su presa—. ¿No estás de acuerdo?

Darcy vaciló, su mente buscando frenéticamente un argumento que pudiera resistir el escrutinio de su tío. Jane Bennet era ciertamente hermosa —"angelical" había sido la declaración extasiada de Bingley—, pero ¿qué hay de su familia, su falta de dote y conexiones?

—Pero Bingley podría... —comenzó Darcy con rigidez, solo para flaquear ante la mirada conocedora que Lord Matlock le dirigió.

—¿Podría qué? ¿Aspirar a más? —El conde se rió, un sonido rico que llenó la habitación—. Quizás, pero ¿con qué fin? No tiene ni título ni finca ancestral, y aunque su fortuna es respetable, su origen en el comercio no será pasado por alto en los círculos más altos. —Se inclinó ligeramente hacia adelante, su voz adquiriendo un toque de gravedad—. Bingley tiene mucho más que ganar aliándose con una familia respetada en su comunidad que persiguiendo a alguna señorita de sociedad que lo vería como poco más que el hijo de un comerciante advenedizo.

Darcy abrió la boca y luego la cerró de nuevo, su réplica desmoronándose antes de que pudiera formarse. Era exasperante cómo su tío desmantelaba sin esfuerzo cada argumento, dejándolo varado en el incómodo territorio del acuerdo silencioso.

—Ahora tú, por otro lado —continuó Lord Matlock, su tono volviéndose contemplativo mientras miraba a Darcy por encima del borde de su copa—, estás en una posición completamente diferente. Ya eres uno de los hombres más ricos de Inglaterra, con un nombre y un linaje que no necesitan adorno. Dime, muchacho. —Sus labios se curvaron en una leve sonrisa—. ¿Qué ganas exactamente casándote por algo que no sean tus propias inclinaciones?

Darcy se removió en su silla, su garganta apretándose. La pregunta, planteada tan casualmente, golpeó más profundo de lo que le gustaría admitir. —No es tan simple —murmuró, apartando la mirada.

—¿Por qué no? —presionó Lord Matlock, su diversión suavizándose a algo más gentil—. Me atrevo a decir que tu tía Margaret y yo hemos aprendido una cosa o dos sobre el asunto, habiendo

soportado la dicha conyugal durante tantos años. Y puedo decirte esto —la expresión del conde se volvió bastante incisiva—, no hay mayor locura que atarse a una mujer que no ofrece desafío, ni chispa. Una compañera aburrida, por impecables que sean sus conexiones, haría una vida de lo más tediosa.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de implicaciones. Darcy miró fijamente la alfombra, el intrincado patrón se difuminaba mientras el significado de su tío echaba raíces. Una mujer que lo desafiara. Una mujer que provocara... ¿qué? ¿Irritación? ¿Fascinación? ¿Algo peligrosamente cercano a la admiración?

—Tu tía y yo —añadió Lord Matlock, suavizando aún más la voz—, preferiríamos verte feliz, Fitzwilliam. Verdaderamente feliz, con alguien que te entienda, que te impulse a ser mejor, que te haga sentir vivo.

"Vivo" no era, pensó Darcy con amargura, la sensación que experimentaba en ese momento. Más bien, sentía como si el suelo se moviera bajo sus pies, los cuidadosos cimientos de sus convicciones inclinándose peligrosamente bajo la implacable lógica de su tío.

—Hay... algo más de lo que debo hablarle —logró decir Darcy después de un momento, con un tono cuidadosamente medido. Juntó las manos detrás de la espalda, un gesto habitual cuando deseaba parecer sereno—. Se trata de un asunto de suma importancia.

—Cielos, muchacho, parece que vas a anunciar una guerra —Lord Matlock se rio entre dientes, indicándole a Darcy que continuara—. Vamos, suéltalo ya.

Darcy solo dudó un instante antes de lanzarse—. Wickham está en Meryton.

El efecto fue instantáneo. El semblante afable de Lord Matlock se congeló, y sus ojos se entrecerraron como si el nombre en sí fuera lo bastante ofensivo como para oscurecer la habitación—. ¿Wickham? —repitió, con la voz ahora cortante y dura—. ¿Aquí? ¿En Hertfordshire?

—En efecto —confirmó Darcy con gravedad—. Se ha unido a la milicia estacionada en Meryton.

—Ese canalla... —Lord Matlock se interrumpió, poniéndose de pie y comenzando a pasearse por la habitación con una agilidad que desmentía sus años—. ¿Qué fechoría estará tramando ahora? Seguramente no puede haberte seguido hasta aquí, ¿verdad?

—Es poco probable —respondió Darcy, aunque la idea había cruzado por su mente más de una vez—. Sin embargo, su presencia no es una coincidencia. Dondequiera que va Wickham, los problemas lo siguen —hizo una pausa, tragando con fuerza contra la oleada de ira que amenazaba con surgir—. Y hay personas en este pueblo a quienes me gustaría ver protegidas de su influencia.

—Ah —dijo Lord Matlock con aire conocedor, deteniéndose a media zancada. Su mirada se fijó en Darcy con una intensidad que hizo que su sobrino se moviera incómodo—. ¿Se trata de la señorita Elizabeth?

No podía negarlo—. Sí... es decir, su familia puede ser particularmente vulnerable a los encantos de Wickham. Es experto en tejer mentiras y explotar la confianza.

—Ciertamente —murmuró Lord Matlock, su severidad inicial ahora templada por la reflexión—. No podemos permitir que atrape a ninguna parte desprevenida, y menos aún a aquellos por quienes tú, o incluso Bingley, puedan sentir algún apego.

—Exactamente —dijo Darcy, aliviado de que su tío pareciera captar la urgencia de la situación sin necesidad de más explicaciones.

—Bien, debemos actuar rápidamente, pero no de forma precipitada —declaró Lord Matlock, reanudando su paseo—. Afortunadamente, tu tía ya ha escrito a tus primos para invitarlos, o más bien ordenarles, que asistan al baile, y llegarán en breve. La experiencia de Richard será invaluable para abordar este asunto.

—¿Richard? —repitió Darcy, momentáneamente distraído por la mención de su primo, el Coronel.

—Por supuesto —dijo Lord Matlock—. ¿Quién mejor para servir de enlace con el Coronel Forster respecto a la posición de Wickham en el regimiento? Con el rango y la experiencia de Richard, sabrá exactamente cómo manejar una situación tan delicada. Deberían estar aquí a más tardar el lunes.

—El próximo lunes —repitió Darcy, frunciendo ligeramente el ceño—. Eso deja casi una semana...

—¿Cuánto daño puede realmente causar Wickham en tan poco tiempo? —interrumpió Lord Matlock, haciendo un gesto desdeñoso—. Queda tranquilo, Fitzwilliam, el asunto se resolverá a su debido tiempo. Hasta entonces, deja que diga las tonterías que quiera; sus mentiras se desmoronan lo suficientemente rápido ante la verdad.

Darcy inclinó la cabeza, aunque interiormente se cuestionaba si tal optimismo estaba justificado. Aun así, el peso de la responsabilidad sobre sus hombros se sintió marginalmente más ligero sabiendo que Richard pronto estaría involucrado. Si alguien podía neutralizar los planes de Wickham, era el Coronel.

—Muy bien —dijo Darcy finalmente, con voz firme a pesar de la inquietud persistente en su pecho—. Esperaremos la llegada de Richard. Pero sigo sin estar convencido de la moderación de Wickham.

—Ni deberías estarlo —concordó Lord Matlock con una sonrisa irónica—. Pero no permitamos que nos robe el juicio o el temperamento. Por ahora, mantén un ojo en las cosas, muchacho, y déjame el resto a mí.

—Gracias, tío —dijo Darcy sinceramente, sintiendo que empezaba a surgir la gratitud debajo de su ansiedad. Y sin embargo, mientras veía a Lord Matlock salir de la biblioteca con el mismo paso confiado con el que había entrado, Darcy no pudo evitar preguntarse cuántas vidas podría enredar Wickham antes de que llegara el lunes.



Capítulo Diez

LA CENA EN CASA de los Philips estuvo animada esa noche, aunque Elizabeth tuvo que reunir toda su compostura para soportar las persistentes y torpes atenciones del señor Collins. Su voz resonaba por toda la sala como un instrumento desafinado, ensalzando sin cesar las virtudes de su estimada patrona, Lady Catherine de Bourgh, como si esperara que los invitados se levantaran y lo aplaudieran después de cada frase. Elizabeth, sentada entre su primo y su tía, se encontraba frecuentemente acorralada por sus opiniones sobre la disposición adecuada de los muebles o los beneficios morales de las patatas hervidas.

—En efecto, prima Elizabeth —farfulló, disertando de manera bastante tediosa sobre el cultivo de las chirivías—, es mi firme creencia que ninguna joven dama podría esperar destacar en la virtud doméstica sin mostrar el debido interés en tales asuntos. La misma Lady Catherine...

—Qué iluminador, señor Collins —le interrumpió Elizabeth dulcemente, aunque su tono llevaba un ligero toque de picardía—. Me aseguraré de dedicarme al cultivo de chirivías a la primera oportunidad.

Su tía ocultó una risa tras su servilleta, pero el señor Collins pareció completamente ajeno a su broma, asintiendo gravemente como si ella se hubiera comprometido a una vida de devoción agrícola.

Fue entonces cuando el señor Wickham, sentado justo frente a ella, se inclinó hacia adelante con una sonrisa tan cautivadora que parecía un rayo de sol atravesando la sombra de la verbosidad de su primo.

—Señorita Elizabeth —dijo Wickham, con voz cálida y conspiratoria—, seguramente no puede permitirse estar confinada a temas tan terrenales. Una mente tan vivaz como la suya debe anhelar una conversación más entretenida.

La risa de Elizabeth surgió con facilidad, y dirigió su atención hacia él con evidente alivio.

—En efecto, señor, a menudo me encuentro anhelando cualquier tema que no implique tubérculos.

—Ah —respondió Wickham, ensanchando su pícara sonrisa—, entonces somos almas gemelas. Permítame el honor de rescatarla.

Durante el resto de la cena, el señor Wickham pareció decidido a mantenerla entretenida, entretejiendo comentarios ingeniosos en el flujo de la conversación con un encanto sin esfuerzo. Hizo observaciones ligeras sobre todo, desde lo absurdo de la moda hasta las peculiaridades de la sociedad de Hertfordshire, cada comentario entregado con la suficiente conciencia de sí mismo como para hacerla reír por su audacia mientras admiraba su ingenio.

—¿Los oficiales son siempre tan galantes, señor Wickham? —preguntó Elizabeth, arqueando una ceja—. ¿O reserva sus mejores cumplidos para cenas como esta?

—Solo cuando la compañía me inspira —respondió él, encontrando brevemente su mirada antes de añadir—, aunque confieso que no todos los días se cena con una inteligencia y belleza tan singulares.

Elizabeth sintió un agradable calor subir a sus mejillas, aunque se recuperó rápidamente.

—Es usted muy amable, señor. Pero, por favor, no deje que el señor Collins lo oiga; podría ofenderse por perder mi atención.

—Ah, el señor Collins —dijo Wickham con fingida gravedad, mirando a su desdichado primo, quien en ese momento gesticulaba exageradamente con su tenedor mientras explicaba algún punto sobre la forma correcta de doblar una servilleta—. Un rival formidable, sin duda. Dígame, señorita Bennet, ¿suele favorecerla con tan ardientes atenciones?

—Demasiado a menudo, me temo —dijo Elizabeth, incapaz de reprimir una sonrisa—. Pero he aprendido a soportarlas con toda la gracia que puedo reunir.

—Su fortaleza es admirable —dijo Wickham, con tono burlón—.

Elizabeth no pudo evitar reír de nuevo, sintiendo una creciente comodidad en su compañía. A pesar de todo su encanto, y ciertamente era considerable, había algo en su manera que invitaba su ingenio en lugar de sofocarlo. En su presencia, se sentía casi como si estuviera practicando esgrima, cada intercambio de palabras un ataque y una parada que la dejaba energizada en lugar de fatigada.

Para cuando retiraron los platos y la reunión comenzó a dirigirse hacia los juegos de cartas y otras diversiones nocturnas, Elizabeth se encontró reflexionando con cierta sorpresa que lo que había comenzado como una velada tediosa se había transformado en algo bastante... agradable.

Cuando trajeron la bandeja del té y la señora Philips se ocupó de asegurarse de que cada invitado estuviera suficientemente atendido, Elizabeth se encontró una vez más en la amable compañía del señor Wickham. Sus sillas, de alguna manera, aunque sospechaba que no del todo por accidente, habían sido dispuestas en el ángulo perfecto para permitir una conversación privada en medio del murmullo general de la sala. Había una naturalidad en su postura mientras se inclinaba ligeramente hacia ella, la luz de las velas captando el cálido brillo de sus ojos.

—Dígame, señorita Elizabeth —comenzó, con un tono ligero pero teñido de curiosidad—, ¿hace mucho que conoce al señor Darcy?

Elizabeth parpadeó, momentáneamente sorprendida por el giro inesperado de la conversación.

—¿El señor Darcy? —repitió, arqueando una ceja—. No mucho, lo confieso. Ha llegado recientemente a nuestra vecindad, hospedándose en Netherfield con su amigo, el señor Bingley.

—Ah, sí, el señor Bingley —Wickham sonrió levemente, aunque su mirada se volvió contemplativa—. Un caballero muy afable, según dicen todos. Un fino contraste con la naturaleza más... reservada del señor Darcy.

—Reservada es una palabra para describirlo —murmuró Elizabeth, con un toque de picardía en su voz—. Yo podría haber elegido otra, aunque me temo que mis observaciones no serían caritativas.

—Entonces somos de la misma opinión en ese aspecto —dijo Wickham, profundizando su sonrisa—. Aunque admito que hablo con la ventaja de una amistad más larga. De hecho, hubo un tiempo en que el señor Darcy y yo éramos bastante íntimos, de niños, por supuesto. Crecí en Pemberley, ¿sabe?

—¿En Pemberley? —repitió Elizabeth, sorprendida. Lo estudió con renovado interés, notando la leve sombra que cruzó su rostro incluso mientras mantenía su encanto exterior—. Entonces su conexión con el señor Darcy es mucho más cercana de lo que podría haber imaginado.

—En efecto, aunque al oírlo hablar ahora, nunca lo sospecharía —el tono de Wickham se volvió melancólico mientras ajustaba el puño de su abrigo en lo que parecía un movimiento habitual—. Mi padre era el administrador del difunto señor Darcy, un hombre de generosidad y bondad sin igual. Me trataba casi como a un segundo hijo, y confieso que lo admiraba enormemente. En cuanto al joven Darcy, bueno... —vaciló, un destello de algo ilegible cruzando su expresión.

—Continúe, por favor —le instó Elizabeth, con su curiosidad completamente despierta.

—Digamos que el tiempo lo ha cambiado —dijo finalmente Wickham, con voz queda pero firme —. De niños, éramos compañeros de juegos, camaradas, y lo tenía en alta estima. Pero el orgullo, señorita Elizabeth —aquí hizo una pausa, encontrándose con su mirada con una sinceridad que le

provocó un curioso escalofrío por la espalda—, el orgullo tiene la capacidad de endurecer el corazón. Parece que a medida que crecía en su fortuna y posición, también se volvió demasiado consciente de ellas. No le gusta reconocer a aquellos que considera inferiores.

Elizabeth inclinó la cabeza, considerando esta revelación.

—Es un retrato muy condenatorio, señor. Debe perdonar mi impertinencia, pero me deja preguntándome cómo podría ocurrir tal transformación.

—Ah, señorita Elizabeth, no me ofende en absoluto que lo pregunte —respondió Wickham con una risa seca—. Ojalá pudiera darle una respuesta. Quizás sea simplemente el curso del mundo. La fortuna cambia de manos y, con ella, los corazones de los hombres. Lo único que sé es que el Darcy que conocí de niño no es el hombre que ve usted ahora.

—Qué desalentador —dijo Elizabeth suavemente.

—Desalentador, en efecto —coincidió Wickham, bajando ligeramente la voz—. Me apena hablar mal de cualquier hombre, pero siento que debo ser honesto con usted, pues percibo en usted un espíritu que valora la verdad por encima de todo.

—En efecto, así es —respondió Elizabeth, arqueando una ceja con curiosidad—. Pero, ¿qué verdad trae ahora, señor? Seguramente no puede superar la melancólica historia que ya ha compartido.

—Ay, sí que la supera —dijo con una sonrisa pesarosa, sacudiendo la cabeza como si cargara con una gran pena—. El difunto señor Darcy, que en paz descanse, fue más que mi benefactor; fue un segundo padre para mí. Se encargó de mi educación, me trató como a uno de los suyos y, a su muerte, me dejó un beneficio eclesiástico. Una provisión muy generosa para asegurar mi futuro.

—Qué bondadoso —comentó Elizabeth, conmovida por la benevolencia del señor Darcy padre. Sin embargo, la expresión de Wickham se ensombreció, y ella supo que la historia aún no había llegado a su conclusión.

—Bondadoso, en efecto —asintió Wickham gravemente—. Pero la bondad es efímera en este mundo. Cuando el beneficio quedó disponible, el joven señor Darcy tuvo a bien negarme lo que era legítimamente mío. Y así, me vi obligado a abrirme camino en el mundo, sin un centavo y traicionado por la misma familia que había amado como propia.

Elizabeth jadeó, olvidando momentáneamente su taza de té.

—¡Seguramente no! ¿Cómo podría alguien actuar con tal crueldad, especialmente contra alguien tan estrechamente vinculado a su familia?

—Ah, señorita Elizabeth —dijo Wickham con una sonrisa amarga—, el orgullo es una fuerza poderosa, y el señor Darcy lo tiene en abundancia. Parece que no puede soportar ver que alguien se eleve y pueda amenazar su propia posición exaltada.

Elizabeth sintió que su indignación crecía en nombre de Wickham. Cualesquiera que fueran sus propios recelos sobre el carácter del señor Darcy, no lo había imaginado capaz de tal injusticia.

—Es verdaderamente vergonzoso —dijo acaloradamente—. Negar a un hombre lo que se le prometió, lo que se ganó, es una conducta impropia de cualquier caballero.

—Su simpatía me honra enormemente —dijo Wickham suavemente, su mirada demorándose en ella con una intensidad que hizo que su corazón se agitara a pesar de sí misma—. Confieso que alivia mi carga encontrar a alguien que comprende el dolor de tal traición. ¡Pero basta de temas tan sombríos! Temo haber amargado la velada con mis relatos de desgracia. ¡Hablemos de cosas más ligeras! Sus opiniones, por ejemplo, que encuentro mucho más interesantes que las mías.

—¿Ah, sí? —preguntó Elizabeth, levantando su taza de té con una sonrisa ligeramente escéptica —. Puede que se arrepienta de decir eso, pues mis opiniones son conocidas por ser tanto abundantes como libremente expresadas.

—¡Entonces estoy aún más ansioso por escucharlas! —respondió Wickham, su sonrisa volviendo con toda su fuerza—. Pues no puedo imaginar nada más agradable que ser el receptor de sus pensamientos sinceros.

Elizabeth rio, aunque su mente se detuvo en sus palabras anteriores. Fuera lo que fuese que se dijera del señor Wickham, ciertamente poseía un talento para sumir los pensamientos de uno en un desorden delicioso.

Su risa apenas se había apagado cuando el señor Wickham, inclinándose un poco más para que su voz llegara solo a sus oídos, retomó su narración. Su expresión se tornó pensativa, aunque no deslució el encanto de sus facciones; más bien, le otorgó un aire de trágica dignidad que Elizabeth encontró extrañamente cautivador.

—Señorita Elizabeth —comenzó, con un tono bajo y confidencial.

Antes de que Elizabeth pudiera responder, una voz fuerte e inconfundible interrumpió su tête-à-tête.

—¡Ah, aquí estás, prima Elizabeth! —exclamó el señor Collins, apareciendo a su lado con toda la sutileza de un toro embravecido. Su rostro redondo resplandecía de satisfacción, y tenía las manos entrelazadas como si esperara aplausos simplemente por existir.

—Señor Collins —dijo Elizabeth, componiendo su rostro en algo parecido a la cortesía, aunque interiormente se desesperaba por la interrupción—. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Ayudarme? Oh no, querida prima, soy yo quien desea ayudarte —declaró con grandilocuencia—. No pude evitar notar tu prolongada conversación con el señor Wickham, y pensé que sería prudente recordarte la impropiedad de monopolizar la atención de un caballero durante tanto tiempo en una reunión como esta. Por supuesto, siempre estoy dispuesto a ofrecerte mi compañía como alternativa.

—Qué considerado de su parte —replicó Elizabeth secamente, mirando hacia Wickham, cuyos labios se crisparon divertidos—. Sin embargo, me atrevería a decir que el señor Wickham aún no se ha cansado de mi conversación, ni yo de la suya.

—No obstante —insistió Collins, ajeno a su tono—, una dama debe ser siempre consciente de las apariencias. Lady Catherine a menudo comenta...

—Señor Collins, ¿podría molestarlo para que nos ayude con la mesa de cartas? —llamó la señora Philips desde el otro lado de la habitación, agitando un pañuelo para llamar su atención—. Las patas parecen muy poco cooperativas, ¡y estoy segura de que solo usted puede doblegarlas!

—¡Ah, el deber me llama! —anunció el señor Collins con un floreo, claramente halagado por la apelación a su supuesta experiencia—. Perdóname, prima Elizabeth, pero debo atender este asunto urgente. Continuaremos nuestra conversación más tarde.

—Qué afortunados somos ambos —murmuró Elizabeth entre dientes mientras él se alejaba presuroso, dejándola una vez más en compañía de Wickham. Se volvió hacia él con una sonrisa de disculpa—. ¿Dónde estábamos, señor Wickham?

—En algún lugar mucho más agradable, creo —dijo Wickham cálidamente, su anterior melancolía reemplazada por un encanto natural—. Aunque debo elogiar su paciencia, señorita Bennet. Pocas personas manejarían tales interrupciones con tanta gracia.

—La paciencia —dijo Elizabeth con una risa— es una virtud que se aprende rápidamente en mi hogar, se lo aseguro. —Pero incluso mientras bromeaba, su mente se detenía en la historia de Wickham y la sombra que proyectaba sobre sus pensamientos acerca del señor Darcy. ¿Podría el hombre que inspiraba tal indignación en ella ser el mismo señor Darcy con quien había compartido aquellas miradas divertidas, apenas unos días atrás?

Elizabeth se acomodó de nuevo en su silla, su atención una vez más atraída hacia el señor Wickham. Él se había inclinado ligeramente, su expresión una mezcla perfecta de seriedad e intriga. La luz parpadeante de las velas le favorecía; parecía casi conspirativa, proyectando sombras que realzaban sus ya apuestas facciones. Hablaba con el aire de alguien a punto de compartir un secreto escandaloso, bajando la voz lo suficiente para asegurar su atención indivisa.

—Señorita Bennet —comenzó, con un tono cargado de significado—, ¿mencionó usted antes que el señor Collins está empleado bajo el patronazgo de Lady Catherine de Bourgh?

—En efecto —respondió Elizabeth con ligereza, aunque su curiosidad se vio avivada por el repentino cambio de tema—. Apenas nos permite olvidarlo, tales son sus incesantes elogios sobre la condescendencia de su señoría.

—Ah —dijo Wickham, curvando los labios en lo que solo podría describirse como una sonrisa cómplice—. Entonces quizás le interese saber que Lady Catherine no es otra que la estimada tía del señor Darcy. Una conexión formidable, se lo aseguro. Y es ampliamente sabido, entre quienes están al tanto de tales asuntos, que el señor Darcy está comprometido con la hija de Lady Catherine, la señorita Anne de Bourgh.

—¿Comprometido? —repitió Elizabeth, sobresaltada a pesar de sí misma. Parpadeó y luego se recuperó rápidamente, incapaz de ocultar el atisbo de sonrisa que tiraba de la comisura de sus labios—. Santo cielo. La pobre señorita Bingley quedará inconsolable cuando se entere de esto.

—¿La señorita Bingley? —repitió Wickham, inclinando la cabeza con interés.

—Poco le falta para bordar sus iniciales en sus pañuelos. Qué decepción será para ella saber que su rival no es una don nadie del campo, sino una gran heredera destinada a heredar la mismísima Rosings.

—El dinero tiende a casarse con el dinero —observó Wickham, con un tono irónico en su voz por lo demás afable—. Aunque confieso que rara vez he encontrado una unión pronosticada con menos romanticismo.

—Qué afortunado, entonces —respondió Elizabeth, con un destello de picardía en sus ojos—, que es poco probable que mis sensibilidades románticas sufran en nombre de la señorita Bingley. Me atrevo a decir que le hará bien que le recuerden que no todos los premios se pueden ganar solo con adulación.

Wickham rió, evidentemente encantado por su franqueza. —Señorita Elizabeth, usted es una conversadora verdaderamente excepcional. Pocos hablarían tan claramente sobre tales asuntos.

—¿Claramente? —bromeó ella—. Pensé que estaba siendo bastante sutil. ¿Debería intentar ser más discreta, o preferiría que persistiera en escandalizar sus sensibilidades?

—Por favor, persista —respondió él, su mirada demorándose en la de ella un momento más de lo que la propiedad permitía—. Me encuentro bastante cautivado por su perspectiva.

Cautivado era quizás una palabra demasiado fuerte, pero Elizabeth se permitió la indulgencia de una pequeña sonrisa privada de todos modos. Cualquier otra cosa que se pudiera decir del señor

Wickham, ciertamente tenía un talento para hacer que una dama se sintiera singularmente atendida.

La velada se desarrolló agradablemente a partir de entonces, intercambiando ambos comentarios que oscilaban entre lo juguetón y lo incisivo. Elizabeth se encontró olvidando, aunque solo fuera temporalmente, las molestias del señor Collins, los misterios del señor Darcy e incluso los incesantes planes casamenteros de su madre. En compañía de Wickham, se sentía a gusto, halagada, divertida y completamente entretenida.

A medida que la hora se hacía tardía y la fiesta comenzaba a menguar, Elizabeth notó con cierta satisfacción que había pasado la mayor parte de la velada libre de las atenciones opresivas del señor Collins. En su lugar, había participado en una animada conversación con un hombre cuyo encanto era innegable, incluso si sus revelaciones invitaban más preguntas que respuestas. Por ahora, sin embargo, se contentaba con dejar que esas preguntas persistieran, saboreando en su lugar la novedad de una velada bien aprovechada.



El sol de la mañana se filtraba por la ventana del salón, iluminando el delicado bordado en el regazo de Jane y proyectando un brillo dorado sobre sus serenas facciones. Elizabeth, sentada con las piernas cruzadas en el sofá de enfrente, estaba menos inclinada hacia la serenidad. Su labor de costura yacía abandonada a su lado, y se inclinaba hacia adelante con un entusiasmo que amenazaba con volcar las tazas de té precariamente equilibradas sobre la mesa entre ellas.

—Jane, apenas creerás la historia que escuché anoche —comenzó Elizabeth, con voz baja pero rebosante de energía conspirativa—. El señor Wickham me ha proporcionado tal retrato del señor Darcy que bien podría colgarse en una exposición de villanía.

—¡El señor Darcy, un villano! —Jane levantó la mirada, sobresaltada, aunque su expresión permanecía más perpleja que alarmada. Dejó a un lado su costura con cuidado, sus delicadas manos se entrelazaron en su regazo—. ¿Qué quieres decir?

—Solo esto —dijo Elizabeth, enderezándose y fijando en su hermana una mirada de fingida gravedad—. Que nuestro residente paradigma de orgullo y altivez no es meramente desagradable, sino injusto. ¡Incluso inescrupuloso! Parece que ha defraudado al pobre señor Wickham de un beneficio eclesiástico, Jane, prometido por el difunto señor Darcy en persona. ¿Puedes concebir tal perfidia?

El ceño de Jane se frunció ligeramente, una tenue arruga de incredulidad estropeando su semblante por lo demás plácido.

—¿Estás segura de que no ha habido algún malentendido? Ya sabes cuán fácilmente la gente puede malinterpretar las acciones cuando el orgullo o la decepción nublan su juicio.

—¿Malentendido? —repitió Elizabeth, con una chispa de indignación en su tono—. ¡El señor Wickham habló con tal claridad, tal sinceridad! Fue muy explícito al detallar los agravios que se le hicieron. Según su relato, el señor Darcy padre le tenía gran afecto, incluso pretendía que tomara los hábitos y se le proporcionara un cómodo beneficio. Pero cuando el puesto quedó vacante, el joven señor Darcy consideró innecesario honrar los deseos de su padre.

—Eso suena muy grave —admitió Jane, aunque su escepticismo persistía en la inclinación pensativa de su cabeza—. Sin embargo, querida, considera esto: si el señor Wickham fue tan agraviado, ¿no habrían intervenido los Matlock? Seguramente Lady Matlock, o incluso Lord Matlock, se habrían asegurado de que al señor Wickham se le diera lo que se le había prometido. Son conocidos por su generosidad y su sentido del deber.

Elizabeth abrió la boca para responder, solo para encontrarse momentáneamente privada de palabras. El argumento era convincente y, peor aún, totalmente coherente con lo que sabía del carácter de Lady Matlock. Aquella formidable dama siempre le había parecido la viva imagen de la bondad y la rectitud, incluso en medio de los excesos de su posición aristocrática.

—Bueno —dijo Elizabeth finalmente, recostándose contra los cojines y cruzando los brazos en un gesto de concesión reacia—. Quizás haya habido algún error, o al menos alguna omisión en el relato del señor Wickham. No sería la primera vez que alguien cuenta una historia para favorecer su propia posición, ¿verdad?

—Ciertamente no —respondió Jane con suavidad, aunque sus ojos se suavizaron con simpatía más que con triunfo—. Y debes admitir, Lizzy, que sabes muy poco del carácter del señor Wickham. Por encantador que sea, lo conociste apenas ayer.

—Cierto —concordó Elizabeth, aunque la admisión vino con una torcedura irónica de sus labios —. Supongo que sería prudente no depositar toda mi confianza en un hombre simplemente porque tiene un rostro apuesto y modales atractivos. Qué terriblemente inconveniente.

—No tan inconveniente como la alternativa —dijo Jane con una pequeña risa, sus mejillas formando hoyuelos encantadoramente—. Imagina si se creyera instantáneamente a todo caballero encantador en todas las cosas. ¡Vaya, la sociedad estaría en completo caos!

—Sin duda, un caos —dijo Elizabeth, aunque su sonrisa se desvaneció en una expresión pensativa mientras alcanzaba su taza de té. El calor de la taza se filtró en sus dedos, asentando

sus pensamientos mientras reflexionaba sobre la noche anterior. ¿Podría ser que el señor Wickham se hubiera presentado falsamente? La posibilidad era inquietante, pero no increíble. Y sin embargo... no, no pensaría mal de él sin motivo. Aún no. Aun así, el consejo de Jane había plantado una semilla de duda que Elizabeth, a pesar de sí misma, no podía desarraigar por completo.

El leve traqueteo de las ruedas sobre la grava del camino llegó a los oídos de Elizabeth mientras vertía lo último del té en la taza de Jane. Miró hacia la ventana, donde apareció la figura de un carruaje, su oscura silueta deteniéndose frente a la casa de manera bastante grandiosa.

—¿Quién podrá ser? —dijo con ligereza, aunque la curiosidad iluminó su expresión. Levantándose de su asiento, cruzó hacia la ventana de la sala principal y se asomó a través de las cortinas de encaje. Un destello de cabello dorado y un inconfundible semblante alegre hicieron que sus labios se curvaran con conocimiento—. Ah, el señor Bingley. Y sus hermanas, nada menos.

Jane dejó su taza cuidadosamente, pero no lo suficientemente rápido como para ocultar el ligero temblor en su mano.

—¿El señor Bingley? ¿Aquí?

—En efecto —respondió Elizabeth con una sonrisa pícara—. Venido a presentar sus respetos, estoy segura, y quizás a contemplarte en silenciosa reverencia, querida hermana. Aunque me atrevo a decir que la señorita Bingley podría tener otros motivos para su visita.

—No me tomes el pelo, Lizzy —murmuró Jane, levantándose con gracia y alisando su falda, aunque el ligero rubor que coloreó sus mejillas traicionaba su placer.

—¿Tomarte el pelo? ¡Ni pensarlo! ¿Vamos a saludarlos, o esperamos hasta que el señor Bingley irrumpa sin invitación, incapaz de soportar otro momento lejos de ti?

—¡Elizabeth! —Jane le dirigió una mirada de reproche, aunque sus ojos brillaban de diversión.

Antes de que Elizabeth pudiera elaborar otra broma, el sonido del aldabón resonó por la casa. Momentos después, la familiar y jovial voz del señor Bingley se escuchó por el pasillo, acompañada por los tonos más cortantes y precisos de sus hermanas.

—Señorita Bennet —exclamó el señor Bingley calurosamente al entrar, haciendo una profunda reverencia a Jane con admiración sin disimular. Todo su comportamiento parecía más radiante con solo verla—. Espero que no estemos importunando demasiado esta mañana. Mis hermanas y yo deseábamos entregar personalmente una invitación para el baile del próximo martes.

—Qué amable de su parte —respondió Jane suavemente, su serena expresión resplandeciendo de genuino deleite—. Estamos muy agradecidas por pensar en nosotras.

—¿Pensar en ustedes? ¿Cómo no hacerlo? —dijo el señor Bingley con tal entusiasmo sincero que Elizabeth tuvo que apretar los labios para no reírse abiertamente. Su devoción era entrañable, aunque un tanto transparente.

—En efecto —añadió Caroline Bingley, dando un paso adelante con una gracia lánguida que de alguna manera lograba ser tanto elegante como condescendiente. Sus ojos penetrantes recorrieron la habitación, deteniéndose en la tapicería gastada y el papel tapiz ligeramente descolorido con apenas un desdén disimulado—. Así que esto es Longbourn. ¡Qué pintoresco es! Tan rústico.

—Rústico, en efecto —repitió Louisa Hurst con una sonrisa levemente forzada, su nariz respingona arrugándose como si el mismo aire ofendiera sus sensibilidades.

—Qué afortunadas somos de que se hayan aventurado hasta aquí —intervino Elizabeth con suavidad, su tono dulce pero sus palabras teñidas de ironía. Tres millas en el carruaje del señor Bingley no habrían tomado ni media hora—. Por favor, siéntense. El viaje debe haber sido bastante agotador.

—En absoluto —dijo Caroline, haciendo un gesto desdeñoso con la mano mientras se acomodaba delicadamente en el borde de una silla, claramente reacia a sentarse demasiado cómodamente. Su sombrero emplumado se balanceó ligeramente cuando se volvió hacia Jane—. Simplemente no podíamos esperar para asegurar su asistencia al baile. Promete ser el evento de la temporada, ¿no es así, Charles?

—Sí, sí, absolutamente —asintió el señor Bingley, aunque su mirada había vuelto a posarse en Jane con tal cariño que uno podría pensar que había olvidado por completo a cualquier otra persona en la habitación—. Señorita Bennet, ¿puedo pedirle que me reserve el primer baile y el del intermedio de la cena?

—Me honra usted, señor Bingley —respondió Jane con modestia, bajando la mirada pero incapaz de reprimir la pequeña sonrisa que curvaba sus labios—. Estaré encantada.

—Bueno —interrumpió Caroline, con la voz tensa por una alegría forzada—, no debemos abusar de su hospitalidad. Vamos, Charles, Louisa, deberíamos dejar a estas encantadoras damas disfrutar de su mañana.

—¿Es necesario? —preguntó el señor Bingley con impotencia, aunque se dejó guiar hacia la puerta. Mientras hacía una última reverencia, sus ojos se demoraron en Jane, y Elizabeth no pudo resistirse a inclinar la cabeza para captar su expresión: una mezcla de admiración y reticencia melancólica que resultaba casi cómica en su sinceridad.

—Qué encantadores son —comentó Elizabeth con sequedad una vez que la puerta se cerró tras los visitantes—. Especialmente la señorita Bingley, que parece decidida a cautivarnos a todas con su efusiva calidez.

—Vamos, Lizzy —la reprendió Jane suavemente, aunque su suave risa sugería que no era del todo ciega a las afectaciones de Caroline.

—Muy bien, no volveré a hablar mal de ella por hoy —prometió Elizabeth con fingida solemnidad—. Pero solo porque encuentro sus payasadas demasiado divertidas como para condenarlas. Bueno, vamos a buscar a mamá y compartir la noticia de nuestra invitación... y luego tendremos que soportar las renovadas quejas de Lydia y Kitty, me temo.

Incluso Jane hizo una mueca ante esa perspectiva, pero dejó a un lado su labor de aguja y se levantó.

La trágica respuesta de Lydia y Kitty a la noticia no fue nada comparado con lo que Elizabeth tuvo que soportar del señor Collins, quien inmediatamente comenzó a pontificar sobre cómo, como clérigo, no creía que un baile entre compañía estimada tuviera ninguna tendencia maligna, y por lo tanto no debería tener escrúpulos en asistir y, de hecho, bailar las dos primeras piezas con su hermosa prima Elizabeth.

Elizabeth parpadeó, momentáneamente aturdida por su audacia, pero no se le ocurrió ninguna forma de rechazarlo, aunque había empezado a pensar esperanzadamente en quizás bailar con el apuesto señor Wickham.

—La propia Lady Catherine lo aprobaría de todo corazón, se lo aseguro —dijo el señor Collins con una risita pomposa—. Confío en que llevará algo apropiadamente elegante para la ocasión. ¡Quizás de color verde! Complementaría su tez de manera admirable.

—Qué considerado de su parte aconsejarme —dijo Elizabeth, tratando de no enfurecerse pero decidiendo inmediatamente no volver a vestir de verde en presencia de su primo—. Me esforzaré por cumplir sus expectativas, aunque me temo que nada de lo que lleve puesto igualará el esplendor de su compañía.

—Ah, es usted demasiado amable, prima Elizabeth —respondió el señor Collins, hinchándose como un pavo real orgulloso. Elizabeth intercambió una mirada con Jane, cuyos labios temblaron reprimiendo la risa. Si no otra cosa, el baile prometía proporcionar amplia diversión.

Elizabeth se giró para ver a Mary sentada rígidamente en el borde de la sala, con las manos fuertemente entrelazadas en su regazo y los labios apretados en una fina línea resuelta. Su mirada estaba fija en las brasas moribundas del fuego, pero incluso desde el otro lado de la habitación,

Elizabeth podía discernir el brillo de decepción en los ojos de su hermana. El estoicismo habitual de Mary parecía flaquear bajo el peso de la indiferencia manifiesta del señor Collins.

—Pobre Mary —murmuró Elizabeth para sí misma, con el corazón retorciéndose de simpatía. No era frecuente que Mary expresara deseo alguno de atención, pero el momentáneo destello de esperanza en su rostro cuando el señor Collins había entrado en la sala —solo para ser extinguido por su inmediata atención hacia Elizabeth— no había escapado a su observación.

Decidida a actuar, Elizabeth cruzó la habitación hacia su madre. La señora Bennet estaba encaramada cerca de la ventana, abanicándose furiosamente con una mano mientras sostenía un pañuelo de encaje en la otra, sin duda aún recuperándose de la emoción de la visita del señor Bingley.

—Querida mamá —comenzó Elizabeth, bajando la voz para asegurarse de que su conversación no llegara a oídos indeseados. Echó una rápida mirada hacia el señor Collins, quien en ese momento admiraba el bordado de uno de los cojines con todo el arrobamiento de un hombre examinando una reliquia invaluable—. ¿Podría molestarte un momento?

—¿Qué sucede ahora, Lizzy? —suspiró la señora Bennet dramáticamente, aunque bajó su abanico y se inclinó más cerca, con un destello de curiosidad en sus ojos—. Si esto es sobre el señor Collins asegurando tus dos primeros bailes, no debes quejarte. Un partido tan bueno como él no se presenta todos los días, y no permitiré que pongas en peligro tus perspectivas con uno de tus comentarios impertinentes.

—Al contrario, mamá, te aseguro que estoy completamente resignada a mi destino —respondió Elizabeth, con un tono tan dulcemente sincero que la señora Bennet entrecerró los ojos con sospecha—. Pero no pude evitar notar cuán... decepcionada parecía Mary hace un momento. ¿Le hablaste, después de nuestra última conversación, para aconsejarle dónde sus atenciones podrían ser mejor recibidas?

Con todos sus defectos, la señora Bennet no era completamente ciega a la difícil situación de Mary, ni a la ventaja de casar a cualquiera de sus hijas, siempre que surgiera la oportunidad.

—No lo hice, considerando que parecía tener cierto interés en ella —dijo al fin, con voz teñida de reluctancia—. Supongo que no haría ningún daño darle un pequeño empujón y ver si podría llegar a gustarle Mary después de todo. Pero ten en cuenta, Lizzy, ¡si esto no funciona, no escaparás de él tan fácilmente!

—Por supuesto, mamá —respondió Elizabeth, con sus labios curvándose en una pequeña sonrisa victoriosa—. Dejo el asunto enteramente en tus capaces manos.

La señora Bennet se pavoneó ante el cumplido, aparentemente olvidadas sus dudas anteriores. Mientras se levantaba de su asiento y se dirigía hacia el señor Collins con aire decidido, Elizabeth se permitió un momento de silenciosa satisfacción. Pasara lo que pasara, al menos había hecho su parte para evitar más angustia a Mary —y, quizás egoístamente, para disminuir su propio tormento en el próximo baile.



Capítulo Once

LA LLUVIA AZOTABA LAS altas ventanas de Netherfield, cada gota un agudo recordatorio de la tempestad exterior. Fitzwilliam Darcy resistió el impulso de tamborilear con los dedos sobre la superficie pulida de la mesa, un hábito impropio de un caballero, como su difunto padre le había recordado con tanta frecuencia. En su lugar, se obligó a concentrarse en la carta de su administrador que tenía delante, aunque las palabras nadaban dentro y fuera de la claridad con una obstinación alarmante.

Sus pensamientos, esas cosas terriblemente desobedientes, habían vuelto a vagar lejos de su ocupación apropiada. Por más firmemente que intentara anclarlos a los asuntos mundanos de la administración de la finca, se le escapaban de las manos como la proverbial anguila, dirigiéndose en cambio hacia un par de ojos oscuros y chispeantes, enmarcados por rizos rebeldes que parecían desafiar todo intento de contención.

Elizabeth Bennet.

Darcy exhaló bruscamente, echando la cabeza hacia atrás contra el alto sillón de cuero como si el movimiento pudiera sacudir su imagen de su mente. No lo hizo. De hecho, solo trajo otro recuerdo; ella de pie bajo el sol de la mañana, las mejillas sonrosadas por el aire fresco del campo, su sonrisa burlona pero genuina. Qué absolutamente exasperante era recordar la forma en que podía perturbarlo con nada más que una mirada, un arqueamiento de ceja, o Dios no lo quisiera, un comentario ingenioso que lo dejaba debatiéndose entre la admiración y la irritación.

—Cuatro días —murmuró para sí mismo, con voz baja y sombría—. Cuatro días de este tiempo infernal, y no estoy más cerca de recuperar el juicio.

La lluvia lo había atrapado en el interior, con poca distracción salvo sus propias cavilaciones inquietas. Había recorrido los pasillos de Netherfield con tanta frecuencia que había agotado

incluso la paciencia del eternamente afable Charles Bingley, y se había retirado a su habitación para ocuparse de su correspondencia.

Sin embargo, mañana por la noche, ah, mañana por la noche prometía salvación. El baile de Netherfield atraería a Elizabeth Bennet a su órbita una vez más, y se encontró caminando por una línea precaria entre la anticipación y el temor. Qué esperaba exactamente —o qué esperaba— que ocurriera, no se atrevía a articularlo ni siquiera para sí mismo. Porque aunque no podía negar el vivo interés que ella había despertado en él, las cuestiones prácticas de tal vínculo se cernían grandes y amenazadoras en sus pensamientos. Su familia... bueno, su familia por sí sola planteaba dificultades demasiado numerosas para contar, aunque ninguna de ellas, en realidad, era por culpa de ella.

—Señorita Elizabeth Bennet —murmuró, probando el sonido de su nombre. Se sentía casi como una traición pronunciarlo en voz alta, y sin embargo, ahí estaba. Una sonrisa irónica tiró de la comisura de su boca mientras se concedía a sí mismo que, a pesar de todos sus esfuerzos por permanecer indiferente, ella había logrado lo que pocos habían conseguido: se había alojado firmemente en sus pensamientos.

Aun así, estaba la molesta conciencia del decoro y el deber, ambos dictaban que no debía pensar más en el asunto. Y sin embargo, mientras el viento aullaba afuera y la lluvia danzaba su ritmo implacable, Darcy se permitió la más pequeña de las indulgencias. La imaginó en el baile, su risa resonando en medio del bullicio de la conversación, su ingenio tan agudo como siempre, y quizás, solo quizás, su mirada demorándose en él por un momento más de lo necesario.

—Necio —se reprendió a sí mismo, levantándose bruscamente de su silla antes de dirigirse a la ventana, donde se quedó observando cómo la lluvia resbalaba por el cristal en riachuelos irregulares. En algún lugar más allá de la tormenta se encontraba Longbourn, y dentro de él, Elizabeth Bennet. El pensamiento era a la vez embriagador y enloquecedor.

—Mañana —dijo en voz baja, como si la palabra en sí tuviera el poder de acelerar las horas. Mañana la vería de nuevo.



El alboroto de voces y el inconfundible crujido de las ruedas del carruaje sobre la grava llegaron a los oídos de Darcy antes de que los viera. Había estado paseando por el salón sin motivo aparente, un hábito que detestaba en los demás pero en el que se encontraba incurriendo con más

frecuencia últimamente. Sus pensamientos habían empezado a dar vueltas, con la imagen de Elizabeth Bennet revoloteando por su mente con la frustrante facilidad de un pájaro escapando de su jaula. Pero ahora había un innegable alivio en la distracción mientras se dirigía al pasillo.

—¡Darcy! Ahí estás, con un semblante tan sombrío como siempre —llegó la voz alegremente exasperada del coronel Richard Fitzwilliam, quien ya se estaba despojando de su abrigo de viaje como un hombre completamente cómodo en cualquier entorno. Detrás de él, su primo James Fitzwilliam, vizconde de Highton, se encontraba sacudiendo una mota de polvo imaginaria de su manga con la lánguida precisión que solo un noble podía dominar.

—Richard, James —los saludó Darcy con un gesto que podría haber pasado por cálido, al menos según sus estándares—. Han desafiado el clima, por lo que veo.

—¿Desafiarlo? Lo hemos conquistado —dijo Richard, sacudiendo las gotas de lluvia de su sombrero con un floreo—. Aunque James aquí pasó la mayor parte del viaje lamentando el estado de los caminos, como si sus quejas pudieran inspirar a los cielos a cesar su aguacero.

—Uno no espera encontrar condiciones tan bárbaras en Hertfordshire —replicó James con suavidad, su tono llevando justo la cantidad adecuada de desdén para sugerir que incluso la lluvia misma debería reconocer el rango de un vizconde—. Aunque, en realidad, uno no espera mucho de Hertfordshire en absoluto.

—¿En serio? —otra voz se unió a la refriega: aguda, melosa e inconfundiblemente artificial en su calidez. Caroline Bingley descendió la escalera con la gracia de alguien plenamente consciente de que estaba siendo observada, fijando sus ojos en James con una intensidad que podría haber inquietado a un hombre de menor temple—. Debo discrepar. Hertfordshire tiene sus encantos, aunque quizás sean... sutiles.

—Sutiles, en efecto —murmuró James, ofreciéndole una leve reverencia. Su desinterés, aunque expertamente velado, era lo suficientemente palpable para Darcy, quien hacía tiempo había aprendido a reconocer los signos de las corteses evasivas de su primo. Caroline, sin embargo, parecía impertérrita, su expresión iluminándose como si hubiera detectado un desafío que valía la pena perseguir.

Darcy suspiró e hizo las presentaciones necesarias. Por terrible que fuera que Caroline Bingley se casara con alguien de su familia, casi podía desear que James estuviera interesado; al menos con las atenciones de un vizconde, ¡seguramente Caroline ya no tendría inclinación alguna de perseguir a Darcy!

—Qué delicia tener por fin tan distinguida compañía con nosotros —ronroneó Caroline una vez completadas las formalidades, ensanchando su sonrisa—. Sin duda, este tiempo lúgubre será más

llevadero ahora con vuestra presencia para animar nuestros espíritus.

—Señorita Bingley, me halaga usted —dijo James, con un tono que no revelaba ningún sentimiento en particular. Richard, de pie ligeramente detrás de él, cruzó una mirada con Darcy y arqueó una ceja en silenciosa diversión.

—¿Tomamos el té, entonces? —interrumpió Darcy bruscamente, desviando la conversación antes de que Caroline pudiera prolongar más el duelo verbal. Hizo un gesto hacia el salón, donde les esperaban los refrigerios. Richard le dio una palmada en el hombro al entrar, inclinándose lo justo para murmurar—: Veo que la señorita Bingley ha encontrado a su próxima víctima.

—Quizás —respondió Darcy en voz baja, aunque la sombra de una sonrisa tiraba de la comisura de su boca a pesar suyo.

Más tarde, cuando se había retirado el servicio de té y James había sido exitosamente monopolizado por la implacable ofensiva de encanto de Caroline, Darcy finalmente aprovechó la oportunidad para llevar a Richard aparte. Se retiraron a la biblioteca, donde el aroma de los volúmenes encuadernados en piel se mezclaba con el leve olor a humo del fuego que crepitaba en la chimenea.

—Bien, ¿qué ocurre, primo? —preguntó Richard, acomodándose en un sillón con su característica desenvoltura—. Has tenido el aspecto de un hombre con algo apremiante en mente desde que llegamos. Si es por el baile de mañana, te aseguro que bailaré con todas las solteronas de la sala si eso te evita la molestia.

Darcy ignoró la broma, su expresión tornándose sombría.

—Es Wickham —dijo lacónicamente—. Está aquí, en Meryton, adscrito a la milicia.

—Ah —dijo Richard, su actitud despreocupada cambiando instantáneamente a una intensa concentración. Se enderezó, su porte militar saliendo a relucir—. ¿Qué fechoría está tramando esta vez?

—Ninguna que haya observado directamente —admitió Darcy—, pero su mera presencia es suficiente para darme motivos de preocupación. Sabes tan bien como yo que dondequiera que va Wickham, los problemas le siguen.

—Problemas, en efecto —dijo Richard, con un tono teñido de humor seco—. Quizás sea hora de que alguien se ocupe de él permanentemente. ¿Un duelo, tal vez? Te aseguro que lo resolvería rápidamente.

—Richard —advirtió Darcy, aunque se le escapó el fantasma de una risa. Era precisamente este pragmatismo irreverente lo que hacía que Richard fuera a la vez exasperante e indispensable como confidente—. Ya hemos hablado de esto. Nada de duelos.

—Está bien, está bien —dijo Richard, levantando las manos en fingida rendición—. Nada de pistolas al amanecer, entonces. Pero seguramente no podemos permitir que se quede aquí sin control. Ese hombre es una verdadera plaga para la sociedad. —Se inclinó hacia adelante, entrecerrando ligeramente los ojos—. Y créeme, Darcy, si ha puesto sus miras en alguien aquí, no acabará bien.

—Eso es precisamente lo que me preocupa —admitió Darcy, en voz baja—. Sabes cómo opera, Richard. Una palabra encantadora aquí, una historia inventada allá, y de repente él es la parte perjudicada, agraviado por aquellos que se atreven a llamarlo deshonesto. Peor aún, temo que pueda intentar usar el nombre de Georgiana para reforzar sus falsedades.

—¿Georgiana? —El comportamiento despreocupado de Richard cambió a algo más agudo, más calculador—. No se atrevería.

—¿No lo haría? —La voz de Darcy llevaba una nota de amarga certeza—. Sabes tan bien como yo que su audacia no conoce límites. Un susurro aquí, quizás incluso una afirmación directa de que ella lo perjudicó, y su reputación podría sufrir irreparablemente. La sociedad es rápida en creer lo peor cuando se trata de mujeres, y la verdad rara vez importa una vez que el escándalo echa raíces.

—Cierto —admitió Richard, apretando la mandíbula. A pesar de todo su humor y encanto, había una dureza en él cuando se trataba de la familia—. Bueno, si intenta algo así, me aseguraré personalmente de que se arrepienta. Pero honestamente, Darcy, ¿crees que alguien que valga la pena tomaría la palabra de Wickham por encima de la tuya? El hombre tiene toda la credibilidad de un poeta borracho.

—Credibilidad o no, tiene la ventaja de la apariencia —replicó Darcy sombríamente—. Un rostro apuesto y una lengua suelta pueden convertir la sospecha en simpatía. Y aunque me importa poco lo que la sociedad piense de mí, Georgiana... —Su voz vaciló ligeramente, y apartó la mirada—. Ella merece algo mejor que ver su nombre mancillado por asociación con ese hombre.

—Entonces nos aseguraremos de que no suceda —dijo Richard con firmeza, levantándose de su asiento y cruzando para pararse junto a su primo—. Aunque debo decir que creo que le estás dando demasiado crédito. La mayoría de la gente ve a través de su actuación eventualmente. No todos, eso sí, siempre hay algunas almas crédulas dispuestas a caer presas de una cara bonita y una mentira encantadora. Hablando de eso —su tono se volvió más ligero, burlón—, he oído que hay algunas damas locales muy bonitas por aquí. Sin duda Wickham ya está planeando su conquista. Y un pajarito me dijo —le lanzó a Darcy una mirada cómplice— que eso sería muy inconveniente para ti.

Darcy se volvió bruscamente, frunciendo el ceño.

—¿Mi inconveniente? ¿Qué quieres decir exactamente con eso?

—Solo que pareces... interesado en los acontecimientos de Meryton —dijo Richard inocentemente, aunque el brillo en sus ojos sugería lo contrario—. Inusualmente interesado, para un hombre que afirma no tener interés en sus habitantes.

—No seas absurdo —murmuró Darcy, reanudando su paseo con renovado vigor—. Mi preocupación es puramente práctica. La historia de Wickham habla por sí misma, y preferiría evitar a otros el dolor de aprenderla de primera mano.

—Por supuesto —dijo Richard suavemente, cruzando los brazos y apoyándose casualmente contra la repisa de la chimenea—. Puramente práctico. Así como tu paseo es puramente accidental, y tu cavilación enteramente coincidental.

Darcy se detuvo abruptamente a mitad de su paseo, sus botas rozando contra el suelo pulido de la biblioteca. La lluvia azotaba furiosamente las ventanas, una percusión implacable que parecía decidida a igualar la tormenta dentro de su propia mente. Se giró para encontrar a Richard recostado en uno de los sillones, con las piernas estiradas con toda la indolencia de un hombre que no tenía preocupaciones apremiantes, aunque el brillo en su mirada sugería que estaba lejos de estar ocioso.

—Suéltalo —exigió Darcy, con un tono cortante—. Lo que sea que estés tan claramente ansioso por decir, prefiero escucharlo ahora que soportar tus insinuaciones burlonas por más tiempo.

Richard levantó las manos en señal de falsa rendición, ampliando su sonrisa. —¡Primo! Me hieres con tu sospecha. ¿Acaso no he sido siempre honesto contigo?

—La honestidad no es lo mismo que la provocación incesante —replicó Darcy, cruzando los brazos firmemente sobre su pecho.

—Muy bien, si insistes —dijo Richard, enderezándose en su asiento pero aún luciendo esa expresión exasperantemente satisfecha—. No tenía intención de mencionar esto hasta estar seguro de su importancia, pero ya que pareces tan ansioso... —Hizo una pausa dramática, saboreando el momento—. Mamá mencionó a cierta señorita Elizabeth Bennet en su carta de invitación. Una joven encantadora, dice, cuya familia son viejos conocidos de los Matlock.

Darcy se quedó helado. Su corazón dio un latido traicionero antes de reanudar su ritmo habitual.

—¿La señorita Elizabeth? —repitió con cautela, su voz sin revelar ninguno de los tumultuosos pensamientos que inmediatamente siguieron.

—En efecto —dijo Richard, observándolo de cerca. Su tono era casual, casi aburrido, pero había algo agudo y deliberado en su mirada—. Parece que mi querida madre cree que podrías tener

cierta... admiración por ella.

—¿Admiración? —La voz de Darcy se elevó ligeramente, su compostura fracturándose lo suficiente como para hacer que la sonrisa de Richard se volviera positivamente lobuna—. Eso es absurdo. Apenas conozco a la señorita Elizabeth.

—Ah —dijo Richard con un asentimiento conocedor—. El estribillo clásico de un hombre sorprendido por sus propios sentimientos. "Apenas la conozco", por supuesto.

—No seas ridículo —espetó Darcy, su incomodidad aumentando. Se dirigió a la ventana, mirando sin ver los cristales rayados por la lluvia—. Esto es precisamente por lo que no me gusta entrometerme en la correspondencia doméstica. Tu madre tiene buenas intenciones, pero está equivocada. Lo que sea que haya imaginado...

—Madre rara vez se equivoca —interrumpió Richard suavemente, su tono exasperantemente plácido—. Sabes tan bien como yo que tiene un talento para leer a las personas. Y —inclinó la cabeza pensativamente—, es la última mujer en la tierra que presionaría por un matrimonio sin motivo. Su propio matrimonio fue demasiado afortunado como para desear otra cosa que no sea la felicidad para sus hijos y, al parecer, para ti.

—Basta —dijo Darcy bruscamente, volviéndose para enfrentar a su primo. Su expresión era tormentosa, pero el leve rubor que se extendía por su cuello traicionaba su agitación—. No hay ningún apego, imaginario o de otro tipo. Simplemente estoy relacionado con la señorita Elizabeth Bennet. Nada más.

—Nada más —repitió Richard ligeramente, aunque su ceja levantada sugería que encontraba la afirmación muy poco convincente—. Bueno, si ese es realmente el caso, entonces no tienes nada de qué preocuparte. Sin duda, madre perderá el interés una vez que se dé cuenta de su error.

—Precisamente —murmuró Darcy, aunque las palabras sabían a hueco. Se dio la vuelta de nuevo, agarrando el borde del escritorio como si pudiera anclarlo. La imagen de los hermosos ojos de Elizabeth Bennet, encendidos de inteligencia y picardía, surgió involuntariamente en su mente, y maldijo para sus adentros.

—Por supuesto —añadió Richard con astucia—, si *hay* algo de verdad en su observación, podrías considerar que la aprobación de madre no se gana fácilmente, y sin embargo, parece tener ya en alta estima a la señorita Bennet. Eso no es poca cosa, primo.

Darcy se volvió bruscamente, los faldones de su levita rozando el borde del escritorio. Se dirigió a la ventana, aunque poco consuelo podía encontrar contemplando los cristales empapados por la lluvia.

—Basta ya de tonterías —dijo con rigidez, en un tono que no admitía réplica—. No estoy aquí para discutir las ideas caprichosas de Lady Matlock o mi supuesta admiración por la señorita Elizabeth... —Su voz titubeó al pronunciar su nombre, un titubeo traicionero que esperaba que Richard no notara—. Tenemos asuntos más urgentes que atender.

—Ah, Wickham —dijo Richard con sorna detrás de él, mientras el chirrido de una silla señalaba su regreso a su asiento—. Qué afortunado eres, primo, de que siempre podamos contar con ese sinvergüenza para escapar de conversaciones incómodas. —Sus palabras fueron acompañadas por el tintineo del cristal mientras se servía otra copa de oporto.

Darcy se volvió para mirarlo, con una expresión tensa de disgusto.

—Esto no es una broma, Richard. Su presencia aquí es intolerable, ¡y peligrosa! Bien sabes el daño que podría causar si se le deja actuar sin control.

—En efecto, lo sé —respondió Richard, su anterior tono jovial atemperado por una nota de dureza. Hizo girar el oporto en su copa pensativamente, con la mirada fija en el líquido color granate intenso—. Y tienes razón en estar preocupado. Wickham tiene un talento para las fechorías que supera con creces lo que uno podría esperar razonablemente incluso del libertino más desprestigiado.

—Eso es quedarse corto —dijo Darcy sombríamente, cruzando la habitación para apoyarse en la repisa de la chimenea. Sus dedos tamborileaban sobre la madera pulida, revelando su agitación —. Si tan solo susurra el nombre de Georgiana en Meryton, podría ser ruinoso para ella, para todos nosotros.

—Sí, sí —dijo Richard, haciendo un gesto con la mano como si ahuyentara el espectro del escándalo—. No permitiré que llegue a eso. Difícilmente se atreverá a mostrar su cara por aquí, después de todo, y tras el baile de mañana por la noche, hablaré directamente con su oficial al mando. Algunas observaciones puntuales sobre sus deudas de juego y su... digamos, carácter *inestable*, deberían asegurar que se mantenga firmemente bajo la atenta mirada de sus superiores.

—Eso no será suficiente —objetó Darcy, frunciendo el ceño—. Tiene una manera de encantar a quienes lo rodean, convenciéndoles de que él es la parte agraviada. Es exasperante lo fácilmente que algunos se dejan engañar por sus mentiras.

—Entonces quizás debamos armarnos con la verdad —dijo Richard, dejando su copa con un tintineo decisivo—. Una palabra sabia en ciertos círculos debería bastar para advertir a otros sobre su verdadera naturaleza. Madre es bastante hábil en tales maniobras sutiles, ¿no estás de acuerdo?

Sutil no era la palabra que Darcy habría elegido, pero asintió de todos modos.

—Si pudiera hacerlo sin implicar a Georgiana...

—Naturalmente —interrumpió Richard—. Madre nunca pondría en peligro su reputación. Procederá con cautela, como siempre lo hace. —Un destello de humor volvió a sus ojos mientras añadía—: Aunque sospecho que ella disfrutará la oportunidad de ejercer su influencia para bien. Es como un juego para ella, ¿no es así?

—Difícilmente un juego —dijo Darcy con brusquedad, aunque la sonrisa de su primo era lo suficientemente contagiosa como para suavizar su expresión sombría. Se permitió una breve exhalación, como si expulsara el peso de la conversación hasta ese momento. Sin embargo, incluso mientras hablaban de estrategias y salvaguardas, sus pensamientos se desviaron, sin querer, hacia Elizabeth Bennet y la peculiar ligereza que ella traía a su mente habitualmente agobiada.

—Muy bien —dijo Darcy al fin—. Me atrevo a decir que Lady Matlock sabrá qué decir. Podría simplemente mencionárselo a la señora Bennet, casualmente, por supuesto. Eso debería bastar para proteger a sus hijas de los planes de Wickham. Y esa mujer tiene una lengua lo suficientemente afilada como para derribar un roble y una inclinación por el cotilleo interminable. En media hora de tal "mención casual", cada hogar en un radio de ocho kilómetros sabrá de la villanía de Wickham.

Richard se rio entre dientes, inclinándose hacia adelante para apoyar los codos en las rodillas.

—Sin duda habrá destrozado el carácter de Wickham antes de que se retire la próxima bandeja de té. Una estrategia bastante brillante. Casi siento lástima por Wickham. Casi.

Darcy le lanzó una mirada penetrante, aunque la comisura de su boca amenazaba con curvarse hacia arriba a pesar de sí mismo.

—Esto no es un asunto de risa, Richard. Si fuera meramente mi orgullo lo que está en juego, no me preocuparía demasiado. Pero Georgiana... —Su garganta se tensó brevemente, y volvió su mirada hacia las llamas, que saltaban y danzaban como si reflejaran la tormenta en su interior—. Ella merece que su nombre quede sin mancha. Su futuro sin estropear por... la asociación con *él*.

—Por supuesto —dijo Richard suavemente, su tono volviéndose inusualmente serio. Se enderezó en su silla, su expresión burlona deslizándose hacia algo parecido a la simpatía—. Sabes que no bromearía sobre Georgiana. Ni sobre ti, de hecho.

Por un momento, reinó el silencio, salvo por el crepitar del fuego y el débil golpeteo de las gotas de lluvia contra el cristal. Luego, como si sintiera la necesidad de aligerar el ambiente una vez más, Richard añadió con una sonrisa astuta:

—Y esta familia Bennet...

—Richard... —comenzó Darcy, su severa advertencia ya formándose, pero su primo levantó una mano para detenerlo.

—No finjas ignorancia, Fitzwilliam. Las cartas de madre nunca son sin intención, y su más reciente estaba positivamente goteando de intriga. "Elizabeth Bennet" —dijo Richard, saboreando el nombre como si fuera un buen vino—. He oído que es toda una hechicera. Vivaz, inteligente...

—Basta —interrumpió Darcy, aunque sus orejas ardían traidoramente. Podía sentir el calor subiendo por su cuello, no menos incómodo que si se hubiera acercado demasiado al fuego—. Apenas conozco a la señorita Elizabeth. Mi relación con ella es... es completamente superficial.

—¿Lo es? —rebatió Richard, sus ojos brillando de diversión—. Madre no es de las que imaginan cosas donde no hay nada que imaginar. Y, me atrevo a decir —se reclinó con el aire de un hombre que se está divirtiendo a fondo—, no me pareces alguien que se deje encantar fácilmente por meras superficialidades.

—Richard —Darcy se apartó de la repisa de la chimenea, el filo en su tono ahora inconfundible —. Eres insufrible.

—Quizás —respondió alegremente—. No obstante, estoy deseando conocer a la señorita Elizabeth Bennet. Tanto hablar de su ingenio y encanto ha despertado mi curiosidad, y me atrevería a decir que la tuya también.

—Richard —advirtió Darcy, con voz baja y tensa.

—No digas más —dijo Richard con alegría, levantándose de su silla con una exagerada reverencia—. Considera el asunto zanjado... por ahora. Aunque debo admitir —lanzó a Darcy una última mirada traviesa—, que estoy muy intrigado por conocer a este dechado de ingenio y belleza que te ha descolocado tan a fondo.

—¿Descolocado? —balbuceó Darcy, pero Richard ya se dirigía hacia la puerta, silbando una melodía alegre.

—¡Buenas noches, primo! —gritó Richard por encima del hombro, dejando a Darcy a solas con la lluvia y la clara sensación de que, de alguna manera, había perdido una batalla que ni siquiera se había dado cuenta de que estaba librando.



Capítulo Doce

ELIZABETH ESTABA DE PIE frente al pequeño espejo de su habitación, ajustando un último pasador con punta de perla en su peinado. La suave tela de su vestido susurraba levemente con cada movimiento, su delicado tono marfil le confería un aire de elegancia que de otro modo no habría reclamado para sí misma. Inclinó la cabeza, estudiando su reflejo con ojos entrecerrados.

—Jane —llamó por encima del hombro—, ¿esto se ve presentable? ¿O mi cabello está tan rígido que me confundirán con una estatua de mármol?

Su hermana mayor, sentada en el borde de la cama de Elizabeth y ajustando cuidadosamente las cintas de su propio vestido, levantó la mirada con una sonrisa que podría calmar incluso a la criada más irritable. —Te ves encantadora, Lizzy. De verdad. Si alguien en Netherfield te confunde con algo que no sea la joven vivaz que eres, dirá mucho más sobre su vista que sobre tu apariencia.

—Bueno, esperemos que la visión del señor Darcy no sea tan pobre —comentó Elizabeth con sequedad, volviendo al espejo—. Aunque sospecho que es precisamente mi vivacidad lo que encuentra poco atractivo. Parece preferir a las personas que permanecen en silencio e inmóviles, cualidades que me temo no están entre mis talentos naturales.

—¡Elizabeth! —la reprendió Jane suavemente, aunque sus labios se curvaron divertidos.

—Perdóname —dijo Elizabeth con fingida solemnidad—. Me esforzaré por mantener mis opiniones bajo llave esta noche, no sea que ofenda sus sensibilidades señoriales.

—Tal vez lo encuentres menos objetable si hablaras con él más abiertamente —sugirió Jane. Su voz era tranquila, pero había una sinceridad en su mirada mientras estudiaba a su hermana—. Has estado bastante convencida del relato del señor Wickham, pero... ¿no te inquieta que contradiga tan marcadamente el carácter del señor Darcy? Sé que puede parecer distante, pero seguramente hay más en él que su reserva.

Elizabeth suspiró, apartándose del espejo para enfrentar completamente a Jane. —Oh, me inquieta enormemente —admitió—. Esa es precisamente la razón por la que estoy decidida a hablar con él esta noche. Han pasado varios días desde que el señor Wickham vertió su historia en mis oídos, y aunque confieso que al principio estaba dispuesta a creerle, ahora hay algo que no me sienta bien. El señor Darcy es orgulloso, sí, y admito que después de que me llamara apenas tolerable en la asamblea, estaba poco inclinada a que me agradara, ¡pensando que era abominablemente orgulloso! Pero habiendo pasado más tiempo en su compañía en Netherfield, y habiéndolo visto con su tía y su tío... —Vaciló, buscando las palabras adecuadas—. Su carácter es un poco más complejo de lo que pensé inicialmente. Parece incómodo en compañía, como si cada palabra pronunciada fuera una prueba para él. Apenas concuerda con la imagen de un hombre capaz de crueldad deliberada.

—¿Entonces piensas preguntarle directamente? —inquirió Jane, sorprendida.

—No directamente —aclaró Elizabeth, sonriendo con ironía—. No tengo intención de abalanzarme sobre él como un ángel vengador. Pero lo haré hablar, si puedo. Debe haber una manera de descubrir la verdad sin recurrir a acusaciones o dramatismos.

—Ten cuidado, Lizzy —instó Jane suavemente—. Puede que el señor Darcy no sea tan fácil de leer como otros, pero eso no significa que carezca de sentimientos.

—De hecho, creo que sus sentimientos son más profundos que los de la mayoría —respondió Elizabeth pensativamente—. Es solo que están enterrados bajo tantas capas de decoro y orgullo que uno apenas sabe por dónde empezar a excavar.

—Quizás esta noche brinde una oportunidad —dijo Jane con una sonrisa esperanzada—. Si alguien puede manejar tal conversación, esa eres tú.

—Gracias por tu confianza, querida —dijo Elizabeth, su tono ligero una vez más—. Esperemos que esté bien depositada. Y ahora, basta de hablar del señor Darcy. Dime, ¿qué nuevo plan crees que ha ideado mamá para asegurar el afecto del señor Bingley hacia ti esta noche?

Jane se sonrojó con gracia, negando con la cabeza.

—Mamá no necesita planes; el señor Bingley es perfectamente amable por sí solo.

—Amable, sin duda —bromeó Elizabeth—. Pero me atrevo a decir que mamá no descansará hasta que sea lo suficientemente amable como para proponerte matrimonio.

—¡Lizzy!

Sus risas llenaron la habitación, olvidando momentáneamente la tensión de su discusión anterior mientras se preparaban para enfrentar la noche que les esperaba.

—¿Por qué debemos quedarnos atrás como un par de solteronas? —se lamentó Lydia, desplomándose dramáticamente en el sofá como si hubiera sido abatida por un golpe mortal, cuando Jane y Elizabeth entraron en la sala. Sus rizos rebotaron con la fuerza de su desesperación, y las cintas de su faja caían lánguidamente hasta el suelo—. ¡Es cruel, *cruel*, digo yo, negarnos el Baile de Netherfield!

—¡En efecto! —sollozó Kitty, su voz temblando con igual indignación. Se posó en el brazo del sofá, apretando un pañuelo de encaje contra su pecho como si se preparara para llorar—. ¿Qué daño podría hacer? Todos saben que somos el alma de cualquier reunión. Sin nosotras, el baile será terriblemente aburrido.

—Entonces quizás —intervino Elizabeth—, la ausencia de vuestra compañía permitirá que los demás recuperen su audición por una noche.

Lydia jadeó, agarrándose la garganta como si las palabras de Elizabeth fueran una flecha a su corazón.

—¡Eres cruel, Lizzy!

—Cruel o no —llegó la voz sin tonterías de la señora Hill mientras entraba en la habitación con el aire de un general sofocando una rebelión—, ustedes dos señoritas no están ni invitadas ni autorizadas. Y si no pueden comportarse —las fijó a ambas con una mirada de acero que no admitía discusión—, no habrá cena para ustedes esta noche. Ahora, ¡arriba con ustedes!

—¡Señora Hill! —exclamó Lydia, poniéndose de pie indignada—. ¡Seguramente no nos privaría de comida! ¡Eso es bárbaro!

—Bárbaro o no —dijo el ama de llaves con firmeza, tomando a Lydia por el codo y dirigiéndola hacia la escalera—, es lo que sucederá si escucho otro lamento de cualquiera de ustedes. Vamos, y cuiden sus modales.

Kitty miró a Lydia como esperando un grito de guerra, pero cuando no llegó, ya que Lydia estaba demasiado ocupada murmurando quejas entre dientes, cedió con un suspiro reluctante y siguió a su hermana escaleras arriba. Su partida fue puntuada por el ominoso crujido de los escalones bajo los pies pisoteantes de Lydia.

—Por fin —murmuró Elizabeth, alisando los pliegues de su vestido—. La paz ha sido restaurada.

—Aunque no por mucho tiempo, me temo —respondió Jane suavemente, ajustando su collar para que el colgante quedara precisamente en el hueco de su delicada garganta. Había una elegancia tranquila en ella esta noche, su vestido azul pálido resaltando a la perfección su cabello dorado. Parecía en todo aspecto el ángel que el señor Bingley claramente creía que era—. El señor Collins nos espera.

—Ah, sí —dijo Elizabeth, con tono seco—. La encarnación humana de la paz y la serenidad.

Jane contuvo una risa, enlazando su brazo con el de Elizabeth mientras se dirigían juntas al pasillo. El señor Collins se levantó de un salto del banco junto a la puerta principal donde estaba sentado, su expresión iluminándose con una admiración tan ferviente que Elizabeth instintivamente retrocedió medio paso.

—¡Señorita Elizabeth! —exclamó él, juntando las manos como si estuviera rezando—. ¡Qué visión es usted esta noche! Verdaderamente, me deja casi sin palabras verla, aunque, por supuesto, debo comentar sobre la lamentable ausencia de verde en su conjunto. Un color de lo más superior, ¿sabe usted?, particularmente para las jóvenes de su tez. La misma Lady Catherine ha comentado a menudo...

—Qué afortunados somos —interrumpió Elizabeth con una sonrisa forzada— de beneficiarnos tan frecuentemente de las opiniones de Lady Catherine. ¿Nos dirigimos al carruaje?

—¡Sin duda, sin duda! —El señor Collins se apresuró a recoger su sombrero, con movimientos torpes pero ansiosos—. Permítame escoltarla, señorita Elizabeth. Una noche tan encantadora no merece menos que mis más devotas atenciones.

—¿Cómo podría negarme? —murmuró Elizabeth entre dientes, intercambiando una mirada con Jane que hablaba volúmenes incluso en silencio. Al salir, el fresco aire nocturno ofreció un alivio momentáneo del sofocante entusiasmo del señor Collins. Sin embargo, mientras el carruaje se alzaba ante ellas, brillando tenuemente bajo la luz de la luna, Elizabeth no pudo reprimir un pensamiento irónico: si así comenzaba la velada, ¿qué nuevos absurdos les aguardarían en Netherfield?

El carruaje se sacudió al partir hacia Netherfield, y Elizabeth miró a Mary. La tela verde de su vestido brillaba suavemente bajo la tenue luz de la linterna, y aunque el color hacía poco por favorecer el cutis de Mary, ella se mantenía con un aire de tranquila anticipación que casi ablandó el corazón de Elizabeth. Casi.

—Señor Collins —comenzó Mary con seriedad, con las manos entrelazadas en su regazo—, es usted muy amable al acompañar a nuestra familia esta noche en lo que promete ser un evento tan distinguido. Espero que...

—En efecto, señorita Mary —interrumpió el señor Collins con un gesto de la mano, claramente sin haber escuchado una palabra. Su mirada estaba fija en Elizabeth—. Es mi sagrado deber, tanto como clérigo como invitado, prestar mi humilde presencia en tales ocasiones. —Sus ojos se desviaron brevemente, a regañadientes, hacia Mary—. Quizás usted podría hacerse útil tocando

el pianoforte durante los intermedios. Lady Catherine siempre insiste en la música; es, después de todo, uno de los sellos distintivos de una reunión refinada.

La expresión esperanzada de Mary flaqueó, pero solo ligeramente. —Por supuesto, señor Collins —murmuró, con voz apagada pero aún teñida de anhelo. Elizabeth cruzó una mirada con Jane, y el suave encogimiento de hombros de su hermana confirmó lo que Elizabeth ya sospechaba: el señor Collins permanecía ajeno incluso a los esfuerzos más evidentes por desviar su atención a otra parte.

—No temas, Mary —dijo Elizabeth con ligereza, intentando redirigir el ambiente—. Quizás el coronel Fitzwilliam aprecie más tus talentos que ciertos otros individuos.

—¿El coronel Fitzwilliam? —preguntó Mary, parpadeando confundida.

—El hijo menor de Lady Matlock —aclaró Jane suavemente—. Creo que se le espera esta noche.

—Ah —respondió Mary, levemente intrigada, aunque Elizabeth no podía decir si su interés provenía de la perspectiva de conocerlo o meramente de la posibilidad de tener una audiencia.

Cuando los Bennet llegaron a Netherfield, la gran casa resplandecía bajo el suave brillo de innumerables velas, y rápidamente fueron conducidos al salón de baile. El murmullo de la conversación y las notas de los violines llenaban el aire, y Elizabeth se encontró momentáneamente cautivada por la escena. Era una maravilla de elegancia, con damas adornadas con sedas y joyas deslizándose graciosamente por el suelo pulido junto a sus parejas impecablemente vestidas. Sin embargo, incluso en medio de tal esplendor, no había forma de confundir a Lady Matlock mientras se acercaba con pasos decididos, su vestido ricamente adornado susurrando a su alrededor.

—¡Mis queridas niñas! Qué maravilloso que estén aquí —exclamó Lady Matlock con una cálida sonrisa—. Mis hijos han estado positivamente ansiosos por conocerlas.

Elizabeth inclinó la cabeza cortésmente, aunque en su interior se preguntaba si "ansiosos" no sería una palabra demasiado fuerte. Sin embargo, fiel al anuncio de su madre, dos figuras emergieron de la multitud detrás de ella.

—Permítanme presentarles a mi hijo menor, el Coronel Fitzwilliam —dijo Lady Matlock con orgullo, señalando a un hombre alto de hombros anchos y sonrisa afable, vestido con una chaqueta roja con una buena cantidad de galones dorados. Elizabeth solo pudo agradecer que Kitty y Lydia no estuvieran presentes para desmayarse por él—. Y mi primogénito, el Vizconde Highton. Richard, James, la señorita Bennet, la señorita Elizabeth Bennet y la señorita Mary Bennet.

—¿Cómo están? —Elizabeth hizo una reverencia, observando los ojos marrones y tranquilos del vizconde y su semblante reservado. Aunque menos inmediatamente atractivo que su hermano, emanaba una calma silenciosa que estaba lejos de ser poco atrayente.

—Señorita Elizabeth —continuó el Coronel Fitzwilliam, dirigiéndose a ella directamente—, entiendo por Lady Matlock que usted y su hermana mayor ya están comprometidas para los primeros bailes, y debo esperar hasta más tarde para reclamar uno. Una verdadera lástima, pero parece que debo buscar en otra parte. Señorita Mary —se volvió hacia Mary, que había estado de pie ligeramente apartada, con las manos entrelazadas nerviosamente frente a ella—, ¿puedo tener el honor de asegurar su mano para el set?

Mary parpadeó, el color subiendo a sus mejillas. Miró a Elizabeth con incertidumbre, pero no podía haber ninguna objeción, y Elizabeth le dio una sonrisa alentadora.

—S-sí, señor —tartamudeó Mary, haciendo una rápida reverencia.

—¡Espléndido! —declaró él, ofreciéndole su brazo con tal entusiasmo genuino que Mary, aunque todavía sonrojada furiosamente, casi sonrió al tomarlo.

—Madre, ¡me has dejado completamente abandonado! —exclamó el Vizconde Highton, mientras el Coronel se llevaba a Mary—. Seguramente no pretendías privarme por completo de una pareja.

—¿Abandonado, milord? —intervino Elizabeth con ligereza antes de que Lady Matlock pudiera responder—. ¡Qué acusación tan cruel! Pero quizás pueda ofrecer algún remedio. —Mirando alrededor, su mirada se posó en Charlotte Lucas, que estaba cerca, observando los acontecimientos con su habitual aire sereno—. ¿Puedo presentarle a mi querida amiga, la señorita Lucas? Una dama de excelente juicio y fina conversación, y una que nunca abandonaría a nadie sin una buena razón.

—Señorita Lucas, entonces, si me lo permite —dijo James, haciendo una reverencia con impecable cortesía. Charlotte alzó las cejas hacia Elizabeth, pero se dejó conducir a la pista de baile, su expresión digna suavizándose en algo casi divertido mientras intercambiaba cortesías con su nueva pareja.

—Bien hecho, querida —murmuró Lady Matlock aprobadoramente, dando unas palmaditas en el brazo de Elizabeth antes de excusarse para mezclarse con otro grupo.

Elizabeth apenas tuvo tiempo de disfrutar del éxito de su casamentera antes de que el señor Collins apareciera a su lado, luciendo a la vez agitado y triunfante. —¡Prima Elizabeth! Los músicos están a punto de comenzar. ¿Procedemos a la pista?

—En efecto —respondió ella, preparándose interiormente mientras aceptaba su mano húmeda.

Fue peor de lo que había anticipado. El señor Collins no solo era torpe con los pies, sino catastrófico. Se movía pesadamente a través de los pasos como si intentara navegar un laberinto con los ojos vendados, chocando con ella dos veces y pisándole los dedos tres veces en el transcurso de una sola cuadrilla. Elizabeth intentó guiarlo sutilmente, pero cada esfuerzo parecía aumentar su confusión. En un momento, giró completamente en la dirección equivocada, dejando a Elizabeth varada en el centro de la pista mientras él chocaba con otra pareja.

—¡Lo siento muchísimo! —vociferó, haciendo repetidas reverencias mientras las miradas ofendidas de la pareja lo seguían de vuelta al lado de Elizabeth—. Estas figuras intrincadas son de lo más desconcertantes, ¿no es así?

—Ciertamente —logró decir Elizabeth, conteniendo un suspiro.

Desde el otro lado de la sala, la risa de la señorita Bingley resonó como el tañido de campanas heladas. Elizabeth alzó la vista para verla bailando grácilmente con el señor Darcy, su expresión iluminada con malicia indisimulada mientras su mirada oscilaba entre Elizabeth y el señor Collins. Cualquiera que fuese el comentario mordaz que susurró, no provocó reacción alguna en Darcy, quien miraba al frente con semblante indescifrable. Aun así, Elizabeth no pudo evitar sentir el calor subiendo a sus mejillas.

—¡Firme, prima! —exclamó el señor Collins, confundiendo su rubor con esfuerzo en lugar de mortificación—. Lo está haciendo admirablemente, aunque me temo que quizás necesite algunas instrucciones después de la cena.

—O varios años de ellas —murmuró Elizabeth entre dientes, con la paciencia desgastándose por los bordes.

Apenas había terminado la cuadrilla —misericordiosamente para los dedos de Elizabeth— cuando el coronel Fitzwilliam se acercó a Elizabeth con paso animado y una sonrisa que solo podía describirse como pícara. Hizo una profunda reverencia, aunque el brillo en sus ojos sugería a un hombre más inclinado a la broma que a la ceremonia.

—Señorita Elizabeth Bennet —comenzó, irguiéndose con un aire de fingida solemnidad—. Me encuentro en desventaja. Mi tía ha hablado de su belleza, mi primo de su ingenio, y aun así temo que sus descripciones puedan haber sido lamentablemente inadecuadas. La belleza la veo ante mí, es innegable, pero su ingenio, señora, debo juzgarlo por mí mismo. ¿Me haría el honor del próximo baile?

Elizabeth, aún recuperándose de la ordalía de los entusiastas pero desastrosos intentos de refinamiento del señor Collins, no pudo reprimir la risa que brotó. —Es usted audaz, señor, al insinuar que mi ingenio podría no cumplir con sus expectativas —respondió, encontrando su

mirada con un destello de picardía—. Pero acepto el desafío. Si sale usted sin impresionarse, no tendrá a nadie más que culpar que a sí mismo.

—¡Ah, una justa advertencia! —exclamó él, ofreciendo su brazo—. ¡Entonces pongamos a prueba este terreno peligroso juntos, señora!

Mientras tomaban sus lugares en la pista, Elizabeth sintió que el persistente escozor de la vergüenza comenzaba a disminuir. El encanto natural del coronel Fitzwilliam era tan refrescante como desarmante, y se encontró sonriendo sin esfuerzo. Su conversación fluía sin dificultad entre observaciones inteligentes y comentarios ligeros, y aunque ella contrarrestaba sus comentarios con su habitual destreza, no pudo evitar sentirse divertida por su calidez sin pretensiones.

—Dígame, señorita Bennet —dijo él mientras giraban en la primera figura—, ¿es cierto que Hertfordshire produce los mejores conversadores de toda Inglaterra? Pues me siento tentado a creerlo, dada la evidencia presente.

—No sabría decirle, coronel —respondió Elizabeth, inclinando la cabeza con picardía—. Aunque tengo entendido que nuestras ovejas son conocidas por ser particularmente elocuentes, aunque no puedo afirmar conocerlas. Quizás las encuentre bastante interesantes si intenta conversar con ellas.

—¿Ovejas? Y yo que pensaba que estaba conversando con una leona —replicó él, ampliando su sonrisa—. Me retracto.

Cuando el baile concluyó, Elizabeth lamentó sinceramente tener que despedirse de su pareja. Pero apenas había regresado a su lugar cuando apareció otro Fitzwilliam, esta vez James, vizconde de Highton, quien guardaba un notable parecido familiar con su hermano, aunque con un aire más tranquilo y sereno.

—Señorita Bennet —dijo con una educada reverencia—. El coronel Fitzwilliam ha cantado sus alabanzas tan exhaustivamente que me siento obligado a comprobar si su relato tiene algo de verdad. ¿Me concedería el honor del próximo baile?

—¿Otro Fitzwilliam decidido a interrogarme? —dijo Elizabeth con ligereza, aunque aceptó la mano que le ofrecía—. Debo advertirle, vizconde, que la evaluación de su hermano probablemente sea exagerada.

—Eso está por verse —respondió él con una leve sonrisa—. Pero estoy dispuesto a arriesgarme a la decepción.

Mientras bailaba con James, Elizabeth no pudo evitar contrastar a los hermanos. Donde Richard era todo encanto vivaz y humor rápido, James poseía una confianza tranquila que hablaba de un

hombre acostumbrado a cargar con responsabilidades. Sin embargo, no había nada intimidante en su manera; más bien, parecía disfrutar genuinamente de su conversación, escuchando con una atención que halagaba sin abrumar.

Aunque Elizabeth se divirtió inmensamente, no pudo ignorar por completo la sensación de ser observada. Mirando disimuladamente a través del salón, sus ojos se encontraron con los del señor Darcy, quien estaba de pie cerca del borde de la sala de baile, con la mirada fija en ella con una intensidad que le provocó un inesperado aleteo en el pecho. Su expresión era ilegible, ni descontenta ni aprobadora, sino algo mucho más complicado.



Desde el punto de vista de Darcy, la escena que tenía ante sí bien podría haber sido un cuadro diseñado únicamente para provocar. Allí estaba Elizabeth, radiante de belleza en un vestido de marfil con diminutos cristales que captaban la luz mientras saltaba y giraba, su risa resonando como música mientras bailaba primero con Richard y luego con James. Ambos primos parecían completamente cautivados, ¿y por qué no habrían de estarlo? Elizabeth Bennet, con sus ojos chispeantes y su gracia sin esfuerzo, tenía una manera de atraer la atención sin siquiera intentarlo.

Los dedos de Darcy se tensaron imperceptiblemente alrededor de la copa de vino que sostenía. Había tenido la intención de acercarse a ella después del primer baile, pero Richard se le había adelantado. Luego James, siempre la imagen de la propiedad, había seguido su ejemplo. Ahora Darcy permanecía clavado en el sitio, un espectador involuntario de la facilidad con la que Elizabeth encantaba a todos a su alrededor.

—Sus primos parecen muy prendados de Eliza Bennet —llegó la voz de Caroline Bingley a su codo, afilada y quebradiza como la escarcha—. Aunque supongo que tal vivacidad rústica tiene cierta novedad para hombres no acostumbrados a... —hizo una pausa delicada— ...*modales campestres*.

—En efecto —respondió Darcy secamente, sin apartar los ojos de Elizabeth. Había algo en su actitud esta noche, un brillo, una vivacidad, que lo inquietaba. No era que se viera diferente; era que parecía completamente ella misma, libre de pretensiones o artificios. Lo admiraba contra su voluntad, incluso mientras aumentaba su incomodidad.

—Seguramente no pretende usted unirse a la refriega —continuó Caroline, con un tono de falsa dulzura—. Me atrevería a decir que la señorita Eliza ya ha tenido suficientes parejas de baile por esta noche.

—Al contrario —dijo Darcy con voz fría—. Me encuentro inclinado a preguntar si ha reservado un baile para mí.

Se alejó antes de que Caroline pudiera responder, dejándola boquiabierta. Darcy no solía actuar por impulso, pero esta noche, la perspectiva de quedarse de brazos cruzados mientras otros disfrutaban de la compañía de Elizabeth era intolerable. Estaba radiante, con las mejillas sonrosadas por el esfuerzo, sus ojos oscuros brillando de diversión mientras intercambiaba cortesías con su última pareja. James Fitzwilliam. El primo de Darcy.

Sintió el más leve atisbo de irritación, aunque no habría podido decir por qué. James era un hombre perfectamente amable, pero había algo en la facilidad con la que había provocado la risa de Elizabeth que inquietaba a Darcy. Por un momento, dudó entre retirarse, confinándose a las sombras donde podría rumiar sus pensamientos en soledad. Pero no, había tomado una decisión esta noche. Hablaría con ella. Demostraría, aunque solo fuera a sí mismo, que podía entablar una conversación con ella sin sucumbir a la enloquecedora atracción que parecía ejercer sobre él.

Armándose de valor, Darcy se adelantó cuando el baile concluyó y James condujo a Elizabeth al lado de la sala. Su reverencia fue precisa, cada uno de sus movimientos deliberado, aunque su corazón latía más rápido cuando la mirada de ella se encontró con la suya. Hubo un destello de algo en su expresión, ¿sorpresa, quizás, o vacilación? No podía decirlo.

—Señorita Elizabeth —dijo—. ¿Me concedería el honor de este baile?

Su vacilación fue breve, apenas perceptible, pero lo suficientemente larga como para despertar una leve duda en él. ¿Lo rechazaría? No le sorprendería; Elizabeth Bennet no era una mujer inclinada a ofrecer una fácil aquiescencia. Pero entonces ella hizo una graciosa reverencia, sus labios curvándose en una leve sonrisa burlona que le cortó la respiración.

—Muy bien, señor Darcy —dijo con ligereza—. Supongo que podría soportar una vuelta más por la pista.

Soportar. La palabra le resultó a la vez divertida e irritante. ¿Realmente encontraba su compañía tan difícil? Captó el destello de picardía en sus ojos, y sus labios se curvaron a pesar de sí mismo. Ofreciéndole el brazo, la condujo a su posición, agudamente consciente del leve toque de su mano sobre su manga.

La música comenzó, y se movieron al compás de los otros bailarines. Darcy se concentró en los pasos, obligando a su mente a alejarse del calor de su presencia a su lado. Necesitaba hablar,

necesitaba decir algo que pudiera tender un puente sobre el abismo de malentendidos que parecía abrirse entre ellos.

—Sus hermanas menores no están presentes esta noche —comentó, con un tono cuidadosamente conversacional. Había notado su ausencia casi inmediatamente al llegar—. Confío en que estén bien.

—Bastante bien, gracias —respondió Elizabeth, con una voz tan serena como su expresión—. Mamá consideró mejor que Kitty y Lydia se quedaran en casa. Pensó que eran demasiado jóvenes para manejar una sociedad tan distinguida. —Había un tono irónico en sus palabras, y Darcy resistió el impulso de sonreír—. Sin embargo, Lady Matlock merece el crédito por convencer a mi madre. Sugirió, de manera muy persuasiva, que dedicar algo de tiempo a la educación les serviría mucho mejor que pasar las noches en bailes. Kitty accedió sin mucha protesta, pero Lydia... —Se encogió de hombros con delicadeza—. Lydia no acepta de buen grado la persuasión, sin importar cuán noble sea la intención.

Darcy inclinó la cabeza en señal de acuerdo. —Las jóvenes de quince años rara vez lo hacen —observó con sequedad—. Me temo que su juicio pocas veces es sensato a esa edad. Incluso mi hermana Georgiana —vaciló, el pensamiento de ella aún era una herida abierta— ha cometido errores que preferiría que no hubiera cometido.

Elizabeth ladeó la cabeza, su curiosidad evidente en el ligero arqueamiento de su ceja. —¿La señorita Darcy? Seguramente no. Según la señorita Bingley, su hermana es absolutamente perfecta en todos los aspectos.

La mención de Caroline Bingley trajo un destello de fastidio a la expresión de Darcy, aunque lo suprimió rápidamente. —La señorita Bingley —dijo con moderada contención— es propensa a la exageración.

—¡Seguramente no! —exclamó Elizabeth, su fingido asombro acompañado por un destello de diversión que le provocó un estremecimiento—. ¡Qué decepción descubrir que la perfección puede ser solo una ingeniosa ficción!

No pudo evitar admirar la forma en que ella giraba bajo su mano, sus movimientos gráciles pero naturales. El calor de la sala los envolvía, pero Darcy solo era intensamente consciente de su presencia. Ella tenía una manera de desarmarlo, de atravesar su cuidadosamente construida reserva.

—Nadie es perfecto —dijo al fin, con un tono tranquilo pero firme—. Sin importar cuánto puedan afirmarlo o aparentarlo en la superficie.

Ella volvió a ladear la cabeza, su expresión reflexiva. Lo estudió con una agudeza que lo inquietó, como si pudiera ver más allá de la máscara que llevaba. —Bueno —dijo ella, con voz ligera pero inquisitiva—, habla usted con bastante autoridad sobre el asunto, señor Darcy. ¿Debo asumir que se cuenta entre los imperfectos, entonces?

—Sería el primero en admitirlo —respondió él, con palabras deliberadas—. Sin importar lo que la señorita Bingley pueda afirmar.

Su risa fue suave, casi musical. —En efecto, estoy enormemente sorprendida. Después de todo, rara vez se acusa a la perfección de ser humilde.

Darcy no dijo nada, su mirada fija en la de ella. Hubo un silencio cargado entre ellos, que ninguno parecía ansioso por romper. Sentía como si estuvieran enfrascados en una especie de duelo, cada uno probando las defensas del otro. Fue Elizabeth quien finalmente habló, su tono cambiando.

—Señor Darcy —comenzó con cuidado—, debo confesar que he escuchado una historia bastante extraña sobre usted últimamente.

Su mano titubeó, solo por un instante, pero lo suficiente para que se maldijera por su falta de compostura. Sabía, por supuesto, quién habría estado contando historias. *Wickham*. El pensamiento solo bastaba para encender una llama amarga dentro de él. —¿Oh? —la instó, con voz calmada pero cargada de tensión.

—Del señor Wickham —aclaró ella, su mirada firme, escrutadora—. Habló con bastante libertad sobre su... historia juntos.

La mandíbula de Darcy se tensó, y se forzó a mantener una compostura exterior incluso cuando sus palabras desataban una tormenta dentro de él. —Si es una historia de los labios del señor Wickham —dijo con severidad—, entonces es una historia en la que no se debe confiar.

La brusquedad de su tono pareció sobresaltarla. Él vio el destello de incertidumbre en sus ojos, aunque ella rápidamente lo enmascaró.

—¿En serio? —dijo ella, con voz ligera pero teñida de curiosidad—. Esa es una denuncia bastante audaz, señor Darcy. Supongo que quiere decir que los relatos del señor Wickham podrían estar... ¿embellecidos?

—Embellecidos sería un término demasiado generoso —respondió él, con palabras cortantes. Vaciló, desviando la mirada brevemente mientras luchaba por contener la oleada de emociones que el nombre de Wickham había evocado. Cuando volvió a mirarla, su voz era más baja pero no menos firme—. Señorita Elizabeth, hay... complejidades en juego aquí. Asuntos que no pueden resolverse con unas pocas palabras superficiales.

Ella volvió a inclinar la cabeza, su expresión intrigada.

—Debo admitir, señor Darcy, que su reticencia solo sirve para avivar aún más mi curiosidad. ¿Qué podría provocar tal vehemencia?

Darcy dudó de nuevo, sintiendo el peso de su mirada sobre él. Por fin, habló con voz baja y mesurada.

—Este no es ni el momento ni el lugar para tal discusión. El asunto es delicado y requiere... contexto —La miró directamente a los ojos—. Si me permite visitarla mañana, le daré un relato preciso de mis tratos con el señor Wickham.

Su sorpresa fue evidente, aunque rápidamente la enmascaró con una leve sonrisa.

—¿Mañana? —repitió ella, con tono burlón pero curioso—. ¿Y cómo propone lograr esta hazaña de franqueza, caballero? ¿Acaso llegará a Longbourn armado con pilas de declaraciones juradas?

—Búrlese si lo desea —dijo él con gravedad, aunque permitió que un leve destello de humor suavizara su tono—. Pero le aseguro que hablo muy en serio. Tendrá la verdad, y podrá apelar a Lord Matlock o a cualquiera de mis primos Fitzwilliam para verificarla, si duda de mi palabra.

Tras una pausa, ella inclinó la cabeza.

—Muy bien. Puede visitarme mañana, señor Darcy. Aunque confieso que me encuentro en cierta expectación sobre las revelaciones que me aguardan.

Darcy asintió, mezclándose el alivio con la tensión siempre presente que parecía seguir a cada encuentro con ella.

—¿Entonces tengo su palabra de que me escuchará?

—Ciertamente —respondió ella, con una sonrisa cargada de picardía—. Siempre y cuando, por supuesto, logre escapar de esta velada sin escandalizar más a mis pobres dedos, que me temo ya han sufrido bastante abuso a manos del señor Collins.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios, aunque desapareció tan rápido como había llegado.

—En ese caso, señorita Elizabeth —dijo, inclinando la cabeza—, consideraré mi máximo deber pisar con cuidado, por esta noche y en adelante.

—Asegúrese de hacerlo, caballero —replicó ella con gracia, antes de volver su atención al baile.

Darcy siguió su ejemplo, aunque sus pensamientos permanecieron centrados en la promesa que había hecho y los desafíos que le esperaban. El mañana no podía llegar lo suficientemente pronto.



Capítulo Trece

LA MANO ENGUANTADA DE Elizabeth reposaba ligeramente en la del señor Darcy, moviéndose ambos por el salón con precisa elegancia mientras el baile continuaba. Las alegres melodías de la orquesta llenaban el aire, pero su mente estaba demasiado ocupada para prestar atención a la música. Alzó la mirada hacia él, con la mandíbula tensa, la mirada firme y sus movimientos impecables aunque un poco rígidos, y se maravilló de nuevo ante el curioso giro que había tomado la velada.

—Su oferta fue de lo más inesperada, señor —comenzó Elizabeth—. Pero no puedo evitar preguntarme por qué elegiría confiarme tales asuntos. —Sus ojos escrutaron el rostro de él mientras hablaba, sus pasos manteniéndose al compás de los suyos, aunque sus pensamientos amenazaban con tropezarse entre sí.

El ceño de Darcy se frunció ligeramente y, por un momento, pareció sopesar su respuesta con la misma gravedad que podría aplicar a un contrato legal.

—Porque, señorita Bennet —dijo al fin—, es un asunto de cierta importancia, y confío en su juicio.

—¿De veras? —Elizabeth arqueó una ceja—. Tiene mi juicio en mayor estima de lo que sospechaba, señor Darcy.

—Quizás se subestima usted, señora —replicó él, con un tono tan uniforme que era imposible decir si lo decía como un cumplido o una simple observación. Hizo una pausa de medio segundo y luego continuó, sus palabras más lentas ahora, como si seleccionara cuidadosamente cada una —. George Wickham tiene un talento, uno deplorable, sin duda, para hacerse agradable. Especialmente a las jóvenes. Pero no es un hombre en quien se pueda confiar.

Elizabeth titubeó, su pie casi perdiendo el paso antes de recomponerse y retomar el ritmo del baile. Sus palabras, pronunciadas con tan silenciosa convicción, la sorprendieron más de lo que

le gustaba admitir. Inclinó la cabeza, estudiándolo con aguda curiosidad, su expresión revelando una mezcla de sorpresa y duda.

—¿No se puede confiar en él? Esa es una acusación grave —dijo, con voz lo suficientemente baja para asegurarse de que su conversación no llegara a oídos curiosos cercanos. Sus ojos oscuros brillaron con el desafío de extraer más información de él—. Debe saber, señor Darcy, que muchos en Meryton ya tienen una opinión muy favorable del señor Wickham.

—Sí, soy muy consciente de ello —respondió Darcy, su boca tensándose como si la mera mención de la popularidad de Wickham le dejara un sabor amargo—. Él sobresale en presentarse como amable. Una habilidad que ha perfeccionado con gran efecto. Pero las apariencias pueden ser engañosas, señorita Bennet, y le aseguro que, en su caso, lo son. Le digo esto no para alarmarla, sino porque creo que debería saberlo. El encanto de Wickham oculta una naturaleza mucho más calculadora y mucho menos honorable de lo que sus fáciles sonrisas sugieren. Es mi esperanza que usted, y aquellos que le son queridos, no caigan presas de sus artimañas.

Había algo en su expresión, algo desprevenido y ferviente, que impactó a Elizabeth con una fuerza sorprendente. No sabía muy bien qué pensar de ello. ¿Era esta preocupación verdaderamente por su bienestar, o simplemente parte de su incomprensible orgullo, un esfuerzo por afirmar su conocimiento y juicio superiores? Fuera cual fuese el caso, de repente fue agudamente consciente del calor de la mano de él bajo la suya y de la intensidad de su mirada fija en ella.

—Señor Darcy —dijo al fin, con voz más suave ahora, el tono burlón atemperado por algo más cercano a la sinceridad—. Le agradezco su franqueza. Por desconcertante que sea. —Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa irónica—. Aunque, si me permite ser franca, sospecho que hay mucho más en esta historia de lo que usted se dispone a compartir en este momento.

—Ciertamente lo hay —dijo Darcy con gravedad—. Notará, por supuesto, su ausencia esta noche. Fue invitado, como todos los oficiales, sin embargo no aparece.

—Tal vez simplemente está preocupado —sugirió ella con ligereza, aunque su curiosidad estaba innegablemente estimulada—. O quizás se ha cansado por completo de los bailes. No sería la primera vez que alguien ha sentido tal sentimiento esta noche. —Su sonrisa burlona centelleó, desafiándolo a morder el anzuelo.

—Poco probable —respondió Darcy, su tono sin revelar diversión alguna, solo certeza—. Wickham me evita, señorita Elizabeth. Inventará cualquier excusa para evadir mi presencia. Y ahora —su mirada se agudizó—, con la llegada de mis primos, los hermanos Fitzwilliam, me atrevo a decir que incluso la idea de asistir al baile de esta noche se volvió insostenible para él.

—¿Sus primos? —Elizabeth inclinó la cabeza, intrigada a pesar de sí misma—. ¿Y qué papel juegan en este curioso drama? Seguramente el coronel Fitzwilliam —enfatizó el título con exageración juguetona— no es tan temible como para enviar al pobre señor Wickham a esconderse.

—¿Temible? No —concedió Darcy, aunque su expresión se suavizó con un rastro de algo parecido al afecto—. Pero resuelto, sí. Verá, señorita Bennet, mi primo Richard tiene poca paciencia con los hombres sin honor. Y en la última ocasión que se encontró con Wickham... bueno, digamos que me vi obligado a intervenir antes de que las cosas se salieran de control.

—¿Fuera de control? —repitió Elizabeth, frunciendo el ceño—. ¿Qué quiere decir exactamente con eso, señor Darcy?

—Richard tenía toda la intención de desafiar a Wickham a un duelo. Y lo habría hecho si yo no lo hubiera contenido.

Elizabeth contuvo la respiración mientras miraba al señor Darcy, su mano vacilando momentáneamente en su ritmo con la de él durante el baile. Sus palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos. ¿Un *duelo*? Esto no era una disputa trivial por el beneficio de un clérigo; esto era algo mucho más grave, algo que le enviaba un escalofrío involuntario por la espalda.

—Bueno —logró decir al fin, su voz vacilando quizás por primera vez esa noche—. Eso... eso no es algo que uno escuche todos los días.

—En efecto —dijo Darcy con gravedad. La miró entonces, sus ojos oscuros escrutando los de ella, como si evaluara cuánto más de esta historia podría soportar escuchar, o cuánto estaba dispuesto a decir en este lugar público—. Mi primo siempre se ha guiado por un fuerte sentido de la justicia. Pero las provocaciones de Wickham son... singulares, y sus ofensas numerosas. Es afortunado que mi primo valorara lo suficiente mi consejo como para contener su mano, al menos por el momento.

Elizabeth tragó saliva con dificultad, su mente dando vueltas. Había creído estar bastante familiarizada con las costumbres de los hombres —al menos, tanto como cualquier mujer podría afirmar—, pero la idea de tal discordia violenta, de pistolas y pasos al amanecer, parecía sacada de las páginas de alguna novela escabrosa más que de los refinados salones de Hertfordshire. Y sin embargo, aquí estaba el señor Darcy, alto e imperturbable, hablando de ello como un hecho.

—Entonces debo agradecerle —dijo finalmente, las palabras saliendo lentamente como si aún las estuviera componiendo—. Por advertirme... y a mi familia. —Su mirada cayó brevemente, la gravedad de la situación presionando sobre sus hombros. Levantando la cabeza de nuevo, añadió

—: Usted dijo anteriormente que había más que contar. Si viene a visitarnos por la mañana, señor, estaré encantada de recibirle y escuchar todo lo que tenga que comunicar.

Darcy inclinó la cabeza, su alivio evidente solo en la ligera relajación de la tensión en las comisuras de su boca. —Lo consideraría mi deber, señorita Elizabeth.

Los últimos acordes de la música llegaron a su fin, y con una reverencia y una cortesía, su baile concluyó. Elizabeth se apartó, sus pensamientos un torbellino de preguntas e incertidumbres. Pero antes de que pudiera detenerse demasiado en lo que el mañana podría traer, se anunció la cena, y la compañía se movió en masa hacia el comedor.



La cena transcurrió sin incidentes, o al menos, sin incidentes dignos de mención. La comida era abundante, el vino fluía, y la atmósfera general era de alegre indulgencia. Sin embargo, mientras otros comían, Mary, llena de su habitual sentido del propósito, se acercó al pianoforte. Elizabeth, sentada cerca, cerró los ojos brevemente como si se preparara para el impacto.

—¿Tiene que insistir siempre en actuar en cada reunión? —murmuró Elizabeth entre dientes, aunque no había verdadera malicia en sus palabras. Miró a su padre, que estaba cómodamente sentado cerca conversando con el Conde de Matlock, totalmente ajeno —o quizás intencionadamente— al inminente asalto de Mary a las teclas.

Mary comenzó a tocar, sus dedos golpeando las notas con tanta determinación sincera que la melodía casi se perdía bajo ella, antes de que su voz fina y aguda se elevara para dañar aún más la canción. Elizabeth hizo una mueca visible, sus labios apretándose en una fina línea mientras la pieza avanzaba pesadamente. Pobre Mary, pensó, deseando desesperadamente que su hermana algún día se diera cuenta de que la habilidad musical requería algo más que solo entusiasmo.

Cuando el último acorde disonante fue tocado, hubo un educado murmullo de aplausos, aunque Elizabeth notó que más de un invitado intercambiaba miradas detrás de manos enguantadas y Caroline Bingley reía abiertamente con la señora Hurst. Mary sonrió, claramente envalentonada por lo que debió haber tomado como aliento, y parecía que tenía la intención de seleccionar otra pieza.

—Papá —susurró Elizabeth con brusquedad, inclinándose hacia su padre con una mirada significativa. Seguramente intervendría ahora, ¿no?

Sin embargo, antes de que el señor Bennet pudiera siquiera suspirar, Lord Matlock se adelantó, su cabello plateado brillando bajo la luz de las velas.

—Señorita Mary Bennet —declaró, con voz rica y afable—, ¿puedo hacerle una petición?

Mary, sorprendida pero evidentemente halagada, asintió con entusiasmo.

—¡Maravilloso! —Lord Matlock juntó las manos—. Hay una canción en particular que me gusta mucho, una melodía sencilla, pero que nunca falla en levantar el ánimo. ¿Complacería a este anciano tocándola?

Elizabeth observó con asombro cómo su hermana localizaba rápidamente la partitura solicitada, una pieza misericordiosamente menos ambiciosa, y comenzaba a tocar de nuevo. Esta vez, las notas fluían con más suavidad, y cuando Lord Matlock comenzó a cantar, su profundo y resonante barítono llenó la sala con tal calidez y encanto que incluso los más críticos entre los invitados parecían encantados.

Los labios de Elizabeth se curvaron en una sonrisa a pesar de sí misma. Para cuando la última nota se desvaneció, toda la fiesta estalló en un aplauso genuino, y Mary, sonrojada por la nueva confianza, sonrió radiante a su audiencia.

—¡Muy bien hecho, en efecto! —proclamó Lord Matlock, haciendo una galante reverencia a Mary y ofreciéndole su brazo caballerosamente para escoltarla desde el pianoforte. Un párpado cayó en un guiño travieso al pasar junto a Elizabeth, y ella le devolvió la sonrisa con feliz alivio.

Por una vez, pensó, la reputación de la familia Bennet podría salir ilesa de una velada, aunque no se atrevía a predecir cuánto duraría eso.



Elizabeth estaba de pie cerca del borde del abarrotado salón de baile, su abanico oscilando ociosamente al ritmo de las alegres melodías de la orquesta. La pista era un caleidoscopio de sedas y satenes vibrantes, los bailarines tejiendo intrincados patrones mientras se movían a través de una animada danza campestre.

—Bueno —murmuró para sí misma, con los labios curvándose hacia arriba en una sonrisa sardónica—, parece que el señor Collins está decidido a hacerse universalmente amado por todas las jóvenes damas menos una.

En efecto, el señor Collins parecía estar en una misión. Su robusta figura se balanceaba con seriedad entre los bailarines como un corcho a la deriva en el mar, sus movimientos tan

entusiastas como poco elegantes. Hacía reverencias torpes y efusivos cumplidos a cada nueva pareja, todo mientras lograba evitar conspicuamente a Mary. La mirada de Elizabeth se deslizó hacia su hermana, que estaba sentada con compostura cerca de su madre, con las manos entrelazadas sobre el regazo como en resignada aceptación de su exclusión.

—Pobre Mary —pensó Elizabeth, aunque no sin un dejo de humor—. Ser ignorada por el señor Collins puede, en algunas ocasiones, considerarse una bendición, pero esta noche debe doler un poco.

Su atención se desvió cuando Lord Matlock se acercó a Mary con una cálida sonrisa y una mano extendida. Elizabeth observó cómo la sorpresa cruzó fugazmente el rostro de su hermana antes de ser reemplazada por una sonrisa tímida pero genuina. Levantándose con gracia, Mary se dejó llevar a la pista.

—Bien hecho, milord —murmuró Elizabeth entre dientes, su respeto por el caballero mayor aumentando aún más.

La escena se volvió aún más divertida cuando el propio señor Darcy —alto, imponente y tan a menudo reacio a participar en tales frivolidades— se acercó a continuación, solicitando la mano de Mary para el siguiente set. Elizabeth casi se ríe en voz alta al ver al solemne señor Darcy intentando conversar con su igualmente seria hermana. Sus expresiones eran un estudio de seriedad mutua y, sin embargo, había algo extrañamente entrañable en la pareja.

—Quién hubiera imaginado —reflexionó— que Mary se encontraría esta noche acompañada por tan ilustre compañía. Primero Lord Matlock, ahora el señor Darcy... ¿qué será lo siguiente, me pregunto?

Como si hubiera sido invocado por sus pensamientos, apareció el coronel Fitzwilliam, sonriendo alegremente mientras se inclinaba profundamente ante Mary y reclamaba su mano para una danza campestre. Incluso el señor Bingley, perpetuamente alegre y complaciente, pronto se vio haciendo girar a Mary por la pista, su afabilidad arrancando una risa poco común de sus labios. Elizabeth sacudió la cabeza con asombro.

—Ciertamente no está excluida esta noche —admitió Elizabeth en voz baja, una punzada de satisfacción calentando su pecho. Quizás, solo quizás, Mary pudiera recordar esta velada con un toque de orgullo.

Pero no era solo su hermana quien captaba la atención de Elizabeth. Al otro lado de la sala, se había formado otra pareja improbable. Charlotte Lucas, con sus rasgos sencillos suavizados por una sonrisa inusualmente radiante, estaba inmersa en una conversación nada menos que con el vizconde Highton. Elizabeth alzó las cejas, intrigada.

El vizconde, alto y de hombros anchos, se movía con una elegancia natural que parecía poner a Charlotte completamente a gusto. Ya habían bailado dos veces, y ahora estaban de pie junto a la mesa de refrescos, con el vizconde inclinándose ligeramente hacia Charlotte mientras ella hablaba. Fuera lo que fuese que había dicho debió ser particularmente ingenioso, pues él se rio, un sonido rico y genuino que pareció ondular en el aire. Charlotte, por su parte, parecía casi juvenilmente encantada, con las mejillas teñidas de color y su actitud práctica momentáneamente reemplazada por algo más suave, más juguetón.

—Vaya, vaya —murmuró Elizabeth, con una sonrisa conocedora tirando de sus labios—. Parece que Charlotte ha encontrado un oyente muy atento. Qué encantador.

—Encantador, sin duda —dijo una voz a su lado. Sobresaltada, Elizabeth se giró para encontrar al señor Darcy de pie junto a ella, sus ojos oscuros siguiendo la misma escena que ella había estado observando. Había una leve curva en su boca, una expresión que casi podría llamarse de aprobación.

—Su amiga, la señorita Lucas, parece haber cautivado a mi primo —comentó, con un tono mesurado pero no desagradable—. No recuerdo la última vez que vi a James reír tan libremente.

—Entonces quizás su primo necesite mejor compañía —respondió Elizabeth con ligereza, aunque su mirada se detuvo en el rostro transformado de Charlotte—. Y Charlotte, al parecer, necesita a alguien dispuesto a escuchar.

—Una cualidad poco común —coincidió Darcy, aunque sus ojos se desviaron brevemente hacia Elizabeth, como si las palabras tuvieran un significado más profundo.

Por una vez, Elizabeth no mordió el anzuelo. En su lugar, volvió a centrar su atención en Charlotte y el vizconde, su diversión atemperada por una alegría genuina por su amiga.

—Quizás —dijo suavemente—, esta velada guarde sorpresas inesperadas para más de uno de nosotros.

—¿Es ese caballero su primo? ¿Con el que bailó al principio de la velada? —preguntó el señor Darcy, y Elizabeth suspiró, suponiendo que debería presentarle al señor Collins.

—Me temo que sí —murmuró, volviéndose para mirar hacia donde el señor Darcy señalaba—. Oh, no... —pues el señor Collins se dirigía hacia Lord Matlock con paso decidido y una sonrisa tan obsequiosa que parecía curvarse de forma antinatural en su rostro redondo. Sus instintos le gritaban que se avecinaba un desastre, pero no podía apartar la mirada. Era como ver un carro sobrecargado tambaleándose al borde de una zanja fangosa.

—Ah, allá va —murmuró Elizabeth entre dientes, más para sí misma que para Jane, quien se acercó a ella en ese momento, aferrándose a su brazo.

—¡Pero no ha sido presentado! —exclamó Jane horrorizada mientras el señor Collins ejecutaba una reverencia tan profunda y prolongada que Elizabeth temió brevemente por la integridad de los botones de su chaleco. Lord Matlock, de pie alto y majestuoso con una copa de vino equilibrada sin esfuerzo en una mano, alzó una sola ceja plateada con curiosidad divertida.

—Su señoría —comenzó el señor Collins, su voz resonando por la sala de una manera que sugería que había confundido este baile con el púlpito de su iglesia—. Es un honor profundo hacer su conocimiento. No soy más que un humilde clérigo, sin embargo, la fortuna y la divina providencia han tenido a bien colocarme bajo el ilustre patrocinio de su hermana, la estimable Lady Catherine de Bourgh.

Elizabeth presionó su abanico contra sus labios, intentando a medias ocultar su risa mientras el señor Collins continuaba sin pausa. El vocabulario del hombre parecía volverse más enrevesado por segundo, como si la mera verbosidad pudiera elevarlo en la estima de su audiencia.

—Lady Catherine —continuó el señor Collins, enfatizando cada sílaba como si estuviera pronunciando las sagradas escrituras—, ha condescendido graciosamente a interesarse por mi modesta posición, guiándome con una sabiduría sin igual y —aquí miró a su alrededor de manera dramática—, una benevolencia que brilla como un faro para aquellos lo suficientemente afortunados de morar en su resplandor.

—Válgame Dios —murmuró Jane, con las mejillas sonrojadas de mortificación, aunque Elizabeth no pudo discernir si era por el señor Collins o por ella misma.

—¿Crees que lo habrá ensayado? —susurró Elizabeth, incapaz de reprimir su sonrisa.

—¿Acaso necesita ensayar? —respondió Jane, con un tono de resignación—. Me temo que tales efusiones le salen de forma natural.

Lord Matlock, quien hasta ese momento había escuchado el monólogo del señor Collins con la paciencia de un hombre acostumbrado a soportar todo tipo de absurdos sociales, finalmente inclinó la cabeza en un educado gesto de reconocimiento. Con voz seca, su rico barítono cortó el flujo de palabras del señor Collins como el chasquido de un látigo.

—Usted hace honor al juicio de mi hermana. Siempre ha demostrado un talento singular para encontrar a aquellos que se ajustan de manera única a sus preferencias.

—¡Precisamente, mi lord! —exclamó el señor Collins, confundiendo el comentario con un elogio —. El discernimiento de su señoría no tiene igual.

Antes de que el señor Collins pudiera explayarse más sobre las virtudes de Lady Catherine, o de hecho lanzarse a otro apasionado soliloquio, Lady Matlock apareció junto al codo de Elizabeth, su llegada marcada por el tenue aroma a lavanda y un aire de serena autoridad.

—Vaya, vaya —suspiró Lady Matlock—. Qué típico de Catherine. Parece coleccionar aduladores como otros podrían coleccionar curiosidades.

—El señor Collins posee cierto... entusiasmo —aventuró Elizabeth, con un tono cargado de ironía—. Debo disculparme por él.

—Entusiasmo es una forma de decirlo —replicó Lady Matlock, con los labios curvados en una leve pero conocedora sonrisa—. Aunque sospecho que su fervor está dirigido menos hacia los mandamientos de Dios y más hacia los de Catherine.

—Qué observadora es usted, señora —dijo Elizabeth, ampliando su propia sonrisa a pesar de sí misma.

—Años de práctica —respondió Lady Matlock con suavidad, mirando una vez más hacia el señor Collins, quien ahora asentía con entusiasmo ante algún punto inescrutable que Lord Matlock había hecho—. Una aprende a reconocer las señales. Debo confesar que me intriga la conexión de este... caballero con su familia. ¿Es meramente un conocido, o tiene algún derecho sobre Longbourn?

—Ah —respondió Elizabeth, reprimiendo un suspiro—. El señor Collins es, de hecho, el primo de mi padre. Y, lamentablemente, el heredero de Longbourn.

Las cejas de Lady Matlock se alzaron con genuina sorpresa.

—¿En serio? No me había dado cuenta de que *él* era el beneficiario del mayorazgo. Eso explica su sentido de importancia bastante inflado, aunque hace poco por excusar su falta de decoro.

—Su conducta difícilmente mejora con el estímulo de su estimada protectora —dijo Elizabeth con sequedad—. Lady Catherine le ha instruido, sin ninguna ambigüedad, que debería casarse con una de las hijas de los Bennet para asegurar su herencia. —Sus labios se crisparon con diversión—. Una sugerencia de lo más generosa por su parte, ¿no le parece?

—¿Generosa? —repitió Lady Matlock, con un tono cargado de incredulidad. Se llevó una mano enguantada al pecho como si la mera idea amenazara su compostura—. ¿Y ha... elegido un objeto para sus afectos?

—Por el momento —comenzó Elizabeth, con una sonrisa irónica jugando en las comisuras de sus labios—, parece indeciso, o quizás desconcertado por mi persistente negativa a aceptar su cortejo.

—¿El suyo? —La palabra escapó de Lady Matlock en un jadeo, sus ojos azules abriéndose con horror—. ¡Seguramente bromea! Le observé bailando las dos primeras con usted esta noche, pero... No, no puedo creer que se atreva a... —Se interrumpió, sacudiendo la cabeza como si la mera idea fuera demasiado espantosa para articularla.

—Por desgracia, se atreve —confirmó Elizabeth—. Pero puedo asegurarle, señora, que he hecho todo lo posible por desalentarle. Mi madre, mientras tanto, se ha esforzado en redirigir sus atenciones hacia Mary, a quien considera una pareja más adecuada.

—¿Mary? —repitió Lady Matlock, frunciendo el ceño. Aunque sus facciones conservaban su elegancia, había una nota distintiva de lástima en su mirada—. ¿Su hermana que tocó el pianoforte esta noche?

—Sí —respondió Elizabeth, ampliando ligeramente su sonrisa mientras añadía—: Ella está mucho mejor equipada para apreciar los sermones y discursos del señor Collins de lo que yo jamás podría esperar estar.

—Bien, señorita Elizabeth —dijo Lady Matlock. Aceptó una copa de limonada de un lacayo que pasaba con un gesto de agradecimiento, pero no se la llevó inmediatamente a los labios. En su lugar, volvió sus penetrantes ojos azules hacia Elizabeth, con una suave sonrisa jugando en las comisuras de su boca—. Debo confesar que me siento muy aliviada al saber que ha navegado tan hábilmente las... atenciones de su primo. ¿Una joven de su ingenio y espíritu encadenada a ese hombre? Apenas se puede considerar.

—Ciertamente, no se puede —coincidió Elizabeth, aunque su diversión se vio atemperada por un profundo alivio al ver que Lady Matlock parecía compartir su desdén por la perspectiva—. Aunque me temo que sus afectos son como la hiedra; rápidos en aferrarse y difíciles de disuadir.

—En efecto. —Lady Matlock soltó una delicada risa, un sonido que tintineaba como fina porcelana—. Sin embargo, usted, querida, parece ser experta en podar tales crecimientos indeseados. —Su mirada se volvió momentáneamente distante, como si sopesara algo no dicho. Luego, con un leve movimiento de cabeza, añadió—: Es una cualidad que le será muy útil con el tiempo, creo.

Elizabeth inclinó ligeramente la cabeza, curiosa. —¿Con el tiempo, mi señora?

—Sí —dijo Lady Matlock, adoptando repentinamente un tono críptico. Se inclinó lo suficiente para que su conversación permaneciera privada en medio del bullicio de los invitados que se marchaban—. Porque no puedo evitar sentir que está usted destinada a cosas más grandes.

Elizabeth parpadeó, momentáneamente desconcertada. ¿Habría un significado más profundo detrás de esas palabras? La idea le divertía tanto como le intrigaba. —¿Cosas más grandes, mi lady? —repitió, arqueando una ceja—. Habla usted como si fuera algún oráculo prediciendo mi futuro.

—Tal vez lo sea —respondió Lady Matlock con una sonrisa cómplice, su actitud completamente imperturbable—. Aunque, en realidad, no se requiere de gran clarividencia para ver que usted

posee cualidades que van mucho más allá de lo que muchos esperarían de una joven en su situación.

—Qué halagador —dijo Elizabeth, aunque su tono irónico aseguraba que el cumplido no pasara sin examinarse—. Le ruego que no deje que mi madre la oiga decir eso, o comenzará a imaginarme como la señora de alguna gran finca, ¡o peor aún, como duquesa!

—Su madre puede soñar como desee —respondió la condesa, profundizando su sonrisa—. Pero sospecho que la realidad resultará mucho más interesante que incluso sus imaginaciones más ambiciosas.

Antes de que Elizabeth pudiera responder, el susurro de faldas y el suave murmullo de voces anunciaron la llegada de Charlotte Lucas, quien lucía una expresión de tranquila satisfacción.

—Elizabeth —dijo, con las mejillas un poco más sonrosadas de lo habitual—, creo que el vizconde Highton te está buscando para despedirse. Te mencionó por nombre y parecía muy insistente.

—¿De verdad? —preguntó Elizabeth, con los labios temblando mientras miraba a Lady Matlock, cuyo rostro solo mostraba un leve interés—. Bueno, supongo que debo complacerlo, no sea que me considere descortés.

—Adelante, querida —instó Lady Matlock, gesticulando con gracia hacia la puerta donde se podía ver la alta figura del vizconde escudriñando la sala—. Y recuerde... —Hizo una pausa, sus ojos brillando con algo que podría haber sido picardía—. El destino tiene una curiosa forma de revelarse, a menudo cuando uno menos lo espera.

—Eso es un consuelo, mi lady —dijo Elizabeth con sequedad, reprimiendo una sonrisa mientras hacía una reverencia—. Por esta noche, no espero nada más que mi cama y un respiro de las efusiones del señor Collins.

—Entonces esperemos que el destino no se entrometa en tan modestas expectativas —respondió Lady Matlock, riendo suavemente.

Mientras Elizabeth se dirigía hacia el vizconde Highton, su mente se detenía en las enigmáticas observaciones de la condesa. ¿Cosas más grandes? Era una noción tanto intrigante como absurda, aunque, mientras intercambiaba cortesías con el vizconde, se encontró preguntándose qué exactamente habría querido decir Lady Matlock.



Capítulo Catorce

ELIZABETH ESTABA DE PIE frente a su espejo la mañana siguiente, alisando distraídamente los pliegues de su vestido, una muselina de color lavanda pálido que había conocido mejores días pero que aún le sentaba bastante bien. Se detuvo, con los dedos suspendidos sobre un hilo suelto en su manga, y captó su propia expresión en el cristal. ¿Era eso... anticipación lo que veía? ¿Un brillo en sus ojos oscuros que traicionaba sus pensamientos inquietos? Apretó los labios en una leve auto-reprimenda, pero las comisuras se curvaron hacia arriba por voluntad propia.

—Niña tonta —murmuró a su reflejo—. No deberías estar tan ansiosa por la compañía de un hombre que apenas sabe sonreír. —Y sin embargo, ahí estaba, la innegable verdad: esperaba con impaciencia la visita del señor Darcy.

Elizabeth se volvió hacia la ventana, cruzando los brazos mientras se apoyaba en el alféizar. El jardín de abajo estaba tranquilo, un petirrojo solitario saltaba entre los arriates, esperando encontrar algún gusano tempranero. Era demasiado temprano para que las órdenes ajetreadas de la señora Bennet o las risitas de Lydia perturbaran la paz, y Elizabeth saboreaba la calma.

Pero su mente se negaba a seguir el ejemplo. Revoloteaba como el inquieto petirrojo entre la curiosidad y la especulación. ¿Qué diría el señor Darcy sobre el señor Wickham? ¿Se dignaría a explicarse completamente? ¿O su orgullo se manifestaría en vagas medias verdades e insinuaciones altivas? No podía decidir si su ansiedad provenía del deseo de confirmar sus sospechas sobre el carácter del señor Darcy o de desentrañar el enigma de la encantadora duplicidad del señor Wickham.

—Quizás ambas cosas —admitió en voz alta, con una sonrisa irónica curvando sus labios—. Aunque supongo que es poco caritativo pensar tan mal de un hombre que me ha prometido la verdad. Aun así, con el señor Darcy, uno siempre debe estar preparado para una batalla de ingenios.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por un golpe en la puerta, seguido inmediatamente por la suave voz de Jane.

—Lizzy, ¿estás despierta?

—Muy despierta —respondió Elizabeth, moviéndose para abrir la puerta. Jane entró, su semblante sereno tan compuesto como siempre, aunque sus mejillas mostraban el más tenue rubor.

—Buenos días —dijo Jane, su tono cálido pero teñido de vacilación—. Lizzy... ¿realmente crees que el señor Darcy vendrá a hablar contigo hoy? —Habían conversado la noche anterior después de regresar a casa, por supuesto, repasando cada aspecto del baile hasta altas horas de la madrugada, ambas demasiado emocionadas para dormir.

—Ciertamente lo creo —respondió Elizabeth con ligereza, aunque su corazón dio un pequeño vuelco al mencionar su nombre—. Aunque queda por ver si obtendremos algo útil de su visita. No es un hombre propenso a la generosidad, ni de palabras ni de otra cosa, me parece.

—Tal vez pretende sorprenderte —ofreció Jane con una sonrisa esperanzada, siempre rápida en ver lo mejor en los demás.

—¿El señor Darcy? ¿Sorprenderme? —Elizabeth rió suavemente—. La única sorpresa que podría ofrecer sería una sonrisa genuina.

—Vamos, Lizzy —la reprendió Jane con dulzura, aunque sus ojos brillaban—. Intenta mantener tu ingenio dentro de los límites. Podrías encontrar al señor Darcy más agradable de lo que imaginas.

—¿Agradable? —repitió Elizabeth con fingida incredulidad—. Mi querida Jane, debes estar hablando de otro caballero completamente diferente.

Pero a pesar de su despreocupada negativa, Elizabeth sintió que su pulso se aceleraba ligeramente ante la idea de la llegada del señor Darcy. Fuesen cuales fuesen sus revelaciones, sabía una cosa con certeza: el día que se avecinaba no carecería de intriga.

—¿Vendrás a desayunar? —preguntó Jane—. Nadie más se ha levantado, pero estoy segura de que al menos habrá pan fresco y mermelada...

Elizabeth negó con la cabeza. Su estómago se retorcía con un poco de inquietud; se negaba a admitir que era la inminente visita del señor Darcy lo que la hacía sentirse así.

—No, te lo agradezco, Jane; creo que bebí demasiado vino anoche. Saldré a dar un paseo para despejarme.

Las botas de Elizabeth crujían sobre las hojas cubiertas de escarcha mientras caminaba por el sendero, con el sombrero inclinado lo justo para que el aire fresco rozara sus mejillas. Había

salido con la intención de aclarar sus inquietos pensamientos y quizás calmar sus nervios ante la anticipación de la visita del señor Darcy; en su lugar, se encontró distraída por la silenciosa belleza del campo. Su mente divagaba, alternando entre especulaciones sobre el carácter del señor Wickham e imaginando, con un toque de humor, lo que podrían implicar las "solemnes declaraciones" de Darcy.

—¡Prima Elizabeth! —llamó una voz detrás de ella, sacándola de sus ensoñaciones. Se giró bruscamente, solo para ver al señor Collins acercándose a ella como un barco a toda vela, con su abrigo negro ondeando y su rostro redondo enrojecido por el esfuerzo.

—Señor Collins —lo saludó Elizabeth, juntando las manos frente a ella con toda la compostura que pudo reunir. Sus instintos le advertían que cualquier cosa que lo hubiera llevado a interceptarla allí, sola entre los setos, era poco probable que fuera agradable—. Está usted de paseo temprano esta mañana.

—¡En efecto, prima, en efecto! —resopló, deteniéndose abruptamente ante ella e inclinando la cabeza en lo que sin duda él consideraba una graciosa reverencia—. Me informó muy oportunamente una de las criadas de su paseo solitario, y consideré mi deber unirme a usted de inmediato. Una joven dama siempre debe contar con la protección de un caballero, después de todo.

Los labios de Elizabeth se crisparon en algo que no llegaba a ser una sonrisa.

—Qué considerado de su parte —respondió con ligereza—. Aunque le aseguro que soy muy capaz de recorrer los terrenos de Longbourn sin contratiempos.

—Ah, pero no son meros contratiempos por los que debo preocuparme, querida prima —dijo, acercándose más y bajando la voz a lo que probablemente imaginaba era un tono íntimo—. No, vengo a hablar con usted de un asunto de suma importancia. De hecho, es un tema sobre el que he meditado largamente, y estoy convencido de que ahora es el momento adecuado para abordarlo.

—Qué ominoso —murmuró Elizabeth entre dientes, aunque ya sospechaba la dirección de la conversación. Miró hacia la casa, preguntándose si podría hacer una retirada oportuna, pero el señor Collins bloqueó su camino con un paso pesado hacia adelante.

—Mi queridísima prima Elizabeth —comenzó, inflando el pecho con presunción—, no ha escapado a mi atención que, como el estimado heredero de Longbourn, me incumbe asegurar la futura felicidad y bienestar de esta familia. Casi tan pronto como entré en esta casa, me di cuenta de que de todas mis encantadoras primas, usted era, con diferencia, la más adecuada para ser mi compañera de vida. Con eso en mente, y motivado, por supuesto, por el más gentil consejo de mi

noble patrona, Lady Catherine de Bourgh, ¡he resuelto ofrecerle la mayor dicha que puede acontecerle a una mujer de su posición: mi mano en matrimonio!

Elizabeth parpadeó. Por un fugaz momento, consideró la idea de que lo había escuchado mal, o que esta absurda propuesta era alguna broma elaborada. Pero la expresión seria en su rostro rubicundo disipó cualquier esperanza de ello. Hablaba completamente en serio.

—¿Su... mano en matrimonio? —repitió ella, con un tono de voz ligeramente cargado de incredulidad.

—¡Sí, en efecto! —exclamó él, confundiendo claramente su asombro con admiración—. Me jacto de poseer muchas cualidades que me convierten en un partido sumamente deseable. ¡Mi profesión! ¡Mi sentido del deber! ¡Mi estrecha asociación con Rosings Park, donde su señoría misma se ha dignado a honrarme con su favor!

—Señor Collins —interrumpió Elizabeth, levantando una mano para evitar más ridiculeces—, por favor, deténgase. No puedo aceptar su propuesta.

Por un momento, su boca se movió sin emitir sonido alguno, como si sus palabras fueran incomprensibles. Luego, recuperándose, soltó una risa nerviosa.

—¡Ah, ya veo! ¡Qué encantadoramente modesta es usted, prima! Le aseguro que no hay necesidad de timidez. Mis intenciones son perfectamente sinceras.

—De eso no tengo duda —dijo Elizabeth secamente—, pero quise decir lo que dije. No deseo casarme con usted.

—¡Absurdo! —exclamó él, con el rostro ensombreciéndose—. Seguramente no puede estar refiriéndose a rechazarme. ¿Ha considerado apropiadamente las ventajas de tal unión? ¿La seguridad que proporciona? ¿La estima de mi patrona?

—Apropiada, minuciosa y exhaustivamente —respondió Elizabeth, con voz completamente firme—. Y mi respuesta sigue siendo la misma. No puedo casarme con un hombre al que no respeto, señor Collins, ni con uno cuyo principal argumento a favor del matrimonio parece ser la aprobación de Lady Catherine de Bourgh.

—¡Prima Elizabeth! —balbuceó él, con su indignación alcanzando nuevas alturas—. ¡Esto es imperdonable! Le estoy ofreciendo una vida de comodidad, una eventual posición como señora de Longbourn, ¿y usted me paga con desdén? ¿No se da cuenta de cuán pocas mujeres en sus circunstancias se atreverían a rechazar tal generosidad?

—Quizás menos de las que deberían —replicó Elizabeth, con los ojos centelleantes—. Pero, señor Collins, no me disculpo por valorar mi propia felicidad por encima de las promesas vacías

de su supuesta "generosidad". Ahora, si me disculpa... —Hizo ademán de rodearlo, pero él se plantó firmemente en su camino.

—Prima Elizabeth —dijo gravemente, con un tono que ahora llevaba un dejo de amenaza bajo la fanfarronería—, tal vez desee reconsiderar su elección. ¡No tendré otra alternativa que apelar a sus padres! —Su pecho se hinchó, como si esperara que este pronunciamiento infundiera terror en su corazón—. Buscaré su apoyo para rectificar su equivocada negativa. Seguramente, ellos verán la sabiduría de unir nuestras familias.

Deteniéndose a medio paso, Elizabeth se volvió lentamente para mirarlo, arqueando una ceja con exasperada diversión. —Por todos los medios, señor Collins —dijo dulcemente, juntando las manos frente a ella—. Le animo a que lo haga. Mi padre, le aseguro, no le ofrecerá ningún estímulo en absoluto. Y en cuanto a mi madre —su tono se volvió incisivo—, ya ha expresado su creencia de que mi hermana Mary sería la pareja más adecuada para usted. Puede que encuentre que sus deseos se alinean más estrechamente con los suyos de lo que los míos jamás podrían.

El efecto de sus palabras fue inmediato. El rubicundo rostro del señor Collins se tiñó de un tono cercano al de la remolacha, sus labios aleteando silenciosamente como si buscaran una réplica que se negaba a materializarse. Por fin, con un bufido audible, dio media vuelta, sus talones crujiendo contra la grava mientras se alejaba enfurecido hacia la casa, mascullando improperios sobre insolencia e ingratitud.

Por su parte, Elizabeth dejó escapar un largo y cansado suspiro, presionando suavemente las yemas de sus dedos contra sus sienes. El hombre poseía un talento singular para provocar dolores de cabeza, pensó con pesar, sobre todo porque cada encuentro con él parecía exigir las máximas reservas de su paciencia. Permaneció allí un momento, rodeada por el fresco aire matinal, deseando que la tensión en su cabeza se disipara.

—De todas las absurdidades —murmuró en voz alta, sacudiendo ligeramente la cabeza.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por el sonido de ruedas crujiendo en el camino de entrada. Al levantar la vista, vio un elegante carruaje con el escudo de los Fitzwilliam detenerse majestuosamente frente a la modesta fachada de Longbourn. Su respiración se entrecortó, no por una sorpresa particular —después de todo, Darcy había mencionado que vendría—, sino por la visión de él bajando del carruaje, seguido por la distinguida figura de Lord Matlock.

Mientras Lord Matlock desaparecía en el interior con pasos mesurados, Darcy, con su aguda mirada escrutando el jardín, la divisó casi de inmediato. Vaciló solo brevemente antes de comenzar un acercamiento decidido, su alta figura recortándose imponente contra el pálido cielo invernal. Elizabeth, agudamente consciente de sus rizos alborotados por el viento y el rubor

persistente de irritación en sus mejillas, enderezó su postura y convocó lo que esperaba fuera una sonrisa apropiadamente educada.



Henry Fitzwilliam entró en el fresco y tenuemente iluminado corredor de Longbourn con una sensación de nostalgia y aprensión. La casa estaba exactamente como la recordaba de sus visitas de hace muchos años, acogedora pero necesitada de reparaciones que el señor Bennet, sin duda, había postergado durante mucho tiempo. Un tenue aroma a lavanda y cera de abejas flotaba en el aire, aunque no podía enmascarar completamente los olores más domésticos que emanaban de lo que suponía era la cocina. En algún lugar sobre su cabeza, voces amortiguadas —no, gritos— perturbaban la atmósfera por lo demás gentil.

—Cielos —murmuró Lord Matlock para sí mismo, deteniéndose justo fuera de la puerta del estudio. Inclinó ligeramente la cabeza, frunciendo el ceño con leve consternación. El inconfundible sonido de voces alzadas resonaba a través del techo: una aguda y estridente, la otra más profunda pero no menos agitada. El oído perspicaz del conde identificó esta última como la del señor Collins, el adulador insensato que su hermana Catherine había considerado oportuno convertir en su clérigo personal y que se había presentado ante Henry de la manera más desafortunada la noche anterior.

—¿Así es como conducen los asuntos familiares aquí? —reflexionó secamente, con una comisura de la boca elevándose en un gesto de diversión reluctante. Cualquiera que fuese el alboroto que se desarrollaba arriba, parecía ser el tipo de drama doméstico que el señor Bennet seguramente enfrentaría con su característica indiferencia o, mejor aún, con su ingenio sardónico.

—¡Ah, Henry! —se escuchó una voz afable desde el estudio, interrumpiendo sus pensamientos. El señor Bennet evidentemente había oído sus pasos en el pasillo y ahora estaba enmarcado en el umbral, con un libro bajo el brazo y sus anteojos precariamente apoyados sobre la nariz—. Entre antes de que se vea envuelto en el torbellino que ocurre arriba. Le aseguro que no tiene nada que lo recomiende.

—Con una invitación como esa, ¿cómo podría negarme? —respondió Lord Matlock, cruzando el umbral con un elegante asentimiento. Estrechó cálidamente la mano del señor Bennet—. Parece usted notablemente imperturbable ante el alboroto de arriba. ¿Es su costumbre dejar que tiemble el techo sin intervenir?

—Me temo que intervenir solo empeora las cosas. No, encuentro que el mejor curso de acción es esperar a que la tormenta se disipe por sí sola. Se cansan eventualmente, ¿sabe? —El señor Bennet señaló hacia un sillón desgastado cerca de la chimenea, con la tapicería descolorida pero lo suficientemente cómoda—. Los dulces tonos de mi primo, el señor Collins, creo.

—¿Su primo? —Lord Matlock sacudió lentamente la cabeza—. ¿El mismo caballero que escribió ese florido preámbulo para sus arreglos de herencia? Recuerdo haber pensado en ese momento que su estilo haría sonrojar incluso a un escritor de obituarios, y luego, cuando lo conocí anoche, lo encontré aún más tonto de lo que esperaba.

—Uno y el mismo —confirmó el señor Bennet con una leve sonrisa burlona—. Se ha propuesto asegurarse una esposa entre mis hijas, una situación que, como puede imaginar, ha proporcionado considerable entretenimiento para aquellos de nosotros que no estamos directamente involucrados.

—O considerable irritación para quienes lo están —el tono de Lord Matlock era seco, pero sus ojos brillaban con intriga. Cruzó los brazos sobre el pecho, reclinándose ligeramente en su silla —. ¿Y a quién ha elegido este dechado de virtudes como su víctima pretendida?

—Elizabeth, pobre muchacha —dijo el señor Bennet sacudiendo la cabeza—. Creo que puede haber sido lo suficientemente tonto como para proponerle matrimonio esta mañana, y no dudo que ella lo habrá puesto en su lugar de inmediato. Sin duda ha subido para solicitar el apoyo de mi esposa en la revocación de la decisión de Elizabeth.

—Ah —el Conde inclinó la cabeza pensativamente—. Una elección sensata si uno se inclina hacia el martirio matrimonial. Su segunda hija me parece demasiado inteligente como para soportar a semejante hombre en silencio.

—En efecto —concordó el señor Bennet, con una nota de orgullo en su voz—. Pero me temo que el señor Collins carece de la autoconsciencia necesaria para reconocer ese defecto particular en su plan. Aun así, supongo que todos debemos sufrir a los tontos ocasionalmente. Es, quizás, nuestro deber como caballeros.

—Algunos deberes es mejor evitarlos —observó Lord Matlock con una sonrisa irónica. Otro golpe sonó desde arriba, seguido de una exclamación ininteligible pero apasionada—. Aunque sospecho que esa filosofía aún no ha llegado a sus pisos superiores.

—Ciertamente —respondió el señor Bennet con serenidad, alcanzando el cordón de la campanilla—. Permítame llamar para que nos traigan té, y podemos seleccionar alguna lectura fresca para discutir mientras esperamos el inevitable colapso del plan del señor Collins, ¿le parece?

—Con gusto —dijo el conde, pensando, no por primera vez, que había pocos hombres en Inglaterra que lo entretuvieran más que su viejo amigo Thomas Bennet.

Unos minutos después, la puerta del estudio del señor Bennet se abrió de golpe con tal fuerza que las bisagras emitieron un audible gemido de protesta. Lord Matlock, medio oculto detrás de una imponente estantería de tomos encuadernados en cuero, se detuvo a medio camino de alcanzar un volumen particularmente atractivo sobre las vidas de los Plantagenet. Arqueó las cejas y se giró lo suficiente para asomarse por el borde de la estantería.

—¡Señor Bennet! —exclamó el señor Collins, sus botas retumbando sobre la alfombra como si estuviera asaltando las puertas de una fortaleza en lugar de entrar en el retiro privado de un caballero sin siquiera la cortesía de llamar. Se detuvo frente al escritorio de su anfitrión, con el pecho agitado por la indignación justa y el rostro enrojecido de un tono poco favorecedor—. ¡Debo, no, me veo *obligado* a hablar con usted sobre un asunto de suma urgencia!

—¿De veras? —dijo con tono arrastrado el señor Bennet, sin molestarse en levantar la vista del folio desplegado ante él. Pasó una página distraídamente, siendo la viva imagen de la indiferencia—. ¿Y sobre qué asunto podría ser? ¿Ha venido a solicitar mi consejo sobre un tema apremiante, como qué chaleco favorece más su tez?

—¡Señor! —El señor Collins se infló como un gallo preparándose para la batalla, sus manos aferrándose al aire como si el puro peso de sus agravios no pudiera contenerse en su persona—. ¡No es momento para bromas! Su hija, su hija más obstinada e ingrata, ¡ha tenido la audacia de rechazar mi oferta de matrimonio! ¡A mí! ¡Un hombre bendecido con el patrocinio de la ilustre Lady Catherine de Bourgh!

—¿Lo ha rechazado, dice? —murmuró el señor Bennet, dignándose finalmente a levantar la mirada. Su expresión era apacible, pero había un brillo revelador en sus ojos que sugería que encontraba esta declaración mucho menos angustiante de lo que el señor Collins podría haber esperado—. Qué predecible.

—¿Predecible? —balbuceó el señor Collins, su voz alcanzando un tono que hizo que Lord Matlock se estremeciera y retrocediera más hacia las sombras de su refugio elegido—. ¡Es absolutamente escandaloso! ¡Una afrenta a la propiedad! ¡A la decencia! ¡A mí!

—A usted, sin duda —convino el señor Bennet, con un tono tan seco como las páginas del libro que sostenía Lord Matlock—. Una tragedia de proporciones shakespearianas, sin duda.

—Es obstinada —continuó el señor Collins, ajeno al sarcasmo que goteaba de cada sílaba de la respuesta de su anfitrión—. ¡Terca! ¡Insensata más allá de toda medida! ¿Acaso no comprende el

honor que le he hecho al proponerle matrimonio? ¡Debería estar de rodillas de gratitud, no pavoneándose por el jardín como si mi cortejo fuera algún inconveniente trivial!

—Bueno, bueno, no nos precipitemos —dijo el señor Bennet, reclinándose en su silla y juntando las puntas de los dedos bajo su barbilla—. Dice usted que es insensata y terca. Confieso que esos rasgos reducen el campo considerablemente. Tengo varias hijas que podrían encajar en tal descripción, pero me encuentro indeciso sobre cuál ha inspirado su ira. ¿Le importaría aclarar?

Lord Matlock, que había estado luchando valientemente por mantener la compostura, se mordió con fuerza el interior de la mejilla cuando una risa amenazó con escapar. Los hombros del conde se sacudieron con regocijo reprimido, y rápidamente se ocultó más detrás de la estantería, para que su diversión no revelara su presencia.

El señor Collins, con el rostro encendido de indignación y el pecho agitándose como un fuelle, dio una patada en el suelo —un gesto petulante tan absurdo que las cejas del señor Bennet se alzaron en mudo asombro.

—¡Elizabeth! —bramó el señor Collins, haciendo resonar el nombre por todo el estudio como si fuera un actor trágico sobre el escenario—. ¡Es Elizabeth quien me ha rechazado, Elizabeth quien ha demostrado una escandalosa falta de gratitud por el honor que le he concedido! ¡Tal obstinación, tal... —hizo una pausa, buscando una palabra lo suficientemente condenatoria para transmitir la profundidad de su depravación— ...impertinencia! ¡Hay que hacerla entrar en razón!

Bueno, ya está bien, pensó Lord Matlock, y salió de las sombras de su escondite. —¿Hay que hacerlo, en efecto? —dijo, con un tono fríamente sardónico.

Tanto el señor Bennet como el señor Collins se volvieron bruscamente, este último retrocediendo como si le hubieran echado agua helada por la espalda.

—Lord Matlock —dijo el señor Bennet con suavidad, aunque sus ojos brillaban con alegría contenida—. Confío en que encuentra mi biblioteca entretenida.

—Lo suficientemente entretenida —respondió el Conde, con tono seco. Fijó en el señor Collins una mirada tan penetrante que los labios del clérigo comenzaron a temblar nerviosamente—. Aunque confieso —continuó Lord Matlock— que la improvisada actuación teatral ha resultado mucho más cautivadora que cualquier volumen de estos estantes.

—¿A-actuación teatral? —tartamudeó el señor Collins, con el rostro adquiriendo un tono que solo podía describirse como remolacha—. Yo... le pido perdón, señor, pero no logro comprender a qué se refiere.

—¿De verdad? —Lord Matlock arqueó una ceja, con una expresión de cortés incredulidad—. Bien, permítame iluminarle. Si he entendido correctamente, acaba de admitir que le ha propuesto

matrimonio a la señorita Elizabeth Bennet, una joven cuya inteligencia, ingenio y belleza son universalmente reconocidos, y ahora lamenta el hecho de que ella haya rechazado su oferta. Además, parece creer que ella le debe algún tipo de lealtad por este... *honor*. —La boca del Conde se torció ligeramente, aunque era difícil determinar si era por diversión o desdén—. ¿He entendido bien?

El señor Collins se hinchó como una paloma indignada. —La señorita Elizabeth es hija de un caballero de medios modestos, y yo soy... —Aquí enderezó la columna, como si el mero acto pudiera elevar su estatura—. ...un hombre de la Iglesia, bajo el estimado patrocinio de Lady Catherine de Bourgh. No solo eso, sino también el heredero de Longbourn, ¡encargado de la sagrada tarea de asegurar el futuro de todas mis primas! Era natural suponer que aceptaría mi propuesta con presteza.

—¿Natural, dice? —La sonrisa de Lord Matlock no llegó a sus ojos—. Perdóneme, señor Collins, pero me veo obligado a discrepar. Si bien la señorita Elizabeth posee sin duda cualidades que la convertirían en un crédito para cualquier hogar, también es vivaz, inteligente y excepcionalmente franca. Rasgos admirables, ciertamente, pero que sospecho chocarían con el temperamento de mi hermana.

—¿Lady Catherine? —dijo el señor Collins, con expresión nublada por la confusión, como si se preguntara si el conde podría estar refiriéndose a una hermana completamente diferente.

—En efecto —afirmó Lord Matlock—. Como nos ha recordado tan humildemente, usted está bajo su empleo. ¿Ha considerado realmente si la señorita Elizabeth se ajustaría a las expectativas de tal patrona? Lady Catherine valora la deferencia por encima de todo. Una esposa para su clérigo debe ser mansa, sumisa y totalmente desprovista de pretensiones de independencia de pensamiento. ¿Cree verdaderamente que la señorita Elizabeth, con su aguda mente y espíritu tenaz, encontraría el favor de Lady Catherine?

—La señorita Elizabeth —insistió el señor Collins, aunque su voz temblorosa traicionaba su incertidumbre— aprenderá... eh... ¡aprenderá a contener su lengua en presencia de sus superiores! Será... *moldeada* hacia una disposición más adecuada con el tiempo y la orientación.

—¿Lo hará, en efecto? —El labio de Lord Matlock se curvó ligeramente, su expresión atrapada entre el asombro y la repulsión—. ¿Así que ese es su gran diseño? ¿Aplastar su espíritu hasta que se ajuste a su satisfacción? Qué... noble de su parte.

—¿Aplastar su espíritu? —El señor Collins se infló indignado, aunque su intento de grandeza cayó en saco roto bajo la mirada implacable de Lord Matlock—. ¡Me malinterpreta, milord! Solo

quiero decir que la inteligencia de la señorita Elizabeth, aunque admirable a su manera, podría ser... templada. Una esposa debe conocer su lugar, después de todo, y seguramente...

—Seguramente —intervino secamente el señor Bennet, cortando limpiamente la fanfarronería del señor Collins—, usted se equivoca al pensar que cualquier hija mía podría ser así templada. Le ruego que no nos insulte más sugiriendo lo contrario.

La habitación pareció contraerse alrededor de las palabras del señor Bennet, el antiguo humor fácil en su tono reemplazado por un frío que hizo que incluso Lord Matlock mirara de reojo a su viejo amigo. Sentado detrás de su escritorio, el señor Bennet parecía perfectamente tranquilo, salvo por el brillo de dura resolución en sus ojos. Sus dedos tamborilearon una vez en el reposabrazos de su silla antes de continuar, su voz adquiriendo un filo más agudo que el ingenio de Elizabeth.

—Permítame ser inequívoco, señor Collins. Nunca, bajo ninguna circunstancia, daré mi consentimiento para que se case con Elizabeth. Haría bien en reconsiderar completamente su elección, especialmente dado que mi esposa ya le ha ofrecido su consejo más sensato con respecto a cuál de nuestras hijas le convendría más. Una sugerencia que usted, en su infinita sabiduría, parece haber desatendido.

El señor Collins parpadeó rápidamente, su rostro enrojeciendo como un tomate demasiado maduro. Abrió la boca, quizás para discutir, pero cualesquiera que fueran las palabras que pretendía fueron tragadas por el silencio atronador que siguió a la declaración del señor Bennet. Su mirada saltó del señor Bennet a Lord Matlock, buscando algún indicio de indulto, pero no encontró ninguno.

—¡Bueno! —finalmente balbuceó, su voz elevándose a un tono que habría asustado a los pájaros fuera de la ventana—. ¡Parece que no soy apreciado en esta casa como debería serlo!

—En ese punto, estamos completamente de acuerdo —replicó el señor Bennet suavemente, reclinándose en su silla con un aire de suprema indiferencia.

—¡Buenos días, señor! —ladró el señor Collins, pisando con tal vigor que las tablas del suelo gimieron bajo él. Sin siquiera una reverencia, giró sobre sus talones y se dirigió furioso hacia la puerta, sus pesados pasos reverberando por el pasillo mucho después de que se hubiera ido.

—Ah —dijo por fin el señor Bennet, exhalando profundamente y permitiendo que una sonrisa irónica tirara de la comisura de su boca—. Qué lástima. Justo empezaba a disfrutar.

Lord Matlock soltó una risa suave, sacudiendo la cabeza con incredulidad. —Thomas, he presenciado muchas absurdeces en mi vida, pero ese hombre... —Hizo un gesto vago hacia la

puerta por la que había salido el señor Collins, evidentemente sin encontrar las palabras adecuadas.

—Sí —concordó el señor Bennet, alcanzando la licorera en su escritorio y sirviéndose una medida de brandy—. Un hombre de talentos poco comunes, ¿no le parece? El principal de ellos es la capacidad de irritar a todos en un radio de diez millas.

—Poco comunes, en efecto —murmuró Lord Matlock, aunque sus pensamientos habían vuelto, sin querer, a Elizabeth. Que una joven tan vibrante e inteligente pudiera haber sido sometida a alguien como el señor Collins lo llenaba de alivio por su escape y de disgusto por la audacia del clérigo a partes iguales. Era una unión demasiado ridícula para contemplarla, y sin embargo, había algo escalofriante en los murmullos del señor Collins. *Aprender a contener su lengua,* vaya por Dios. La mera idea de que Elizabeth Bennet, tan vivaz y aguda, fuera acallada por ese pomposo fanfarrón era suficiente para revolverle el estómago.

El señor Bennet sacudió la cabeza lentamente, mirando fijamente la alfombra como si contuviera las respuestas a todos los misterios de la vida. —Elizabeth es... singular —dijo al fin, su tono suavizándose, teñido de orgullo paternal—. Demasiado espiritual, demasiado inteligente para que la mayoría de los hombres la aprecien. Me rompería el corazón entregarla a alguien que no pudiera valorarla como se merece.

—Sentimientos encomiables —comentó Lord Matlock, juntando las puntas de los dedos bajo su barbilla—. Aunque espero que esté preparado para las consecuencias de criar a una hija que puede superar en ingenio a la mitad del condado. Tendrá para elegir entre pretendientes, me atrevería a apostar, pero ¿encontrar uno digno de ella? —Hizo un gesto teatral con los hombros —. Una tarea intimidante, sin duda.

—Tal vez —concedió el señor Bennet, con una leve sonrisa jugando en sus labios—. Pero cuando llegue el momento, confiaré en que Lizzy tome su propia decisión. Nunca ha sido de las que soportan a los tontos de buen grado, o en absoluto, para el caso, y me atrevo a decir que se las arreglará para eliminarlos sin mucha ayuda de mi parte.

—Palabras sabias —murmuró Lord Matlock, aunque su atención se había desviado hacia la ventana. Levantándose de su asiento, cruzó hacia el ventanal, con las manos entrelazadas tras la espalda, y miró hacia el jardín. Sus ojos agudos encontraron rápidamente su objetivo: dos figuras caminando lado a lado por el sendero de grava, sus cabezas inclinadas cerca una de la otra en tranquila conversación. La figura alta y oscura de Darcy recortaba una silueta imponente contra los setos cubiertos de escarcha, mientras que los rizos de Elizabeth, escapando de debajo de su cofia, brillaban bajo la luz invernal del sol. Había una facilidad en sus movimientos, una armonía

en la forma en que se inclinaban ligeramente el uno hacia el otro, como si fueran atraídos por algún hilo invisible.

—Ah —dijo Lord Matlock suavemente, con una sonrisa tirando de las comisuras de su boca—. Ese día puede estar más cerca de lo que crees, Thomas.

—¿En serio? —El señor Bennet se levantó de su silla y se unió a su amigo en la ventana, siguiendo su mirada. Su expresión cambió de curiosidad a sorpresa, y luego se asentó en algo parecido a la satisfacción mientras observaba la escena—. Bueno —dijo después de un momento —, si alguien fuera a tener éxito en ganarse el aprecio de Lizzy, tendría que ser un hombre de perseverancia poco común. Y Darcy, por lo que entiendo, es persistente si no otra cosa.

—Bastante cierto —respondió Lord Matlock, con un tono impregnado de seco humor. Sin embargo, mientras observaba a su sobrino y a la joven pasear por el sendero del jardín, sus gestos animados sugiriendo un intercambio vivaz, sintió que se avivaba en su interior un destello de esperanza. Quizás, solo quizás, esta improbable pareja podría resultar en el perfeccionamiento de ambos.



Capítulo Quince

EL CRUJIDO DE LA grava bajo sus botas era el único sonido en el que el señor Darcy se permitía concentrarse mientras se acercaba a Elizabeth Bennet, quien se encontraba de pie en el jardín invernal y desnudo de Longbourn, con las mejillas sonrosadas por el frío aire matutino. Ella se giró al oír sus pasos y, por un momento, el mundo pareció detenerse. Su expresión se iluminó, indudablemente complacida, aunque había algo ligeramente preocupado en su mirada, como si su mente estuviera ocupada en otros asuntos.

—Señor Darcy —lo saludó, su voz transmitiendo la calidez que el entorno carecía—. Bienvenido a Longbourn.

—Señorita Bennet —respondió él, inclinándose levemente, sus palabras medidas pero impregnadas de una sinceridad que no pudo reprimir del todo—. Es un placer encontrarla afuera. El día sería mucho menos agradable sin tan grata compañía.

Sus labios se curvaron en una sonrisa divertida, y él pensó, no por primera vez, cuán peligrosamente cautivadoras eran sus expresiones.

—Debo agradecerle tan galante observación —dijo ella con ligereza—. Si no lo conociera mejor, señor, podría acusarlo de adulación.

—Entonces es afortunado —dijo él, suavizando su tono— que usted me conozca mejor.

Hubo un momento de silencio, interrumpido solo por el débil silbido del viento invernal que se colaba entre las ramas desnudas. Darcy vaciló, luego extendió su brazo, un gesto tanto deliberado como tentativo.

—Quizás —se aventuró—, un paseo por el jardín podría distraerla de lo que sea que ocupa su mente.

Elizabeth parpadeó, claramente sorprendida por la oferta, pero su asombro rápidamente dio paso a la aceptación.

—Un paseo suena encantador —dijo, colocando su mano enguantada ligeramente sobre el brazo de él. Si notó la leve rigidez de su postura, optó por no mencionarla.

Su paso era pausado mientras exploraban la extensión invernal de los terrenos de Longbourn. El jardín, aunque despojado de su brillantez estival, poseía un encanto silencioso: la escarcha se aferraba a los setos como encaje, y los árboles esqueléticos se erguían con elegancia austera contra el pálido cielo. Darcy podía sentir el calor de la presencia de Elizabeth a su lado, un sutil contraste con el aire fresco. Era tanto un consuelo como una distracción, que él acogía a pesar de sí mismo. Le lanzó una mirada de soslayo, con su cofia atada pulcramente bajo la barbilla, sus ojos oscuros brillantes de curiosidad a pesar de su expresión pensativa. Aún no había retirado su brazo del suyo, lo que él tomó como un aliento y un tormento a la vez.

—Señorita Bennet —comenzó, con voz baja pero firme, aunque su corazón se sentía mucho menos cooperativo—. He venido a hablar con usted sobre asuntos relacionados con cierto caballero cuyo conocimiento, desafortunadamente, compartimos.

La ceja de Elizabeth se arqueó ligeramente, aunque al principio no dijo nada. Su silencio, junto con la leve inclinación de su barbilla, sugería que estaba preparada para cualquier revelación que pudiera seguir. Aun así, Darcy vaciló; las palabras que presionaban contra su garganta no eran de las que se pronunciaban a la ligera.

—Quizás ya esté al tanto —continuó— de que el señor Wickham y yo compartimos una historia que se remonta a nuestra infancia. Mi padre tenía en alta estima a su familia, particularmente a su padre, quien sirvió durante mucho tiempo como administrador en Pemberley. Esta conexión le brindó a George Wickham oportunidades que iban mucho más allá de lo que sus propias circunstancias le hubieran permitido, incluyendo una educación junto a la mía.

—Qué afortunado para él —comentó Elizabeth, con un tono uniforme pero con un dejo de escepticismo—. Su padre era un hombre generoso.

—Sin duda alguna —dijo Darcy, tensando ligeramente la mandíbula—. Mi padre lo estimaba casi como a un segundo hijo. Era su sincero deseo que Wickham ingresara a la iglesia, una profesión que, en teoría, se ajustaría a un joven inteligente de buen carácter. Con ese fin, el testamento de mi padre estipulaba que al tomar los hábitos, el señor Wickham recibiría el beneficio de la parroquia de Kympton, junto con un legado de mil libras. Sin embargo —hizo una pausa aquí, con la mirada fija en los setos escarchados frente a él—, aún estábamos en la escuela cuando llegué a comprender que el carácter de Wickham era totalmente inadecuado para el clero, o en realidad, para cualquier posición que requiriera integridad y moderación.

—Ah —la voz de Elizabeth era suave, pero no había forma de confundir el destello de comprensión, o quizás incredulidad, en su expresión—. Y... ¿su padre no percibió esto?

—Lamentablemente, no —admitió Darcy—. Incluso durante nuestros años en Cambridge, mientras yo observaba la creciente propensión de Wickham hacia la disipación, la indulgencia y el engaño, mi padre se mantuvo inquebrantable en su fe. No fue hasta después de su fallecimiento que se hizo evidente la verdadera naturaleza de Wickham.

—Después de su fallecimiento —repitió Elizabeth lentamente, frunciendo el ceño—. ¿Se refiere a cuando el señor Wickham quedó a su libre albedrío?

—Precisamente. Las mil libras que mi padre le legó desaparecieron en seis meses, gastadas en actividades que no necesito enumerar —Darcy exhaló bruscamente, el recuerdo de aquellos meses turbulentos aún amargando sus pensamientos—. Cuando se acercó a mí la siguiente vez, no fue para cumplir los deseos de mi padre y tomar los hábitos, sino para declarar su intención de estudiar derecho, una afirmación que incluso entonces sabía que era falsa. No obstante, propuso un trato: a cambio de renunciar a todo derecho sobre el beneficio de Kympton, aceptaría tres mil libras.

—¡Tres mil libras! —exclamó Elizabeth suavemente, el asombro rompiendo su habitual compostura. Se detuvo, volviéndose completamente hacia él ahora, su expresión iluminada por la incredulidad—. ¿Y usted aceptó tales términos?

—A regañadientes —respondió Darcy con un tono cortante, aunque no descortés—. Parecía el menor de los males. Al menos de esta manera, Kympton se libraría de su influencia, y yo podría considerar cumplidas mis obligaciones hacia él. Ingenuo de mí, creí que esto aseguraría su independencia y evitaría futuros enredos entre nosotros.

—Sin embargo, no fue así —dedujo Elizabeth, con un tono de voz teñido de suave reproche.

—Evidentemente, no lo fue —concedió Darcy, sosteniéndole la mirada con firme determinación —. El señor Wickham es un hombre para quien ninguna suma, por generosa que sea, es suficiente.

Por un momento, ninguno habló, dejando que el frío de la mañana invernal se asentara entre ellos como un invitado no deseado. Entonces, Elizabeth ladeó la cabeza, con una sonrisa contemplativa curvando sus labios.

—Su franqueza me sorprende, señor Darcy —dijo finalmente—. Pero creo que debo agradecérsela. Pocos hombres hablarían tan abiertamente de asuntos tan personales y frustrantes.

—La frustración, señorita Bennet, ha sido mi compañera constante en lo que respecta a Wickham —dijo Darcy, permitiéndose el más leve atisbo de una sonrisa autocrítica—. Pero si compartir

esta información evita que otros caigan en sus maquinaciones, no puedo arrepentirme.

Elizabeth lo observó pensativa, con una expresión indescifrable salvo por el leve rubor que coloreaba sus mejillas. —Cuatro mil libras en total —dijo al fin, rompiendo el silencio con un tono que denotaba tanto asombro como incredulidad—. ¡Cielos, señor Darcy, eso es... toda una fortuna! ¡Suficiente para que cualquier hombre viva cómodamente sin necesidad de molestarse con ideas de empleo, milicia o cualquier otra cosa! —Levantó la mirada hacia él, arqueando una ceja oscura, su expresión a medio camino entre la diversión y la incredulidad—. Dígame, ¿qué podría haber hecho para agotar semejante suma?

Los labios de Darcy se apretaron en una fina línea, y exhaló por la nariz, su aliento formando vaho en el aire frío. —Señorita Bennet, está usted completamente en lo cierto en su apreciación —le respondió—. Debería haber sido una cantidad suficiente para proporcionar una existencia modesta pero segura. Lamentablemente, los hábitos de Wickham aseguraron que ninguna cantidad, por generosa que fuera, permaneciera sin gastar por mucho tiempo.

—¿Hábitos? —repitió ella, con un tono escéptico pero teñido de curiosidad—. Habla usted como si hubiera adoptado alguna afición ruinosamente extravagante, como encargar una flota de carruajes dorados u organizar un desfile interminable de festines. —Su sonrisa burlona jugaba en las comisuras de sus labios, y Darcy sintió un tirón poco familiar en la comisura de su propia boca, una sonrisa amenazando con escapar, a pesar de su buen juicio.

—Nada tan imaginativo, se lo aseguro —replicó—. Sus gustos son mucho menos grandiosos y, sin embargo, infinitamente más destructivos. El juego, la bebida y... —Se detuvo abruptamente, aclarándose la garganta mientras se ajustaba el pañuelo con un gesto rápido y nervioso—. Otras indulgencias. Ninguna de las cuales se presta a la frugalidad o la prudencia.

Los pasos de Elizabeth se ralentizaron, y ladeó la cabeza, estudiándolo con una intensidad que le hizo desear haber guardado sus palabras con más cautela.

—Ya veo —dijo pensativa, aunque su voz delataba que no lo entendía del todo—. Y sin embargo, ¿le dio tres mil libras después de que malgastara las primeras? O es usted extraordinariamente generoso, señor Darcy, o... —Vaciló, entrecerrando ligeramente los ojos como si buscara la palabra adecuada—. ¿Indulgente?

—Quizás ninguna de las dos —admitió Darcy en voz baja, con la mirada fija al frente—. En ese momento, creí que era la manera más rápida de cortar nuestra relación. Una lección bastante costosa, sin duda, pero que consideré necesaria. —Su paso vaciló por un instante antes de continuar—. Aunque, como ya ha notado, mis esfuerzos no tuvieron éxito.

—En efecto —murmuró Elizabeth, con expresión pensativa. Durante varios momentos, caminaron en silencio, siendo el único sonido el crujido rítmico de sus pasos y el ocasional susurro del viento a través de las ramas esqueléticas sobre sus cabezas.

Darcy se encontró mirándola de reojo, notando el ligero ceño fruncido y cómo sus dientes mordisqueaban su labio inferior. Claramente estaba llegando a alguna conclusión, aunque si esta sería a su favor o en su contra, no podía decirlo. Era enloquecedora esta incertidumbre, esta incapacidad de predecir o controlar sus pensamientos. Y, sin embargo, había algo emocionante en ello también, como si estuviera navegando por aguas desconocidas sin un mapa que lo guiara.

—Señor Darcy —dijo al fin, su voz cortando su ensimismamiento—. Perdóneme, pero no puedo evitar preguntarme por qué me cuenta todo esto. Seguramente, airear quejas contra el señor Wickham no puede ser un tema agradable para usted.

Él vaciló, sus pasos ralentizándose mientras giraba completamente su mirada hacia ella. Por un breve y temerario momento, consideró contarle todo: la sórdida verdad sobre Georgiana, la casi catástrofe que casi destruye su reputación y su paz mental. Pero no. No podía. Aún no. Cargar a Elizabeth con tal conocimiento cuando su relación era todavía tan tenue sería imprudente e injusto.

—Porque —dijo finalmente, eligiendo sus palabras con cuidado—, usted merece saber qué clase de hombre podría confiar, imprudentemente, con su buena opinión.

—Ah —dijo Elizabeth suavemente, sus labios curvándose en una pequeña y enigmática sonrisa —. Una advertencia, entonces. Qué galante de su parte, señor Darcy.

—La galantería tiene poco que ver con esto —respondió él con seriedad, aunque su pulso se aceleró al ver su sonrisa—. Es simplemente la verdad, aunque soy consciente de que la verdad a veces puede resultar inoportuna. En este preciso momento, mi primo, el coronel Fitzwilliam, está visitando al coronel Forster con el propósito expreso de advertirle sobre las... tendencias del señor Wickham. No se trata solo de su predilección por el juego, aunque eso por sí solo bastaría, sino de toda su manera de conducirse. Dondequiera que el señor Wickham va, deja tras de sí un rastro de deudas y confianza quebrantada, ya sea entre comerciantes o entre personas de buena posición.

Elizabeth ladeó la cabeza.

—Una hazaña impresionante, sin duda. Para dejar tal huella, uno debe ser encantador y sin escrúpulos en igual medida.

—Encantador, sí —concedió Darcy, aunque su tono se volvió más frío que el viento que mordía su rostro—. Es su encanto lo que lo hace más peligroso. Un lobo con piel de cordero, si se

quiere. Tiene una manera de persuadir a los demás para que lo crean honorable hasta que es demasiado tarde para lamentarse de haberlo hecho.

—Qué afortunados somos, entonces, de tenerlos a usted y a su primo para desenmascararlo. —Sus palabras estaban teñidas de humor, pero su expresión se había vuelto pensativa, incluso solemne. Soltó su brazo y se giró ligeramente para mirarlo, con las manos entrelazadas frente a ella—. De verdad, señor Darcy. Se lo agradezco. Su advertencia bien puede ahorrarle a la gente de Meryton, sin mencionar a mi propia familia, muchos problemas. Quizás incluso sufrimientos.

La sinceridad en su voz lo conmovió, inesperada y profundamente. Su pecho se tensó, y por un fugaz momento, olvidó el frío en el aire, la rígida propiedad de su entorno, incluso el omnipresente peso del deber que lo oprimía. Solo existía Elizabeth, su gratitud brillando tan intensamente como el sol invernal que se abría paso entre las nubes.

—Señorita Bennet —dijo suavemente, inclinando la cabeza en señal de reconocimiento—. Si mis palabras pueden servir para algún buen propósito, por pequeño que sea, entonces bien vale la pena pronunciarlas.

—¿Pequeño? —repitió ella, arqueando una ceja—. Subestima usted el valor de su franqueza, señor. Aunque me atrevería a decir que el señor Wickham no estaría de acuerdo.

—Eso —respondió Darcy con una leve sonrisa— es un desacuerdo que estoy más que dispuesto a soportar.

Ella sonrió y se apartó, y comenzaron a caminar de nuevo, asentándose en ese cómodo silencio mutuo que él había disfrutado tanto en la biblioteca de Netherfield.

Darcy bajó la mirada hacia sus botas mientras crujían sobre el sendero escarchado, el sonido quebradizo contrastando agudamente con la silenciosa tensión que bullía entre ellos. Podía sentir la presencia de Elizabeth a su lado: firme, pensativa y enloquecedoramente distractora. Sus oscuros rizos, escapando del borde de su cofia para enmarcar su rostro, captaban la pálida luz del sol que se filtraba a través de las ramas desnudas del jardín. Caminaba con una facilidad que desmentía la gravedad de su conversación, su mirada fija en algún punto adelante.

Se aclaró la garganta, aunque esto hizo poco para aflojar el nudo que se apretaba en su pecho. Darcy se enorgullecía de su precisión, de pensamiento, de acción, de habla; y sin embargo, en su compañía, se veía plagado de dudas, cada palabra cargada por el temor a equivocarse. No obstante, este asunto en particular no podía esperar, y ciertamente no cuando su seguridad, su honor, podían estar en riesgo.

—Señorita Bennet —comenzó por fin, con voz baja y deliberada—. Hay... un asunto más que debo poner en su conocimiento.

Ella volvió la cabeza hacia él, su expresión expectante pero franca, con el más leve destello de curiosidad en sus ojos oscuros. Esto solo hacía la tarea más difícil.

—Aunque me duele hablar tan abiertamente sobre un tema tan delicado —continuó Darcy, con la mirada fija hacia adelante—, mi tía, Lady Matlock, tiene la intención de discutir el asunto con su madre en breve. Verá, existe un peligro específico que representa el señor Wickham que va más allá de la simple falta de probidad financiera o la conducta engañosa. Se trata de... —Vaciló por un momento, maldiciendo interiormente su propia falta de compostura—. Se trata de la cuestión del honor de una joven dama.

Elizabeth se detuvo a mitad de paso, frunciendo el ceño en una mezcla de confusión y preocupación. —¿Mi honor? —repitió, con voz más suave ahora, teñida de incredulidad.

—No el suyo específicamente —dijo rápidamente, aunque el calor que subía por la parte posterior de su cuello sugería lo contrario—. Al menos, eso espero. Pero el de las jóvenes damas de buena sociedad en general. Wickham nunca ha sido escrupuloso en sus tratos con las mujeres, y hubo un incidente... —Sus palabras se ralentizaron, su mandíbula se tensó—. Este fue el asunto por el cual el coronel Fitzwilliam casi lo reta a duelo. Solo con gran esfuerzo se le impidió batirse con Wickham.

—¿Un duelo? —Los ojos de Elizabeth se abrieron ligeramente, y un suspiro escapó de sus labios, parte asombro, parte incredulidad—. ¿Lo insinuó anoche, pero seguramente no habla en serio?

—En efecto, hablo en serio —respondió con gravedad—. Y aunque no estoy en libertad de divulgar los detalles, baste decir que las intenciones de Wickham rara vez son honorables en lo que respecta a las jóvenes.

El silencio que siguió pareció extenderse infinitamente, roto solo por el lejano canto de un pájaro en algún lugar de los setos desnudos. Darcy miró de reojo a Elizabeth, cuya mirada se había desviado hacia abajo, sus dedos enguantados entrelazándose. Sintió una punzada de culpa por cargarla con un conocimiento tan desagradable, pero sabía que era necesario.

—Señorita Bennet —dijo de nuevo, suavizando su voz. Cuando ella levantó la mirada, sus mejillas estaban teñidas de un delicado rubor, aunque no podía decir si era por el frío o por la naturaleza de su conversación. Vaciló, y luego continuó, su corazón latiendo más rápido de lo que le gustaba admitir—. No quisiera, por nada del mundo, ver a Wickham imponerse sobre usted.

Sus ojos se encontraron entonces, grandes e inquisitivos, y por un fugaz instante, pareció que no había aire entre ellos, ni escarcha, ni jardín, ni decoro; solo su mirada sosteniendo la de él y la

profundidad tácita de lo que yacía bajo sus palabras.

—O... o cualquiera de sus hermanas —añadió apresuradamente, retrayéndose como si se diera cuenta de que se había acercado demasiado a algún borde invisible—. Naturalmente, las incluyo en mi preocupación.

Elizabeth parpadeó una vez, dos veces, y luego tomó un respiro para calmarse. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba, aunque no llegó a ser una sonrisa.

—Señor Darcy —dijo suavemente, con un tono mucho más gentil de lo que él esperaba—, gracias. De verdad. Su advertencia... su preocupación... se lo agradezco mucho.

Su sinceridad lo conmovió una vez más, aunque ocultó su efecto con una leve inclinación de cabeza.

—No es más que lo que usted merece, señorita Bennet —murmuró.

El crujido de las ruedas en el camino de grava interrumpió su tranquilo paseo. Darcy se volvió bruscamente hacia el sonido, entrecerrando los ojos contra la tenue luz invernal mientras un carruaje familiar aparecía a la vista. Antes de que los caballos se detuvieran por completo, la puerta se abrió con lo que solo podría describirse como un apresuramiento entusiasta, y de ella saltó Bingley, con las mejillas enrojecidas por el frío y un propósito inconfundible.

—¡Darcy! ¡Señorita Bennet! —exclamó sin aliento, aunque su mirada apenas los rozó antes de dirigirse ansiosamente hacia la casa—. Una hermosa mañana, ¿no es así? O... —Se detuvo, mirando los setos desnudos y escarchados que los rodeaban—. Bueno, quizás no hermosa, pero ciertamente... ¡prometedora!

Darcy arqueó una ceja, con los labios temblando en las comisuras.

—Prometedora, sin duda —dijo con sorna, observando cómo Bingley se ajustaba el abrigo y subía apresuradamente los escalones de Longbourn, prácticamente saltando junto a Hill, quien acababa de abrir la puerta—. Me atrevería a decir que puede que tenga un encargo particular esta mañana.

—¿Un encargo? —repitió Elizabeth, inclinando la cabeza con curiosidad. Miró alternativamente entre la figura que se alejaba del señor Bingley y la expresión del señor Darcy, que revelaba un atisbo de diversión. Sus ojos se iluminaron con comprensión—. Ah, ya veo. Uno muy urgente, sin duda.

—En efecto —respondió Darcy, permitiéndose el lujo de una pequeña sonrisa—. Uno podría incluso llamarlo apremiante.

La sonrisa de Elizabeth en respuesta fue jubilosa, y Darcy se encontró momentáneamente desarmado por su brillantez, aunque ocultó el desliz tras un aclaramiento de garganta. Sin

embargo, el momento fue breve, pues otra figura emergió del carruaje, descendiendo con una elegancia que no podía pertenecer a nadie más que a la propia Lady Matlock.

—¡Fitzwilliam! —exclamó ella, su cabello veteado de plata captando la luz mientras pisaba con gracia el sendero. Sus penetrantes ojos azules se fijaron inmediatamente en él, aunque se suavizaron al ver a Elizabeth a su lado—. Y la señorita Elizabeth. Qué agradable sorpresa. —Su tono cambió, ligeramente reprobatorio al dirigirse a Darcy—. Aunque debo decir que nos has dejado bastante abandonados, sobrino. ¡Saliendo precipitadamente con mi marido como si el mismo diablo os persiguiera!

—Discúlpeme, tía —dijo Darcy, haciendo una leve reverencia mientras su tía se acercaba—. No era mi intención causarle molestias.

—No tanto una molestia como una exasperación —replicó Lady Matlock, aunque sus palabras no llevaban ninguna malicia. Lanzó una mirada cómplice a Elizabeth, su voz tornándose más cálida—. Pero ahora veo que estabas ocupado en otros asuntos. Quizás deba perdonarte después de todo.

—Su generosidad no conoce límites, señora —dijo Darcy con ironía, ganándose una suave risa de su tía.

—Generosidad habría sido permitirme el uso de mi propio carruaje esta mañana —replicó ella, alzando una ceja significativa—. Tal como están las cosas, el pobre señor Bingley se vio obligado a sacar el suyo, ¡y a semejante hora! Solo cabe esperar que el esfuerzo no disminuya su buen ánimo.

—A juzgar por su comportamiento, creo que su ánimo permanece muy intacto —observó Darcy, mirando hacia la casa, donde Bingley había desaparecido sin siquiera una mirada hacia atrás.

—Sí, bueno —suspiró Lady Matlock, aunque su expresión era afectuosa—. Los jóvenes enamorados tienen una reserva inagotable de energía, como ambos sabemos. —Lanzó una mirada de soslayo a Darcy, y aunque su tono seguía siendo burlón, había un dejo de expectativa subyacente que lo hizo ponerse ligeramente tenso.

—¿Entramos, tía? —dijo él con suavidad, evitando su mirada con el pretexto de ofrecerle el brazo—. Imagino que la señorita Bennet tiene otros asuntos que atender en lugar de soportar nuestra conversación en el frío.

—Muy cierto —convino Lady Matlock, tomando su brazo con un asentimiento gracioso—. Aunque siempre me complace conversar con la señorita Elizabeth. Una joven de lo más entretenida.

—Una hace lo que puede, Lady Matlock —respondió Elizabeth con tal alegría irreverente que Darcy casi tropezó con sus propios pies. Su tía, por su parte, rio suavemente, evidentemente encantada.

—Sin duda, señorita Elizabeth —dijo cálidamente—. Sin duda.

Con eso, los tres comenzaron su caminata hacia la puerta principal de Longbourn, Darcy agudamente consciente de cada paso que los acercaba a la compañía en el interior, y a lo que fuera que les aguardara a continuación.



Capítulo Dieciséis

LONGBOURN ERA UN ALBOROTO, y Elizabeth, aunque no solía rehuir del torbellino, se encontró momentáneamente abrumada por el puro volumen del deleite de su familia. La señora Bennet, sonrojada de triunfo, revoloteaba por el salón como una urraca que hubiera descubierto todo un alijo de tesoros relucientes, su voz elevándose por encima del tintineo de las tazas de té y las exclamaciones de alegría.

—¡Casada! ¡Nuestra querida Jane va a casarse! ¡Y nada menos que con el señor Bingley! —exclamó, juntando las manos como si rezara a los benevolentes dioses del matrimonio—. ¡Oh, qué cosa tan maravillosa! ¡Un joven tan apuesto y tan agradable!

—En efecto, mamá —murmuró Elizabeth, sus labios curvándose en una sonrisa mientras observaba a Jane, serena como siempre, soportar los efusivos elogios de su madre con silenciosa gracia. Jane estaba sentada junto a Charles Bingley en el sofá, sus mejillas de un delicado tono rosado que rivalizaba con las rosas bordadas en los cojines. El señor Bingley, por su parte, parecía absolutamente embelesado, su mirada fija en Jane como si el resto de la habitación, y de hecho el mundo entero, hubiera dejado de existir.

—Bueno —declaró Lady Matlock, tomando las manos de Jane entre las suyas y apretándolas cálidamente—, debo decir, querida, que tu buena fortuna solo es igualada por el excelente gusto del señor Bingley. Haréis una pareja encantadora.

—Gracias, Lady Matlock —dijo Jane suavemente, su voz teñida de tímida gratitud—. Es usted muy amable.

—En absoluto —replicó la condesa con decisión—. Henry —miró a su marido—. Confío en que estás de acuerdo.

—De todo corazón —dijo Lord Matlock con una risita, ofreciendo su mano al señor Bingley—. Muchacho, permíteme ofrecerte mis felicitaciones. Aunque sospecho que no necesitas garantías

de tu buena fortuna, déjame decirte que has elegido sabiamente, sin duda.

—Gracias, milord —respondió Bingley, sus palabras acompañadas de una sonrisa tan amplia que parecía casi demasiado grande para su rostro—. Me considero el hombre más feliz del mundo, aunque creo que debo atribuirlo a la magnanimidad de la señorita Bennet al aceptarme.

—Un sentimiento admirable —intervino Darcy. Su voz era medida pero cálida, y Elizabeth notó con cierta sorpresa que su semblante habitualmente serio mostraba una innegable sonrisa—. Señorita Bennet, ¿puedo ofrecerle también mis felicitaciones? Bingley es ciertamente un hombre afortunado, y no tengo duda de que vuestra unión traerá gran felicidad a ambas familias.

—Gracias, señor Darcy —dijo Jane, su rubor intensificándose pero su tono infaliblemente gracioso—. Sus amables palabras significan mucho para mí.

—Para ambos —añadió Bingley con sinceridad, dando una palmada en el hombro a su amigo. La sonrisa de Darcy se ensanchó ligeramente, y Elizabeth se encontró observándolo con un inesperado sentimiento de curiosidad. Había una suavidad en sus modales que no había observado anteriormente; una calidez que parecía totalmente opuesta a sus primeras impresiones de él.

—Bueno —declaró Lord Matlock, rompiendo el silencio momentáneo con una palmada—. ¡Esto merece un brindis, o mejor dicho, varios! Señora Bennet, ¿dónde está el vino? ¡Seguramente una ocasión de tal magnitud exige las libaciones apropiadas!

—¡Por supuesto, por supuesto! —exclamó la señora Bennet, dirigiéndose apresuradamente hacia el aparador con renovada energía—. Lizzy, ¿podrías traer las copas? ¡Y Mary! ¡Kitty! ¡Sentaos derecha; no es momento para estar encorvadas!

Mientras la habitación volvía a sumirse en un alegre caos, Elizabeth cruzó una mirada con Jane y compartió una sonrisa privada con su hermana. En medio del clamor, era un pequeño pero reconfortante recordatorio del vínculo que las unía, un vínculo que ningún trastorno matrimonial podría romper.

Elizabeth estaba de pie junto a la ventana, con la cortina de encaje rozando sus dedos mientras la apartaba para dejar entrar la suave luz de la tarde. Observó cómo Jane y Bingley paseaban cogidos del brazo por el sendero, robando un momento de tranquilo respiro del caos que su compromiso había provocado en Longbourn. La imagen dibujó una sonrisa involuntaria en los labios de Elizabeth.

Su mirada se desvió, casi distraídamente, hacia la esquina de la habitación donde el señor Darcy mantenía una solemne conversación con Lord Matlock. Su postura era, como siempre, impecable, con los anchos hombros erguidos y la cabeza en alto, pero había algo diferente en él

hoy. No había rastro de distanciamiento en su manera cuando había ofrecido sus sinceras felicitaciones a Jane; en su lugar, había habido calidez, sinceridad e incluso, se atrevía a pensar, un toque de afecto.

—Quizás —murmuró Elizabeth para sí misma—, lo he juzgado mal.

Era un pensamiento sorprendente, uno que daba vueltas en su mente como una moneda descubierta en el fondo de un cajón. Si el señor Darcy podía ser tan amable, tan generoso, con aquellos que le importaban, entonces quizás no era el hombre frío y orgulloso que ella había creído. Y lo que era más sorprendente, lo que hacía que su corazón latiera de una manera muy inconveniente, era la creciente sospecha de que su familia, caótica como era, podría ahora contarse entre aquellos que le importaban.

—Cielos, Lizzy —murmuró entre dientes, sacudiendo la cabeza—. Estás siendo fantasiosa.

Sin embargo, incluso mientras intentaba desechar el pensamiento, un pequeño y ridículo núcleo de calidez se alojó en su pecho. Parecía completamente absurdo pensar que el señor Darcy, un hombre que una vez la había descartado como meramente "tolerable", pudiera ahora ver a los Bennet con algo más que exasperación. Pero, de nuevo, el día de hoy había demostrado estar lleno de sorpresas.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por el sonido de movimiento detrás de ella. Al girarse, vio a Mary sentada sola en el borde del sofá, con las manos fuertemente entrelazadas en su regazo y los ojos fijos en algún punto indeterminado de la alfombra. En el animado bullicio del salón, nadie prestaba atención a Mary, ni siquiera la señora Bennet, que revoloteaba como una polilla atraída por la luz de las inminentes nupcias.

Elizabeth vaciló solo un momento antes de cruzar la habitación. Se sentó en el sofá junto a su hermana, los cojines suspirando suavemente bajo su peso. Sin hablar, extendió el brazo y lo pasó alrededor de los hombros rígidos de Mary.

—¿Te encuentras bien, Mary? —preguntó con delicadeza.

Mary se estremeció ante el contacto, su espalda poniéndose tan rígida como el lomo de uno de sus libros de sermones. —Estoy perfectamente bien, gracias —dijo, con un tono cortante y la mirada resueltamente desviada.

"Perfectamente bien" era, por supuesto, el lenguaje universal de alguien que estaba todo menos bien. Elizabeth ladeó la cabeza, estudiando el perfil de su hermana. Había una tensión en la boca de Mary, un leve enrojecimiento alrededor de sus ojos que sugería lágrimas recientes.

—Mary —comenzó Elizabeth suavemente—, si hay algo que te preocupa...

—¿Por qué habría de estar preocupada? —interrumpió Mary, su voz lo suficientemente afilada como para cortar la frase de Elizabeth como una hoja—. Todo está exactamente como debe estar. Jane está comprometida con el señor Bingley, lo que complace infinitamente a mamá. Tú has escapado de las atenciones del señor Collins, lo que me atrevo a decir te complace en igual medida. Y papá tiene su biblioteca para refugiarse, lo que le complace por encima de todo. No, no se me ocurre una sola cosa que esté mal.

Elizabeth parpadeó ante el repentino torrente de palabras, sin saber si reír o disculparse. —Bueno —dijo después de una pausa—, eso es mucho complacer de una sola vez.

—En efecto —replicó Mary, aunque la palabra cayó en el aire como una piedra arrojada en un estanque tranquilo. Entrelazó sus manos con fuerza, sus nudillos blanqueándose por la tensión.

Y entonces Elizabeth lo comprendió. La razón del descontento de Mary, la fuente de ese resentimiento latente que había estado tan cuidadosamente velado hasta ahora. Por supuesto. ¿Cómo no lo había visto antes?

—Mary —dijo Elizabeth en voz baja—, ¿estás... estás decepcionada de que el señor Collins no te haya propuesto matrimonio?

La cabeza de Mary giró bruscamente, sus ojos abiertos de par en par con indignación y quizás un poco de vergüenza. —¿Decepcionada? —repitió, su voz elevándose media octava—. ¡Ciertamente no! ¿Por qué habría de atarme a semejante hombre simplemente porque resulta ser nuestro primo y el heredero de Longbourn? Tales pensamientos mercenarios son impropios, Lizzy, y esperaría que me conocieras mejor que eso.

—Por supuesto que te conozco —dijo Elizabeth rápidamente, aunque en su interior se maravillaba de cuán estrechamente la respuesta de Mary reflejaba los mismos argumentos que ella misma había esgrimido no hace mucho—. Pero también sé que valoras el deber y el decoro, y que el señor Collins... —Hizo una pausa, buscando una frase caritativa—. El señor Collins tiene cierta... respetabilidad que lo recomienda.

—¡Respetabilidad! —repitió Mary con una risa amarga—. Sí, es lo suficientemente respetable como para proponerte matrimonio a ti, aunque yo... —Se detuvo abruptamente, su rostro sonrojándose—. No tiene importancia —terminó débilmente, apartándose una vez más.

El corazón de Elizabeth se afligía por su hermana, cuya naturaleza tranquila a menudo la dejaba desapercibida en el torbellino de su hogar. Apretó su brazo alrededor de los hombros de Mary, mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas para ofrecer consuelo.

—Mary —dijo al fin—, mereces mucho más que el señor Collins. De verdad que sí. Y aunque no puedo afirmar saber lo que depara el futuro, estoy convencida de que la felicidad te encontrará a

su debido tiempo y en tus propios términos.

Mary no dijo nada, pero la rigidez en sus hombros se suavizó ligeramente. Se sentaron juntas en silencio durante varios momentos, mientras el ruido del resto de la casa se desvanecía en el fondo. Elizabeth esperaba, fervientemente, que sus palabras eventualmente echaran raíces en el corazón de Mary, aunque no parecieran hacerlo ahora.



La sala de estar estaba en un estado de caos como pocas veces se había visto en Longbourn. La señora Bennet revoloteaba como una mariposa atrapada en el interior, con las manos llenas de muestras de tela y cintas que periódicamente arrojaba sobre las sillas o empujaba en manos desprevenidas.

—¿Muselina o seda? La seda es más fina, por supuesto, pero la muselina tiene una simplicidad tan encantadora, ¿no crees, Jane? —trinó, apenas haciendo una pausa para respirar mientras sostenía un trozo de muselina marfil contra el rostro sereno de su hija mayor—. ¡Y encaje! ¡Debemos tener encaje!

Elizabeth, sentada junto a la ventana con un aro de bordado en su regazo —una tarea que había abandonado por completo en favor de observar el espectáculo— no pudo reprimir una sonrisa. La habitación ya estaba repleta de más encaje, muselina y satén del que podría vestir a las cinco hermanas Bennet dos veces, y aun así la señora Bennet no mostraba señales de cesar su campaña. A este ritmo, el atuendo de boda de Jane corría el riesgo de rivalizar con un conjunto de coronación.

—Fanny, querida, siéntate antes de que te agotes —llegó el comentario seco del señor Bennet desde detrás de su libro. Estaba sentado en el rincón, aparentemente absorto en algún tomo antiguo, aunque Elizabeth lo había sorprendido asomándose por encima de las páginas con una expresión de diversión y resignación mezcladas.

—¡Agotarme! —exclamó la señora Bennet, girando para enfrentar a su marido con una mirada de indignación herida—. ¿Supones que se puede preparar una boda —y un matrimonio como este, nada menos— sin esfuerzo? ¡Pero si es el momento más importante en la vida de una joven! ¡Y pensar que Jane se casará con el señor Bingley! ¡Un hombre tan bueno, tan rico, tan apuesto! ¿Cómo podría descansar en un momento como este?

—En efecto, ¿cómo podría alguien? —murmuró Elizabeth para sí misma, ganándose una risa ahogada de Jane.

—Ah, pero quizás haya un remedio para su apuro, señora Bennet —llegó una nueva voz, suave y elegante, desde la puerta. Lady Matlock entró en la habitación con su habitual aire de autoridad compuesta. Lord Matlock la siguió de cerca, sus ojos perspicaces brillando con lo que Elizabeth sospechaba era regocijo reprimido.

—¡Lady Matlock! ¡Lord Matlock! —exclamó la señora Bennet, casi dejando caer la pieza de seda que acababa de tomar—. ¡Qué amables son al acompañarnos de nuevo hoy! Por favor, perdonen el desorden; hemos estado completamente abrumados con los preparativos.

—No se preocupe —le aseguró Lady Matlock con una sonrisa amable—. Siempre es un placer ser testigo de las alegrías de una celebración familiar.

—Aunque confieso que temo que podríamos estar añadiendo a sus preocupaciones en lugar de aliviarlas —intervino Lord Matlock, con un tono ligero y burlón—. Mi esposa ha urdido un plan propio, y me temo que estoy impotente para detenerla.

—Henry, no bromees —le reprendió Lady Matlock con cariño antes de volverse hacia la señora Bennet—. Fanny, querida, Henry y yo estábamos discutiendo nuestros planes de regresar a Londres en unos días. Nuestro viaje se vio interrumpido por el encantador descubrimiento de encontrar a nuestros viejos amigos aquí, pero desafortunadamente los negocios nos llaman y debemos reanudar nuestro viaje. Sin embargo —hizo una pausa aquí, sus ojos azules recorriendo la habitación y posándose cálidamente en Jane y Elizabeth—, nos sentiríamos muy honrados si Jane y Elizabeth pudieran acompañarnos. Sería un privilegio mostrarles las mejores tiendas de Londres y asegurarnos de que el ajuar de Jane sea nada menos que perfecto.

—¡Londres! —repitió la señora Bennet, elevando su voz a un tono que hizo que Elizabeth se estremeciera—. ¡Ir de compras a Londres para el ajuar de Jane! ¡Oh, qué espléndido! ¡Qué magnífico! Pero seguramente... Seguramente sería demasiada molestia para usted, Lady Matlock, asumir tal responsabilidad.

—En absoluto —dijo Lady Matlock con firmeza, sin que su sonrisa vacilara—. Lo disfrutaría inmensamente. Y puede estar segura de que todo se hará con el más alto estándar.

Elizabeth observó cómo las manos de su madre revoloteaban primero hacia sus cintas, luego para alisar una arruga imaginaria en su vestido, antes de finalmente juntarlas en un gesto de vacilación. La pobre señora Bennet parecía atrapada entre el éxtasis de tan nobles atenciones y la desesperación de quedarse atrás con tres hijas solteras aún bajo su techo.

—Bueno, es, por supuesto, extremadamente generoso, Lady Matlock —balbuceó la señora Bennet, su mirada revoloteando ansiosamente entre su noble invitada y su propio reflejo en el cristal de la ventana—. Pero con Kitty, Lydia y Mary aún en casa, y tantos arreglos por hacer... —Se interrumpió, retorciéndose las manos de una manera que sugería que estaba contemplando si sus deberes maternos superaban el atractivo de la elegancia londinense, o quizás si sería indecoroso desmayarse directamente de gratitud.

—Fanny —intervino el señor Bennet desde su sillón. Apenas levantó la vista de su libro al hablar, pero había un claro brillo en sus ojos que Elizabeth reconoció muy bien—. Estás vacilando.

—¡Señor Bennet! —exclamó la señora Bennet, ofendida—. ¡No estoy haciendo tal cosa!

—En efecto, lo eres —replicó él con suavidad, pasando una página con exasperante indiferencia —. Y aunque debo aplaudir tu talento para ello, no puedo permitir que prives a nuestras hijas de tan rara oportunidad. Lady Matlock, tiene usted mi plena bendición para llevarse a Jane y a Lizzy a Londres. No se me ocurre nadie más cualificado para guiarlas a través de este laberinto de encaje y satén.

—¡Papá! —exclamó Elizabeth, aunque su tono de reproche se vio socavado por la risa que se le escapó—. ¡Lo haces sonar como si fuéramos a embarcarnos en alguna expedición peligrosa!

—¿Acaso no lo es? —respondió el señor Bennet, dignándose por fin a levantar la vista de su libro. Sus cejas se alzaron en fingida alarma—. ¿Dos jóvenes damas de Meryton sueltas en la selva de Bond Street? ¡Que el cielo nos ampare! Lady Matlock, confío en que nos las devolverá de una pieza.

—Válgame Dios, señor Bennet —dijo Lady Matlock, riendo suavemente—. Si hubiera sabido que albergaba tales preocupaciones, quizás habría reconsiderado mi oferta. Pero le aseguro, señor, que estoy bien versada en el arte del acompañamiento.

—Entonces está decidido —dijo el señor Bennet con decisión, cerrando su libro de golpe e inclinándose hacia adelante en su silla—. Andando, niñas. Vuestra madre y yo soportaremos la privación de vuestra compañía lo mejor que podamos.

—¿Soportarla? —repitió la señora Bennet, dividida entre el reproche y la perplejidad—. Señor Bennet, apenas creo...

—Precisamente, querida —la interrumpió, poniéndose de pie y haciendo una reverencia primero a Lady Matlock, luego a Lord Matlock, quien observaba el intercambio con divertida indulgencia —. Rara vez lo hago. Y sin embargo, en esta ocasión, me encuentro notablemente confiado en mi juicio. Lady Matlock, dejo a mis hijas en sus capaces manos.

—Gracias, señor Bennet —dijo Lady Matlock calurosamente, con los ojos brillando de aprobación—. Las cuidaré muy bien, se lo prometo.

—Entonces está decidido —dijo Elizabeth, levantándose de su asiento y cruzando una mirada con Jane de alegría y aprensión mezcladas—. Parece que al final nos dirigimos a Londres.

—¡Londres! —repitió débilmente la señora Bennet, hundiéndose en su silla como si la mera palabra hubiera drenado sus fuerzas—. Oh, Jane, Elizabeth, ¡qué fortuna! Pero cuidad vuestros modales, queridas, y recordad que representáis a la familia. Y Jane, mi amor, intenta no eclipsarnos a todos por completo cuando estés vestida con toda esa elegancia.

—Sí, mamá —murmuró Jane obedientemente, aunque su suave sonrisa traicionaba su diversión.

—Vamos, Fanny —dijo Lord Matlock, su voz profunda retumbando con buen humor—. Si Jane os eclipsa al resto, me atrevo a decir que solo será lo apropiado. ¿Qué es una novia, después de todo, si no la estrella de su propia boda?

—En efecto —convino la señora Bennet, aparentemente olvidando sus objeciones anteriores mientras se lanzaba a especular sobre vestidos y guantes y si las plumas de avestruz seguían de moda en Londres. Elizabeth intercambió una mirada cómplice con Jane, y por un momento, el caos de Longbourn pareció un mundo distante.

—Ah —se oyó una voz desde la puerta, lo suficientemente discordante como para silenciar incluso a la señora Bennet en medio de su efusividad—. Veo que la casa ha estado muy ocupada en mi ausencia.

El señor Collins. Su tono presuntuoso resonó en la habitación como el tañido de una campana inoportuna. Elizabeth se volvió, algo reluctante, para contemplar a su primo de pie allí, con una expresión de fingida solemnidad en el rostro y las manos entrelazadas como si estuviera dando un sermón. El efecto podría haber sido más impresionante si sus botas no hubieran estado cubiertas de barro.

—Señor Collins —comenzó la señora Bennet, levantándose para saludarlo con un revoloteo de su pañuelo, pero él la interrumpió con un grandilocuente gesto de su mano.

—Señora Bennet, debo informarles a todos que me marcharé mañana —declaró, hinchando el pecho como si este anuncio fuera de profunda importancia—. Es evidente que mi presencia aquí ya no es necesaria, pues los deberes que esperaba cumplir —aquí, sus ojos se desviaron brevemente, con resentimiento, hacia Elizabeth, quien resistió el impulso de poner los ojos en blanco— se han vuelto innecesarios.

—Qué trágico —murmuró el señor Bennet con sequedad, sin molestarse en levantar la vista de su libro.

—En efecto, señor, en efecto. —El señor Collins fracasó por completo en percibir el sarcasmo, e hizo una profunda reverencia en dirección al señor Bennet—. Sin embargo, no guardaré rencor alguno. Mi corazón sigue estando siempre dedicado al bienestar de su familia, como estoy seguro de que mi estimada patrona, Lady Catherine de Bourgh, desearía.

—Qué considerado —murmuró Elizabeth por lo bajo, ganándose una rápida sonrisa de Kitty, quien ahora estaba mucho más interesada en ajustarse la cinta del sombrero que en las teatralidades del señor Collins.

—Sí, sí, gracias, señor Collins —dijo apresuradamente la señora Bennet, despidiéndolo como si fuera una mosca errante—. Por favor, siéntase libre de descansar esta noche. Debe estar bastante fatigado.

—¿Fatigado? No, no, señora Bennet, le aseguro que... —Pero antes de que pudiera lanzarse a uno de sus interminables monólogos, Lydia estalló en carcajadas por algo que Kitty le había susurrado. Lo que quedaba de la dignidad del señor Collins pareció desmoronarse bajo el peso de ser tan completamente ignorado, y con una excusa murmurada sobre retirarse temprano, salió arrastrando los pies de la habitación.

—Bueno —dijo Elizabeth con ligereza una vez que la puerta se cerró tras él—, eso fue notablemente poco notable.

—En absoluto —replicó Mary, que había permanecido en silencio hasta ahora—. Lo encontré totalmente acorde con su carácter.



Dos días después, Netherfield resplandecía con la luz de las velas y el calor, la pequeña cena distaba mucho del deslumbrante baile de unos días atrás. Los Bennet llegaron juntos, Elizabeth procurando mantenerse cerca de Jane mientras las conducían al salón para encontrarse con los anfitriones de Netherfield ya reunidos con los otros invitados de la velada, Sir William Lucas y su familia. Jane lucía radiante en una suave muselina azul, el color realzaba su belleza natural; Elizabeth no pudo evitar sentir una oleada de orgullo por su hermana.

—Señorita Bennet —saludó Bingley a Jane en cuanto entraron, con una sonrisa amplia y genuina. Tomó su mano con una reverencia que hizo que el pecho de Elizabeth se encogiera. No era celos —nunca podría serlo—, sino más bien una punzada nostálgica que no podía nombrar.

Hasta que no tenga su bondad, nunca tendré su felicidad, reflexionó Elizabeth.

—Qué encantador verlas de nuevo —ronroneó Caroline Bingley, avanzando con un vestido que brillaba un poco demasiado para una reunión tan íntima. Su sonrisa estaba dirigida a Jane, pero contenía toda la calidez de una helada de enero—. Y señorita Eliza —añadió, volviéndose hacia Elizabeth con un toque de condescendencia—. Confío en que la emoción de los últimos días no haya resultado demasiado agotadora para usted.

—En absoluto —respondió Elizabeth con suavidad, su propia sonrisa endulzada con la suficiente agudeza para igualar la de Caroline—. De hecho, me siento bastante revigorizada por la feliz ocasión.

—Qué encantador —dijo Caroline tensamente, antes de retirarse al lado de Darcy con un frufrú de faldas.

—No parece muy revigorizada —susurró Elizabeth a Charlotte Lucas, quien ahogó una risa tras su mano.

—Señorita Bennet —interrumpió la voz profunda de Darcy, y Elizabeth alzó la mirada para encontrarlo dirigiéndose directamente a Jane—. Permítame ofrecerle mis felicitaciones una vez más. El señor Bingley es ciertamente afortunado.

—Gracias, señor Darcy —respondió Jane suavemente, su rubor intensificándose—. Yo también soy afortunada.

—En efecto —dijo Darcy, algo casi tierno cruzando por su rostro habitualmente inescrutable. Por un momento, Elizabeth se olvidó de sí misma, atrapada de nuevo por la curiosa sensación de que quizás, solo quizás, lo había juzgado mal.

—¿Pasamos al comedor? —sugirió Bingley alegremente, rompiendo el momento mientras ofrecía su brazo a Jane.

—Sí, vamos —retumbó Lord Matlock, dando una palmada en la espalda a Darcy mientras el grupo comenzaba a dirigirse a la cena. Elizabeth los siguió, notando con cierta diversión cómo los intentos de Caroline por entablar conversación con Darcy eran respondidos con monosílabos. Con todos sus defectos, pensó irónicamente, tenía un talento para evadir los avances de la señorita Bingley.

El tintineo de las copas y el suave murmullo de la conversación llenaban el comedor, mientras la luz de las velas proyectaba un cálido resplandor sobre los invitados reunidos. Elizabeth se acomodó en su asiento, dejando vagar su mirada distraídamente por la mesa mientras se servía el primer plato. El señor Bingley, todo sonrisas y alegría, se inclinaba hacia Jane con una expresión de adoración sin disimulos que hizo que los labios de Elizabeth se curvaran divertidos. Darcy,

sentado enfrente, observaba con una leve sonrisa de aprobación, aunque sus ojos se cruzaron brevemente con los de ella antes de volver a su plato.

Fue entonces cuando la atención de Elizabeth se dirigió al extremo de la mesa, donde el vizconde Highton se había inclinado hacia Charlotte Lucas. Hablaba en tono bajo y pausado, con sus ojos castaños fijos en su amiga. Charlotte, por su parte, escuchaba con expresión serena, aunque había un destello de algo —¿diversión, quizás?— en sus ojos.

—Vaya —murmuró Elizabeth entre dientes, inclinándose ligeramente hacia Jane—. Parece que el señor Bingley no es el único caballero dispuesto a prodigar atenciones esta noche.

Jane siguió la mirada de su hermana y sonrió suavemente.

—Charlotte parece haber captado el interés del vizconde.

—Captado, sin duda —respondió Elizabeth con una sonrisa irónica—. Aunque me atrevería a decir que ella podría considerarlo más como un desvío pasajero que una conquista.

—¡Elizabeth! —la reprendió Jane con suavidad, aunque su propia sonrisa delataba su diversión.

—Fíjate bien —susurró Elizabeth, incapaz de resistirse—. Él se inclina hacia adelante como si estuviera pendiente de cada palabra, y sin embargo Charlotte se recuesta con toda la serenidad de una jugadora de ajedrez planeando su próximo movimiento. No me sorprendería que ya hubiera previsto cómo terminará esta conversación.

—Tal vez disfrute de su compañía —sugirió Jane, siempre optimista.

—Tal vez —concedió Elizabeth, aunque su curiosidad estaba completamente despierta. Charlotte no solía atraer una atención tan marcada, y ciertamente no de un hombre de la posición del vizconde Highton.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por un suspiro agudo y teatral desde el otro lado de la mesa. Caroline Bingley, espléndida en un vestido de seda color naranja pálido, estaba sentada con la barbilla apoyada delicadamente en una mano, con una expresión de estudiado desinterés. Lanzó una mirada de soslayo al vizconde y a Charlotte, con los labios tan apretados que habían perdido el color.

—¿Creen que la señorita Lucas está intentando asegurarse un título? —comentó Caroline, con una voz que cortó el murmullo general como el chasquido de un abanico. Aunque sus palabras no iban dirigidas a nadie en particular, su mirada intencionada a Elizabeth dejaba pocas dudas sobre quién era su destinataria.

—La señorita Lucas siempre ha sido una mujer de gran sensatez —respondió Elizabeth con ligereza, dando un sorbo a su vino—. Estoy segura de que nunca perseguiría algo tan frívolo como un título. —Hizo una pausa lo suficientemente larga como para que la insinuación se

asentara—. Preferiría una buena compañía y respeto mutuo, cualidades que, estoy segura, el vizconde posee en abundancia.

Las fosas nasales de Caroline se dilataron ligeramente, pero no dijo nada más, optando en su lugar por apuñalar su faisán asado con un vigor innecesario.

—Pobre señorita Bingley —murmuró Elizabeth para sí misma mientras volvía su atención a Charlotte y al vizconde. Este último acababa de decir algo que hizo reír a Charlotte, un sonido suave y genuino que transformó momentáneamente sus rasgos por lo demás comunes. Era una visión poco común, y una que hizo sonreír a Elizabeth a pesar de sí misma.

Más tarde, mientras los invitados permanecían en el salón, Elizabeth se encontró acorralada nada menos que por Charlotte, quien se acercó con una rapidez que sugería que tenía noticias que compartir.

—Elizabeth —comenzó Charlotte, con los ojos iluminados por una energía decididamente poco característica—. ¡Nunca adivinarás lo que Lady Matlock ha propuesto!

—Por favor, no me dejes en suspenso —respondió Elizabeth, dejando a un lado su té.

—¡Me ha invitado a acompañarla a Londres!

—¿A Londres? —repitió Elizabeth, arqueando las cejas sorprendida.

—¡Sí, en efecto! Parece que su actual acompañante, la señora Whiting, pronto se retirará para vivir con su hermana, y Lady Matlock necesita ayuda mientras busca un reemplazo. Me ha ofrecido muy generosamente pagarme un salario por mi tiempo allí. Imagínate, Lizzy, ¡yo, una acompañante pagada en Londres! Apenas puedo creerlo.

—Ni yo —admitió Elizabeth, aunque su sorpresa rápidamente dio paso al deleite—. ¡Pero qué maravilloso, Charlotte! Debes aceptar, por supuesto. Una oportunidad así no se puede dejar pasar.

—Lady Matlock me ha dado hasta mañana para decidir —dijo Charlotte, aunque el brillo en sus ojos sugería que su mente ya estaba decidida—. Pero confieso que estoy bastante tentada.

—¿Tentada? Mi querida Charlotte, prácticamente estás resplandeciendo de anticipación —bromeó Elizabeth—. Sospecho que las atenciones del vizconde ya te han convencido.

—No seas absurda —respondió Charlotte, aunque el más leve indicio de color subió a sus mejillas—. Su señoría es simplemente... una compañía agradable.

—En efecto —dijo Elizabeth con una sonrisa conocedora—. Y estoy segura de que Londres proporcionará una compañía aún más agradable. Estaré encantada de tenerte allí con nosotras.



El carruaje de los Matlock crujió ligeramente mientras avanzaba, su madera pulida brillando bajo la pálida luz del sol matutino. En el interior, Elizabeth estaba sentada frente a Lady Matlock, con las manos recogidas pulcramente en su regazo, aunque sus dedos tiraban inconscientemente de un hilo suelto de su guante. Jane estaba a su lado, serena como siempre, mirando por la ventana los campos de Hertfordshire que iban desapareciendo. Charlotte se encontraba junto a Lady Matlock, con su sombrero ligeramente inclinado, dándole un aire de tranquila confianza que Elizabeth no podía dejar de admirar.

—¡Ah, Londres! —dijo Lady Matlock con una sonrisa nostálgica, ajustándose más el chal forrado de piel alrededor de los hombros—. No hay nada como eso. El bullicio, la moda, la sociedad... es vigorizante, ¿no es así?

—En efecto, mi señora —respondió Charlotte, con un tono educado, aunque Elizabeth captó el más leve destello de diversión en los ojos de su amiga—. Imagino que debe ser bastante... estimulante.

—Estimulante, sí. Abrumador, en ocasiones —continuó Lady Matlock, con el aire de alguien que otorga sabiduría a novicias inexpertas—. Pero ustedes, jovencitas, están hechas de una pasta más fuerte, estoy segura. Y conmigo como su guía, no hay duda de que prosperarán.

Mientras el carruaje traqueteaba hacia Londres, Elizabeth se permitió una pequeña sonrisa. Fuera lo que fuese lo que les esperaba, prometía ser una aventura, y a ella siempre le habían gustado bastante.

Elizabeth descendió del carruaje con toda la compostura que pudo reunir, aunque sus rodillas temblaban ligeramente. Cuando sus botas tocaron los adoquines de Russell Square, inclinó la cabeza hacia atrás para contemplar la imponente grandeza de la residencia de los Matlock en la ciudad. Se alzaba sobre ellas, su prístina fachada blanca interrumpida solo por filas de relucientes ventanas y ornamentados balcones de hierro forjado. La puerta arqueada se erguía como un portal a otro mundo, enmarcada por imponentes columnas y coronada con un elaborado tragaluz de vidrieras.

—Cielos —murmuró Charlotte a su lado, aferrando su bolsito con ambas manos—. Puede que sean apenas veinticinco millas, pero esto se siente muy lejos de Hertfordshire.

—Ciertamente —suspiró Elizabeth, sus dedos apretando instintivamente el brazo de Jane. Miró a su hermana, cuya expresión serena revelaba poco del asombro que ella misma sentía. Jane, como siempre, era la viva imagen de la compostura, aunque Elizabeth sospechaba que su corazón debía estar latiendo tan desenfrenadamente como el suyo propio.

—¡Vamos, queridas! —resonó la voz de Lady Matlock, enérgica pero alegre, mientras descendía del carruaje con la gracia de una mujer completamente habituada a tales entornos y marchaba escaleras arriba—. ¡Parecen como si estuvieran a punto de enfrentarse a la guillotina en lugar de a un té de la tarde!

—Quizás —murmuró Elizabeth entre dientes, ganándose una leve sonrisa de Charlotte. Juntas, las tres jóvenes siguieron a su anfitriona por los amplios escalones de piedra, sus pasos resonando suavemente contra la superficie pulida. Elizabeth apretó el agarre de las manos de Jane y Charlotte, como si se anclara contra la inminente marea de opulencia.

Las grandes puertas dobles se abrieron de par en par antes de que hubieran llegado siquiera al último escalón, revelando a un mayordomo que hizo una profunda reverencia mientras Lady Matlock pasaba junto a él.

—Bienvenida a casa, mi lady —entonó con una voz tan pulida que podría haber sido usada para abrillantar la plata.

—Gracias, Higgins —respondió Lady Matlock con un benévolo asentimiento. Volviéndose hacia sus invitadas, añadió con una sonrisa pícara—: Intenten no quedarse boquiabiertas, mis queridas, es de lo más impropio.

—Demasiado tarde —susurró Elizabeth a Charlotte, quien ahogó una risa tras su mano enguantada.

Al cruzar el umbral, los sentidos de Elizabeth fueron inmediatamente asaltados por la pura magnificencia del vestíbulo. Una araña de deslumbrantes gotas de cristal colgaba suspendida del alto techo, proyectando prismas de arcoíris sobre el suelo de mármol. Las paredes estaban adornadas con ricos tapices y retratos enmarcados en oro de antepasados de rostro solemne, cuyos ojos parecían evaluar a las recién llegadas con silencioso juicio.

—Cielos —dijo Charlotte en voz baja, sus ojos desviándose hacia un caballero de aspecto particularmente severo cuya peluca empolvada parecía lo suficientemente grande como para albergar una familia de gorriones.

Jane, mientras tanto, ofreció una sonrisa cortés al lacayo que se adelantó para liberarlas de sus sombreros y guantes. Parecía imperturbable, aunque Elizabeth notó que sus dedos enguantados temblaban muy ligeramente mientras desataba las cintas de su sombrero.

—Bueno, aquí estamos —declaró Lady Matlock, extendiendo los brazos como si presentara un tesoro—. Russell Square puede que no rivalice con Pemberley —sus labios se torcieron con conocimiento de causa—, pero me atrevo a decir que tiene sus propios encantos.

"Encantos" era quedarse corto, pensó Elizabeth, su mirada demorándose en una imponente escalera con balaustres intrincadamente tallados que se elevaba en espiral hacia lo que parecía el infinito. Apenas podía imaginar navegar por semejante cosa sin tropezar con sus faldas o caer de cabeza en la desgracia.

—Cierre la boca, señorita Elizabeth —bromeó suavemente Lady Matlock, dando un ligero golpecito en la barbilla de Elizabeth—. Va a atrapar moscas.

—Perdóneme, Lady Matlock —respondió Elizabeth, recuperando la compostura con esfuerzo—. Pero me temo que no estoy acostumbrada a tal esplendor en mi vida diaria.

—Entonces asegurémonos de que se la mime a fondo durante su estancia —dijo Lady Matlock con una cálida sonrisa—. Ahora, vengan, haré que la señora Burnley les muestre sus aposentos. Deben desear refrescarse después del viaje.

—¿Vamos? —instó Jane suavemente, deslizando su brazo por el de Elizabeth una vez más. Su presencia tranquila era un bálsamo para los nervios alterados de Elizabeth, quien asintió agradecida mientras seguían al ama de llaves hacia la escalera.

—Recuerda —susurró Charlotte de manera cómplice mientras subían, con los ojos brillando de picardía—, ya no estamos en Hertfordshire. Si vamos a hacer el ridículo, hagámoslo con estilo.

—De acuerdo —respondió Elizabeth, con los labios curvándose en una sonrisa a pesar de sí misma. Cualesquiera que fueran los desafíos que les esperaban, al menos no los enfrentaría sola.



Capítulo Diecisiete

EL CARRUAJE SE SACUDIÓ ligeramente al detenerse, y la mano de Darcy instintivamente alcanzó la manija de la puerta antes de que el lacayo pudiera acercarse. Las calles de Londres bullían de actividad incluso a esta hora, con las lámparas proyectando un resplandor dorado sobre los adoquines pulidos. Desde su punto de vista, podía ver la entrada de la casa de los Matlock iluminada, con las suaves notas de un cuarteto de cuerdas flotando en el aire nocturno.

—Un baile —murmuró Darcy entre dientes mientras ajustaba los puños de su abrigo, asegurándose de que quedaran justo debajo de los pliegues de su chaqueta de noche oscura. Bajó del carruaje con su precisión habitual, sus zapatos de baile resonando con fuerza contra el pavimento. Sus facciones estaban compuestas, su expresión inescrutable, aunque interiormente sentía una punzada de aprensión.

Los bailes no eran su pasatiempo favorito, pero el deber exigía su presencia esta noche. Su tía, después de todo, había dejado muy claro que sus esfuerzos en preparar a la señorita Bennet y la señorita Elizabeth para la sociedad londinense requerían nada menos que el apoyo familiar completo. Después de una semana entera de compras de quién sabe qué tipo de frivolidades femeninas, había decidido organizar un baile, y Darcy sospechaba que si hubiera fallado en asistir, Lady Matlock habría enviado sirvientes para arrastrarlo allí físicamente.

—¡Darcy! —La voz de Lady Matlock se elevó por encima del murmullo de los invitados que llegaban. Estaba de pie cerca de la entrada, resplandeciente en un vestido gris plateado adornado con cuentas de cristal que captaban la luz de las lámparas—. ¡Ahí estás! Empezaba a pensar que habrías encontrado una excusa para evitarnos por completo.

—Su fe en mí es siempre inquebrantable, tía —respondió Darcy con sequedad, ofreciéndole una ligera reverencia.

—Nada de tu sarcasmo, sobrino —replicó ella con una sonrisa conocedora—. Esta noche verás lo que mis esfuerzos han logrado. La señorita Bennet y la señorita Elizabeth lucen bastante transformadas, aunque, entre tú y yo, sus encantos naturales apenas requerían mucha ayuda. Ahora, ven; vamos a localizarlas.

"Transformadas" difícilmente era la palabra que Darcy habría elegido. Evocaba imágenes de algún encantamiento de cuento de hadas, y aunque dudaba que incluso la experiencia de Lady Matlock pudiera obrar tal magia, ofreció su brazo obedientemente y se dejó guiar a través del opulento vestíbulo.

En el interior, la escena era familiar: arañas doradas suspendidas sobre un mar de figuras elegantemente vestidas, el murmullo de la conversación educada mezclándose con el ocasional trino de risas. Darcy escaneó la sala con facilidad practicada, notando los grupos de jóvenes damas y caballeros intercambiando cortesías, las matronas mayores sentadas estratégicamente para observar los acontecimientos, y los lacayos moviéndose discretamente entre ellos con bandejas de champán. Todo era como debía ser. Y sin embargo, había cierta energía esta noche que no podía ignorar, una sutil anticipación que parecía vibrar bajo la superficie.

—Ah, ahí están —dijo Lady Matlock suavemente, apretando su brazo con una emoción poco característica—. Prepárate, Darcy.

Antes de que pudiera preguntar exactamente para qué debía prepararse, dos figuras emergieron de la multitud, su presencia atrayendo la atención inmediata. Jane Bennet, serena como una mañana de verano, se deslizó por el salón con un vestido de seda azul pálido que brillaba con cada paso. A su lado estaba Elizabeth, sus oscuros rizos artísticamente recogidos pero dejando que algunos mechones enmarcaran su rostro, su vestido verde esmeralda llamativamente audaz entre los tonos pastel preferidos por la mayoría de las damas presentes.

Darcy contuvo el aliento, aunque logró disimularlo detrás de una fachada cuidadosamente neutral. No era la transformación de la que Lady Matlock había hablado lo que le impresionó; no, no había necesidad de transformación en lo que concernía a Elizabeth Bennet. Lo que le inquietaba era la innegable conciencia que se extendía por la sala mientras otros se volvían para mirar, su admiración tácita pero palpable.

—¿Y bien? —le instó Lady Matlock, con la mirada fija en su rostro—. ¿Qué piensas?

—Sus esfuerzos han sido... exitosos —respondió Darcy, su tono medido como siempre. Pero cuando los ojos de Elizabeth se encontraron con los suyos a través del salón de baile, brillando con una mezcla de diversión y algo más que no podía identificar del todo, sintió un tirón en la comisura de su boca: el más leve indicio de una sonrisa amenazando con liberarse.

El salón de baile zumbaba con el murmullo de animadas conversaciones y cuerdas que se hinchaban en una elegante melodía. Darcy se encontraba al borde de la pista de baile, intentando parecer indiferente mientras observaba a la multitud. Sus ojos, sin embargo, se desviaban repetidamente hacia una esquina de la sala donde el señor Bingley se regodeaba en su recién adquirido estatus de hombre al borde del matrimonio.

—¿No está radiante? —proclamaba Bingley a cualquiera que estuviera lo suficientemente cerca para escuchar, gesticulando con bastante entusiasmo hacia Jane Bennet, que se encontraba rodeada de admiradores. Su expresión serena y su gracia modesta solo aumentaban su atractivo, e incluso Darcy tuvo que admitir que la elección de su amigo era impecable.

—En efecto —murmuró Darcy entre dientes, aunque nadie lo oyó por encima de las efusiones de Bingley. Observó cómo otro joven caballero se acercaba a la señorita Bennet, haciendo una reverencia con demasiada floritura para el gusto de Darcy. La dama inclinó la cabeza, educada y recatada como siempre, mientras Bingley resplandecía como un anfitrión orgulloso mostrando un tesoro recién adquirido.

Pero no eran los admiradores de Jane Bennet los que realmente le inquietaban. No, su malestar se encontraba a unos pasos de distancia, donde estaba Elizabeth Bennet. Un grupo de caballeros se demoraba cerca de ella, cada uno compitiendo por el privilegio de su atención. Un joven lord —Darcy lo detestó instantáneamente por el excesivo brillo de su cabello— ofreció un cumplido exageradamente entusiasta que hizo reír a Elizabeth, sus ojos arrugándose de alegría. Darcy frunció el ceño en su copa de clarete.

—Vaya, primo —llegó una voz burlona a su lado. James Fitzwilliam apareció, con una sonrisa en el rostro mientras le dirigía a Darcy una mirada de suave diversión burlona—. Pareces como si alguien te hubiera pisado el frac. ¿Qué te ha puesto de ese humor?

—Nada de importancia —respondió Darcy secamente, aunque su mirada lo traicionó, dirigiéndose una vez más hacia Elizabeth.

—Ah —murmuró James con conocimiento, siguiendo la línea de visión de Darcy—. La señorita Elizabeth Bennet parece estar disfrutando. Como debería, ella y su hermana son el centro de atención de la velada.

—Es... tolerable —dijo Darcy rígidamente, aunque las palabras sonaron huecas incluso mientras las pronunciaba.

—Por supuesto —dijo James, claramente poco convencido. Pero antes de que Darcy pudiera replicar, James se excusó con una rápida reverencia—. Si me disculpas, creo que veo a una encantadora pareja esperándome.

El ceño de Darcy se frunció mientras seguía el camino de James a través del salón de baile. Para su sorpresa, su primo se detuvo frente a Charlotte Lucas, quien también había dejado su habitual atuendo modesto por un vestido de suave lila que daba un brillo a su tez. Intercambiaron cortesías antes de entrar en la pista de baile, sus movimientos fáciles y naturales mientras comenzaban un baile campestre. El ceño de Darcy se profundizó. ¿Cuándo había desarrollado James un interés por la señorita Lucas? Y, ¿por qué, inexplicablemente, esto le molestaba?

—Señor Darcy —una voz familiar interrumpió su cavilación.

Se volvió bruscamente para encontrar a Elizabeth Bennet de pie frente a él, su expresión entre divertida y desafiante. Extendió su mano expectante—. Creo que me debe un baile, señor.

—En efecto —logró decir, tomando su mano y guiándola a la pista. Si su contacto se demoró un momento más de lo que la propiedad permitía, ninguno de los dos lo reconoció.

La música comenzó, y empezaron a moverse, sus pasos perfectamente sincronizados pero cargados de algo no dicho. La risa chispeante de Elizabeth de antes parecía haberse mantenido; sus mejillas resplandecían, sus ojos bailaban, y cada palabra que pronunciaba estaba teñida de humor.

—¿Suele usted estar de pie con aspecto tan serio en los bailes, señor Darcy? —preguntó ella con ligereza—. ¿O es esta noche una ocasión especial?

—Quizás encuentro la compañía abrumadora —respondió él, con un tono más seco de lo que pretendía.

—Abrumadora, en efecto —bromeó ella, lanzando una mirada fugaz hacia los caballeros que aún la observaban desde los lados de la sala—. Parece que la sociedad londinense está bastante... atenta esta noche.

—Atenta es una forma de decirlo —dijo Darcy, apretando la mandíbula. La miró, sus ojos oscuros traicionando su irritación a pesar de sus esfuerzos por mantener la compostura—. A este ritmo, todo Londres estará a sus pies al final de la temporada.

Elizabeth inclinó la cabeza, sus labios temblando de diversión—. ¿Y eso le disgustaría, señor Darcy?

—Inmensamente —la palabra se le escapó antes de que pudiera detenerla. Las cejas de ella se arquearon con sorpresa, pero antes de que pudiera responder, él añadió apresuradamente—: No se puede envidiar una atención tan implacable. Debe de ser agotador.

—En absoluto —dijo Elizabeth, con un tono deliberadamente despreocupado—. Lo encuentro bastante entretenido. Aunque me pregunto —sus ojos brillaron con picardía— si podría ofrecerme algún consejo sobre cómo sobrellevarlo mejor.

—¿Sobrellevarlo? —repitió él, con voz baja e incrédula. Por un momento, se olvidó del salón de baile abarrotado, la música y todas las demás almas en la sala, excepto la que tenía delante—. Señorita Bennet, sospecho que no necesita ningún consejo de mi parte. Parece más que capaz de manejar a sus admiradores por sí misma.

—Qué amable de su parte —respondió ella con una gravedad fingida, aunque su sonrisa suavizó la broma. Luego, cuando el baile concluyó y ella hizo una graciosa reverencia, añadió en un tono más bajo—: Aunque debo confesar, señor Darcy, que hay algunos compañeros que encuentro menos agotadores que otros.

Antes de que pudiera desentrañar el significado detrás de sus palabras, ella se había ido, dejándolo de pie en medio del remolino de bailarines con una peculiar mezcla de frustración y euforia agitándose en su pecho.

—Parece perdido en algún pensamiento profundo, señor Darcy. ¿Puedo esperar que no sea uno desagradable? —Se giró para verla de nuevo frente a él... ¿cómo se le acercó sin que se diera cuenta, cuando apenas podía apartar la mirada de ella? Durante la última hora, la había observado encantar a cada caballero que entraba en su órbita, incluso a aquellos que sabía que eran insoportablemente aburridos, tratando cada anécdota tediosa como si fuera la historia más fascinante que había escuchado en toda la velada. Su generosidad en tales momentos lo desconcertaba casi tanto como lo encantaba.

—No desagradable, no —respondió, sus palabras cautelosas, aunque su corazón se aceleró—. Simplemente... reflexivo.

—Qué intrigante —dijo ella con un destello juguetón en los ojos, juntando las manos pulcramente frente a ella—. Habría pensado que la reflexión era más adecuada para la soledad que para un salón de baile abarrotado. Pero no importa, me preguntaba si podría interesarme por su hermana. ¿Está la señorita Darcy aún en Londres? Espero que se encuentre bien.

—En efecto, está en la ciudad —dijo Darcy, sintiendo el cambio abrupto en su estado de ánimo como si una nube hubiera pasado, revelando la luz del sol—. Georgiana prospera, aunque está poco acostumbrada al bullicio de la sociedad londinense. Estoy seguro de que estaría encantada de conocerla. Es decir... —Dudó, inseguro de sí mismo de manera poco característica—. Si me permitiera traerla a Matlock House mañana para presentársela.

—¿Permitírselo? —Elizabeth rio suavemente, el sonido brillante contra el murmullo de la conversación a su alrededor—. Sería un honor, señor Darcy. Le ruego que asegure a la señorita Darcy que es más que bienvenida, y me esforzaré por hacerla sentir completamente a gusto.

—Gracias. Ella... ella lo apreciará —la voz de Darcy se suavizó sin poder evitarlo, y su mirada se detuvo en la expresión sincera de ella. ¿Cómo podría alguien no sentirse a gusto en su presencia?

El momento se prolongó, pero antes de que pudiera pensar en otra palabra que decir —o, de hecho, decidir si se atrevía a prolongar más su intercambio— Elizabeth hizo una graciosa reverencia.

—Hasta mañana, entonces —dijo ella, con sus labios curvándose en la más tenue de las sonrisas mientras se giraba y se reunía con Jane al otro lado de la habitación.



La tarde siguiente, Darcy bajó de su carruaje frente a Matlock House, con Georgiana siguiéndolo. Ella se aferraba fuertemente a su brazo, su habitual timidez acentuada por la perspectiva de conocer a nuevas personas.

—Georgiana —murmuró mientras subían los escalones—, no tienes nada que temer. La señorita Bennet y la señorita Elizabeth son cálidas y amables. Encontrarás su compañía agradable, estoy seguro de ello.

—¡La señorita Bennet y la señorita Elizabeth! —repitió Georgiana con una pequeña sonrisa nerviosa—. Hablas de ellas con bastante frecuencia, hermano. Creo que ya las tengo en alta estima, aunque aún no nos hayamos conocido.

—¿Hablo de ellas a menudo? —preguntó Darcy rápidamente, ajustándose innecesariamente la corbata.

—Quizás no con tantas palabras —respondió ella, con un tono recatado pero con los ojos brillantes—. Pero es fácil discernir a quiénes estimas, Fitzwilliam.

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y los hicieron pasar. Jane y Elizabeth los recibieron en la sala de estar, con expresiones acogedoras y modales impecables, sin ninguna pretensión. El señor Bingley y su primo James también estaban presentes, Bingley como siempre mirando embelesado a Jane, James sentado cerca de Charlotte Lucas. Mientras se hacían las presentaciones, Darcy observó atentamente a Elizabeth, notando con qué facilidad sacaba a Georgiana de su caparazón con preguntas amables y cumplidos sinceros.

—¿Le gustaría ver la sala de música, señorita Darcy? —preguntó Elizabeth finalmente, su entusiasmo solo ligeramente atenuado por el decoro—. Hay un pianoforte aquí en Matlock House que espera manos más hábiles que las mías.

—Eso suena encantador —dijo Georgiana suavemente, con las mejillas sonrojadas pero con una sonrisa genuina. Las dos jóvenes se deslizaron fuera de la habitación, Elizabeth lanzando una mirada pícara en dirección a Darcy antes de cerrar la puerta tras ella.

El tiempo pasó —cuánto, Darcy apenas podría decirlo— antes de que los débiles acordes de música llegaran a sus oídos. Comenzó vacilante, como un pájaro probando sus alas, pero pronto se convirtió en un animado dúo, acompañado de risas cristalinas. Incapaz de resistirse, Darcy siguió el sonido hasta la sala de música.

Se detuvo en el umbral, apoyándose en el marco mientras contemplaba la escena. Georgiana estaba sentada al pianoforte, sus manos moviéndose ágilmente sobre las teclas, mientras Elizabeth estaba de pie a su lado, pasando las páginas de la partitura e interviniendo de vez en cuando con sugerencias juguetonas o florituras exageradas. Ambas mujeres reían, su alegría se mezclaba armoniosamente con las notas que llenaban la habitación.

Por un momento, Darcy simplemente observó, su corazón henchido de una emoción que no se atrevía a nombrar. La visión era asombrosa, a su manera. Georgiana parecía completamente a gusto, olvidada su habitual reserva, y Elizabeth, bueno, Elizabeth parecía brillar más que nunca, como si su mera presencia animara el mundo a su alrededor.

—¡Hermano! —llamó de repente Georgiana, al verlo en la puerta—. Ven, debes escuchar esto apropiadamente. ¡La señorita Bennet me ha estado animando a improvisar!

—En efecto —añadió Elizabeth, con los ojos chispeantes de picardía mientras lo miraba por encima del hombro—. Aunque sospecho que el señor Darcy está más inclinado a criticar que a aplaudir.

—Al contrario —respondió él, entrando en la habitación—, me encuentro bastante satisfecho de admirar.



El tintineo del cristal y el suave murmullo de la conversación llenaban el elegante comedor mientras la cena del señor Bingley se desarrollaba con gran animación. Darcy, sin embargo, encontraba su propio ánimo decididamente menos exuberante. Desde su asiento en el extremo de la mesa, había soportado una velada de conversación tolerable, aunque poco inspiradora, con Lady Fairchild, cuyo único interés parecía ser detallar su colección de perros de porcelana. Al

otro lado de la mesa, Elizabeth Bennet estaba sentada entre dos jóvenes caballeros que parecían demasiado ansiosos por monopolizar su atención.

—Señor Darcy, ¿se encuentra bien? Parece muy disgustado —observó Lady Fairchild, mirándolo con recelo.

—Gracias, señora, estoy perfectamente bien —respondió Darcy con rigidez, aunque el ligero apretón de su mandíbula podría haber indicado lo contrario. En realidad, su paciencia se estaba agotando. La obra de Caroline Bingley era evidente; Elizabeth había sido colocada tan lejos de él que incluso echar un vistazo requería un considerable estiramiento del cuello, algo que se había propuesto no hacer (más de una o dos veces).

No pudo evitar notar lo animada que parecía Elizabeth, su risa resonando por encima del murmullo de las voces. Se inclinó ligeramente hacia uno de sus acompañantes, un tipo particularmente insípido cuyo ingenio, sospechaba Darcy, no era más agudo que un cuchillo de mantequilla, y ofreció alguna ocurrencia que provocó una ronda de risitas. Sus rizos se agitaron cuando giró la cabeza, con los ojos brillantes de picardía.

Darcy se obligó a apartar la mirada, concentrándose en su plato de postre intacto. Estaba siendo ridículo. Sí, completamente ridículo. Pero no podía negar que la velada se sentía interminablemente larga sin siquiera la perspectiva de un breve intercambio con ella.

Cuando las damas finalmente se levantaron después de la cena, dejando a los caballeros con su oporto, Darcy se encontró cavilando sobre la disposición de los asientos de la velada con más irritación de la que era estrictamente racional. Solo cuando los caballeros se reunieron con la compañía en el salón, vio a Elizabeth escabulléndose silenciosamente hacia la terraza más allá de las puertas francesas. Echando un vistazo alrededor para asegurarse de que ningún ojo indiscreto lo seguía, aprovechó la oportunidad para escapar de la habitación abarrotada y salió tras ella.

—Señorita Bennet —la saludó, con voz baja pero firme, mientras el fresco aire nocturno los recibía a ambos. Ella se volvió, claramente sin sorprenderse por su presencia, con una expresión envuelta en una sonrisa que le provocó un calor involuntario.

—Señor Darcy —respondió ella con ligereza—, ¿ha venido a admirar la luz de la luna, o simplemente a escapar de las incansables observaciones de la señorita Bingley sobre la decoración interior?

—Tal vez ambas cosas —admitió él, permitiendo que la más leve curva de una sonrisa tocara sus labios—. Aunque confieso que esperaba un momento de conversación con usted.

—Entonces somos igualmente afortunados —dijo ella, con un tono burlón pero cálido—. Pues deseaba decirle cuánto he disfrutado conociendo a su hermana hoy temprano. Georgiana es un

encanto absoluto.

—Ella quedó muy prendada de usted, señorita Bennet —dijo Darcy, suavizando su voz—. No habló de otra cosa esta tarde. —Sus ojos se encontraron con los de ella, y algo tácito pareció pasar entre ellos antes de que él continuara—: Espero que me permita transmitirle sus saludos y extenderle una invitación para visitarnos en Darcy House cuando le convenga. Estoy seguro de que Georgiana estaría encantada de verla de nuevo.

—Qué amable —respondió Elizabeth, ampliando su sonrisa—. Estaría muy feliz de aceptar. Su hermana es una compañía encantadora, y me atrevería a decir que podría aprender mucho de su consumada interpretación al pianoforte.

—Georgiana se sentiría honrada por tal elogio —dijo Darcy—. Y sospecho que insistiría en que el placer de su compañía supera con creces el valor de cualquier instrucción que pudiera ofrecer.

Elizabeth inclinó la cabeza, estudiándolo con una chispa de diversión en sus ojos.

—Está decidido a hacerme sonrojar, señor —dijo con fingida severidad—. Pero lo perdonaré, aunque solo sea porque habla con tanto cariño de su hermana.

—La familia es... importante para mí —respondió Darcy, con palabras medidas pero sinceras—. Como creo que lo es para usted.

—En efecto —murmuró ella, bajando la mirada por el más breve instante. Cuando volvió a mirar hacia arriba, su expresión era más suave, más reflexiva—. Esperaré con ansias visitar pronto a la señorita Darcy. Por favor, asegúrele mi consideración.

—Así lo haré —dijo Darcy, inclinando ligeramente la cabeza, aunque su corazón se hinchaba con algo peligrosamente cercano al júbilo—. Y permítame agradecerle, señorita Bennet, por brindarle tanta alegría a mi hermana hoy.

—La alegría es un regalo que es mejor compartir, señor Darcy —respondió Elizabeth, con una voz ligera pero que llevaba una profundidad que persistió en el espacio entre ellos.

Antes de que ninguno pudiera decir más, se oyó el sonido de pasos que se acercaban desde el interior. Con una mirada compartida, regresaron al calor del salón, aunque Darcy llevó consigo el recuerdo de sus palabras y su sonrisa como un tesoro para soportar el tedio restante de la velada.



Darcy estaba de pie en la sala de estar de Darcy House, con las manos sueltas detrás de la espalda, aunque su postura delataba cierta tensión. Momentos antes había estado paseando, un hábito que criticaba en otros pero que se permitía en estos momentos privados, hasta que el sonido de las ruedas de un carruaje sobre los adoquines le dio motivo para detenerse. Su mirada se dirigió a la ventana, donde observó a la señorita Elizabeth Bennet apearse con su gracia habitual, mientras una ráfaga de viento atrapaba las cintas de su sombrero y las hacía ondear desafiando su propósito. Charlotte Lucas la seguía de cerca, su presencia constante contrastaba notablemente con la vivacidad de Elizabeth.

—Si hay algo que no le falta, es puntualidad —murmuró Darcy entre dientes, aunque el leve tirón en la comisura de sus labios desmentía cualquier desaprobación genuina.

—¿Señor? —preguntó su ayuda de cámara desde la puerta, sorprendido por la manifestación poco característica.

—Nada —respondió Darcy bruscamente, apartándose de la escena exterior mientras se ajustaba los puños de la chaqueta. No sería apropiado parecer demasiado ansioso. Y sin embargo, cuando el mayordomo hizo pasar a la señorita Elizabeth Bennet y a la señorita Lucas momentos después, Darcy se encontró bajando las escaleras para recibirlas con una rapidez que lo delataba por completo.

—Señorita Bennet. Señorita Lucas —las saludó, inclinándose profundamente, con una voz más firme de lo que se sentía—. Confío en que no encontraron el viaje demasiado desagradable.

—En absoluto, señor Darcy —respondió Elizabeth, con los ojos iluminados de diversión—. Aunque confieso que en un momento temimos por nuestros sombreros, cuando una brisa particularmente animada parecía empeñada en robarnos la dignidad.

—Su dignidad permanece completamente intacta, señora —dijo antes de poder contenerse, ganándose una mirada cómplice de ella. Se aclaró la garganta—. Georgiana está muy ansiosa por verlas de nuevo. Apenas ha hablado de otra cosa desde ayer.

—Entonces no debemos hacerla esperar —dijo Elizabeth con una sonrisa juguetona—. Guíenos, señor.

—Por supuesto. —Se hizo a un lado para permitir el paso a las damas, y mientras se movían por la casa, Darcy se encontró agudamente consciente de la presencia de Elizabeth a su lado; el suave susurro de sus faldas, la cadencia suave de su risa mientras intercambiaba cortesías con Charlotte.

Cuando entraron en la sala de música, Georgiana se levantó del pianoforte con una sonrisa tímida pero radiante. —Señorita Bennet, señorita Lucas, bienvenidas —dijo, haciendo una reverencia

con una dulzura que derritió parte de la habitual reserva de Darcy.

—Señorita Darcy —respondió Elizabeth, extendiendo sus manos en señal de saludo—. Se ve usted muy bien esta mañana. Espero que no se haya cansado practicando por nosotras.

—En absoluto —le aseguró Georgiana, con las mejillas sonrosadas por el cumplido—. Pero he estado practicando un dueto que esperaba pudiéramos intentar juntas, señorita Bennet, si le apetece.

—¿Apetecerme? ¡Estaré encantada! —declaró Elizabeth, cuyo entusiasmo resultó contagioso, haciendo que Georgiana se iluminara aún más.

—Señorita Lucas, ¿le gustaría unirse a nosotras? —preguntó Georgiana, mirando hacia Charlotte con una educada invitación.

—Gracias, señorita Darcy —respondió Charlotte con una leve sonrisa—. Pero me temo que mis talentos no aportarían mucho a su interpretación. Me contentaré con ser parte del público.

—Un excelente papel, sin duda —se oyó una voz profunda desde la puerta, y Darcy se giró para ver a su primo James Fitzwilliam entrando con la compostura desenvuelta que parecía caracterizar todos sus movimientos—. Perdonen mi intrusión, pero me aseguraron que te encontraría aquí, Darcy.

—James —dijo Darcy, aunque su ceño se frunció ligeramente—. No te esperaba esta mañana.

—Evidentemente —replicó James con una sonrisa irónica, inclinando la cabeza hacia la compañía reunida—. Señoras, buenos días. —Su mirada se detuvo brevemente en Charlotte, quien respondió a su saludo con una compuesta reverencia, aunque Darcy creyó detectar un destello de algo más cálido en su expresión.

—Lord Highton —dijo ella cortésmente.

—Señorita Lucas —respondió James, adentrándose más en la habitación—. Parece que la fortuna me favorece hoy.

—La fortuna, o quizás Lady Matlock —murmuró Darcy entre dientes, aunque no tan bajo como para que James no lo oyera. Su primo le lanzó una mirada que era a partes iguales divertida y desafiante.

—Bien, Darcy —comenzó James, dándole una palmada en el hombro con familiaridad—, te dejaré con tus deberes de anfitrión. Creo que la señorita Lucas y yo podremos entretenernos mejor conversando en otro lugar.

—¿De veras? —comentó Darcy, con un tono cuidadosamente neutral, aunque su mente bullía de preguntas. Mientras James ofrecía su brazo a Charlotte, quien lo aceptó con una tranquila sonrisa, los ojos de Darcy se entrecerraron ligeramente.

Los dos se retiraron a un rincón de la habitación, sus voces bajas pero animadas, dejando a Darcy observándolos con creciente sospecha. El repentino interés de Lady Matlock por invitar a Charlotte a Londres ahora le parecía menos un capricho y más una maniobra calculada. ¿Era posible que su tía hubiera reconocido alguna conexión entre los dos mucho antes que él? Una conexión que, a juzgar por la manera inusualmente solícita de James y el comportamiento excepcionalmente suavizado de Charlotte, parecía estar lejos de ser imaginaria.

—Señor Darcy —la voz de Elizabeth interrumpió sus cavilaciones, atrayendo su atención de vuelta hacia ella. Se había colocado junto a Georgiana en el pianoforte, con los dedos suspendidos sobre las teclas—. ¿Acaso está tan distraído por el encanto de su primo que no puede prestarnos su oído?

—En absoluto —respondió él, forzando sus facciones para aparentar tranquilidad—. Simplemente estoy... considerando la mejor manera de soportar el romance no solicitado que se desarrolla ante mí.

—¿No solicitado? —repitió Elizabeth, arqueando una ceja—. ¿O simplemente inadvertido hasta ahora?

—Touché, señorita Bennet —concedió, aunque interiormente se propuso vigilar más de cerca a James y los planes de Lady Matlock en los días venideros. Por ahora, sin embargo, se permitió la indulgencia de observar a Elizabeth y Georgiana comenzar su dueto, las armoniosas notas llenando la habitación con un brillo que parecía desterrar todos los demás pensamientos... o al menos, la mayoría de ellos.



Capítulo Dieciocho

ELIZABETH NO PUDO EVITAR la ligereza de su paso mientras ella y Charlotte descendían del carruaje, con el aire invernal crujiente azotando sus mejillas. El día había sido, en su opinión, casi perfecto. Darcy House había resultado ser un tesoro de cortesía refinada y placer tranquilo. Georgiana, querida y dulce Georgiana, había sorprendido a Elizabeth con una calidez sincera que desmentía la timidez que tan a menudo le habían descrito. Habían pasado una hora en el pianoforte, riendo por las notas fallidas y compartiendo piezas favoritas, hasta que Elizabeth comenzó a sentir un parentesco con la joven que era totalmente inesperado.

—Es una criatura encantadora —dijo Elizabeth en voz alta, aunque el comentario parecía más para sí misma que para Charlotte.

—¿Quién? —preguntó Charlotte, ajustándose el chal más cerca de los hombros mientras subían los escalones hacia la puerta de Matlock House.

—Georgiana, por supuesto —Elizabeth sonrió felizmente—. Creo que nos estamos haciendo amigas rápidamente. Posee tanto buen juicio bajo toda esa timidez.

—Parece haberse encariñado contigo —observó Charlotte con una pequeña sonrisa propia, aunque su mirada se desvió distraídamente hacia la calle.

—¿Encariñado conmigo? ¿Por qué no habría de hacerlo? Soy completamente agradable cuando me lo propongo —bromeó Elizabeth, dando un ligero codazo a Charlotte.

—No completamente desagradable, al menos —respondió Charlotte secamente, su tono impregnado del fácil humor que solo las amigas más cercanas podían compartir.

—Qué amable de tu parte.

Pasaron por la gran entrada de Matlock House, el mayordomo inclinándose profundamente mientras les sostenía la puerta. La mirada de Elizabeth se detuvo momentáneamente en Charlotte, cuya expresión parecía extrañamente pensativa mientras se quitaban las capotas y los

abrigos. Había algo diferente en su amiga últimamente, una suavidad, una vulnerabilidad que Elizabeth no podía ubicar exactamente. Era muy poco propio de Charlotte parecer distraída, y mucho menos soñadora.

—Dime honestamente, Charlotte —comenzó Elizabeth, con voz ligera pero inquisitiva—, ¿qué opinas del vizconde Highton?

—¿El vizconde Highton? —repitió Charlotte, con un tono cuidadosamente neutral. Miró de reojo a Elizabeth, quien no pasó por alto el leve temblor en la comisura de los labios de su amiga—. Parece perfectamente agradable. Modales pulidos. Una fortuna respetable. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque no puedo evitar notar que lo encuentras mucho más cautivador de lo que dejas ver —respondió Elizabeth, sus palabras acompañadas de una sonrisa traviesa—. Difícilmente eres del tipo que se sonroja, y sin embargo lo vi tan claro como el día cuando elogió tu ingenio.

—Elizabeth —exclamó Charlotte, sonrojándose incluso mientras las negativas brotaban de sus labios—, te ruego que no empieces a imaginar fantasías donde no las hay.

—¡Fantasías! —repitió Elizabeth con fingida indignación—. ¡Y sin embargo te sonrojas ante la mera sugerencia!

Los pasos de Charlotte vacilaron ligeramente, y Elizabeth se aferró a esa reacción con alegría.

—¡Ajá! ¡Lo sabía! —cantó Elizabeth, ensanchando su sonrisa—. ¡El vizconde Highton! Dime, Charlotte, ¿lo encuentras apuesto? ¿Encantador? ¿O es su terrible costumbre de recitar poesía en el desayuno lo que ha asegurado tu afecto?

—Elizabeth Bennet —la reprendió Charlotte, aunque su tono carecía de su habitual severidad—. Eres incorregible.

—Quizás. ¡Pero también tengo razón! —declaró Elizabeth triunfalmente, enlazando su brazo con el de Charlotte mientras subían la escalera—. Oh, Charlotte, ¡qué maravilloso es esto! ¡Tú, de todas las personas, cayendo presa del romance! Debo confesar que había empezado a perder la esperanza de ver este día.

—Ahórrame tus teatralidades —murmuró Charlotte, aunque había un atisbo de sonrisa tirando de sus labios—. Y baja la voz, por el amor de Dios. Las paredes de esta casa tienen oídos, y no quisiera que mis pensamientos privados se convirtieran en alimento para la diversión de Lady Matlock.

—Muy bien —concedió Elizabeth, aunque sus ojos brillaban con picardía—. Pero no puedes esperar que permanezca en silencio para siempre. Este es un descubrimiento demasiado

delicioso. ¿Debo empezar a redactar las invitaciones de boda de inmediato, o esperaré a que el vizconde haga conocer sus intenciones?

—¡Elizabeth!

—Está bien, está bien —cedió Elizabeth, levantando su mano libre en fingida rendición—. No diré nada más... por ahora.

Al llegar al salón, Elizabeth lanzó una mirada de soslayo a su amiga, sintiendo una repentina punzada de ternura que le calentó el corazón. Charlotte, que siempre había sido tan firme, tan pragmática, parecía ahora estar al borde de algo nuevo, algo frágil y hermoso. A pesar de sus bromas, Elizabeth sintió una genuina esperanza de que su amiga pudiera encontrar la felicidad, aunque viniera en una forma tan improbable como un vizconde con inclinación por los sonetos matutinos.

Sus pensamientos se dirigieron, sin querer, a otro caballero; una figura más alta y oscura cuya presencia había permanecido en su mente mucho más tiempo del que le gustaba admitir. El señor Darcy. Una vez lo había considerado insufrible, pero ahora... ahora era algo completamente distinto. Había bondad en él, escondida bajo capas de reserva, y una profundidad de sentimientos que ella había vislumbrado solo brevemente pero que no podía olvidar.

—Elizabeth —la voz de Charlotte interrumpió su ensoñación—. Estás sonriendo. ¿En qué estás pensando?

—Nada de importancia —respondió Elizabeth rápidamente, aunque sus mejillas la traicionaron con un revelador rubor. ¡Nada de importancia, sin duda! Si tan solo su corazón se comportara en consecuencia.

Apenas se había cerrado la puerta del salón tras ellas cuando el estruendo de las ruedas de un carruaje sobre los adoquines llegó a sus oídos. Elizabeth se acercó a la ventana para mirar y vio un magnífico carruaje negro, reluciente como carbón pulido, deteniéndose de manera imperiosa frente a Matlock House. El escudo de armas en su puerta captó la luz menguante de la tarde, un emblema orgulloso y ostentoso que no dejaba dudas sobre su propietario. Elizabeth había escuchado al señor Collins describirlo con tanto detalle que no podía haber error.

—¿Quién podrá ser? —murmuró Charlotte a su lado.

—Creo que no es otra que Lady Catherine de Bourgh —dijo Elizabeth, con la voz teñida de silencioso asombro. Su buen humor de antes flaqueó ligeramente mientras observaba descender del carruaje a una figura alta y severa, con un lacayo apresurándose a asistirla. El vestido de Lady Catherine era de seda gris tormentosa, adornado con suficiente encaje y ornamentos como para sugerir que podría estar asistiendo a la corte en lugar de hacer una visita. Su expresión era

intimidante, sus rasgos afilados configurados en lo que solo podría describirse como desdén regio.

—Me pregunto por qué está aquí —dijo Elizabeth en voz baja, aunque la inquietud se enroscaba en la boca de su estómago—. Lord y Lady Matlock no han mencionado que la esperaran.

—Tal vez sea simplemente una visita social —aventuró Charlotte, aunque la mirada que compartió con Elizabeth estaba lejos de estar convencida—. Aunque confieso que tales visitas no suelen anunciarse con expresiones capaces de cortar la leche fresca.

Antes de que Elizabeth pudiera responder, el sonido de pasos enérgicos resonó por el pasillo. La puerta del salón se abrió de golpe, y Lady Catherine entró majestuosamente sin siquiera esperar a ser anunciada. Su formidable presencia parecía llenar cada centímetro de la habitación, dejando al humilde fuego chisporroteando en aparente sumisión.

—¿Cuál de ustedes —exigió la viuda, con sus ojos penetrantes recorriéndolas como si evaluara ganado en una subasta— es Elizabeth Bennet?

Elizabeth se enderezó instintivamente, levantando su mentón una fracción a pesar del incómodo escrutinio.

—Soy yo —respondió con serenidad, aunque la calma de su tono ocultaba la aceleración de su pulso.

—Ah —entonó Lady Catherine, adentrándose más en la habitación con un crujido de seda y autoridad—. Así que usted es la joven de la que tanto he oído hablar. —Las palabras goteaban una mezcla de condescendencia y acusación, como si Elizabeth fuera el tema de algún panfleto escandaloso distribuido entre la alta sociedad.

—¿De verdad, señora? —respondió Elizabeth con ligereza, aunque su cautela aumentó—. Espero que no haya sido nada demasiado desfavorable.

—Eso está por verse —declaró Lady Catherine, con las fosas nasales ligeramente dilatadas. Se volvió hacia Charlotte, que parecía debatirse entre la curiosidad y el deseo de huir—. Quienquiera que *usted* sea, debo insistir en hablar con la señorita Bennet en privado. Puede retirarse.

—Por supuesto —dijo Charlotte tras una breve vacilación, mirando a Elizabeth con un gesto de preocupación, como si le preguntara en silencio si debía quedarse. Elizabeth le ofreció a su amiga una leve sonrisa, una sutil garantía de que manejaría cualquier tempestad que se avecinara. Cuando Charlotte se marchó, cerrando suavemente la puerta tras de sí, Lady Catherine no perdió tiempo en acercarse más, con la postura recta como una vara. Examinó a Elizabeth como quien

mira un mueble mal construido, y Elizabeth, decidida a no parecer intimidada, le sostuvo la mirada con inquebrantable compostura.

—Señorita Bennet —comenzó Lady Catherine, con una voz que cortaba el aire como una cuchilla—, he recibido informes de naturaleza sumamente escandalosa sobre su conducta.

—¿Escandalosa, señora? —repitió Elizabeth, arqueando una ceja—. Le aseguro que difícilmente puedo imaginar qué ofensa podría haber cometido para merecer tal descripción.

—No finja inocencia conmigo, jovencita —espetó Lady Catherine, con un tono autoritario que no admitía réplica—. Ha llegado a mis oídos que usted... usted... —hizo una pausa, como si el mero pensamiento ofendiera su sensibilidad— ¡podría haber *puesto sus ojos* en *mi* sobrino! ¡Que podría estar a punto de aceptar una propuesta de matrimonio de él!

Por un fugaz momento, Elizabeth no pudo hacer más que parpadear, la pura absurdidad de la acusación la dejó sin habla. Cuando recuperó el juicio, sintió un impulso irreprimible de reír, aunque sabiamente se contuvo. En su lugar, juntó las manos pulcramente frente a ella, inclinando la cabeza con educada incredulidad.

—Discúlpeme, señora —dijo, con un tono teñido de la suficiente dulzura como para ser confundido con sinceridad por cualquiera menos perspicaz que su actual adversaria—, pero sigo sin entender. ¿A qué sobrino se refiere? He conocido a los tres encantadores caballeros, a menos que tenga otros sobrinos por el lado de los de Bourgh.

—¡No juegue conmigo, señorita Bennet! —siseó Lady Catherine, con el rostro oscureciéndose hasta alcanzar un tono que solo podría describirse como púrpura. Sus finos labios se apretaron con fuerza, luego se separaron para desatar toda la fuerza de su indignación—. ¡Sabe muy bien que me refiero al señor Darcy!

—Ah —replicó Elizabeth con ligereza, como si acabara de resolverse un gran misterio—. ¡Qué curioso! A menos que haya sido tan inusualmente reservado como para olvidar mencionarlo él mismo, me atrevería a decir que esto es una novedad para mí.

—¡Basta de tu insolencia! —bramó Lady Catherine, su voz reverberando contra las paredes. Su mano enguantada agarraba el puño de su bastón con tanta fuerza que Elizabeth temió que el pobre objeto pudiera astillarse bajo su ira—. ¡El señor Darcy está comprometido con mi hija, Anne! ¡Es una unión decidida hace mucho tiempo, sellada por los deseos de su difunta madre!

Elizabeth parpadeó, desconcertada por no más de un latido antes de recuperar la compostura.

—¿Comprometido, dice? —repitió, arqueando una ceja—. ¿Debo entender entonces que el señor Darcy es un caballero tan carente de honor o voluntad que se dejaría tentar para alejarse de tan

solemne deber? Debo admitir, señora, que eso no suena como el hombre que he llegado a conocer.

—¡La tentación no tiene nada que ver con esto! —espetó Lady Catherine, aunque el color subió a sus mejillas, traicionando su agitación—. El compromiso es... bueno, no está precisamente formalizado. Pero *es* el mayor deseo tanto mío como de su querida madre fallecida. ¡Tales deseos no deben ser tomados a la ligera ni ignorados!

—¿No formalizado? —repitió Elizabeth, fingiendo sorpresa mientras daba un inocente paso más cerca—. Entonces parece que estamos hablando de esperanzas más que de certezas. Y seguramente, querida señora, si el señor Darcy es tan obediente como usted afirma, su confianza en su adherencia a estos deseos familiares debería hacer que cualquier interferencia de mi parte sea completamente irrelevante. —Sonrió entonces, una sonrisa educada y exasperantemente compuesta que no revelaba ni un ápice de la satisfacción interna que obtenía del destello de frustración que cruzó el rostro de Lady Catherine.

—¡No tuerzas mis palabras! —ladró Lady Catherine, su voz elevándose peligrosamente—. ¡Exijo tu seguridad, no, tu *promesa*, de que nunca te comprometerás con mi sobrino! Lo absolverás de incluso la más mínima sombra de tentación.

—Hablemos claramente, señora —respondió Elizabeth, su voz firme pero con un filo de acero—. Si el señor Darcy está efectivamente comprometido con su hija, como usted afirma, entonces está fuera de mi alcance. Y sin embargo, si no lo está... —Aquí se permitió un pequeño, casi imperceptible encogimiento de hombros que transmitía un mundo de significado—. Bueno, entonces supongo que el asunto radica enteramente entre él y cualquier dama que pueda elegir cortejar.

Por un momento, el silencio se extendió tenso entre ellas, roto solo por el leve tictac del reloj de la repisa. La boca de Lady Catherine trabajaba furiosamente, pero ningún sonido escapaba. Su expresión era un retrato de apoplejía, su fachada imperiosa resquebrajándose bajo el peso de la implacable compostura de Elizabeth.

Elizabeth se mantuvo firme, sus ojos oscuros brillantes de determinación. Cualquier tormenta que Lady Catherine pretendiera desatar sobre ella, estaba segura de una cosa: no cedería. Ni hoy, ni nunca.

—¿Cómo te atreves...? —comenzó Lady Catherine, pero Elizabeth no estaba dispuesta a dejarla terminar. El equilibrio de poder había cambiado, y ella tenía la intención de aprovecharlo con ambas manos.

—¿Que cómo me atrevo? —repitió Elizabeth con sarcasmo, arqueando una ceja en señal de desafío—. ¿Cómo se atreve usted, señora, a entrar en esta casa sin invitación y lanzar calumnias sobre mi nombre, sobre el nombre de una invitada bajo la protección de Lord y Lady Matlock, nada menos? Si su propósito era intimidarme, me temo que me encontrará muy poco complaciente.

—¿Intimidarte? —la voz de Lady Catherine alcanzó un tono estrangulado—. ¡Muchacha insolente! ¿Te crees mi igual? ¿Mi superior? ¿Te imaginas por un momento que yo toleraría...?

—¡Basta! —interrumpió Elizabeth, la palabra tan afilada como el chasquido de un látigo. Su pecho se agitaba por la fuerza de su agitación, pero su mirada permanecía firme, inquebrantable —. No me dejaré intimidar para hacer promesas que ni puedo ni deseo cumplir. Usted no tiene ningún derecho, ninguno en absoluto, de dictar el curso de mi vida ni la de nadie más. ¡Y si el señor Darcy es la mitad del caballero que creo que es, tampoco se sometería a semejante manipulación!

—¡Inconcebible! ¡Escandaloso! —balbuceó Lady Catherine.

—Tal vez —concedió Elizabeth, cruzando los brazos sobre el pecho—, pero es la verdad.

En ese preciso instante, la puerta se abrió de golpe con una fuerza sorprendente, rebotando contra la pared con un estruendo resonante. Ambas mujeres se volvieron bruscamente, su disputa interrumpida en plena batalla, para contemplar nada menos que a Lord Matlock en persona, entrando en la habitación con el aire de un general preparado para dirigir a sus tropas. Su figura alta y ancha llenaba el umbral, y sus penetrantes ojos azules recorrieron la escena ante él como un halcón evaluando a su presa.

—Catherine —dijo secamente, con un tono tan frío y preciso como el filo de una espada bien afilada—, ¿puedo preguntar qué significa esto?

—¡Henry! —exclamó Lady Catherine, su porte imperioso vacilando ligeramente ante la visión de su hermano mayor—. Yo... estoy aquí por un asunto de gran importancia. Esta joven... —señaló a Elizabeth con mano temblorosa—, ha estado intentando atrapar a nuestro sobrino, Darcy, de una manera muy impropia...

—Es suficiente —interrumpió Lord Matlock, su voz sin admitir discusión. Dio un paso más dentro de la habitación, su presencia dominando cada centímetro del espacio—. Ya he oído lo suficiente para determinar que una vez más te estás entrometiendo donde no te corresponde. Debo decir, Catherine, que esperaba más de ti, aunque confieso que no me sorprende.

—¿Más de *mí*? —se erizó Lady Catherine, adelantando el mentón en señal de desafío—. ¡Estoy actuando en el mejor interés de nuestra familia, del futuro de Darcy! Es mi deber como su tía...

—¿Tu deber? —La risa de Lord Matlock fue aguda y sin humor—. Si realmente te preocupara el futuro de Darcy, cesarías esta incesante campaña para unirlo a Anne, una unión que, debo añadir, siempre he considerado totalmente inapropiada. ¿Primos hermanos, Catherine? ¿Has abandonado por completo la razón en favor de tus propias ambiciones?

—¡Totalmente apropiada! —replicó Lady Catherine, elevando su voz hasta un chillido—. Era el deseo más querido de su madre que...

—Su madre ya no está aquí para expresar sus deseos —dijo Lord Matlock con firmeza, su expresión suavizándose solo marginalmente—. Y como su hermano superviviente, siento que me incumbe asegurar que sus hijos no sean sometidos a planes que les harían daño, social, emocional o de cualquier otra índole. Un matrimonio entre Anne y Darcy sería desastroso, y no lo permitiré.

—¿Permitirlo? —repitió Lady Catherine, su voz temblando de indignación—. No puedes prohibir lo que ya...

—Basta, Catherine —dijo Lord Matlock, interrumpiéndola con una mano alzada—. Te has extralimitado en más de una manera. No solo has interferido en asuntos que no son de tu incumbencia, sino que lo has hecho en mi casa, abusando de una invitada bajo mi techo. Es inaceptable y no lo toleraré.

Elizabeth, que hasta ese momento había permanecido en silencio, observando el intercambio con una mezcla de asombro y silenciosa satisfacción, sintió que una pequeña e involuntaria sonrisa tiraba de las comisuras de sus labios. Fuera lo que fuese que se pudiera decir de Lord Matlock, sin duda era un hombre que sabía ejercer su autoridad cuando la ocasión lo requería.

—De vuelta a Kent contigo, Catherine —declaró Lord Matlock con firmeza, su voz cargada de una autoridad capaz de silenciar incluso a la más obstinada de las duquesas—. No quiero oír más sobre esta interferencia en los asuntos de Darcy. Ya has intrigado suficiente para toda una vida, y no permitiré que sigas alterando mi casa.

La imponente figura de Lady Catherine ahora se veía disminuida, aunque solo ligeramente, mientras recogía sus voluminosas faldas con un movimiento brusco y pasaba junto a Lord Matlock, su rostro una máscara de dignidad ofendida. Deteniéndose en el umbral, su cabeza giró bruscamente como un halcón indignado buscando a su presa. Sus ojos entrecerrados se posaron en Elizabeth, quien respondió a la mirada con una ceja arqueada y levantando la barbilla con resolución.

—Recuerde mis palabras, señorita Bennet —siseó Lady Catherine, su voz temblando de indignación contenida—, esto no es el final del asunto.

—Por el contrario —intervino Lord Matlock con suavidad, su expresión implacable—, lo es definitivamente.

Con ese pronunciamiento final, Lady Catherine giró sobre sus talones y salió furiosa al pasillo, sus tacones golpeando el suelo de madera pulida con ira acentuada. Elizabeth exhaló un suspiro tembloroso y miró a Lord Matlock, cuyas severas facciones se suavizaron lo suficiente para sugerir el más leve destello de satisfacción.

—La señorita Lucas, muy sensatamente, vino directamente a buscarme —dijo él—. ¿Estás bien?

Elizabeth asintió, sin confiar del todo en su voz para hablar.

—Te estabas defendiendo magníficamente. —Una sonrisa rozó sus labios—. Me aseguraré de contarle todo a Darcy.

Ella se sonrojó, y Lord Matlock rió suavemente, con su humor aparentemente restaurado. —¿Nos aseguramos de que Catherine se marche? —dijo, ofreciendo su brazo.

Con la curiosidad despertada, Elizabeth aceptó y lo acompañó escaleras abajo, su mente en un torbellino de incredulidad y diversión reluctante. Lady Catherine de Bourgh —una mujer que daba la impresión de poder intimidar a la propia realeza— había sido despachada como una niña malcriada. Si Elizabeth no hubiera presenciado la hazaña con sus propios ojos, podría haber pensado que era material de novelas fantasiosas.

El aire fresco golpeó las mejillas de Elizabeth cuando salieron a los escalones de piedra del exterior. Lady Catherine estaba subiendo a su carruaje que la esperaba, gritando improperios al lacayo que tardaba un poco en bajar los escalones. Pero dentro del carruaje, algo llamó la atención de Elizabeth, un óvalo pálido enmarcado por sombras, ojos grandes parpadeando con una quietud casi fantasmal.

—Cielos —murmuró Elizabeth por lo bajo—. ¿Es esa...?

—Anne —gruñó Lord Matlock, sus ojos agudos siguiendo los de ella. Su tono era cortante y rebosante de incredulidad. Sin vacilar, avanzó a zancadas, sus largas piernas devorando la distancia entre él y el carruaje. Elizabeth se apresuró tras él.

—¡Anne! —exclamó Lord Matlock mientras abría de un tirón la puerta del carruaje que el lacayo acababa de cerrar. El interior estaba tenuemente iluminado, pero no había duda de la frágil figura sentada rígidamente dentro, envuelta en una capa demasiado delgada para el frío de la noche londinense. Anne de Bourgh parpadeó mirando a su tío, su expresión atrapada entre el temor y el alivio.

—Adentro. Ahora mismo —dijo él, extendiéndole una mano. Su voz, aunque firme, no tenía nada de la brusquedad que había reservado para su madre.

—Tío Henry, yo... —comenzó Anne, su voz apenas un susurro.

—Ni una palabra, querida —la interrumpió suavemente, su tono suavizándose como si le hablara a un gatito asustado—. Estás medio congelada, y no permitiré que permanezcas ni un momento más en este lamentable estado.

Anne vaciló, lanzando una mirada hacia la imponente figura de su madre, quien estaba sentada rígidamente en el banco opuesto, con los labios apretados en una línea de desaprobación.

—No la mires —ordenó bruscamente Lord Matlock, con un gesto de su mano libre—. Ha perdido cualquier derecho a tu obediencia al arrastrarte hasta aquí y dejarte temblando en un carruaje frío mientras aterrorizaba a una joven inocente.

—Quién... —comenzó Lady Catherine, alzando la voz en protesta.

—Basta, Catherine —la interrumpió Lord Matlock, fijando en ella una mirada capaz de silenciar a un batallón—. Has hecho el ridículo, y ahora regresarás a Rosings sin demora.

—Cómo te atreves... —intentó de nuevo, pero él levantó un dedo, silenciándola tan eficazmente como una puerta cerrada de golpe.

—Tu hija se quedará aquí, donde recibirá el cuidado y la atención adecuados. Y ya que has tenido a bien traerla a Londres, es hora de que sea presentada en sociedad como corresponde a su posición. Mi esposa y yo nos ocuparemos de ello.

—¿Margaret? ¿Sociedad? —balbuceó Lady Catherine, perdiendo la compostura mientras su indignación crecía—. No puedes estar hablando en serio...

—Es precisamente lo que quiero decir. Ahora, márchate —dijo, dándole la espalda sin más ceremonias. Ofreció su brazo a Anne, quien lo tomó vacilante, lanzando otra mirada furtiva a su madre antes de salir cautelosamente del carruaje.

—Venga, señorita Bennet —llamó Lord Matlock por encima del hombro. Elizabeth, que había estado intentando fundirse con las sombras con éxito limitado, se sobresaltó al ser interpelada directamente.

—Sí, por supuesto —respondió, apresurándose a unirse a ellos. Mientras seguía a Anne y a Lord Matlock, no pudo evitar lanzar una mirada fugaz a Lady Catherine, que permanecía sentada en el carruaje, hirviendo de rabia, con las manos apretadas en puños sobre su regazo.

—Cochero —ladró Lord Matlock mientras subían los escalones—, asegúrese de que Lady Catherine sea llevada directamente a casa. No se detenga ni siquiera para comprar un terrón de azúcar por el camino.

El cochero tocó su sombrero en silencioso reconocimiento y, con un brusco chasquido de las riendas, el carruaje se alejó traqueteando. Elizabeth lo vio desaparecer calle abajo, mientras una

extraña mezcla de triunfo e inquietud se apoderaba de ella.

—Bueno —murmuró para sí misma, siguiendo a Anne y a Lord Matlock a través de la puerta principal—, esto promete ser interesante.



Capítulo Diecinueve

EL VIENTO AULLABA FUERA de Matlock House, haciendo temblar las ventanas y enviando una ráfaga helada por la chimenea. Elizabeth Bennet se estremeció y rápidamente arrojó otro leño al fuego para combatir el frío. Volvió su atención a la frágil figura acurrucada en el sofá frente a ella.

Anne de Bourgh parecía una criatura del bosque asustada, pálida y temblorosa, sus delicadas manos aferrándose a los bordes del chal que Elizabeth le había envuelto apresuradamente sobre los hombros. Sus grandes ojos de cierva nerviosa recorrían la habitación, como si esperara que su formidable madre se materializara de las sombras en cualquier momento.

—Charlotte —llamó Elizabeth enérgicamente por encima del hombro, su voz cortando el tenso silencio—. ¿Podrías traer otra manta? Y quizás algo de té, bien caliente, con bastante azúcar.

—Por supuesto —respondió Charlotte, ya casi en la puerta, su naturaleza práctica bien adaptada a los momentos de crisis.

—Señorita de Bourgh —dijo Elizabeth suavemente, arrodillándose junto a Anne y ajustando el chal alrededor de sus hombros—. Está a salvo ahora. Nadie aquí le hará daño.

—G-gracias —balbuceó Anne, con una voz apenas audible. Lanzó una mirada nerviosa hacia la ventana, como si la mera mención de la seguridad pudiera tentar al destino—. Yo... no quería importunar...

—¿Importunar? —Elizabeth arqueó una ceja, ofreciendo una pequeña sonrisa tranquilizadora—. Al contrario, estamos encantadas de conocerla. Aunque debo admitir que su llegada fue algo inesperada.

Los labios de Anne se crisparon en lo que podría haber sido una tímida sonrisa, aunque desapareció casi tan rápido como apareció. Antes de que Elizabeth pudiera presionar más, el sonido de las ruedas de un carruaje sobre los adoquines llegó nuevamente a sus oídos.

—Lady Matlock y Jane han regresado —murmuró Elizabeth, mirando por la ventana. Un destello de alivio cruzó el rostro de Anne, aunque estaba teñido de aprensión. Elizabeth la observó cuidadosamente, notando cómo su delgada figura parecía encogerse aún más en el sofá, como si pudiera desaparecer por completo si tan solo lo intentara con suficiente empeño.

—Discúlpeme, señorita de Bourgh —dijo Elizabeth con ligereza—. Iré a informar a Lady Matlock que usted está aquí. Le aseguro que está en buenas manos.

Mientras se deslizaba hacia el pasillo, Charlotte regresó con una gruesa manta sobre un brazo y una taza humeante de té equilibrada en un platillo en la otra. —La pobre parece a punto de desmayarse —comentó, deteniéndose junto a Elizabeth—. Apenas puedo creer que Lady Catherine le permitiera viajar con un clima tan cruel.

—¿Permitiera? —repitió Elizabeth con ironía—. Arrastrada, creo que sería una descripción más precisa, aunque con qué propósito no puedo imaginar.

—Pobrecita —dijo Charlotte, sacudiendo la cabeza—. De cualquier manera, está congelada hasta los huesos.

—En efecto —convino Elizabeth, suavizando el tono—. Pero pronto la devolveremos al calor y la salud, o más bien, lo hará Lady Matlock, si la conozco bien.

Fiel a su estilo, Margaret Fitzwilliam no expresó más sorpresa que una ceja arqueada cuando Elizabeth le comunicó la noticia. Con un sereno asentimiento de cabeza mientras entregaba sus guantes al mayordomo, entró majestuosamente en el salón con el aire de un general organizando sus tropas y marchó directamente hacia su sobrina, tomando la mano de Anne entre las suyas. —Aquí estás, querida. Ahora te encuentras entre amigos. Cualesquiera que sean los problemas que hayas enfrentado, ya han quedado atrás.

—Gracias, mi lady —susurró Anne, con la voz temblorosa de emoción. Sus ojos se llenaron de lágrimas contenidas, y Elizabeth sintió una punzada de compasión por la frágil criatura que tenía ante sí.

—Jane —continuó Lady Matlock, lanzando una mirada por encima del hombro—, ten la bondad de ir a buscar a la señora Whiting. Si la señorita de Bourgh ha de recuperarse, necesitará algo más sustancioso que té y mantas.

—Por supuesto —dijo Jane con prontitud, saliendo apresuradamente de la habitación.

—Ahora bien —dijo Lady Matlock, volviendo toda su atención a Anne—, veamos cómo ponerte en orden.

Elizabeth observó cómo Anne se relajaba visiblemente bajo los cuidados reconfortantes de Lady Matlock, su postura rígida ablandándose apenas. Era una pequeña victoria, pero una victoria al

fin y al cabo. Mientras contemplaba la escena ante ella, una sonrisa se dibujó en las comisuras de los labios de Elizabeth. Este hogar tenía la capacidad de atraer a las personas y hacerlas sentir como en casa. Incluso a aquellos que nunca antes habían conocido tal comodidad.



El sol de la mañana se derramaba a través de las altas ventanas arqueadas de la iglesia de St. George, proyectando un resplandor moteado sobre los pulidos bancos de madera y las cabezas inclinadas de la congregación. Elizabeth se enderezó el sombrero al salir del atrio, el aire fresco mordisqueando sus mejillas. A su lado, Anne de Bourgh se movía con pasos tentativos, aferrada al brazo de Charlotte en busca de apoyo. Aunque todavía pálida, su color había mejorado, y con ello, su comportamiento. Liberada de la sombra opresiva de Lady Catherine, se había revelado como una criatura gentil y reflexiva, con una sonrisa tímida que emergía como un rayo de sol vacilante abriéndose paso entre las nubes.

—¿No te pareció el sermón de lo más edificante? —se aventuró Anne suavemente, con una voz tan delicada que Elizabeth tuvo que inclinarse un poco más cerca para oírla por encima del murmullo de los feligreses que se dispersaban a su alrededor.

—En efecto —respondió Elizabeth cálidamente—, lo suficientemente edificante como para desear abrazar a nuestros semejantes... aunque quizás no al señor Collins. —Lanzó una mirada de soslayo a Charlotte, quien ahogó una risa tras su mano enguantada.

—Anne, ven aquí, querida —dijo Lady Matlock, haciendo un gesto a su sobrina, y Anne obedientemente se soltó del brazo de Elizabeth. Elizabeth estaba a punto de seguirla cuando alguien pronunció su nombre.

—Señorita Bennet —resonó una voz baja y familiar justo detrás de ella. Elizabeth se giró rápidamente, su mirada chocando con la del señor Darcy. Él se erguía más alto de lo habitual, o quizás era simplemente el efecto de su sobrio atuendo dominical que lo hacía parecer aún más imponente. A su lado, Georgiana ofreció un educado asentimiento, aunque sus ojos se demoraron con curiosidad en la figura que se alejaba de Anne.

—Señor Darcy —dijo Elizabeth, ajustándose el chal como si ese pequeño gesto pudiera protegerla de la intensidad de su escrutinio—. Buenos días.

—¿Puedo hablar con usted un momento? —preguntó, y aunque lo formuló como una petición, había una gravedad en su tono que no admitía negativa.

—Por supuesto —respondió ella, aunque no pudo reprimir un destello de inquietud. Charlotte esbozó una sonrisa complaciente y ofreció su brazo a Georgiana, quien lo aceptó, y ambas se alejaron para unirse a Lady Matlock. Darcy esperó hasta que estuvieron fuera del alcance de su voz antes de volver a hablar, con una expresión cuidadosamente reservada.

—Señorita Bennet —comenzó, con la voz más baja ahora—, no he podido evitar notar que mi prima está inesperadamente en su compañía. ¿Podría preguntarle cómo ha sucedido esto?

"Inesperadamente" era quedarse corto, pensó Elizabeth, pero se abstuvo de decirlo. En su lugar, eligió sus palabras con cuidado.

—Lady Catherine hizo acto de presencia en Matlock House, y estaba... menos que complacida.

—Lady Catherine rara vez está de otro modo —murmuró Darcy, tensando la mandíbula.

—Parecía creer —continuó Elizabeth con fingida despreocupación— que yo albergaba intenciones sobre... —Hizo una pausa, encontrando de repente muy interesantes las puntas de sus botas—. Bueno, sobre alguien de su conocimiento.

—¿Intenciones? —repitió Darcy bruscamente—. ¿Qué *intenciones*, y sobre quién?

—Sobre usted, señor —admitió Elizabeth, preparándose para su reacción—. Parece que el señor Collins ha sido... creativo en sus interpretaciones de mis acciones.

—¡Collins! —El nombre escapó de sus labios como un trueno, y varios transeúntes giraron sus cabezas alarmados. Bajando la voz, Darcy continuó, su tono vibrando de indignación—. ¿Qué posible derecho tiene el señor Collins para comentar sobre sus intenciones, o las de cualquier otra persona?

—Se podría argumentar —dijo Elizabeth con sarcasmo— que él se creía con derecho a tales comentarios, dada nuestra, eh, asociación previa.

—¿Asociación? —repitió Darcy, entrecerrando sus ojos oscuros—. ¿Qué *asociación*?

—Su propuesta —dijo ella simplemente, sosteniendo su mirada con firme resolución, aunque sus mejillas la traicionaron con un revelador rubor—. La rechacé, por supuesto. Pero parece que tomó mi negativa como evidencia de algún plan más grandioso.

Por un momento, Darcy no respondió. La miró como si ella acabara de informarle que la luna estaba hecha de queso. Luego, lentamente, sus facciones se recompusieron en algo parecido a la comprensión, aunque el ceño fruncido permaneció firmemente grabado en su frente.

—El señor Collins... —comenzó, como si estuviera probando las palabras por su absurdidad— ¿le propuso *matrimonio* a *usted*?

—Sí —dijo Elizabeth con un toque de impaciencia—. Y bastante persistentemente, debo añadir.

Los labios de Darcy se separaron como si tuviera la intención de hablar, pero no emitió sonido alguno. Finalmente, logró decir:

—Y usted lo rechazó.

—Naturalmente.

—Naturalmente —repitió, casi para sí mismo, y luego sacudió la cabeza como para disipar lo ridículo de la idea—. Perdóneme, señorita Bennet, pero me encuentro completamente atónito.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo Elizabeth con ligereza, aunque su corazón latía inexplicablemente fuerte—. Es, en efecto, una historia asombrosa. Una que preferiría olvidar, si me lo permite.

—Ciertamente —murmuró Darcy, aunque su expresión sugería que estaba lejos de olvidar algo.

—Y así —Elizabeth volvió a la pregunta original que él le había hecho—, una vez que Lord Matlock puso en fuga a Lady Catherine (lo cual fue un espectáculo maravilloso, se lo aseguro), descubrimos que Anne había estado en el carruaje todo el tiempo, casi muriendo de frío. Lord Matlock ordenó que la llevaran a la casa y que Lady Catherine volviera a Kent, donde debo decir, les deseo que disfruten mucho de la compañía mutua con el señor Collins.

Una risa cortante escapó de Darcy, aunque había poco humor en ella. Sacudió la cabeza lentamente.

—No me sorprende ninguna parte de esto, excepto que el señor Collins pensara por un momento que usted sería una esposa adecuada para él. Habría sido un completo desperdicio —dijo al fin, con voz baja pero firme, como si las palabras hubieran sido arrancadas de él después de una gran lucha interna. Dio un paso más cerca de Elizabeth—. Una mujer de su inteligencia, ingenio y espíritu... —Su tono vaciló ligeramente, como si no se atreviera a confiar en sí mismo para continuar—. ¿Casarse con *él*? Es impensable.

Elizabeth parpadeó, momentáneamente desconcertada por la sinceridad en su expresión.

—Gracias por su preocupación, señor Darcy —logró decir con ligereza, aunque su respiración pareció detenerse en algún lugar entre sus costillas y su garganta—. Pero le aseguro que mi rechazo fue hecho sin vacilación y con aún menos arrepentimiento, y completamente apoyado por mi padre, al menos, aunque mi madre tuvo algunas dudas.

—Aun así —respondió él, con la mirada fija en ella con tal intensidad que parecía despojarla de toda su compostura cuidadosamente construida. Sus ojos oscuros escrutaron los de ella, como si buscaran alguna verdad no dicha oculta en su interior. El silencio entre ellos se extendió tenso, frágil como el cristal hilado.

Elizabeth sintió que su corazón daba un vuelco traicionero, una sensación tanto extraña como inoportuna. Se dijo a sí misma que era simplemente el calor del día, o quizás la tensión de una conversación prolongada, lo que causaba el leve mareo que se apoderaba de ella. Seguramente no podía ser *él*. Y sin embargo, había algo en la forma en que la miraba, como si el resto del mundo hubiera dejado de existir...

—Señor Darcy —dijo ella con viveza, el sonido de su propia voz devolviéndola a tierra firme—, si me disculpa, creo que me requieren en otro lugar. —Inclinó la cabeza hacia la figura distante de Lady Matlock, que ahora le hacía señas imperiosas.

—Por supuesto —dijo Darcy, retrocediendo de inmediato, aunque su mirada se demoró un instante más. Inclinó la cabeza en un gesto de respeto, su habitual reserva volviendo como un manto sobre sus hombros—. Que tenga un buen día, señorita Bennet.

—Igualmente, señor Darcy —repitió ella, obligando a sus piernas a alejarse con firmeza a pesar del curioso aleteo en su pecho.



La noche siguiente encontró a Matlock House llena del agradable murmullo de la compañía, ya que el señor y la señora Gardiner se unieron a la reunión para cenar junto con la señorita Bingley y el señor Bingley. Elizabeth estaba particularmente complacida de ver a su tía y su tío, quienes traían consigo su habitual aire de inteligencia y refinamiento. La serena elegancia de la señora Gardiner y el encanto natural del señor Gardiner tenían la virtud de hacer cualquier reunión más agradable. Lord Matlock y el señor Gardiner ya estaban hablando de pesca, y Lady Matlock parecía absolutamente encantada con la señora Gardiner, ambas con las cabezas juntas durante gran parte de la velada.

La única persona que parecía descontenta con las adiciones a la reunión estaba sentada justo frente a Elizabeth. La señorita Bingley lucía una expresión de sorpresa apenas disimulada mientras observaba el elegante vestido de suave seda dorada de la señora Gardiner y los modales refinados del señor Gardiner. Era evidente que Caroline, sin duda esperando algo mucho menos refinado de unos parientes provenientes de Cheapside, se encontraba bastante desconcertada.

—¿Y cómo encuentra la vida en *Cheap*side? —comentó Caroline tras una pausa, con voz melosa pero teñida de suficiente condescendencia como para llamar la atención—. Qué pintoresco debe ser, tan cerca del bullicio del comercio y la industria. Una se pregunta cómo se las arreglan en

medio de tanta... actividad. —Ofreció una sonrisa tensa, inclinando ligeramente la cabeza como si estuviera considerando algún pensamiento caritativo.

—En efecto, puede ser bastante animado —respondió serenamente la señora Gardiner, aparentemente inmune a la pulla de Caroline—. Pero nos va muy bien. No faltan excelentes tiendas ni buena compañía.

—Qué *interesante* —dijo Caroline, estirando las sílabas como si pudieran romperse por el peso de su insinceridad. Miró hacia el señor Darcy, sin duda esperando encontrar un aliado en su desdén, pero él estaba ocupado conversando con el señor Gardiner y pareció no haber oído su comentario.

Elizabeth observaba este intercambio con creciente diversión, aunque mantuvo su expresión cuidadosamente neutral. Era ciertamente raro ver a Caroline Bingley pillada por sorpresa, y más raro aún presenciar cómo sus intentos de sutil desprecio caían tan en saco roto.

—Dígame, señora Gardiner —insistió Caroline, impertérrita—, ¿no le resulta cansado estar tan alejada de la sociedad más refinada? Seguramente debe haber algún inconveniente en...

—En absoluto —interrumpió suavemente la señora Gardiner, con un tono tan suave como la crema—. Nos consideramos afortunados de estar rodeados de tan queridos amigos y familiares. Y, por supuesto, el negocio de mi esposo nos permite el placer de viajar con frecuencia, así que nunca estamos mucho tiempo confinados en un solo lugar.

—Qué encantador —murmuró Caroline, aunque su mandíbula apretada sugería lo contrario. Se quedó en silencio entonces, con los ojos entrecerrados mientras examinaba la habitación. Elizabeth casi podía ver los engranajes girando en su mente, calculando su próximo movimiento.

Y, en efecto, Caroline pronto dirigió su atención a otra parte. Su mirada se posó en el vizconde Highton, cuya admiración por Charlotte Lucas se hacía cada vez más evidente. Charlotte, sentada a su lado, resplandecía con una facilidad y confianza que Elizabeth rara vez había visto en su amiga. El vizconde se inclinó hacia ella, murmurando algo que hizo reír suavemente a Charlotte, con las mejillas sonrojadas de placer.

Los labios de Caroline se tensaron en una línea antes de curvarse en una sonrisa decidida. Si el vizconde aún no había notado sus encantos, parecía resuelta a remediar el descuido. Inclinándose ligeramente hacia adelante, se dirigió a él con su tono más dulce.

—Qué divertido es usted, milord —dijo Caroline con afectación, ladeando la cabeza justo así, con sus pendientes enjoyados brillando a la luz de las velas.

Lady Matlock, sentada cerca, arqueó una ceja, una censura sutil pero devastadora que Caroline pasó por alto completamente en su determinación de mantener la atención del vizconde. Para su

mérito, él respondió con un educado asentimiento y murmuró algo ininteligible antes de volver su atención a Charlotte Lucas, cuyas mejillas brillaban tan rosadas como las rosas bordadas en el dobladillo de su vestido.

—¿No te parece infinitamente divertido —susurró Elizabeth a Darcy, sentado a su lado— cómo algunas personas pueden fallar tan espectacularmente al leer el ambiente de una habitación?

Darcy, que había estado removiendo distraídamente su té, levantó la mirada hacia ella, sus ojos oscuros brillando con diversión no expresada.

—Una deficiencia de observación es un defecto que a menudo he señalado —murmuró, aunque su tono sugería que encontraba la ironía de su propia declaración tan entretenida como Elizabeth.

—Señorita Lucas, debe contarme sus planes para la primavera —dijo el vizconde calurosamente, inclinándose ligeramente hacia Charlotte mientras hablaba. La sinceridad en su voz hizo que Charlotte se sonrojara aún más, su placer era innegable.

—Pobre señorita Bingley —reflexionó Elizabeth en voz baja, observando cómo Caroline se tensaba visiblemente, sus intentos de atraer la atención del vizconde resbalaban sobre él como la lluvia sobre un carruaje bien pulido. Sin desanimarse, Caroline enderezó la espalda y dirigió sus calculadores ojos azules hacia Darcy, su siguiente presa.

—Señor Darcy —comenzó alegremente—. ¡Es usted todo un enigma esta noche! Díganos, ¿qué ocupa sus pensamientos tan intensamente?

—Nada de consecuencia —respondió Darcy con serenidad.

—¡Seguro que no! —insistió Caroline—. Un caballero de su intelecto debe estar siempre ocupado en asuntos de importancia. O quizás —afectó un tono burlón—, ¿está componiendo versos de poesía en secreto? ¿Deberíamos esperar verlo publicado pronto?

—Puede estar tranquila, señorita Bingley, no someteré al mundo a tales horrores —respondió Darcy secamente, con un tono cortés pero distante.

Elizabeth sintió una punzada de lástima por Caroline. Era ciertamente raro ver a la señorita Bingley tan completamente frustrada, y sin embargo, había algo indudablemente incómodo en presenciar su creciente desesperación. Pobre señorita Bingley, pensó. Ni siquiera sus sonrisas más deslumbrantes y sus maniobras más astutas podían penetrar las defensas del señor Darcy.

—Se esfuerza tanto —murmuró Elizabeth cuando la señora Gardiner hizo un comentario al que la señorita Bingley tuvo que atender—. Y sin embargo, con toda su riqueza, elegancia y bello rostro, la señorita Bingley parece singularmente incapaz de hacerse querer.

La mano de Darcy, que había estado descansando ligeramente sobre el brazo de su silla, se crispó casi imperceptiblemente. Se volvió hacia ella completamente, con expresión pensativa.

—Una observación que, debo admitir, también podría aplicarse a mí mismo.

—¿De veras? —preguntó ella, arqueando una ceja mientras encontraba su mirada. No había burla en su tono, solo genuina curiosidad.

—Ciertamente —respondió él, suavizando la voz—. Carezco del feliz don de recomendarme a los desconocidos. Me temo que siempre ha sido así.

—Quizás —concedió Elizabeth, con voz queda ahora—, pero he observado que una vez que decide que un conocido ya no es un extraño, usted es de hecho excelente haciéndose agradable.

Sus ojos oscuros escrutaron los de ella por un momento, y había algo en su expresión —algo no dicho, íntimo— que envió una calidez que se enroscó en su pecho. Ella apartó la mirada rápidamente, fingiendo interés en el servicio de té mientras intentaba recomponerse.

—Ese es ciertamente un gran elogio, señorita Bennet —dijo Darcy después de un momento, con tono sereno, aunque había una riqueza en él que hizo que su pulso se acelerara a pesar de sí misma.

—No deje que se le suba a la cabeza —replicó ella con ligereza, aunque la sonrisa que jugaba en sus labios traicionaba su diversión. Su sonrisa persistió mientras observaba al señor Darcy, cuyas facciones habitualmente compuestas ahora mostraban el más leve atisbo de sorpresa. Sus ojos oscuros, que tan a menudo mantenían un aire de reserva impenetrable, se suavizaron, y por un fugaz momento, pareció casi... vulnerable.

—Señorita Bennet —comenzó él, con voz firme pero más baja de lo que ella jamás la había oído. Sin embargo, antes de que otra palabra pudiera salir de sus labios, un curioso rubor se extendió por su cuello, llegando hasta sus pómulos bien definidos. La visión era tan inesperada, tan totalmente impropia del hombre que una vez la había ofendido con su actitud indiferente, que Elizabeth se encontró conteniendo una risa.

¿El señor Fitzwilliam Darcy, sonrojándose? ¿Quién hubiera pensado que el orgulloso y enigmático caballero era capaz de una reacción tan humana?

—Señor Darcy —dijo ella, incapaz de suprimir el tono burlón en su voz—, ¿se encuentra usted bien? ¿O es que la habitación se ha vuelto excesivamente cálida de repente?

Él se enderezó de inmediato, su postura tan impecable como siempre, aunque su mano se crispó ligeramente a un costado, quizás delatando cierta inquietud interior.

—Le aseguro, señorita Bennet —respondió, con palabras cortantes pero no desagradables—, que gozo de perfecta salud.

—Ah —dijo ella con ligereza, sus ojos brillando de diversión—. Debe ser simplemente el efecto de mis sinceros cumplidos, aunque confieso que no anticipé que pudieran dejarlo sin habla y con

las mejillas sonrosadas.

—¿Sonrosadas? —Le dirigió una mirada incrédula, aunque el color cada vez más intenso en su rostro más bien contradecía su protesta—. Está usted equivocada, señora.

—¿Lo estoy? —Arqueó una ceja, juntando sus manos pulcramente frente a ella—. Quizás, entonces, deberíamos pedir un espejo, para que pueda comprobarlo usted mismo.

Sus labios se entreabrieron, como si fuera a replicar, pero en su lugar, dejó escapar un suave suspiro, algo entre un suspiro y una risa pesarosa.

—Es usted despiadada, señorita Bennet.

—Solo cuando la ocasión lo amerita —respondió ella alegremente—. Y me atrevo a decir que esta es una de esas ocasiones.

Darcy sacudió ligeramente la cabeza, como si tratara de recobrar su compostura dispersa, pero había algo claramente diferente en él ahora. Se había esfumado la máscara austera e inescrutable que tan a menudo llevaba; en su lugar había un hombre vuelto completamente real y notablemente entrañable. Por un momento, Elizabeth se preguntó si alguien más en la habitación lo habría visto alguna vez así, o si de alguna manera ella había tropezado con una parte de él raramente revelada.

—¿Puedo preguntar —dijo finalmente, con voz baja pero firme— qué la impulsa a hablar tan libremente, señorita Bennet? La mayoría no se atrevería. —No había dureza en sus palabras, solo genuina curiosidad.

—Quizás —respondió Elizabeth, inclinando la cabeza pensativamente—, es porque encuentro su compañía mucho menos intimidante de lo que usted parece imaginar.

—¿Menos intimidante? —Repitió las palabras como si fueran totalmente ajenas a él. Luego, para su asombro, su boca se curvó en la más tenue de las sonrisas, pequeña pero innegablemente sincera—. Usted es diferente a cualquier persona que haya conocido.

—Una observación que tomaré como un cumplido —dijo ella con ligereza, aunque su corazón dio un vuelco de una manera que no podía explicar del todo—. Incluso si no fue intencionado como tal.

—Tenga la seguridad, señorita Bennet —su mirada se encontró con la de ella nuevamente, y esta vez había una calidez en ella que hizo que su pulso se acelerara—, de que ciertamente lo fue.

Por una vez, Elizabeth se encontró sin palabras. Pero en lugar de sentirse incómoda por su silencio, se permitió regocijarse en él, pues no era torpe ni forzado sino agradable, cargado de un entendimiento silencioso que ninguno de los dos se atrevía a perturbar.

Sin embargo, el momento fue interrumpido por el sonido de la inconfundible voz de la señorita Bingley que cortó el bullicio de la reunión.

—¡Señor Darcy! Debo tener su opinión sobre este asunto.

—Ah, el deber llama —murmuró Elizabeth entre dientes, con las comisuras de los labios temblando de diversión.

—En efecto —respondió Darcy, aunque su expresión reveló un destello de renuencia—. Si me disculpa, señorita Bennet.

—Por supuesto —dijo Elizabeth con una pequeña reverencia, observando cómo él se giraba para saludar a la señorita Bingley con una cortés indiferencia. Y aunque se alejó con su habitual gracia mesurada, ella no pudo evitar notar el rastro persistente de rubor en sus mejillas, un encantador recordatorio de su intercambio.

Al volverse para unirse a la conversación general, Elizabeth sintió una curiosa ligereza en el pecho, como si algún peso invisible se hubiera desplazado. Quizás, reflexionó, el señor Darcy no era tan inescrutable como deseaba hacer creer al mundo. Quizás, bajo su imponente exterior, yacía un corazón tan vulnerable —y tan capaz de afecto— como cualquier otro.



Capítulo Veinte

LAS MELODÍAS DE UNA animada danza llenaban el aire, entrelazándose con el murmullo de las conversaciones y las ocasionales explosiones de risa que salpicaban el gran salón de baile. El señor Darcy permanecía medio oculto tras una alta columna, con una postura impecable pero una expresión no tanto. Su mirada aguda recorría el torbellino de plumas, sedas y cintas. Suponía que había un orden en aquel caos, aunque a él se le escapaba por completo.

—Tu prima parece estar disfrutando —comentó el coronel Fitzwilliam con sarcasmo, acercándose a él con una copa de clarete en la mano. Su tono mantenía su habitual toque burlón, aunque hizo poco por disipar la preocupación de Darcy.

—¿Anne? —respondió Darcy, entrecerrando ligeramente los ojos al posarse sobre la delicada figura de su prima, Anne de Bourgh, sentada cerca de Lady Matlock. Su cabello dorado pálido estaba arreglado en un intrincado peinado, y su vestido de un elegante tono marfil brillaba tenuemente bajo las arañas. Parecía en todo sentido la heredera de Rosings, un detalle que no había escapado a la atención de los numerosos caballeros que rondaban cerca como polillas atraídas por una llama particularmente esquiva.

—En efecto —dijo el coronel, siguiendo la mirada de Darcy—. Aunque me atrevería a decir que es su fortuna la que ha inspirado tal devoción arrebatadora más que su conversación. No es que los culpe; se ve bastante radiante esta noche.

—Se ve lo suficientemente bien —respondió Darcy secamente, aunque no pudo evitar estar de acuerdo. Liberada de la implacable presencia ceñuda de Lady Catherine, Anne parecía más relajada, y su tímida sonrisa emergía de vez en cuando mientras Lady Matlock la presentaba a otro pretendiente ansioso. Inclinaba la cabeza cortésmente, su suave voz apenas audible por encima del bullicio, pero había una calidez en su comportamiento que sugería que no estaba del todo descontenta con la atención.

—¿Piensas quedarte aquí toda la noche, Darcy, mirando con el ceño fruncido al salón como si te debiera una disculpa? —bromeó el coronel, apoyándose en la columna—. ¿O debo buscarte una pareja de baile?

Darcy le lanzó una mirada fulminante.

—Estoy bastante contento donde estoy, gracias.

—Ah, sí, el contentamiento —dijo el coronel con fingida solemnidad—. Ese estado tan peligroso. A menudo precede al desastre, ¿sabes?

—Tus ocurrencias se vuelven tediosas, primo —murmuró Darcy, aunque sus labios se curvaron ligeramente.

—Solo porque son ciertas —replicó el coronel. Hizo una pausa, tomando un sorbo de su clarete antes de añadir—: Se me ocurre que tu presencia aquí le da a nuestro grupo cierta gravedad. Entre tú, Anne, y mis tíos, nos hemos convertido en todo un faro para los aspirantes sociales. Las damas, en particular, parecen decididas a eclipsarse unas a otras esta noche.

La mirada de Darcy se desvió, casi involuntariamente, hacia el centro del salón de baile, donde los bailarines se movían en elegante sincronía. Entre las figuras vibrantes, una destacaba, con un destello de ojos brillantes y una risa natural que llegó, sin ser invitada, a sus oídos. Elizabeth Bennet.

—Gravedad, dices —murmuró Darcy, forzando su atención de vuelta a Anne. Ahora estaba enfrascada en una conversación con un joven caballero cuyo chaleco era tan llamativo que probablemente podría verse desde el otro lado del Canal. Para su mérito, Anne no parecía ni intimidada ni excesivamente encantada. Darcy sintió una reluctante admiración por su aplomo; se estaba desenvolviendo bastante bien una vez libre de la abrumadora influencia de su madre.

—Hablando de gravedad —continuó el coronel, ajeno al momentáneo lapso de Darcy—, ¿crees que la tía Catherine se disgustará al saber que Anne se ha convertido en la sensación de la temporada? ¿O simplemente se atribuirá el mérito?

—Sin duda lo segundo —respondió Darcy con sequedad, provocando una carcajada de su primo.

—Bueno, al menos alguien se está divirtiendo —dijo el coronel, señalando intencionadamente hacia Anne, que ahora parecía estar recibiendo otra presentación—. Si no otra cosa, esta velada promete ser entretenida.

—Entretenida —repitió Darcy en voz baja, aunque sus pensamientos estaban menos centrados en los triunfos sociales de su prima y más en el baile que acababa de comenzar.

Elizabeth Bennet, *su* Elizabeth, aunque sin duda ella arquearía una ceja ante tal pensamiento posesivo, estaba bailando. Sus movimientos eran gráciles pero naturales, su risa ligera y

efervescente. Su pareja no era otro que el Marqués de Marbury, heredero del Duque de Tremont, cuyo linaje era tan ilustre que prácticamente relucía a la luz de las velas.

La mandíbula de Darcy se tensó.

—Entretenida, ciertamente —dijo el coronel Fitzwilliam contemplativamente—. Si me permites decirlo, tienes la expresión de un hombre que está contemplando o un duelo o una declaración. ¿Cuál de las dos?

—Ninguna —dijo Darcy con brusquedad, aunque las palabras le supieron falsas incluso a él. La perspicacia de su primo era, como de costumbre, inconveniente.

—Bueno, sea lo que sea que decidas, te sugiero que hagas tu movimiento pronto —dijo Fitzwilliam, cruzando los brazos y apoyándose perezosamente contra una columna cercana—. Marbury la ha estado monopolizando durante la mayor parte de la velada, y por lo que parece, está bastante encantado con ella.

—Monopolizando —repitió Darcy, la palabra atascándose en su garganta como una espina.

—Sí, monopolizando. Ya sabes, eso que podrías haber hecho tú mismo si no hubieras pasado la velada fulminando con la mirada a cualquiera que se acercara a cinco pies de ella. —El coronel le dio una palmada en el hombro a Darcy, con una sonrisa irritantemente amplia—. Vamos, hombre, no me digas que tienes miedo de un poco de competencia.

—¿Miedo? En absoluto —dijo Darcy, apartando la mano con una frialdad que desmentía el tumulto interior. Pero sus ojos le traicionaron una vez más, siguiendo a Elizabeth mientras ejecutaba un giro perfecto, sus rizos rebotando con cada paso. El marqués se inclinó para murmurar algo, y Elizabeth rio, un sonido que golpeó a Darcy con la fuerza de un golpe bien dirigido.

—Quizás tengas razón —murmuró Darcy, casi para sí mismo.

—¿Razón sobre qué? —preguntó Fitzwilliam, pareciendo intrigado.

—Que debería hacer mi movimiento —respondió Darcy, su voz afirmándose con resolución. Si Marbury pensaba encantar a Elizabeth Bennet con su título y modales fáciles, se llevaría una amarga decepción. Elizabeth merecía sinceridad, pasión; alguien que la viera por quien realmente era, no como un premio a ganar.

—¡Ja! ¡Ahora estamos hablando! —exclamó el coronel, levantando su copa en un saludo burlón —. Buena suerte, primo. Aunque sospecho que necesitarás más que suerte con esa.

Darcy le ignoró, ya planeando el curso de acción que se avecinaba. Mañana por la mañana, la visitaría. Pero no meramente para intercambiar cortesías o participar en trivialidades educadas.

No, mañana expondría sus intenciones, sus sentimientos, una perspectiva tan emocionante como aterradora en igual medida.

—La suerte no tiene nada que ver con esto —murmuró Darcy, aunque apenas sabía si se lo decía a sí mismo o a su primo. Su mirada permaneció fija en Elizabeth mientras ella bailaba, con su sonrisa radiante y su espíritu irrefrenable. Cualquier duda que persistiera en su mente no era rival para la certeza que ahora echaba raíces en su corazón.

Mañana, le propondría matrimonio.



Darcy subió a grandes zancadas los escalones de Matlock House, sus botas resonando contra la piedra pulida. Un viento fresco de la mañana tiraba de su abrigo, pero no le prestó atención. Sus pensamientos estaban fijos en una sola cosa. Ya no podía pasar un día más sin proponerle matrimonio a Elizabeth Bennet. Hoy se presentaría ante ella, le ofrecería su mano y esperaría que ella lo mirara con algo más amable que desdén o, peor aún, indiferencia.

Pero cuando el lacayo lo admitió en el gran vestíbulo, Darcy sintió inmediatamente que algo no andaba bien. El habitual murmullo de conversación y risas que acompañaba las mañanas de las damas Matlock estaba notablemente ausente. En su lugar, un silencio tenso flotaba en el aire, roto solo por el sonido ahogado de voces, ¿o eran sollozos?, que provenían del salón. Dudó solo un momento antes de cruzar el umbral. Allí, sola junto a la ventana, estaba Elizabeth, de espaldas a él. Sujetaba un trozo de papel arrugado en una mano, mientras que la otra presionaba firmemente contra su boca como para ahogar las lágrimas que amenazaban con derramarse. Sus rizos oscuros caían sueltos alrededor de su rostro, y su figura, normalmente tan erguida, parecía tensa y rígida, como si se mantuviera unida solo por pura fuerza de voluntad.

—Señorita Elizabeth —comenzó Darcy suavemente, dando un paso adelante, su preocupación inconfundible.

Elizabeth se dio la vuelta, sobresaltada, y por un instante, sus ojos se encontraron con los de él. Pero no eran los ojos vivaces y juguetones que tanto adoraba; estaban enrojecidos y rebosantes de angustia. Rápidamente se limpió la mejilla con el dorso de la mano, como avergonzada de ser sorprendida en un estado tan vulnerable, antes de mirar al suelo.

—Señor Darcy —dijo ella, con voz irregular—. Perdóneme. No le oí ser anunciado.

—Le ruego que no se preocupe por mí. —Hizo una pausa, observando su apariencia desaliñada y la carta que aún temblaba en su mano—. Está usted angustiada. ¿Ha ocurrido algo?

Elizabeth dejó escapar una risa amarga y sin alegría.

—Sí, señor Darcy, ciertamente ha ocurrido algo. Algo terrible, necio y completamente mortificante. —Se interrumpió, sacudiendo la cabeza como si el peso de sus emociones amenazara con abrumarla.

—¿Quizás pueda ser de ayuda? —se aventuró Darcy, aunque interiormente se acobardaba. Apenas era hábil ofreciendo consuelo, particularmente cuando se trataba de asuntos de tal visible angustia. Aun así, la visión de su sufrimiento despertó algo profundo dentro de él, un impulso feroz de protegerla de cualquier dolor que se hubiera apoderado de ella.

Elizabeth lo miró por un momento, como debatiendo si compartir la carga de sus noticias. Finalmente, exhaló con fuerza.

—No hay forma de ocultarlo; y me atrevo a decir que usted tiene tanto derecho como cualquiera a saberlo. Mi hermana menor, Lydia, fue sorprendida ayer en una situación comprometedora con el señor Wickham.

El nombre cayó entre ellos como una piedra en un estanque, las ondas expandiéndose como escalofríos de horror por la espina dorsal de Darcy.

—Ese canalla —murmuró entre dientes, apretando la mandíbula. De alguna manera, se obligó a mantener la compostura por el bien de Elizabeth—. Señorita Bennet, yo...

—¡Es una muchacha tonta e irreflexiva! —exclamó Elizabeth, girándose bruscamente y paseando por la habitación con pasos agitados—. ¡Imprudente más allá de toda razón! Cómo pudo... —Sus palabras flaquearon y se presionó las sienes como si quisiera contener la tormenta que se gestaba en su interior—. Se lo dije. Le advertí una y otra vez que se encaminaría hacia el desastre, pero no quiso escuchar. Y ahora, ¡ahora lo ha arruinado todo!

—Seguramente no todo —intervino Darcy con suavidad, aunque su corazón se hundió al oír la desesperación en su tono.

—¿No lo ve? —exclamó, volviéndose hacia él—. Esta... esta locura suya nos manchará a todos. Mis hermanas, mis padres; serán objeto de burla y escarnio durante años. ¿Quién querrá emparentar con una familia así ahora? Y la pobre Jane... —Su voz se quebró y se cubrió el rostro con las manos—. Esto le romperá el corazón.

—No puede culparse por las acciones de su hermana. Ni puede cargar sola con el peso de sus consecuencias. Su padre...

—Está fuera de sí —interrumpió Elizabeth, bajando las manos para revelar un rostro surcado de lágrimas frescas—. Si Wickham no se casa con ella...

—Wickham debe responder por su conducta —dijo Darcy con decisión, sorprendiéndose incluso a sí mismo por la intensidad de su convicción—. Este asunto puede y será resuelto, señorita Bennet. Le doy mi palabra.

Elizabeth lo miró fijamente, con los ojos abiertos de incredulidad. Por un momento, ninguno habló, el silencio cargado entre ellos roto solo por el leve susurro de las cortinas con la brisa. Finalmente, logró decir:

—¿Por qué se... —Se detuvo, escrutando su rostro como si intentara descifrar sus motivos—. ¿Por qué se involucraría en esto?

—Porque es lo correcto —respondió Darcy simplemente, aunque la verdad era mucho más profunda de lo que se atrevía a admitir. *Porque te amo*, quería decir. *Porque tu felicidad vale cualquier esfuerzo, cualquier costo*. Pero no era el momento para tales confesiones. No cuando su mundo se desmoronaba ante sus propios ojos.

—Gracias —susurró Elizabeth al fin, con voz apenas audible. No era la respuesta que él había esperado obtener de ella esa mañana, pero en ese momento, era suficiente.

Ella enderezó los hombros, levantando la barbilla.

—Lord y Lady Matlock se han ofrecido a llevarnos a Jane y a mí a casa de inmediato; partimos esta tarde.

—Y yo iré con ustedes. —Debería hablar primero con Lord Matlock, pensó, y luego volver a casa para hacer rápidamente el equipaje e informar a Georgiana adónde iba. Hizo una mueca al pensar en darle la noticia, pero no permitiría que oyera el nombre de Wickham de otros labios que no fueran los suyos.

Elizabeth pareció agradecida, antes de decir que debía ir a terminar de hacer su equipaje, y Darcy hizo una reverencia cuando ella salió de la habitación. El peso de sus pensamientos lo oprimía, cada paso hacía eco del estribillo de su culpa mientras se dirigía al estudio de Lord Matlock. Debería haberlo previsto. Debería haberlo *sabido*.

—Ah, Darcy —lo saludó Lord Matlock sin levantar la vista, con sus ojos perspicaces fijos en un documento extendido frente a él sobre la mesa de caoba—. Pareces como si hubieras estado luchando con el mismísimo Cerbero. Supongo que te has enterado de la noticia sobre Wickham y la menor de las Bennet.

—Lo he hecho —dijo Darcy abruptamente. Cerró la puerta tras de sí y cruzó la habitación, parándose frente a su tío con las manos entrelazadas detrás de la espalda, sintiéndose como si

estuviera de vuelta en Eton, presentándose ante el director para ser juzgado por alguna transgresión—. Ha habido... —hizo una pausa, recomponiéndose—. *Yo* he cometido un error de juicio.

—¿En serio? —Lord Matlock se reclinó, juntó las puntas de los dedos bajo su barbilla y sacudió la cabeza lentamente—. El canalla realmente se ha superado esta vez, y aun así no logro ver cómo esto es *tu* error, Fitzwilliam, a menos que de alguna manera hayas estado involucrado en orquestar su encuentro amoroso, lo cual parece improbable incluso para ti.

—Si hubiera sido más vigilante, esto podría haberse evitado —dijo Darcy con gravedad, paseando por la habitación. La alfombra finamente tejida hacía poco por amortiguar la agitación en su paso—. Cuando intervine en Hertfordshire informando al coronel Forster sobre los hábitos pasados de Wickham, me aseguré de que Wickham no tuviera más acceso a sus distracciones habituales: deudas de juego, acreedores, tabernas que le extenderían crédito, pero no logré anticipar su siguiente movimiento. Cuando el compromiso de la señorita Bennet con Bingley se hizo público, Wickham habría comprendido que había riqueza que obtener de ellos. Y la señorita Lydia... —Se detuvo en seco, su mano apretándose en un puño—. Lydia era vulnerable. Resentía haber sido enviada a la escuela y ansiaba atención: un objetivo perfecto para sus manipulaciones.

—Cobarde oportunista —murmuró Lord Matlock, alcanzando una licorera de cristal en el aparador cercano. Sirvió dos copas de brandy, aunque apenas era mediodía, y deslizó una a través de la mesa hacia Darcy—. ¿Y qué, precisamente, propones que hagamos al respecto ahora, aparte de maldecir a Wickham hasta el olvido?

—Rectificar mi error —dijo Darcy con firmeza, aunque aceptó la copa con un leve asentimiento de agradecimiento. La sostuvo sin tocarla, mirando fijamente el líquido ámbar como si contuviera la solución a todas sus penas—. Debería haberle pagado para que abandonara Meryton por completo. Cualquiera que hubiera sido el costo, habría valido la pena para evitar... —Se interrumpió, con la garganta apretada por el peso de todo lo que quedaba sin decir.

—Fitzwilliam —dijo el conde después de un momento, con un tono más suave pero no menos autoritario—. No puedes responsabilizarte por cada fechoría cometida por ese miserable. Has hecho más de lo que la mayoría haría en circunstancias similares. Dime con franqueza: ¿te culpas porque crees que no actuaste, o porque sospechas que la señorita Elizabeth Bennet podría hacerlo?

Darcy se tensó, apretando su agarre alrededor de la copa. —Le di mi palabra de que resolvería este asunto —dijo en voz baja—. Y lo haré. Eso es todo lo que importa.

—¿Lo es? —Lord Matlock arqueó una ceja plateada, dejando su propia copa con cuidado deliberado—. Muy bien, entonces. Consideremos los aspectos prácticos de tu plan, tal como es. ¿Cómo exactamente pretendes "resolver" este asunto? ¿Cabalgando hacia Hertfordshire como un caballero andante y desafiando a Wickham a un duelo al amanecer?

—Si llega a eso —dijo Darcy sombríamente—, entonces sí.

—Espléndido. Alertaré a los periódicos. —Lord Matlock suspiró y se levantó de su silla, moviéndose para pararse junto a su sobrino. Colocando una mano firme sobre el hombro de Darcy, añadió—: Escúchame, Fitzwilliam. No estás solo en esto. Lo que sea que haya que hacer, lo haremos juntos. Pero presta atención a mis palabras: esto no es tu culpa. *Nosotros* intervenimos en Hertfordshire, no solo tú, y yo estuve de acuerdo con el plan, si lo recuerdas, así que cualquier culpa que haya que repartir no es solo tuya en todo caso. ¿Lo entiendes?

Darcy inclinó la cabeza, aunque el peso de su culpa seguía siendo tan grande como siempre. —Gracias, tío.

—No me lo agradezcas todavía —dijo el conde, con un destello de diversión seca volviendo a sus ojos—. No hasta que hayamos sobrevivido al escándalo que se avecina. Ahora, termina tu bebida y discutamos la estrategia. Después de todo —hizo un gesto hacia la puerta con una leve sonrisa—, las damas no esperarán menos que heroicidades de nuestra parte, ¿y quiénes somos nosotros para decepcionarlas?

No estaba solo. Darcy respiró hondo y tomó un sorbo de brandy. —Muy bien, tío. ¿Cuál sugieres que sea nuestro primer movimiento?

—¿Podría Anne quedarse con Georgiana, mientras Margaret y yo llevamos a las señoritas Bennet a casa?

—¿Anne? —Darcy parpadeó, momentáneamente desconcertado—. ¿Con Georgiana?

—¿Por qué no? —Lord Matlock se encogió de hombros—. Son primas, después de todo, y me atrevo a decir que a Anne le vendría bien el cambio de aires. Además —le lanzó una mirada significativa a Darcy—, no tendrás tiempo para entretenerla tú mismo, con tus planes de "arreglar cuentas con Wickham", como tan pintorescamente lo has expresado.

—Por supuesto —asintió Darcy, recuperándose rápidamente—. Georgiana estará encantada de hospedar a Anne. Y tengo la intención de acompañarlos a Hertfordshire. Este asunto requiere acción inmediata, y no lo dejaré al azar.

—Naturalmente —dijo Lord Matlock con sequedad, aunque hubo un destello de aprobación en su expresión—. Nunca imaginé que te quedarías sentado mientras otros tomaban las riendas.

Muy bien, está decidido. —Juntó las manos una vez, de manera decisiva—. Ahora, vete. Imagino que querrás hacer tus arreglos sin demora.



Darcy iba de camino a casa cuando de repente se le ocurrió que Bingley podría no conocer aún las noticias. Llamando a su cochero, hizo un desvío a la residencia de los Bingley en la ciudad, encontrando a su amigo disfrutando de un refrigerio en solitario esplendor, sus hermanas fuera de compras, por lo cual Darcy agradeció a la Providencia.

—¡Darcy! —exclamó Bingley, levantándose de su silla con una amplia sonrisa que flaqueó solo ligeramente al notar la expresión sombría de su amigo—. Cielos, pareces no haber pegado ojo. ¿Ocurre algo malo?

—Mucho anda mal —respondió Darcy con gravedad, quitándose los guantes y guardándolos en su bolsillo—. ¿Has sido informado del reciente... desagradable incidente que involucra al señor Wickham y a la señorita Lydia Bennet?

—En efecto, lo he sido —dijo Bingley, frunciendo el ceño mientras hacía un gesto a Darcy para que se sentara—. La pobre Jane me escribió una nota esta mañana; está deshecha de preocupación por su hermana y su familia. Pero dime, ¿qué noticias hay? ¿Ha habido alguna resolución?

—Aún no —admitió Darcy, sentándose con un suspiro cansado—. Pero se están tomando medidas. He venido a solicitar tu ayuda, si estás dispuesto.

—Darcy, no tienes ni que pedirlo —dijo Bingley con sinceridad, inclinándose hacia adelante—. Lo que sea necesario, puedes contar conmigo.

—Gracias —dijo Darcy con sinceridad—. Tengo la intención de viajar a Hertfordshire de inmediato. Lord y Lady Matlock llevarán a la señorita Bennet y a la señorita Elizabeth a Longbourn, mientras yo me propongo tratar directamente con Wickham. Sin embargo —su mirada se agudizó—, el asunto del alojamiento presenta un desafío. Longbourn no puede posiblemente albergar a tantos visitantes, y no quisiera imponer más tensión al hogar de los Bennet en medio de tales dificultades.

—No digas más —interrumpió Bingley, enderezándose con repentino entusiasmo—. Netherfield está a tu disposición.

—¿Estás seguro? —preguntó Darcy, aunque ya sospechaba la respuesta.

—¡Por supuesto! —Bingley sonrió, aunque su expresión se tornó pesarosa—. Iré contigo. Preferiría estar allí para consolar a mi querida Jane y ofrecer toda la ayuda que pueda. Aunque me temo que Caroline estará menos que complacida con el arreglo —rio con ironía—. De hecho, me atrevería a decir que podría aprovechar la oportunidad para quedarse en Londres. Lo cual, a decir verdad, quizás sea lo mejor.

—Sin duda —dijo Darcy secamente, incapaz de reprimir una sonrisa burlona.

—Aun así —la expresión de Bingley se suavizó—, ningún escándalo, por grande que sea, podría disuadirme de casarme con Jane. Cualesquiera sean las tormentas que nos aguarden, las afrontaré con gusto, siempre que ella esté a mi lado.

—Hablas como un verdadero romántico —comentó Darcy, aunque era innegable el tono de respeto en su voz.

—Bueno —rio Bingley, levantándose para servirles a ambos una copa de vino—, alguien debe equilibrar tu sombría practicidad, viejo amigo.

—La practicidad dicta que deberías empezar a hacer las maletas —señaló Darcy—. Necesitamos partir en menos de una hora.

—¡No se diga más! —Bingley se puso de pie de un salto, llamando ya a sus sirvientes, y Darcy no pudo contener del todo una sonrisa, a pesar de su sombrío estado de ánimo. Incluso ante el desastre, el ánimo de Bingley era irrefrenable.



—Justo a tiempo —se oyó una voz serena detrás de él cuando el carruaje de Darcy se detuvo frente a Matlock House una hora más tarde, parando junto al carruaje de los Matlock, en el que Lady Matlock estaba subiendo. Darcy se giró para ver a su primo James descendiendo los escalones delanteros con gracia pausada, una bolsa de cuero colgada al hombro. Sin preámbulos ni explicaciones, James pasó junto a Darcy y subió a su carruaje, sus movimientos silenciosos pero decididos.

—Buenas tardes a ti también —murmuró Darcy con sequedad, arqueando una ceja ante la actitud taciturna de su primo. Pero no hubo más respuesta que el leve crujido de los muelles del carruaje mientras James se acomodaba en el interior.

Darcy vislumbró a Charlotte Lucas subiendo al carruaje de los Matlock con mesurada compostura. Se movía con toda la elegancia de una mujer que hacía mucho tiempo había hecho

las paces con las expectativas que la sociedad tenía de ella, y quizás, al hacerlo, las había superado. Era un rasgo que Darcy no podía evitar admirar, aunque sabía que Elizabeth encontraría alguna manera de describirlo con mayor elocuencia.

—La señorita Lucas parece estar viajando con tus padres —observó Darcy en voz alta, con un tono teñido de curiosidad y algo cercano a la diversión. Su mirada volvió a James, cuya expresión permanecía inescrutable, aunque el más leve tic en sus labios sugería que había oído el comentario.

—En efecto —respondió James simplemente, acomodándose más en su asiento. Sus serenos ojos castaños no revelaban nada, pero Darcy sospechaba que había una historia oculta bajo el exterior compuesto de su primo; una que James, fiel a su estilo, no tenía intención de compartir sin un considerable estímulo.

—Mujeres extraordinarias, estas damas de Hertfordshire —dijo Darcy al fin, permitiendo que una pequeña sonrisa tirara de las comisuras de su boca—. Uno casi podría considerarlo una coincidencia, de no ser por su asombrosa habilidad para atraer la atención dondequiera que vayan.

James encontró la mirada de su primo, su propia sonrisa sutil pero inconfundible. No dijo nada, pero la mirada que intercambiaron hablaba por sí sola; un reconocimiento silencioso de la verdad tras la broma de Darcy, y quizás un mutuo reconocimiento de cuán profundamente tales mujeres ya habían alterado el curso de sus vidas.

Darcy se reclinó en su asiento mientras los dos carruajes se ponían en marcha, sus pensamientos derivando inevitablemente hacia Elizabeth. Aunque mantenía una expresión cuidadosamente neutral, su mente estaba lejos de estar tranquila. El recuerdo de su rostro surcado de lágrimas, sus manos temblorosas aferrando aquella maldita carta de su padre, aún lo atormentaba. Se había propuesto actuar, corregir las cosas donde otros habían fallado, pero por primera vez en años, se encontraba cuestionando si incluso su formidable determinación sería suficiente.

—Bueno —dijo después de un momento, rompiendo el silencio con un toque de ligereza—, supongo que pronto tendremos amplia oportunidad de poner a prueba los encantos de Hertfordshire nuevamente.

James inclinó la cabeza muy levemente, su expresión indescifrable salvo por el tenue destello de comprensión en sus ojos. Y así continuaron su camino, los hermanos de armas de una campaña de lo más singular, unidos por el deber, la lealtad y —aunque ninguno se atrevía a admitirlo en voz alta— los caprichos impredecibles del corazón.



Capítulo Veintiuno

EL CARRUAJE TRAQUETEABA POR el camino desgastado, el paisaje desplegándose en un mosaico de campos invernales marrones y setos. Elizabeth estaba sentada con las manos enguantadas fuertemente entrelazadas en su regazo. A su lado, Jane lucía una expresión pensativa, aunque ocasionalmente miraba hacia su compañera de viaje de más edad, Lady Matlock, cuya regia compostura parecía impermeable a la tensión que flotaba en el aire como el cielo nublado.

Cuando el carruaje se detuvo en Lucas Lodge, Charlotte descendió con su habitual calma, ofreciendo cortesías de despedida con toda la gracia de una mujer acostumbrada a manejar situaciones incómodas. Elizabeth se despidió de su amiga con una sonrisa tensa, su propio ánimo apagado por la sombría perspectiva de lo que les esperaba en Longbourn.

—No te preocupes, Elizabeth —dijo Lady Matlock cuando reanudaron su viaje, su tono brusco pero no unkind—. Asuntos como estos se manejan mejor con la cabeza fría y mano firme. Tu familia se recuperará; es solo cuestión de tiempo y fortaleza.

—Tiempo y fortaleza —repitió Elizabeth en voz baja, las palabras sabiendo amargas a pesar de su sensato sonido. Volvió su mirada hacia la ventana, reacia a traicionar sus dudas, incluso mientras su mente se agitaba con pensamientos de mal augurio.

Pronto Longbourn apareció a la vista, su fachada familiar ofreciendo poco consuelo. Cuando el carruaje se detuvo, Elizabeth se preparó, bajando con la compostura de alguien determinada a enfrentar la calamidad de frente. La puerta se abrió de golpe antes de que hubieran llegado al umbral, revelando a Lydia, quien estaba de pie en la entrada con la barbilla desafiante y una expresión de suprema despreocupación plasmada en su rostro.

—¡Vaya, por fin habéis vuelto! —declaró Lydia, su voz cargada de la despreocupada alegría de alguien completamente inconsciente, o quizás deliberadamente ignorante, de la tormenta que

había desatado—. Espero que hayáis traído algo interesante con vosotras. Ha sido intolerablemente aburrido aquí sin un poco de emoción.

—¿Emoción? —repitió Elizabeth, arqueando la ceja tan bruscamente que podría haber cortado vidrio—. Supongo que sería irrazonable esperar remordimiento de tu parte, Lydia, pero ¿debes agravar tu locura con frivolidad?

—¿Locura? —se burló Lydia, echando sus rizos sobre el hombro—. De verdad, Lizzy, le das demasiada importancia a las cosas. Nadie se preocupa ni la mitad de lo que tú crees. —Añadió esto con el aire de alguien que entrega una profunda verdad, totalmente ajena a la catástrofe que sus acciones habían causado en la reputación de su familia.

—¡Esa muchacha! —murmuró Lady Matlock entre dientes, entrecerrando sus ojos agudos. Con un gesto rápido, hizo señas a Jane para que la siguiera mientras pasaba junto a Lydia y entraba en la casa—. La señora Bennet requerirá toda nuestra atención. Venid, muchachas, debemos atenderla de inmediato.

Elizabeth vaciló, su mirada se detuvo en Lydia con una mezcla de incredulidad y exasperación. —Puede que aún aprendas, Lydia —dijo en voz baja—, que las acciones tienen consecuencias, y algunas no se pueden disipar con risas. —Con eso, siguió a Lady Matlock adentro, dejando a Lydia haciendo pucheros en la entrada.

Una vez dentro, la escena que les recibió no fue menos desalentadora. La señora Bennet estaba sentada en el salón, secándose los ojos con un pañuelo de encaje y lamentándose en voz alta sobre la ruina de sus hijas; una actuación que se volvía más operística con cada momento que pasaba. Lady Matlock no perdió tiempo en tomar el mando, sentándose junto a la señora Bennet y hablándole en tonos tranquilizadores que no admitían discusión. Jane, siempre la hija obediente, se arrodilló al lado de su madre, prestando su silenciosa fuerza al esfuerzo.

—Elizabeth, querida, ¿podrías...? —comenzó Lady Matlock, pero Elizabeth ya había anticipado la petición. Asintió, excusándose del salón justo cuando el segundo carruaje llegó y desembarcó a los caballeros.

—Ah, aquí estás —dijo el señor Bennet, su tono seco pero cargado de cansancio.

—Papá... —comenzó Elizabeth, pero él levantó una mano para detenerla.

—Habrá tiempo suficiente para recriminaciones más tarde, Lizzy. Soy muy consciente de que mi laxa crianza ha llevado a esta presente calamidad, pero por ahora, te ruego que me permitas consultar con estos buenos caballeros sobre una manera en la que posiblemente podamos salir de esto.

Hizo un gesto a los caballeros para que lo siguieran a su estudio, cerrando la puerta firmemente tras ellos.

Elizabeth se quedó sola en el pasillo ahora, el sonido de voces amortiguadas emanando tanto del salón como del estudio. Por un fugaz momento, se permitió apoyarse contra la pared, cerrando los ojos mientras la enormidad de la situación la abrumaba. Luego, con una respiración profunda y levantando la barbilla, se enderezó y se dirigió hacia la puerta que conducía a las cocinas. Había que servir té, y quizás una o dos cucharadas generosas de brandy en él podrían ayudar a calmar un poco los nervios de la señora Bennet.

Pasó más de una hora antes de que la puerta del estudio se abriera de nuevo, liberando al señor Bennet y sus tres compañeros al pasillo. Sus rostros estaban graves, aunque no alarmantemente, y ella sintió que se le cortaba la respiración cuando la mirada de Darcy buscó inmediatamente la suya. Había salido del salón de nuevo, incapaz de permanecer quieta, necesitando saber qué acciones se iban a tomar.

—Señorita Elizabeth —dijo Darcy suavemente, acercándose con pasos medidos que parecían resonar contra el suelo de madera. Su voz, baja y firme, contenía una promesa silenciosa, aunque le dolía no poder creerla completamente. Deteniéndose justo frente a ella, alcanzó su mano; una acción tan deliberada que envió una inesperada calidez a través de ella. El agarre de su mano alrededor de la suya era firme pero gentil, su piel fresca contra la de ella.

—No se preocupe —murmuró, sus ojos oscuros sosteniendo los de ella con una intensidad que hacía imposible apartar la mirada—. Todo se resolverá.

Por un momento, el tiempo pareció suspendido, el peso de sus palabras colgando entre ellos como un hilo fino esperando ser probado. Luego, como si sintiera la enormidad de lo que había quedado sin decir, Darcy soltó su mano y dio un paso atrás, su expresión ilegible una vez más. Inclinó brevemente la cabeza antes de seguir a Bingley, al vizconde Highton y a Lord Matlock fuera de la casa, dejando a Elizabeth inmóvil, su corazón inexplicablemente más pesado de lo que había estado momentos antes.

—¿Resuelto? —susurró para sí misma, su voz apenas audible entre el suave crujido de los tablones del suelo al asentarse. ¿Cómo podría resolverse semejante cosa? Sus pensamientos giraban como hojas de otoño atrapadas en una ráfaga repentina, cada uno más inquietante que el anterior. Sí, Jane estaría a salvo; la devoción de Bingley dejaba poco lugar a dudas en ese aspecto. Su alegre determinación de hacer lo correcto por su hermana brillaba con más fuerza en cada interacción, y Elizabeth no podía imaginarlo retrocediendo ahora, incluso bajo la sombra de la deshonra.

Pero luego estaba Lydia. La insensata e imprudente Lydia, cuyas acciones habían puesto a toda la familia en peligro. Elizabeth se estremeció al recordar la confesión anterior de su madre, entregada entre sollozos y lamentaciones. —¡Encontrada en la *habitación* de Wickham! —había gritado la señora Bennet, su voz elevándose a un tono que amenazaba con agrietar los propios cristales. No podía haber malentendido en la implicación, y peor aún, no había forma de ocultar la verdad. Un escándalo tan desenfrenado no podía simplemente barrerse bajo la alfombra; todo Meryton lo sabría ya.

—Arruinadas —murmuró Elizabeth, su tono amargo a pesar de sus esfuerzos por mantener la compostura. No era solo Lydia quien soportaba el peso de este desastre; eran todas ellas, las hermanas Bennet restantes, sus futuros manchados por asociación. ¿Quién miraría dos veces a Mary, o a Kitty, o incluso a ella misma, sabiendo la vergüenza que se adhería a su nombre como un invitado indeseado?

Sin embargo, incluso cuando la desesperación amenazaba con abrumarla, las palabras de despedida de Darcy persistían en su mente, su sinceridad a la vez reconfortante y enloquecedora. Todo se resolverá.

—¿Cómo? —preguntó en voz alta, pero no llegó respuesta. La casa había quedado en silencio por fin; Lady Matlock y Jane habían persuadido a la señora Bennet de subir, Lydia se había retirado a su habitación cuando nadie quiso escuchar sus alardes, el señor Bennet estaba recluido en su estudio y Mary no se encontraba por ninguna parte.

—Bien —Elizabeth cuadró los hombros. Kitty estaba sentada acurrucada en la esquina del sofá en el salón, su cuaderno de dibujo abandonado en su regazo mientras miraba melancólicamente por la ventana. La visión encendió un destello de irritación en Elizabeth. Cómo alguien podía encontrar el ocio para soñar despierto en medio de tal caos escapaba completamente a su comprensión.

—Kitty —comenzó Elizabeth, su tono lo suficientemente brusco como para alejar la atención de su hermana del cielo gris y sombrío—. Debo preguntarte algo, y requiero una respuesta honesta.

—¿Qué sucede ahora? —respondió Kitty, con un suspiro que era a la vez cansado y defensivo, aunque sus dedos jugueteaban con su lápiz descuidado, una señal segura de culpabilidad si Elizabeth alguna vez vio una.

—No te hagas la tímida conmigo —dijo Elizabeth, sentándose junto a su hermana y juntando firmemente sus manos—. ¿Qué sabes de las aventuras de Lydia? Siempre has sido su confidente; seguramente notaste algo extraño, ¿no?

—¿Notar algo? —repitió Kitty, parpadeando hacia ella como si la pregunta fuera absurda—. ¿Cómo iba a notar algo? Lydia apenas me ha hablado últimamente, desde que dije que pensaba que quizás sería bastante agradable ir a la escuela. Simplemente salía por su cuenta. Supuse que se estaba reuniendo con Maria o algo así, y, para ser franca, no me importaba. Era pacífico sin ella parloteando sin cesar.

—¡Pacífico! —repitió Elizabeth, su voz elevándose a pesar de sí misma—. Kitty, ¡podrías haber adivinado que tal comportamiento inusual merecía preocupación!

—¿Por qué debería hacerlo? —replicó Kitty, irritada por el reproche de su hermana—. Lydia siempre ha hecho lo que le ha dado la gana, sin importarle la aprobación de nadie. Y además —su tono se volvió ligeramente agraviado—, yo tenía mis propios asuntos en los que pensar. Me estaba preparando para la escuela, ¿sabes? Y la verdad es que lo estaba esperando con ilusión.

—Bueno, perdona por interrumpir tus aspiraciones académicas —dijo Elizabeth con un toque de sarcasmo—, pero mientras tú soñabas con libros y lecciones, nuestra familia estaba al borde de la ruina. La desgracia de Lydia es ahora la de todos nosotros, lo merezcamos o no.

El labio inferior de Kitty tembló ligeramente, y Elizabeth se arrepintió de inmediato de su dureza. Por muy exasperante que fuera la falta de previsión de Kitty, culparla ahora no serviría de nada.

—No importa —suspiró Elizabeth, poniéndose de pie y alisando su falda—. Lo hecho, hecho está. Esperemos que los planes que estén tramando los caballeros logren mitigar en algo este desastre.

Pero mientras paseaba por el salón hasta bien entrada la mañana siguiente, Elizabeth sentía que sus esperanzas se desvanecían con cada hora que pasaba. No había llegado noticia alguna de Darcy o Lord Matlock, y Lady Matlock no había vuelto hoy. El señor Bennet ni siquiera les hablaba, y había salido muy temprano esa mañana a quién sabe qué recado. Incluso Jane, que solía ser la viva imagen de la calma y la compostura, había empezado a hacer nudos con su pañuelo, y sus miradas ansiosas hacia la puerta reflejaban las de Elizabeth. Kitty y Mary estaban sentadas en silencio en el sofá, ambas demasiado agitadas incluso para intentar leer o bordar; Lydia había sido finalmente confinada en su habitación. La señora Bennet había ordenado a Hill que cerrara la puerta con llave cuando Lydia amenazó repetidamente con huir con Wickham. Lydia había gritado y golpeado su puerta durante la mitad de la noche anterior, pero afortunadamente al fin había guardado silencio.

—¿Por qué no viene nadie? —murmuró Elizabeth para sí misma, con la mirada alternando entre el reloj de la repisa y el camino más allá de la ventana del salón. La casa parecía anormalmente

silenciosa, como si contuviera la respiración anticipando alguna gran calamidad, o quizás simplemente esperando la confirmación de una que ya se estaba desarrollando.

Por fin, el rumor lejano de las ruedas de un carruaje rompió el silencio opresivo. Elizabeth se quedó inmóvil, con el corazón dando un vuelco a pesar de sí misma, antes de apresurarse hacia la ventana. Pero en cuanto vislumbró el vehículo, su fugaz alivio dio paso al temor.

—Por supuesto —murmuró con amargura, aferrándose al alféizar mientras el familiar carruaje se detenía frente a la puerta principal de Longbourn—. Porque *esto* es precisamente lo que necesitamos para mejorar las cosas.

—¿Quién es? —preguntó Jane, apareciendo a su lado con el ceño fruncido de preocupación.

—Lady Catherine de Bourgh —respondió Elizabeth, incapaz de ocultar la sequedad en su tono mientras observaba a la gran dama descender del carruaje con toda la pompa de una monarca reinante inspeccionando una provincia particularmente decepcionante. Detrás de ella seguía el señor Collins, su obsequiosa figura prácticamente irradiando presunción mientras ayudaba a su patrona a bajar los escalones.

—Lady Catherine *y* el señor Collins —continuó Elizabeth sombríamente—. Esto promete ser una mañana de lo más encantadora, sin duda.

—¡Cielos! —Jane se aferró al brazo de Elizabeth, con sus grandes ojos azules fijos en las figuras que se acercaban—. ¿Qué están haciendo aquí? ¿Cómo es posible que lo sepan? —La desaprobación en ambos rostros mientras los recién llegados se dirigían hacia la puerta principal de Longbourn indicaba que ciertamente ya estaban al tanto de la desgracia familiar.

—Una excelente pregunta —respondió Elizabeth, con un tono seco aunque su ceño se fruncía con inquietud—. Quizás Lady Catherine ha desarrollado un sexto sentido para el escándalo; uno se imagina que le resultaría bastante útil.

Se oyó una pequeña tos detrás de ellas, y ambas hermanas se volvieron para ver a Mary sentada en el sofá, con las manos entrelazadas en su regazo. Su expresión estaba tensa, su rostro pálido, y sin embargo había algo casi desafiante en la forma en que finalmente encontró la mirada de Elizabeth.

—Le escribí al señor Collins —admitió con una voz tan pequeña que apenas les llegó. Sus dedos se retorcían en la tela de su vestido como si intentara anclarse contra la tormenta que claramente esperaba que siguiera—. Pensé... esperaba que pudiera ofrecer consejo.

—¿Consejo? —repitió Elizabeth, parpadeando rápidamente mientras las palabras se asentaban sobre ella como una helada inesperada. Por un momento, la incredulidad luchó contra la

irritación, pero luego llegó la comprensión, junto con una ola de renuente simpatía que suavizó su expresión.

—Ah —murmuró, acercándose a su hermana—. Mary, esperabas más que un consejo, ¿no es así?

Los labios de Mary se separaron, pero no emergió ningún sonido. Sus hombros se hundieron ligeramente bajo el peso de la gentil observación de Elizabeth, y bajó la mirada, mirando fijamente el diseño de la alfombra. Era toda la respuesta que Elizabeth necesitaba.

—Mary... —se aventuró Jane vacilante, su bondadoso corazón claramente dividido entre la preocupación y la confusión—. Seguramente no pensaste...

—Por supuesto que sí —intervino Elizabeth, aunque su voz permaneció calmada, sin rastro de censura. Extendió la mano y tomó una de las temblorosas manos de Mary entre las suyas, dándole un apretón tranquilizador—. No es de sorprender. El señor Collins nunca ha sido tímido en recordarnos a todos su futura reclamación de Longbourn. Esperabas asegurar tu posición, y quizás su estima, apelando a él ahora, antes de... —Se detuvo, reacia a expresar la conclusión que pendía tácita entre ellas.

—Antes de que nuestra desgracia se vuelva insuperable —terminó Mary en voz baja, su garganta apretándose alrededor de las palabras. No había amargura en su tono, solo resignación—. Pero ya era demasiado tarde, ¿no es así? Fue una tontería de mi parte. Ahora lo veo. —Su mirada se elevó, húmeda con lágrimas contenidas, y añadió en un susurro—: He empeorado todo.

—No de manera irreparable —le aseguró Elizabeth, su agarre firme y constante—. No podemos cambiar lo que se ha hecho, pero *podemos* decidir cómo enfrentarlo. Juntas. —Miró significativamente hacia la ventana, donde la inconfundible silueta de Lady Catherine se cernía cada vez más cerca. Una sonrisa irónica tiró de sus labios—. Y me atrevo a decir que necesitaremos cada onza de compostura y coraje que podamos reunir.

—Juntas —repitió Mary, su voz vacilante pero ganando fuerza mientras enderezaba la espalda, irguiéndose con silenciosa determinación.

—Sí, juntas —añadió Jane suavemente, tomando la otra mano de Mary entre las suyas. Aunque las sombras de preocupación aún persistían en sus serenas facciones, su toque era cálido y alentador—. Les mostraremos lo que significa ser hermanas Bennet.

—Precisamente —dijo Elizabeth con un asentimiento decisivo. Sus ojos oscuros brillaban con desafío y solo un toque de travesura mientras soltaba las manos de Mary y se giraba hacia la puerta—. Vayamos a recibir a nuestros estimados invitados. Si Lady Catherine desea ver a una familia en ruinas, al menos nos aseguraremos de hacerlo con modales impecables.

—Bueno —dijo Kitty con gesto sombrío—, mientras nuestra madre se quede arriba y Lydia no empiece a golpear y gritar como una verdulera otra vez, puede que aún haya esperanza para nosotras. —Su tono delataba una clara falta de fe en esta posibilidad, y Elizabeth difícilmente podía culparla.

—En efecto —murmuró Elizabeth, lanzando una mirada de soslayo a Mary, que aún permanecía rígidamente sentada en el sofá a su lado. Aunque las manos de su hermana ahora estaban recatadamente dobladas en su regazo, sus dedos jugueteaban con el borde de su pañuelo, delatando sus nervios. Elizabeth le dio un rápido apretón tranquilizador a la mano de Mary cuando oyeron que se abría la puerta principal y Hill saludaba a los recién llegados.

—Esperemos que dejen sus malos humores fuera junto con sus sombreros. —Elizabeth se levantó con gracia de su asiento, proyectando más confianza de la que sentía. Miró una vez más a Mary, cuya tez había adquirido un tono bastante pálido—. Vamos, Mary. Los recibiremos juntas.

—Sí —susurró Mary, aunque su voz temblaba. Sin embargo, cuadró los hombros y alzó ligeramente la barbilla, lo que enorgulleció a Elizabeth.

La puerta del salón se abrió de golpe un momento después, como impulsada por la pura fuerza de la indignada voluntad de Lady Catherine de Bourgh. La dama misma la siguió inmediatamente, entrando en la habitación como un vendaval, su vestido de seda gris crujiendo con cada paso imperioso. Detrás de ella se arrastraba el señor Collins, con su sonrisa obsequiosa firmemente fijada en su rostro redondo, aunque su frente sudorosa sugería que habría preferido escabullirse de vuelta a la seguridad de su rectoría.

—¡Vaya! —proclamó Lady Catherine, su voz cargando el peso del juicio mientras posaba su mirada en las hermanas Bennet reunidas—. ¡Apenas sé por dónde empezar! Es peor de lo que imaginaba. —Lanzó una mirada desdeñosa por la habitación, como si los propios muebles pudieran haber estado involucrados en alguna escandalosa impropiedad.

—Señora —comenzó Elizabeth, pero Lady Catherine la interrumpió con un dramático gesto de su mano.

—¡No me hable, señorita Bennet! La desgracia de su familia está más allá de las palabras. *¡Más allá de las palabras!* Y, sin embargo, como mujer de rango y rectitud moral obligada por el deber, me siento impelida a articular mi horror. —Se volvió bruscamente hacia el señor Collins, como si lo invitara a compartir su justa indignación.

—S-sí, su señoría —tartamudeó el señor Collins, retorciéndose las manos como una lavandera —. La... la impropiedad de todo esto es sumamente escandalosa. ¡Sumamente escandalosa, en

efecto! Vaya, refleja muy mal en todo el vecindario, ¡incluso en el clero! Y... —Vaciló, sus ojos desviándose nerviosamente hacia Elizabeth antes de posarse en Mary, a quien parecía considerar el objetivo más seguro—. Y, por supuesto, tales infortunios deben servir de lección a otros, ¡no sea que caigan presa de similar insensatez!

—Señor Collins —interrumpió Mary, con voz firme a pesar del rubor que le subía por las mejillas. Se puso de pie entonces, y Elizabeth parpadeó sorprendida ante la tranquila dignidad que irradiaba su hermana habitualmente modesta—. Es poco cristiano regodearse en la desgracia de los vecinos. Haría bien en recordarlo. —Su mirada no vaciló mientras la mandíbula del señor Collins caía, su expresión oscilando entre la ofensa y la confusión.

—Además —continuó Mary, con tono constante pero teñido de una nota de inesperado acero—, cuando finalmente venga a vivir a Longbourn —Elizabeth notó con diversión cómo el señor Collins se hinchaba visiblemente ante este reconocimiento de su futura herencia—, puede que descubra que a sus vecinos no les agrada mucho tal rasgo. —Juntó las manos frente a ella, su postura tan resuelta como sus palabras, y Elizabeth se encontró reprimiendo una sonrisa.

—Bravo, Mary —susurró Elizabeth entre dientes, sintiendo no poco orgullo por la audacia de su hermana. Quizás la confrontación no sería del todo terrible después de todo.

—¡Calla esa lengua, señorita Mary! —bramó el señor Collins tras un breve momento de silencio atónito, su voz retumbando por el salón con toda la sutileza de un cañonazo. Su rostro había alcanzado ya el tono de una ciruela demasiado madura, y sus ojos se desorbitaban como si temiera que la osadía de ella pudiera hacer que los mismos cimientos de Longbourn se derrumbaran bajo sus pies—. ¡Qué impertinencia! ¡No corresponde a las jóvenes de modesta condición sermonear a sus superiores sobre conducta cristiana!

Mary se estremeció ante sus palabras, un ligero temblor delatando sus labios, pero no se retiró. Elizabeth, sin embargo, no necesitaba más provocación. Las lágrimas contenidas de su hermana brillaban como diminutas acusaciones cristalinas, y Elizabeth sintió que su propia indignación se alzaba para enfrentar el agravio.

—Basta —dijo, con voz tranquila pero afilada como el acero. Extendió la mano y tomó la temblorosa mano de Mary entre las suyas, dándole un apretón reconfortante.

—Señor Collins —comenzó, con un tono tan dulce como la miel mezclada con arsénico—, ¿puedo recordarle que Longbourn aún no es suyo? Hasta que mi padre abandone este mundo mortal —ignoró su audible jadeo ante su franqueza—, los habitantes de esta casa permanecen bajo *su* protección y no están sujetos a sus reprimendas no solicitadas.

—¡Señorita Elizabeth! —Balbuceó positivamente, como una tetera dejada demasiado tiempo al fuego—. ¡Debo protestar! ¡Semejante lenguaje! Tal falta de respeto...

—¿Falta de respeto? —interrumpió Elizabeth con suavidad, aún sosteniendo la mano de Mary mientras mantenía su mirada fija en él, inquebrantable e inflexible—. Perdóneme, señor, pero ¿no es una falta de respeto traer insultos y condescendencia a la casa de los primos de uno? ¿Hablar tan duramente a una joven cuyo único crimen ha sido recordarle un principio que usted afirma valorar tanto?

—Cómo se atreve... —La voz de Lady Catherine cortó el aire como una cuchilla, y Elizabeth apenas le dirigió una mirada. El abanico de la mujer mayor se cerró de golpe con un movimiento venenoso, y sus ojos grises se estrecharon en rendijas de indignación.

—¿Cómo me atrevo *yo*? —repitió Elizabeth con ligereza, su expresión de fingida curiosidad—. Con bastante facilidad, se lo aseguro. Aunque me encuentro desconcertada, Lady Catherine. Tenía la impresión de que Lord Matlock le ordenó expresamente permanecer en Kent hace menos de una semana. Seguramente no desearía usted desatender una sugerencia tan prudente, especialmente cuando lo esperamos aquí en breve con mi padre. Me atrevería a decir que su llegada podría complicar las cosas... para algunos.

Lady Catherine se quedó inmóvil, con la boca ligeramente abierta, el color abandonando su rostro. Por un momento, la sala contuvo el aliento colectivo, esperando ver si la gran dama de Rosings Park explotaría o se retiraría.

—¡Jamás en mi vida! —espetó finalmente, con la voz aguda por la indignación. Pero Elizabeth arqueó las cejas en un desafío silencioso, inclinando ligeramente la barbilla hacia arriba en un gesto que hablaba por sí solo.

—En efecto —murmuró Elizabeth, imperturbable—. Quizás ahora sería una excelente oportunidad para empezar.

Lady Catherine, con una palidez que ahora igualaba al busto de alabastro de algún senador romano olvidado hacía mucho tiempo, colocado con desdén en un rincón, no respondió de inmediato. La sala pareció encogerse alrededor de su imponente figura, su considerable altivez desinflándose ligeramente bajo la mirada inquebrantable de Elizabeth. Sus manos enguantadas se crisparon contra la cabeza tallada de su bastón, un staccato inquieto de irritación que traicionaba su compostura vacilante.

—Vamos, señor Collins —espetó por fin, con la voz tan quebradiza como una ramita congelada —. Ya hemos perdido bastante tiempo aquí. —Con un arrogante movimiento de sus faldas, se

giró hacia la puerta, pero no sin antes lanzar a Elizabeth una mirada tan afilada que habría atravesado a una presa menos resuelta.

Elizabeth permaneció firme, con una expresión fríamente educada, aunque las comisuras de sus labios amenazaban con sonreír, un atisbo de diversión que no se doblegaba ante la furia de Lady Catherine. Se mantuvo en su sitio, con las manos ligeramente entrelazadas frente a ella, la viva imagen de la civilidad imperturbable.

—Su señoría —dijo Elizabeth con dulzura, inclinando la cabeza en una fingida deferencia—, que tenga un viaje seguro. —Las palabras eran inocuas, pero fueron pronunciadas con la precisión de un bisturí.

—Señorita Bennet —entonó Lady Catherine, bajando la voz como una nube de tormenta preñada de rayos. Se acercó más, el crujido de su vestido llenando el espacio entre ellas.

—Permítame ser *perfectamente* clara —siseó, inclinándose tan cerca que Elizabeth sintió el calor de su aliento, impregnado con el acre sabor de la indignación reprimida—. El señor Darcy nunca... —su voz restalló como un látigo, aunque modulada solo para los oídos de Elizabeth— ...*nunca* se casará con una familia hundida en tal desgracia.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, venenosas y enroscadas como una víbora lista para atacar de nuevo. Pero Elizabeth no se inmutó. Si Lady Catherine esperaba provocar conmoción o desesperación, se llevaría una amarga decepción. En cambio, los ojos de Elizabeth se abrieron ligeramente, no de alarma, sino de algo peligrosamente cercano a la picardía.

—Qué afortunado —respondió con ligereza, su tono tan fresco como una mañana de primavera —, que el señor Darcy sea perfectamente capaz de decidir tales asuntos por sí mismo.

Lady Catherine retrocedió como si la hubieran golpeado, con los labios apretados en una línea exangüe. Por un fugaz momento, pareció casi insegura, su compostura quebrándose aún más bajo el peso de la serena confianza de Elizabeth. Pero se recuperó rápidamente, girando sobre sus talones en un remolino de seda y furia contenida.

—¡Señor Collins! —ladró, la fuerza de su orden casi haciendo que el pobre hombre tropezara con sus propios pies en su afán por obedecer—. Nos vamos. Ahora.

Elizabeth los vio partir, sus hombros relajándose solo cuando la pesada puerta de roble se cerró tras ellos con un resonante golpe. El silencio que siguió fue casi reverente, roto únicamente por el suave sollozo de Mary y la murmurada observación de Kitty desde el rincón:

—Buen viaje.

Elizabeth se permitió una pequeña sonrisa satisfecha, aunque su pecho aún palpitaba con los restos de la tensión. Las últimas palabras de Lady Catherine resonaban débilmente en su mente,

pero las desechó con un movimiento de cabeza. Sin duda, aún quedaban batallas por delante, pero por ahora, había ganado esta escaramuza, y quizás, solo quizás, la había disfrutado más de lo que debería.



Capítulo Veintidós

DARCY BAJÓ DEL CARRUAJE a los desiguales adoquines de Meryton, sus botas pulidas rozando contra la arenilla. Lord Matlock descendió con mucho menos cuidado, su paso pesado sacudiendo el vehículo detrás de él, mientras que Bingley le seguía con su habitual aire afable, su rostro iluminado por un optimismo que Darcy no podía compartir en ese momento.

—Bueno —dijo Bingley, juntando sus manos enguantadas como para desterrar cualquier incomodidad persistente—, esto debería resolverse rápidamente y todo quedará arreglado. Una desagradable necesidad, pero para bien, me atrevo a decir.

—Necesario, sí —respondió Darcy secamente, ajustándose la solapa de su abrigo como si tuviera alguna mancha invisible—. Desagradable apenas comienza a describirlo. —Lanzó una mirada hacia el modesto edificio que tenían delante, donde el señor Bennet aguardaba su llegada. La perspectiva de enfrentarse a Wickham le revolvía el estómago, pero cuadró los hombros y avanzó.

—Vamos, Darcy —intervino Lord Matlock, su voz áspera pero teñida de diversión—. Pareces como si fueras camino a la horca. Es un asunto endiablado, lo reconozco, pero no peor que la mitad de las negociaciones que he soportado en el Parlamento.

—Quizás usted tenga una constitución más fuerte para tales indignidades, tío —replicó Darcy, con tono cortante—. Yo encuentro la necesidad de tratar con un hombre como Wickham bastante más exigente.

—Sí, bueno —murmuró su tío, poniéndose a su lado—, mejor soportarlo aquí y ahora, que dejar que el escándalo eche raíces. ¡Piensa en tu tía Catherine! Se desmayaría ante la noción de este tipo de impropiedad.

—Eso por sí solo casi vale el precio de mi incomodidad —murmuró Darcy entre dientes, ganándose una carcajada de su tío.

Al entrar en la pequeña sala donde el señor Bennet había acordado reunirse con ellos, la mirada de Darcy buscó inmediatamente la figura de su némesis de la infancia. Wickham holgazaneaba con un aire practicado de indolencia, sus ojos oscuros brillando con la familiar mezcla de encanto e insolencia que siempre había irritado los nervios de Darcy.

—¡Ah, caballeros! —les saludó el señor Bennet, levantándose de su silla con una vivacidad que desmentía el cansancio grabado en su rostro—. Confío en que el viaje haya sido tolerable. Aunque imagino que nada podría preparar a uno adecuadamente para esta prueba. —Su sonrisa sardónica titiló mientras hacía un gesto vago hacia Wickham, quien inclinó la cabeza con una sonrisa burlona.

—Señor Bennet —dijo Darcy, inclinando rígidamente la cabeza. Deliberadamente evitó encontrarse con la mirada de Wickham, dirigiéndose en cambio al caballero mayor—. Procedamos al asunto que nos ocupa.

—En efecto —respondió el señor Bennet, con la voz teñida de humor seco—. Cuanto antes concluyamos estos desagradables asuntos, mejor para la sensibilidad de todos.

—Muy bien, comencemos —intervino Matlock, tomando el control de la sala con la autoridad de un hombre acostumbrado a la negociación—. Wickham, ¿está usted preparado para hacer lo que se requiere?

—¿Preparado, mi lord? —repitió Wickham, con un tono ligero mientras se reclinaba en su silla, cruzando una pierna sobre la otra—. Vaya, si no estoy más que ansioso por complacer. El matrimonio, después de todo, es una institución sagrada, y sería una negligencia de mi parte eludir mi deber en un asunto tan grave. —Su expresión, sin embargo, no denotaba tal sinceridad.

—Ahórrenos el teatro —espetó Darcy, con la paciencia agotándose—. No estamos aquí para complacer su ingenio, señor, sino para ver este asunto resuelto en beneficio de aquellos a quienes usted ha perjudicado.

—¿Perjudicado? —repitió Wickham, arqueando una ceja—. Una palabra fuerte, señor Darcy. Podría argumentar que simplemente he actuado de acuerdo con mi naturaleza, como bien sabe. —Sonrió fríamente, su mirada parpadeando brevemente hacia Darcy, como si lo desafiara a reaccionar.

—Basta —interrumpió el señor Bennet con una mano firme levantada—. Obtendré la licencia, y la ceremonia se llevará a cabo sin demora. No tendrá más oportunidades de manchar la reputación de esta familia.

—Bueno —el señor Wickham sonrió con suficiencia, y el puño de Darcy comenzó a picarle—. Primero está el asunto de la dote de su hija y nuestra futura residencia...

Wickham no era sino un regatador inveterado, y quizás si lo hubieran dejado solo con el señor Bingley y el señor Bennet, habría negociado hasta llegar a un acuerdo que eventualmente podría haberlos empobrecido a ambos. Sin embargo, con Lord Matlock y Darcy presentes, demasiado conscientes de sus costumbres derrochadoras, pudieron contrarrestar sus extravagantes demandas con ofertas más razonables y sensatas, aunque a Darcy le doliera ver a Wickham beneficiarse un solo centavo de su fechoría. Lydia, sin embargo, debía ser provista, aunque se preguntaba si resultaría ser tan tontamente derrochadora como su futuro esposo.

Por fin se terminó, y Wickham ofreció su mano para estrecharla. Solo el señor Bennet lo aceptó, torciendo la boca con disgusto al tener que dar la bienvenida a este degenerado como yerno.

Al salir al aire fresco, Darcy exhaló bruscamente, como si se librara de la mancha del encuentro. Pero a pesar del triunfo de mantener el escándalo contenido, persistía un sabor amargo en su boca, un recordatorio de los compromisos hechos por el bien del deber.

—Iré a la vicaría para arreglar lo de la licencia común —dijo el señor Bennet, poniéndose los guantes—. Está fuera de cuestión que se casen en la iglesia, por supuesto; pueden casarse en el salón de Longbourn cuando le convenga al vicario.

—Como usted considere, Thomas —Lord Matlock le dio una palmada en el hombro al señor Bennet—. Un asunto espantoso, todo esto. El coronel Forster ha prometido que Wickham estará vigilado, así que al menos no se fugará antes de que todo esté arreglado.

—No puedo agradecerles lo suficiente por toda su ayuda... —comenzó el señor Bennet, pero los otros tres hombres negaron al unísono sus agradecimientos, diciendo que no eran necesarios.

—Un asunto espantoso —repitió Lord Matlock en voz baja mientras se quedaba con Darcy y Bingley, observando al señor Bennet alejarse pesadamente hacia la iglesia, con los hombros caídos en señal de derrota—. Me temo que mi pobre amigo Thomas está pagando un alto precio por preferir la compañía de sus libros a la de sus hijas.

—Una lección que yo, por mi parte, tomaré muy en serio, Lord Matlock —dijo Bingley, incluso su ánimo apagado por los graves asuntos del día—. ¡Cualquier hijo con el que Jane y yo seamos bendecidos no será descuidado por ninguna razón!

—Me alegra oírlo, Bingley. Y ahora, vayamos a Longbourn a compartir las buenas noticias. Se sentirán aliviados al saberlo.

Su carruaje estaba casi llegando a Longbourn cuando el cochero tuvo que hacerse a un lado para dejar pasar a otro, y los ojos de Darcy se abrieron de par en par al reconocerlo; el gran coche de Lady Catherine bajaba por el camino a una velocidad de lo más indecorosa, su cochero de librea haciendo restallar el látigo como si lo persiguieran perros salvajes.

—Bueno —comentó Lord Matlock con sequedad, observando el vehículo que se alejaba—. Eso tiene toda la sutileza de un cañonazo. Sea lo que sea que tu tía haya dicho o hecho, sospecho que encontraremos los restos esparcidos por Longbourn como metralla.

Darcy hizo una mueca, su inquietud aumentando. —Apenas me atrevo a imaginar la naturaleza de su intrusión —murmuró, sus pensamientos ya adelantándose hacia Elizabeth. ¿Qué habría tenido que soportar? Su tía, bien lo sabía, poseía el tacto de un ariete cuando se sentía ofendida, y una ofensa imaginaria a menudo era peor que una real en su estimación.

—Vamos, sobrino —instó Lord Matlock, dando una palmada en el hombro de Darcy con una mezcla de consuelo y urgencia—. Nos hemos enfrentado a Wickham esta mañana. Seguramente ni siquiera Catherine puede presentar una prueba más difícil, ¿no?

—Eso —respondió Darcy con un humor sombrío— está por verse.

Se dirigieron hacia la puerta principal de Longbourn, su llegada anunciada por un golpe seco del bastón de Matlock en el umbral. Un momento después, Hill les abrió la puerta, con el rostro demacrado y pálido. Hizo una rápida reverencia, pero apenas les miró a los ojos.

—Buenos días, señores —murmuró ella, con una voz apenas audible—. Los están esperando.

—Esperando, en efecto —dijo Matlock, entrando y entregando su sombrero y guantes—. Aunque quizás no bienvenidos, a juzgar por el aire de calamidad que se respira en el lugar.

—¿Dónde está la señorita Elizabeth? —preguntó Darcy abruptamente, con un tono de impaciencia. Se quitó el abrigo, apenas deteniéndose para que Hill lo ayudara.

—La señorita Elizabeth está en la sala, señor —respondió Hill vacilante—. Con la señorita Mary y la señorita Jane... —Se detuvo, lanzando una mirada nerviosa por encima del hombro, como si temiera invocar inadvertidamente algún espectro de desastre.

Darcy intercambió una mirada con su tío, cuya ceja levantada hablaba por sí sola. Sin esperar, Darcy cruzó el vestíbulo y abrió la puerta de la sala.

Se detuvo bruscamente en el umbral, la escena en el interior lo detuvo a medio paso. Mary estaba sentada en el diván, con sus sollozos ahogados contra el hombro de Jane. Jane, siempre la angelical pacificadora, acariciaba la espalda de su hermana en círculos reconfortantes, su propio semblante preocupado pero sereno.

Elizabeth estaba aparte, cerca de la ventana, con las manos fuertemente entrelazadas frente a ella como si se protegiera de algún golpe invisible. Su tez, habitualmente tan vivaz y cálida, estaba cenicienta; sus labios apretados en una fina línea. Sin embargo, sus ojos, esos hermosos ojos que normalmente brillaban con ingenio y fuego, estaban vacíos, fijos sin expresión en la vista más allá del cristal.

—Elizabeth —se aventuró Darcy, con voz baja, casi tentativa. Dio un paso adelante, su mirada clavada en el rostro de ella. Pero ella no dio señales de haberlo oído, su inmovilidad tan inquietante como las lágrimas que sacudían el cuerpo de Mary.

—Darcy —murmuró Lord Matlock, poniendo una mano en el brazo de su sobrino—. Permíteme. El hombre mayor dio un paso adelante, su presencia imponente llenando la habitación mientras se dirigía directamente a Jane—. Señorita Bennet, ¿sería tan amable de informarnos qué ha ocurrido aquí?

Jane levantó la mirada, sus ojos azules brillando con lágrimas contenidas—. Fue... fue Lady Catherine —dijo suavemente, su voz temblando tanto de angustia como de indignación—. Llegó sin anunciarse y exigió una audiencia con Lizzy. Sus palabras... sus acusaciones... —Titubeó, sacudiendo la cabeza como si fuera incapaz de articular todo el horror del encuentro. Bingley se apresuró a tomar asiento al otro lado de ella, y Jane lo miró agradecida, pareciendo extraer fuerza de su presencia reconfortante.

—Insultó a todos —soltó Mary entre sollozos, levantando su rostro manchado del hombro de Jane—. Dijo... dijo cosas horribles sobre nuestra familia... —Otra oleada de lágrimas la invadió, dejándola incoherente.

—Mi hermana realmente sobresale en su capacidad para ofender —Lord Matlock sacudió la cabeza, con los labios apretados.

—Ella se fue poco después —continuó Jane, con la voz más firme ahora mientras miraba a Darcy disculpándose—. Pero no antes de que... hiciera ciertas amenazas, en caso de que Lizzy no atendiera sus exigencias. —Su mirada se dirigió nerviosamente hacia Elizabeth, quien permanecía en silencio, con su perfil recortado contra la pálida luz que se filtraba por la ventana.

—Elizabeth —intentó Darcy de nuevo, acercándose. Esta vez, ella giró ligeramente la cabeza hacia él, aunque su expresión no mostró ningún ablandamiento. Si acaso, había una rigidez en su postura que sugería que se mantenía erguida únicamente por fuerza de voluntad.

El sonido de las ruedas de un carruaje crujiendo sobre la grava del camino atrajo la atención de Darcy hacia la ventana, y observó cómo el escudo de armas de los Matlock aparecía a la vista, reluciendo en el costado del coche bajo la pálida luz invernal. La puerta se abrió de golpe antes de que el vehículo se detuviera por completo, y James Fitzwilliam descendió, con una sonrisa partiendo su apuesto rostro. Lady Matlock le siguió con considerablemente más decoro, aunque había un brillo innegable en su semblante que sugería buenas noticias.

Darcy se permitió un silencioso suspiro de alivio. Fuera lo que fuese que estuviera mal en Longbourn, parecía que la misión de su primo a Lucas Lodge había tenido éxito.

—Bueno, veo que mi primogénito sigue en pie —comentó Lord Matlock con sarcasmo—. Eso augura bien para sus esfuerzos. ¿No hubo duelos ni desmayos en la casa de los Lucas, entonces? —preguntó cuando James entró.

—No, a menos que cuente el entusiasta abrazo de Sir William —respondió James alegremente —. Temí por mis costillas, debo admitir. —Dio una palmada en el hombro de Darcy, su toque ligero pero rebosante de energía.

—Entonces, las felicitaciones están en orden —dijo Darcy, su mirada desviándose brevemente hacia Elizabeth cerca de la ventana. Se aclaró la garganta—. Aunque quizás aún no.

—Muy cierto —concordó James, sobriándose al instante. Su sonrisa se suavizó en algo más pensativo mientras miraba alrededor de la habitación, observando los suaves esfuerzos de Jane por consolar a Mary y el general aire de inquietud que persistía como una sombra sobre la casa —. Parece que las celebraciones deben esperar. Después de todo, hay mucho que resolver aquí primero.

—Mucho, en efecto —repitió Lord Matlock, aunque su tono llevaba menos simpatía y más observación incisiva—. Y sospecho que algo de ello puede requerir bastante más que palabras amables y buenas intenciones para desenredarse.

—Padre —le reprendió James suavemente, aunque había un destello de diversión en sus ojos—. No lancemos acusaciones cuando acabamos de llegar.

—¿Quién está lanzando acusaciones? —replicó Lord Matlock, alzando una ceja—. Simplemente expongo los hechos. El joven Bingley puede creerse el héroe de esta historia, pero me temo que será Fitzwilliam quien tendrá que hacer la mayor parte del trabajo pesado.

—¿Trabajo pesado? —repitió James, fingiendo confusión—. Seguramente no se refiere al asunto de la señorita Lydia y el señor Wickham. ¿No está ya resuelto?

—Algunos asuntos requieren más que una simple resolución —respondió Matlock de manera críptica, aunque su mirada se posó directamente en Darcy, quien se removió incómodo bajo el escrutinio.

—Ya basta —intervino Lady Matlock, su presencia calmante disipando la tensión mientras entraba en la habitación. Sus mejillas estaban sonrojadas por el frío, pero su expresión era tan serena como siempre—. James, deja de provocar a tu primo, es impropio. Centrémonos en lo que debe hacerse aquí.

—En efecto —murmuró Lord Matlock, aunque el brillo en sus ojos sugería que preferiría un coñac y una siesta a cualquier acción inmediata. Darcy, sin embargo, sospechaba que habría poco descanso para cualquiera de ellos en las horas venideras.

Lady Matlock se inclinó hacia el oído de su esposo para murmurar algo demasiado bajo para que los demás lo oyeran. Lord Matlock inclinó la cabeza, su expresión impasible salvo por el más leve movimiento de su ceja. Un acuerdo tácito pasó entre ellos.

—Muy bien —dijo Margaret, su tono enérgico pero no poco amable, mientras se enderezaba y alisaba los pliegues de su vestido—. Henry, dejo los asuntos aquí en tus capaces manos. —Lanzó una mirada significativa a los presentes antes de girar sobre sus talones con gracia sin esfuerzo.

—¿Adónde va ahora? —preguntó James, aunque su voz denotaba más curiosidad que preocupación.

—A ver a la señora Bennet y a Lydia, sin duda —respondió Lord Matlock, sentándose en un sillón junto al fuego con toda la dignidad de un hombre que se disponía a supervisar un campo de batalla. Miró alrededor de la habitación, posando primero sus ojos penetrantes en Jane y Mary, aún acurrucadas juntas en el sofá, luego en Elizabeth, que permanecía apartada, con los brazos cruzados como para protegerse de más intrusiones. Darcy la observó por el rabillo del ojo, notando la tensa línea de sus hombros y la palidez que se había extendido por su rostro habitualmente animado.

—Bien —comenzó Lord Matlock, juntando las manos sobre su bastón mientras inspeccionaba la sala como un general preparando a sus tropas—. Seré breve, ya que ninguno de nosotros está de humor para discursos prolongados. Wickham y la señorita Lydia se casarán sin demora. En este momento, el señor Bennet está gestionando la licencia necesaria con el vicario.

Una inhalación colectiva recorrió la habitación. Jane apretó la mano de Mary, mientras esta parpadeaba furiosamente contra nuevas lágrimas. Elizabeth levantó la cabeza bruscamente, sus labios se entreabrieron como si fuera a objetar, pero algo en la mirada firme de Lord Matlock la detuvo.

—¿Casados inmediatamente? —preguntó Jane suavemente, su voz temblando a pesar de su compostura aparente.

—En efecto —afirmó Lord Matlock—. Me temo que no hay alternativa. Para bien o para mal, debemos considerar la preservación del buen nombre de la familia por encima de todo. Las circunstancias son lamentables, pero hemos hecho lo que pudimos para mitigar el daño.

—Daño, sin duda —murmuró Elizabeth entre dientes, aunque no tan bajo como para que Darcy no lo oyera. Él se volvió hacia ella, pero su mirada permaneció fija en el suelo.

—Señorita Elizabeth —se dirigió Lord Matlock directamente a ella, suavizando ligeramente su voz—. No tiene por qué estar de acuerdo con el método, pero debe comprender la necesidad. —Sus palabras quedaron suspendidas pesadamente en el aire, y por un momento, Darcy pensó que

ella podría desafiarlo abiertamente. Pero en su lugar, asintió secamente, apretando la mandíbula como si estuviera conteniendo todo un compendio de pensamientos no expresados.

—¿Lydia... —Jane vaciló, con las mejillas ligeramente sonrojadas—. ¿Ella lo sabe?

—Lady Matlock está informando tanto a ella como a su madre en este momento —respondió el Conde. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios, aunque carecía de verdadera alegría—. Confío en que el tacto de Margaret nos será de gran utilidad en esta ocasión.



El sonido penetrante de la exuberancia de la señora Bennet rompió la quietud de Longbourn como un fuego artificial, rebotando por la escalera y en cada rincón del salón. Fue seguido rápidamente por una exclamación igualmente efusiva de: —¡Mi Lydia casada! ¡Casada con un oficial!

Elizabeth se estremeció ligeramente ante el tono estridente, pero no hizo ningún movimiento para unirse a la celebración. Tenía las manos fuertemente entrelazadas frente a ella, como si temiera que pudieran traicionar su compostura si las dejaba libres. Sintió la mirada preocupada de Jane dirigirse hacia ella, pero no la correspondió. En su lugar, miró con determinación el diseño de la alfombra bajo sus zapatillas, permitiéndose un momento de indulgencia ante lo absurdo de todo. ¡Su hermana menor, una novia! Y en tales circunstancias que el mero pensamiento hacía que el estómago de Elizabeth se revolviera de mortificación.

—Bueno —murmuró Mary desde el otro lado de la habitación, con la voz aún ronca por las lágrimas anteriores—, supongo que mamá estará insoportable durante semanas.

—¡Mary! —la reprendió Jane suavemente, aunque había poca energía detrás de la reprimenda. Incluso ella, el faro de optimismo inquebrantable de la familia, parecía agotada.

—¿Acaso me equivoco? —insistió Mary, empujando sus gafas hacia arriba por el puente de la nariz con un resoplido desafiante—. Le han dado exactamente lo que quería: una hija casada con un oficial. No importa el costo para la dignidad o la razón.

—No es exactamente lo que ella quería —dijo Elizabeth en voz baja, levantando finalmente la cabeza. Su voz no tenía la amargura de Mary, pero tampoco la suavidad habitual de Jane. Era medida y cansada, como una cuerda de violín tensada después de demasiado uso—. Mamá habría preferido una boda con velos de encaje, guirnaldas de flores y medio vecindario invitado

para admirar su triunfo. Esto —hizo un gesto vago hacia arriba, hacia la fuente de la continua rapsodia de su madre— es un compromiso. Uno necesario.

Jane se movió para pararse a su lado, su presencia instantáneamente reconfortante. —Pero ya ha terminado —dijo, posando su mano suavemente sobre el brazo de Elizabeth—. Los arreglos están hechos. El futuro de Lydia está asegurado, tanto como pueda estarlo.

—Asegurado —Elizabeth repitió la palabra como si probara su amargura por primera vez—. Sí, de la misma manera en que uno podría asegurar un jarrón roto con pegamento y esperar que nadie note las grietas.

—Eso es cruel —dijo Jane suavemente, aunque sus ojos revelaban su acuerdo más de lo que sus palabras podían admitir.

—Tal vez —concedió Elizabeth. La tensión en sus hombros se negaba a ceder a pesar de la promesa de resolución—. Pero es honesto.

—La honestidad, como nos recuerdas a menudo, Lizzy, es una virtud —intervino Mary—. Sin embargo, incluso la honestidad debe inclinarse ante la cortesía en ocasiones.

—Ahora suenas como el señor Collins —bromeó Elizabeth, logrando una leve sonrisa a pesar de sí misma—. ¿Debemos esperar un sermón a continuación?

—Solo si insistes en provocarme —respondió Mary con primor, aunque sus labios se curvaron hacia arriba en una diversión reluctante.

Una repentina explosión de risa desde arriba interrumpió su intercambio, acompañada por lo que sonaba como la señora Bennet exclamando algo sobre "el yerno más guapo de Hertfordshire".

La pequeña sonrisa de Elizabeth desapareció. Cerró los ojos brevemente, obligándose a mantener la compostura, a desterrar la ola de frustración que se elevaba dentro de ella.

—Jane —comenzó después de un momento, con voz baja y firme—, ¿crees que mamá realmente entiende la gravedad de lo que ha sucedido? ¿O simplemente está... aliviada de haber evitado el escándalo?

—Ambas cosas, sospecho —respondió Jane pensativamente—. El alivio no impide la comprensión, aunque desearía que hiciera más por moderar su entusiasmo.

—Entusiasmo —repitió Elizabeth, con tono seco—. Ciertamente esa es una palabra para describirlo.

—¿Preferirías histeria? —bromeó Jane ligeramente, intentando alejar a su hermana del precipicio de sus pensamientos sombríos—. ¿O quizás indignación? Sabes que mamá es capaz de ambas cuando está suficientemente inspirada.

—Es cierto —admitió Elizabeth con una risa queda—. Aunque no puedo evitar sentir que hay algo profundamente irónico en que ella celebre un matrimonio nacido de la insensatez mientras lamenta nuestra falta de velos de encaje y guirnaldas.

—Insensatez o no —dijo Jane, dándole un suave apretón en el brazo—, esto es lo que debe hacerse. No podemos cambiar el pasado, Lizzy, solo seguir adelante.

—Siempre la voz de la razón —murmuró Elizabeth, apoyándose en la reconfortante presencia de su hermana. Sin embargo, mientras hablaba, su mirada se desvió hacia la ventana, donde los cielos grises parecían reflejar la tormenta que aún se agitaba en su interior. Seguir adelante, sí, ¿pero a qué precio? Miró al señor Darcy, que conversaba en voz baja con su tío y su primo al otro lado de la habitación, y se preguntó si volvería a verlo una vez que Wickham estuviera irrevocablemente unido a la familia Bennet.



El salón de Longbourn era una curiosa mezcla de festividad e incomodidad en la mañana del lunes. Una guirnalda de acebo había sido colgada apresuradamente sobre la repisa de la chimenea, sus hojas puntiagudas y bayas brillantes eran un gesto a medias de celebración, mientras la señora Bennet revoloteaba con un aire de alegría determinada que rayaba en lo maniático.

—Acérquense más, Lydia, señor Wickham —gorjeó, agitando las manos como un director intentando orquestar una sinfonía rebelde—. ¡Debemos aparentar felicidad! Oh, Jane, tráeme esa cinta. La que está en el cajón junto a la ventana. No, esa no, ¡la cinta *blanca*!

Elizabeth se mantenía a un lado, evitando diligentemente mirar directamente a la pareja que ahora, para bien o para mal, estaba unida en matrimonio. Lydia, resplandeciente en un vestido verde pálido que Elizabeth sospechaba había sido elegido más por su capacidad para mostrar su figura que por cualquier sentido de decoro, miraba a su alrededor con una sonrisa triunfante. Wickham, mientras tanto, permanecía con el aire ligeramente avergonzado de un hombre que sabía que acababa de convencer al mundo de que le estaba haciendo un favor.

—¡Bueno! —declaró Lydia alegremente, sacudiendo sus rizos como si estuviera anunciando su compromiso en Almack's en lugar de finalizar una boda escandalosamente apresurada—. Después de todo, no fue tan terrible. Aunque creo que el vicario podría haber sonreído más; se veía terriblemente serio, ¿no es así, Wickham?

—Serio, en efecto —respondió Wickham con suavidad, con su sonrisa pícara firmemente en su lugar—. Pero, mi querida, la solemnidad es el estado natural de los clérigos. No todos pueden ser tan encantadores como tú.

—Adulador —rió Lydia, golpeando su brazo con la coquetería practicada de una chica acostumbrada a ser complacida.

—Encantador —murmuró Elizabeth entre dientes, con un tono lo suficientemente seco como para marchitar un campo de trigo. Dirigió su atención a su madre, quien se había encargado de ajustar la posición de un jarrón con vegetación invernal en el aparador.

—¿Dónde está papá? —preguntó Elizabeth.

—Escribiendo cartas, sin duda —respondió la señora Bennet distraídamente—. Siempre hay cartas que escribir después de tales ocasiones. Anuncios, agradecimientos... aunque supongo que esta vez no habrá un gran desayuno de bodas por el que enviar notas de gratitud. —Suspiró con nostalgia antes de añadir—: Aun así, debemos sacar lo mejor de la situación. Oh, Lizzy, ¡deja de fruncir el ceño! Es muy poco atractivo.

Fruncir el ceño apenas parecía adecuado para describir la expresión de Elizabeth, pero decidió no discutir el punto. En su lugar, dijo:

—¿Y qué hay de sus planes? Seguramente no pretenderán quedarse aquí indefinidamente.

—Por supuesto que no —respondió la señora Bennet, elevando su voz una octava como si la mera sugerencia fuera absurda—. Lord Matlock se ha encargado de todo. El señor Wickham se unirá a un regimiento en Newcastle... —Aquí bajó la voz a un susurro conspiratorio, como si compartiera el chisme más escandaloso jamás pronunciado—: ...y partirán esta semana.

—¡Newcastle! —exclamó Lydia, su sonrisa vacilando por primera vez—. ¡Pero eso está tan lejos! ¿Cómo puedo ir a Newcastle? Pensé que nos quedaríamos aquí al menos para Navidad. Mamá, ¡debes persuadirlos!

—¿Persuadirlos de qué? —espetó la señora Bennet, volviéndose hacia su hija menor con una ferocidad inusual—. ¿De quedarse aquí y prolongar nuestra humillación? ¿De pasearte por Meryton como si nada impropio hubiera ocurrido? Harías bien en recordar, Lydia, ¡que las jóvenes que se han deshonrado deberían considerarse afortunadas de ser vistas por su familia en absoluto!

Por un breve momento, el silencio reinó en la sala, roto solo por el crepitar del fuego y el leve susurro de las faldas de Lydia mientras se movía incómodamente. Su boca se abrió y luego se cerró, su habitual torrente de protestas aparentemente contenido por la rara y sorprendente desaprobación de su madre.

—Bueno —murmuró Lydia al fin, su puchero regresando con toda su fuerza—. No hay necesidad de gritar. No es como si hubiera cometido un asesinato.

—No un asesinato, quizás —intervino Elizabeth arqueando significativamente una ceja—, pero ciertamente un acto que requiere una reubicación rápida y permanente. Newcastle parece lo suficientemente adecuado.

—Todos sois terriblemente aburridos —resopló Lydia, cruzando los brazos mientras se dejaba caer en el sofá—. Me atrevo a decir que moriré congelada en Newcastle antes del Día de Año Nuevo. ¡Y entonces todos lo lamentaréis!

—En efecto —respondió Elizabeth, con un tono tan ligero como petulante era el de Lydia—. Me estremezco al pensar cómo nos recuperaremos de la pérdida de una conversación tan chispeante.

—¡Elizabeth! —la reprendió la señora Bennet, aunque con poca convicción en su voz. Parecía mucho más preocupada por asegurarse de que un hilo suelto en la manga de Lydia quedara oculto antes de que alguien más lo notara.

—Esperemos —murmuró Elizabeth para sí misma— que Newcastle resulte tan vigorizante para el espíritu como lo es para el cuerpo.



El pasillo de Longbourn resonaba débilmente con el sonido de pasos que se alejaban mientras Wickham, recién estrenado esposo y eterno charlatán, merodeaba cerca de la puerta del salón. Su expresión era tan autosatisfecha como siempre, con los labios curvados en una sonrisa burlona que parecía pegada en su lugar. Elizabeth, que había estado organizando un desorden de cintas dejadas sobre una mesa lateral, se tensó al verlo acercarse.

—Señorita Elizabeth —comenzó él con suavidad, aunque su uso de su nombre llevaba un dejo burlón—, ¿o puedo presumir de llamarla Lizzy ahora que somos familia? —Su tono era meloso, pero sus ojos brillaban con algo mucho menos agradable—. Sabe, a menudo he pensado cuán placentero sería verla algún día en Pemberley. Una finca tan hermosa. Quizás... —dejó la frase en el aire.

Elizabeth se giró lentamente, dejando las cintas con deliberado cuidado. Enfrentó su mirada directamente, sus ojos destellando con una mezcla de ira y desdén que ni siquiera el encanto practicado de Wickham podía ignorar.

—Señor Wickham —comenzó, con voz tranquila pero afilada como la hoja de un cuchillo bien afilado—, permítame disipar cualquier idea semejante. Si no fuera por mi hermana Lydia, cuyo bienestar debo, desafortunadamente, considerar, con gusto nunca volvería a verlo. Tal como están las cosas, soportaré su presencia solo por ella.

Wickham abrió la boca, ya fuera para ofrecer alguna réplica superficial o una fingida protesta, pero ella levantó una mano, silenciándolo con autoridad regia.

—Sin embargo —continuó, sus palabras deliberadas y cortantes—, creo que puede estar seguro de una cosa: las puertas de Pemberley permanecerán permanentemente cerradas para usted. Cualesquiera que sean las libertades que se haya tomado en otros lugares —su mirada se desvió brevemente hacia el salón, donde las risitas de Lydia aún flotaban débilmente en el aire—, no encontrará bienvenida allí. Nunca.

Por un momento, la máscara de Wickham se deslizó, y una expresión de irritación cruzó su rostro. Pero se recuperó rápidamente, ofreciéndole una reverencia superficial, más burla que respeto. —Ah, Lizzy —dijo, su tono rezumando falsa camaradería—, ¡qué espíritu! No es de extrañar que Darcy esté tan cautivado. Adiós, entonces. Ya veremos qué depara el futuro.

Elizabeth no se molestó en dignificar esto con una respuesta. En su lugar, giró bruscamente sobre sus talones y lo dejó allí de pie, murmurando entre dientes. Su retirada al santuario de la biblioteca de su padre se sintió casi triunfal, aunque el peso del escándalo aún descansaba pesadamente sobre sus hombros.



Dos días después, la niebla matinal se aferraba al carruaje mientras el señor y la señora Wickham traqueteaban por el camino. Lydia agitaba su pañuelo desde la ventana con todo el entusiasmo de una reina en partida, mientras Wickham holgazaneaba a su lado, con el sombrero inclinado pícaramente sobre un ojo. Elizabeth permaneció en la entrada observando hasta que por fin desaparecieron de vista, su postura no revelaba nada del alivio que sentía.

Al mediodía, la casa había caído en un silencio antinatural, una quietud que se sentía tanto extraña como frágil. Elizabeth, después de asegurarse de que la señora Bennet había sido suficientemente calmada con una taza de té reconfortante y la presencia tranquilizadora de Jane, se dirigió al estudio de su padre, buscando refugio del caos de los últimos días.

Encontró al señor Bennet ausente, aunque la evidencia de sus hábitos persistía en el tenue aroma a tabaco, un libro abierto dejado con el lomo hacia arriba sobre el escritorio, una taza de café frío a medio beber peligrosamente cerca de un montón de correspondencia. Con un suspiro, Elizabeth se hundió en el gastado sillón cerca del fuego, apoyando la cabeza contra su alto respaldo.

Su agotamiento era profundo, de ese tipo que ninguna cantidad de sueño parecía capaz de curar. Durante días, había estado atrapada en el torbellino de la locura de Lydia y sus consecuencias, navegando el delicado equilibrio entre el deber familiar y la indignación personal. Y, sin embargo, a pesar de la resolución de este sórdido capítulo, persistía una sensación de inquietud.

—Un desastre evitado —murmuró para sí misma, sus dedos trazando patrones ociosos a lo largo del reposabrazos—. Aunque parece que otro espera siempre a la vuelta de la esquina.

Su intento de ligereza sonó algo plano, incluso para sus propios oídos. Cerrando los ojos, permitió que el calor del fuego se filtrara en sus cansados miembros. Los sonidos amortiguados de la casa se filtraban débilmente a través de la puerta, un recordatorio de que la vida, con todas sus pruebas, continuaba.

Por supuesto, había habido un punto brillante en medio de la oscuridad: Bingley. Sus visitas diarias a Jane habían sido un bálsamo para la casa, su presencia gentil y amable, sus intenciones inalteradas. Elizabeth no pudo evitar sonreír ante el pensamiento de la tímida felicidad de Jane, aunque estaba teñida de una punzada de anhelo que se negaba a examinar demasiado de cerca.

—Al menos alguien ha encontrado su camino —dijo suavemente, antes de caer en silencio una vez más, el crepitar del fuego su única compañía.

Elizabeth se sobresaltó cuando la puerta del estudio de su padre se abrió con un crujido, dejando entrar al señor Bennet con su habitual aire de indiferencia compuesta. Llevaba un libro bajo el brazo y una leve sonrisa burlona que solo pareció acentuarse al notar la postura lánguida de ella junto al fuego.

—Ah, aquí estás, querida —dijo, acomodándose en la silla frente a ella con la gracia pausada de un hombre que hacía mucho tiempo había dominado el arte de la participación selectiva—. Supongo que la casa está más tranquila ahora que tu hermana menor se ha marchado a esparcir su peculiar marca de caos en otro lugar.

Elizabeth exhaló un suspiro que era en parte risa y en parte gemido.

—Más tranquila, sí. Aunque no estoy del todo segura de si el silencio debe tomarse como un alivio o como un preludio ominoso de cualquier nueva catástrofe que Lydia y el señor Wickham puedan urdir a continuación.

—Una observación astuta —respondió el señor Bennet, levantando su libro pero sin hacer ningún intento de abrirlo. En cambio, su mirada se detuvo en Elizabeth, su expresión suavizándose de una manera que ella raramente veía—. Has soportado mucho estas últimas semanas, Lizzy. Más de lo que jamás se te debería pedir. Y sin embargo, aquí estamos, gracias en gran parte a la intervención de otros.

—Sí —dijo Elizabeth lentamente, entrecerrando los ojos hacia él—. ¿Te refieres a otros como Lord Matlock?

—Lord Matlock, en efecto —reconoció su padre con un encogimiento de hombros—. Aunque si tuviera que aventurar una suposición, diría que su sobrino carga con el mayor peso de la gratitud.

—¿Su sobrino? —Elizabeth se quedó helada, su mente corriendo para alcanzar las implicaciones de sus palabras—. ¿El señor Darcy? Seguramente no.

—Seguramente, sí —el tono del señor Bennet era exasperantemente casual mientras se reclinaba en su silla—. Aunque Henry Fitzwilliam haya prestado su título y conexiones a la causa, es Darcy cuyo bolsillo e influencia finalmente aseguraron la... ¿la llamaremos redención de tu hermana?

—¿El señor Darcy? —repitió Elizabeth incrédulamente, levantándose a medias de su asiento—. ¿Por qué... —titubeó, frunciendo el ceño con incredulidad—. ¿Por qué demonios haría algo así? ¿Qué posible motivo podría tener *él* para involucrarse en los asuntos de nuestra familia?

—Una excelente pregunta —comentó su padre, con evidente diversión—. Y una que, sospecho, estás mejor capacitada para responder que yo.

—¿Yo? —balbuceó Elizabeth, pero su protesta se vio interrumpida cuando el señor Bennet inclinó la cabeza hacia la ventana, su expresión volviéndose más traviesa.

—Quizás —dijo suavemente—, podrías preguntárselo tú misma.

Frunciendo el ceño, Elizabeth siguió su mirada, levantándose completamente para pararse junto a la ventana. Los copos de nieve apenas comenzaban a caer afuera, pero ciertamente era posible ver el carruaje que acababa de detenerse frente a la casa. Contuvo la respiración cuando las inconfundibles figuras del señor Bingley y —sí, ahí estaba— el señor Darcy descendieron de él.

—Dios mío —murmuró, aferrándose a la cortina como si pudiera estabilizarla. Por un momento, sus pensamientos se dispersaron salvajemente entre la mortificación, la curiosidad y algo que no se atrevía a nombrar. Luego, mientras sus ojos se demoraban en la figura erguida del señor Darcy, sintió que su pulso se aceleraba de una manera que no podía explicar ni descartar por completo.

—Bueno, Lizzy —dijo el señor Bennet desde detrás de ella, con voz engañosamente suave—. ¿Vas a dejar a nuestro invitado esperando afuera todo el día, o debo enviar a Hill a buscar el té?

Elizabeth se giró bruscamente, fijándole una mirada que solo lo hizo reír. —Es usted insufrible —declaró, aunque había poco ardor en su tono. Aun así, vaciló, su mano apretando la cortina.

—Vamos —le instó su padre suavemente, su sonrisa conocedora era tanto exasperante como extrañamente reconfortante—. Puede que aún te sorprenda.



Capítulo Veintitrés

AL ENTRAR EN LA sala, Darcy se detuvo al encontrar ausente a su objetivo. La señorita Mary y la señorita Kitty se pusieron de pie con sonrisas corteses para saludarlo, pero apenas pudo completar las formalidades básicas de reconocimiento cuando Elizabeth se deslizó en la habitación un momento después. Ella hizo una ligera reverencia en respuesta a su inclinación, y luego se dirigió a la ventana, mirando hacia afuera la nieve que caía.

Elizabeth se movía con menos de su energía habitual —su postura ligeramente encorvada, su cabeza inclinada hacia abajo— y no pudo evitar notar la palidez cansada en su rostro, tan a menudo radiante de vitalidad. Sin embargo, incluso en su estado de fatiga, era absolutamente cautivadora. Sus rizos rebeldes enmarcaban su rostro con un encanto desafiante, y sus ojos oscuros, aunque ensombrecidos, conservaban su impresionante profundidad, como si contuvieran el mundo entero dentro de ellos.

—Señorita Elizabeth —comenzó suavemente, su voz rompiendo el silencio como un guijarro arrojado al agua tranquila. El sonido hizo que ella mirara por encima del hombro, arqueando ligeramente la ceja en señal de interrogación.

—¿Sí, señor Darcy? —Su tono era cortés, pero distante; una formalidad que se había establecido entre ellos desde que la desgraciada escapada de Lydia salió a la luz. Pero también había un destello de curiosidad en su expresión, como si se preguntara qué diría él a continuación.

Darcy inhaló profundamente, el aire se sintió frío en su pecho, aunque no tenía nada que ver con la temperatura de la habitación. ¿Cómo era posible que esta mujer pudiera desconcertarlo tan completamente? Se había enfrentado a parlamentarios y hombres de gran influencia sin siquiera un temblor en sus manos, pero ahora, frente a Elizabeth Bennet, sus palmas se sentían húmedas y su corazón latía aceleradamente.

—Perdóneme —dijo después de un momento—. No pude evitar notar que parece estar indispuesta. ¿Ha estado descansando adecuadamente?

Elizabeth parpadeó, claramente sorprendida por la pregunta. Luego, con un movimiento de cabeza casi imperceptible, le ofreció una sonrisa irónica.

—El descanso es algo así como un lujo en estos días, señor Darcy. Requiere que la mente esté libre de preocupaciones, y la mía ha estado bastante... ocupada.

—Ocupada —repitió él, sus labios moviéndose involuntariamente a pesar de sí mismo. Su ingenio sutil nunca dejaba de desarmarlo—. Entonces debo felicitarla por mantener tal compostura bajo presión. Me atrevo a decir que la mayoría se encontraría completamente deshecha.

—La mayoría no está bendecida con mi terquedad —respondió ella con ligereza, aunque su mirada vaciló, traicionando el peso de sus pensamientos. Se volvió de nuevo, reanudando su mirada por la ventana.

La mandíbula de Darcy se tensó. Esto no podía continuar así. Había esperado lo suficiente, quizás demasiado. Había llegado el momento de hablar claramente, de despojarse de la armadura de contención que lo había protegido hasta ahora. ¿Qué bien había producido su silencio, salvo dejarla agobiada e insegura?

—Elizabeth —dijo abruptamente, el uso informal de su nombre se le escapó antes de que pudiera evitarlo. Ella se tensó ligeramente, su mano cayendo instintivamente al respaldo de una silla cercana para mantener el equilibrio. Cuando se volvió hacia él nuevamente, su expresión era indescifrable, aunque sus labios se entreabrieron ligeramente por la sorpresa.

—Señor Darcy —dijo con cautela, su voz baja—. ¿Qué sucede?

Se acercó, sus botas resonando pesadamente en el suelo, su pulso latiendo al unísono. Por un momento, simplemente la miró, absorbiendo cada detalle. La tenue capa de pecas sobre su nariz, la tensión en sus hombros, la forma en que sus dedos aferraban la silla como si se estuviera anclando. Estaba cansada, sí, pero también era resiliente, valiente y dolorosamente hermosa. Y sobre todo, merecía la verdad.

—Elizabeth —dijo de nuevo, con más firmeza esta vez—, ya has soportado tanto, y no puedo seguir siendo la causa de tu angustia. —Su voz se suavizó, aunque su resolución no flaqueó—. Hay cosas que debo decirte, cosas que debería haberte dicho hace mucho tiempo.

Ella miró a sus hermanas, con las cabezas juntas sobre alguna bagatela. Los ojos de Kitty se alzaron hacia ellos antes de apartar la mirada rápidamente, y Darcy se dio cuenta de que ambas chicas estaban escuchando atentamente, aunque fingían lo contrario.

—Muy bien —accedió Elizabeth suavemente—. Ven conmigo.

Darcy la siguió por el pasillo, sus botas resonando contra los suelos de madera pulida. El comedor, desocupado y tenuemente iluminado, se presentó como el refugio ideal.

Elizabeth se acomodó en una silla cerca de la chimenea, donde los restos de un fuego aún ardían, ofreciendo un leve calor. Su mirada se elevó lentamente hasta encontrarse con la de él, una mezcla de curiosidad y aprensión evidente en su expresión.

—Señor Darcy —comenzó, con voz mesurada pero teñida de arrepentimiento—. Antes de que diga nada... debo hablar primero. —Enderezó su postura, la determinación familiar en su porte disipando momentáneamente el agotamiento grabado en sus facciones—. Soy dolorosamente consciente de que las recientes... dificultades de mi familia le han puesto en una posición poco envidiable. Las acciones de Lydia, por irreflexivas e imprudentes que fueran, nunca deberían haberlo agobiado. Por eso, solo puedo disculparme.

Darcy permaneció en silencio, sus ojos fijos en los de ella mientras hablaba. Sus palabras eran precisas, su tono inquebrantable, yet podía ver el leve temblor en sus manos. Estaba lidiando con algo mucho más pesado que la mera vergüenza; cargaba el peso de la reputación de su familia como si fuera su propio fracaso personal.

—Su implicación —continuó, su voz más suave ahora—, aunque totalmente inmerecida, ha sido tanto una bondad como una humillación que no puedo comprender completamente. Que usted se haya visto enredado en un asunto tan sórdido...

—Basta —la interrumpió suavemente, avanzando antes de que pudiera terminar. Sus palabras vacilaron, la sorpresa cruzando su rostro cuando él se arrodilló ante ella, tomando sus frías manos entre las suyas—. Elizabeth —su nombre se deslizó de su lengua de nuevo, involuntario pero totalmente natural—, esta no es una carga que debas llevar, ni una disculpa que debas ofrecer.

Su frente se arrugó, sus labios se separaron para protestar, pero él la silenció con una mirada, firme e inflexible. —Era mi desastre que arreglar —dijo con firmeza—. Y solo mío.

Por un momento, el único sonido fue el aullido ahogado del viento más allá de las paredes. Sus manos permanecieron en las de él, pequeñas y temblorosas, aunque no se apartó. Darcy sintió que la tensión se aflojaba en sus dedos, aunque su mirada seguía siendo aguda e inquisitiva, como si estuviera tratando de descifrar algún significado oculto detrás de sus palabras.

—¿Suyo? —repitió finalmente, su tono escéptico pero teñido de un indicio de algo más; esperanza, quizás, o alivio.

—Sí —dijo simplemente—. Mío.

Las comisuras de su boca se crisparon, como si fuera a argumentar más, pero en su lugar bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas, sus pestañas proyectando sombras sobre sus mejillas. Darcy se permitió la más breve indulgencia de esperanza; que quizás, solo quizás, ella pudiera comprender la profundidad de lo que él quería decir.

Poniéndose de pie, Darcy soltó sus manos con reluctancia mientras comenzaba a recorrer la longitud de la habitación. La mesa del comedor se interponía ahora entre ellos, su superficie reluciente reflejando su expresión turbada en la luz parpadeante de la solitaria vela que Elizabeth había encendido al entrar. Los copos de nieve golpeaban suavemente contra los cristales de las ventanas, un suave contrapunto a la tormenta que se gestaba en su interior.

—Elizabeth —dijo al fin, con voz baja pero firme—, hay... mucho que te he ocultado. No por malicia o indiferencia, sino... —Hizo una pausa, con el ceño fruncido mientras luchaba por articular lo que había estado encerrado durante tanto tiempo—. Por deber y orgullo.

—¿Ocultado? —repitió ella, inclinando la cabeza ligeramente. Asintió, cruzando las manos pulcramente frente a ella sobre la mesa, como si se preparara para lo que estaba por venir.

—Antes de empezar —dijo Darcy, deteniendo su paseo para pararse directamente frente a ella—, debes entender que mi silencio nació del deseo de proteger a alguien muy querido para mí: mi hermana, Georgiana.

—¿La señorita Darcy? —Las cejas de Elizabeth se arquearon con sorpresa.

—Sí. —Exhaló lentamente, como si expulsara un peso que había cargado durante demasiado tiempo—. ¿Recuerdas, quizás, que mencioné los... fallos de Wickham, la última vez que hablamos del asunto?

—Fallos es más bien un eufemismo, ¿no es así? —comentó ella con sequedad, aunque su expresión permaneció atenta.

—En efecto —concordó él, sus labios curvándose brevemente antes de volver a formar una línea recta—. Fue en Ramsgate, el verano pasado, cuando su verdadero carácter se reveló más allá de toda duda.

—¿Ramsgate? —repitió ella, inclinándose ligeramente hacia adelante, su interés obviamente picado por esta nueva información.

—Georgiana tenía apenas quince años y había rogado por unas vacaciones junto al mar. Su entonces acompañante, la señora Younge, sugirió Ramsgate, y yo lo permití, sin saber que la señora Younge estaba confabulada con Wickham incluso entonces —continuó Darcy, con un tono quedo y arrepentido—. Él las encontró allí, y en su inocencia, Georgiana fue persuadida de

creer que estaba enamorada. Wickham, siempre el oportunista, buscó explotar sus afectos y su dote de treinta mil libras. La convenció para fugarse con él.

—¡Cielos santos! —jadeó Elizabeth, llevándose la mano a la boca.

—Por pura providencia, llegué inesperadamente de visita —dijo Darcy, su mandíbula tensándose ante el recuerdo—. Si me hubiera retrasado incluso un día, habría sido demasiado tarde. Tal como fue, me enfrenté a Wickham y le dejé abundantemente claro que su plan no tendría éxito.

—¿Y la señorita Darcy? —preguntó Elizabeth suavemente, su voz teñida de preocupación.

—Estaba desconsolada, por supuesto —admitió él, su expresión nublándose—. Pero agradecida, con el tiempo, de haberse librado de la ruina que él pretendía para ella. Juré entonces protegerla de daños futuros, salvaguardar su reputación por encima de todo. Es por eso que guardé silencio, incluso cuando debería haber hablado.

Entonces él encontró su mirada, sus ojos escrutando los de ella con una intensidad que le cortó la respiración.

—Ahora veo que mi silencio fue un grave error. Al proteger a uno, puse en peligro a muchos. Si hubiera sido franco sobre la verdadera naturaleza de Wickham, su familia, sus hermanas... —Su voz flaqueó y apartó la mirada, con los puños apretados a los costados—. Su familia podría haberse librado de sus maquinaciones.

—Esto, por supuesto —dijo ella al fin—, es el asunto por el que hubo que impedir que el coronel Fitzwilliam se batiera en duelo con él.

—En efecto —Darcy inclinó la cabeza—. Fue una suerte que Wickham ya se hubiera esfumado antes de que Richard se enterara del asunto. Creo sinceramente que si Richard lo hubiera encontrado en los días siguientes, habría llegado a ese extremo.

La nieve caía constantemente ahora, arremolinándose en delicados copos fuera de la ventana de amplios cristales del comedor. Un leve escalofrío persistía en el aire, a pesar del fuego que crepitaba en la chimenea, y Elizabeth entrelazó sus manos con fuerza en su regazo para mantenerlas calientes, o quizás para evitar que temblaran.

—¿Georgiana? —dijo, con voz vacilante, como si pronunciar el nombre en voz alta pudiera dar sentido a lo que acababa de escuchar—. Su dote es... —Titubeó brevemente, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. ¿Treinta mil libras, dijiste?

—En efecto —afirmó Darcy, con un tono mesurado pero firme. Se hallaba de pie frente a la chimenea, su alta figura proyectando una larga sombra en la tenue luz de las brasas moribundas. Su expresión era inescrutable, aunque sus ojos oscuros contenían un destello de algo que ella no lograba descifrar del todo. ¿Arrepentimiento, tal vez? ¿O algo más profundo?

—Entonces confieso que estoy completamente perpleja —dijo Elizabeth tras una larga pausa, frunciendo el ceño mientras se volvía hacia él—. La dote de Lydia es... bueno... —Vaciló, insegura de cómo expresarlo sin sonar vergonzosamente mercenaria—. Es mucho menor que la de Georgiana, por decirlo suavemente. ¿Por qué demonios se molestaría?

—¿Por qué, en efecto? —respondió Darcy con un encogimiento de hombros casi demasiado casual, aunque no había forma de confundir el dejo de amargura en su voz—. Pero Wickham siempre ha sido un hombre de oportunidades. Las herederas, verá, señorita Bennet —se permitió una sonrisa irónica—, generalmente están bien custodiadas. Padres, hermanos, tutores, chaperonas meticulosas... apenas se puede estornudar en su presencia sin que alguien lo note.

—Puede que sea así —dijo Elizabeth, con los labios temblando a pesar de sí misma ante su tono seco—, pero seguramente la modesta porción de Lydia no podría haberlo tentado. A menos que —y aquí su voz se volvió aguda, su ágil mente saltando a la conclusión más inquietante—, a menos que imaginara que había más por ganar. ¿Acaso él...? —Se detuvo en seco, con la garganta apretada.

—Precisamente —dijo Darcy en voz baja, sosteniendo su mirada con inquebrantable solemnidad —. Con su hermana Jane comprometida con Bingley, Wickham supuso que la fortuna de la familia Bennet estaba mejorando. —Su boca se torció en algo parecido al disgusto—. Probablemente creyó que había más dinero por extraer de la conexión.

Elizabeth se estremeció visiblemente, la palabra "extraer" golpeándola con toda la sutileza de una bofetada. Sus dedos se cerraron en puños y apartó la mirada, incapaz de soportar el pensamiento. Cuánto, se preguntó con desesperación, habría pagado Bingley para asegurar la paz. ¿Habría vaciado sus arcas por la locura de su familia? Ese hombre dulce y generoso, tan inmerecedor de tal manipulación...

—El señor Bingley —murmuró, con la voz apenas por encima de un susurro.

—No se preocupe —dijo Darcy abruptamente, con un tono cortante, como si leyera sus pensamientos—. Bingley... —Pero se detuvo, su expresión endureciéndose como si sopesara cuidadosamente sus siguientes palabras.

—¿Sí? —le instó Elizabeth, volviéndose hacia él. Sus ojos agudos escrutaron su rostro, pero él no ofreció nada más. En su lugar, enderezó los hombros y cruzó los brazos, retirándose a la

reserva impenetrable que ella había llegado a esperar de él. Mantuvo su mirada fija en él y esperó.

—Perdóneme, señorita Bennet —dijo finalmente, su voz suavizándose ligeramente, aunque la firmeza de su postura no vaciló—. Permítame tranquilizarla. El mismo Wickham no ha recibido ni un céntimo de este arreglo... —Sus ojos oscuros brillaron con una aguda satisfacción—. Ni lo recibirá jamás.

Elizabeth parpadeó, momentáneamente sorprendida por el giro inesperado en su expresión. Se había acostumbrado a la gravedad de Darcy, a su seriedad inflexible, y sin embargo allí estaba, con las comisuras de su boca traicionando el más mínimo indicio de suficiencia.

—¿Ni un céntimo? —repitió ella, con un tono atrapado entre la incredulidad y la curiosidad.

—Ni un cuarto de penique —confirmó él, su sonrisa haciéndose más pronunciada ahora, aunque todavía templada por el decoro—. Todos los fondos se han establecido directamente para su hermana, y en ese punto, no hubo negociación. Si Wickham resulta negligente —arqueó la ceja de manera significativa—, o decide abandonarla por completo, se encontrará bastante indigente.

Elizabeth no pudo contenerse; exhaló una risa, corta e incrédula, antes de levantar una mano para cubrirse la boca. No era que la situación en sí fuera graciosa, ni mucho menos, pero había algo innegablemente satisfactorio en la imagen de George Wickham, ese pícaro de lengua suave, tan completamente superado en astucia.

—Eso es... notablemente inteligente —dijo por fin, bajando la mano. Su mirada se detuvo en Darcy, y por primera vez, se permitió verlo realmente, no meramente como la figura taciturna que una vez la había insultado, sino como un hombre capaz de ingenio, estrategia y, se atrevía a admitirlo, cierto encanto.

—Gracias —respondió Darcy, inclinando ligeramente la cabeza. No había rastro de arrogancia en su tono, solo una tranquila humildad que la sorprendió. Se aclaró la garganta, como si de repente se sintiera cohibido bajo su escrutinio, y desvió la mirada, centrándose en su lugar en un copo de nieve que había aterrizado en el cristal de la ventana junto a ellos.

—Aun así —insistió Elizabeth, suavizando su voz mientras ladeaba la cabeza—. Tal solución debe haber requerido recursos considerables. —Sus ojos se entrecerraron astutamente—. Y usted se apresuró a asegurarme que el señor Bingley no necesitaba preocuparse por el aspecto financiero. No puedo evitar preguntarme... —Hizo una pausa, sus palabras quedando delicadamente suspendidas en el aire como la nevada exterior.

—¿Preguntarse qué, señorita Bennet? —preguntó Darcy, su mirada volviendo rápidamente a la de ella. Aunque su postura se mantuvo compuesta, hubo un destello de algo en su expresión, tal

vez cautela, o anticipación.

—Quién —dijo ella simplemente, inclinándose ligeramente hacia adelante— proporcionó esos recursos.

Darcy no respondió inmediatamente. En su lugar, la estudió de esa manera exasperantemente inescrutable suya, como si sopesara la sabiduría de continuar esta línea de conversación. Elizabeth mantuvo su mirada firmemente, negándose a apartar la vista, incluso cuando su pulso se aceleró.

—Seguramente —añadió, ofreciéndole una sonrisa juguetona en un intento de aligerar el ambiente—, un misterio como este no puede quedar sin resolver. Mi padre —vaciló brevemente, recordando sus palabras de precaución— insistiría en que preguntara.

—Tu padre —repitió Darcy, con un tono indescifrable. Pero Elizabeth notó que su boca se tensó imperceptiblemente y sus manos, aún cruzadas detrás de su espalda, se movieron ligeramente.

—¿Y bien? —le instó ella—. ¿Me vas a hacer adivinar, señor Darcy? ¿O pondremos fin a esta farsa?

—Señorita Bennet —comenzó él, con un tono medido como si estuviera atravesando un campo minado—. Sería impropio...

—¿Impropio? —le interrumpió ella, con una sonrisa traviesa curvando sus labios—. ¿Seguramente no más impropio que entrometerse en los asuntos de la familia de otra persona?

Él se estremeció ante sus palabras. Su boca se tensó brevemente antes de exhalar un suspiro silencioso, sus hombros relajándose ligeramente.

—Muy bien —dijo al fin, con voz baja pero firme—. Si debes saberlo, yo... yo me encargué de la mayor parte de los fondos personalmente.

Elizabeth parpadeó, el aire pareciendo detenerse a su alrededor mientras lo miraba en un silencio atónito.

—Por supuesto —continuó él, con un tono casi enérgico ahora, como si intentara restarle importancia a la significación de su confesión—, el señor Bingley contribuyó con una parte, al igual que mi tío, Lord Matlock, y tu padre. Pero la mayor parte provino de mi propia hacienda.

Elizabeth lo miró fijamente, tratando de procesar lo que acababa de decir. Las palabras parecían casi incomprensibles, tan en desacuerdo estaban con la imagen que durante tanto tiempo había tenido de él. El señor Darcy, el orgulloso, distante e imposiblemente exigente señor Darcy, había orquestado el rescate de Lydia. Lo había hecho sin alarde, sin buscar reconocimiento, y ahora estaba ante ella, hablando de sumas de dinero y arreglos como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Tu propia...? —comenzó ella, pero su voz flaqueó. Sus ojos se agrandaron cuando las piezas encajaron—. ¿Quieres decir que tú...? —Se detuvo de nuevo, su respiración entrecortándose mientras sacudía la cabeza, incapaz de reconciliar este acto de extraordinaria generosidad con el hombre que tenía delante.

—Sí —dijo él simplemente, con un tono tranquilo pero firme—. Lydia recibirá trescientas libras anuales, pagadas mensualmente, que, combinadas con el salario de oficial de Wickham, deberían ser suficientes para garantizar su comodidad.

—Trescientas libras al año... —murmuró ella, casi para sí misma. Sus dedos rozaron el borde de la mesa, trazando las ranuras en la madera mientras su mente daba vueltas. Era una suma enorme, mucho más allá de lo que podría haber imaginado que alguien, y menos aún el señor Darcy, estaría dispuesto a dar para asegurar el honor de su familia.

Darcy fue quien rompió el silencio entre ellos.

—El señor Wickham —dijo, con un tono ligeramente cambiado— parece poseer un talento bastante desafortunado para atrapar los afectos de las jóvenes de quince años.

El comentario fue tan inesperado que Elizabeth inhaló bruscamente, sorprendida por su franqueza. Parpadeó, momentáneamente desconcertada, antes de que una pequeña risa incrédula escapara de sus labios.

—Un talento dudoso, sin duda —dijo, alzando una ceja—. Confieso que no lo había pensado en esos términos.

—Quizás seas más amable que yo —respondió Darcy, su boca temblando ligeramente, como si estuviera reprimiendo una sonrisa—. Aunque imagino que tu perspectiva es algo diferente, dadas las circunstancias. Solo lamento que fuera tu hermana quien se convirtiera en su última víctima. Me duele más de lo que puedo expresar.

Su risa se desvaneció tan rápido como había llegado, y el peso de la realidad volvió a asentarse sobre ella. Lydia. La pobre e imprudente Lydia, tan fácilmente encantada por las mentiras y promesas vacías de Wickham. El pensamiento de su hermana menor, tan ingenua, tan confiada, trajo un nuevo dolor al corazón de Elizabeth. Pero al mirar a Darcy, no vio rastro de juicio en su expresión, solo una tranquila seriedad que la hizo detenerse. No se limitaba a ofrecer tópicos; realmente parecía sentir la profundidad de esta desgracia.

—Gracias —dijo ella, con voz suave, casi vacilante. La sinceridad de su propio tono la sorprendió—. Pero me temo que la humillación de nuestra familia no es una carga que usted deba llevar, señor Darcy.

—Humillación o no —dijo él con firmeza, su mirada inquebrantable—, es una carga que he asumido voluntariamente, y que seguiré llevando, aunque solo sea para ver algo de paz restaurada en su familia. Cualesquiera que sean mis defectos, Elizabeth —su voz bajó, íntima y profunda, y el uso de su nombre le provocó un sobresalto—, la indiferencia hacia su felicidad no se encuentra entre ellos.

Su respiración se entrecortó, el peso de sus palabras presionando contra su pecho. ¿Qué podría querer decir con semejante declaración? ¿Y por qué le provocaba un peculiar calor que recorría todo su cuerpo, incluso en medio de toda su confusión? Juntó las manos con fuerza en su regazo, sus dedos temblando ligeramente.

—Señor Darcy... —comenzó, su voz tentativa, insegura de cómo responder. Pero cuando encontró su mirada, se vio incapaz de apartarla. Sus ojos sostenían los de ella con una intensidad tan inquebrantable que sintió como si pudiera ver a través de ella, más allá de sus defensas cuidadosamente construidas, hasta los pensamientos y sentimientos que aún no se había atrevido a reconocer, ni siquiera para sí misma.

El silencio se extendió entre ellos una vez más, roto solo por el débil crepitar del fuego y el suave repiqueteo de la nieve contra la ventana. Elizabeth miró hacia el cristal tocado por la escarcha, observando cómo los copos de nieve danzaban y se arremolinaban con una elegancia insondable. El frío de la habitación hizo poco para enfriar el calor que subía a sus mejillas, ni para calmar la tormenta de emociones que ahora se arremolinaba en su interior. Las palabras de Darcy aún resonaban en sus oídos, su peso asentándose profundamente en su corazón.

Por primera vez en su vida, Elizabeth Bennet —ella que tanto se enorgullecía de su claridad de pensamiento y rapidez de ingenio— se encontró total y completamente sin palabras.



Capítulo Veinticuatro

EL COMEDOR ESTABA EN silencio, salvo por el suave aullido del viento de la tormenta de nieve en el exterior. El señor Darcy estaba de pie frente a ella, su alta figura tan imponente como siempre, aunque su expresión... ¡Oh, su expresión! Era tan inusualmente tierna, tan despojada de su habitual reserva, que Elizabeth se encontró cuestionando la realidad del momento.

—Seguramente —comenzó él, con su voz profunda y firme, aunque de alguna manera más cálida de lo que ella jamás la había escuchado—, seguramente mi admiración no puede resultar una sorpresa tan grande como todo esto.

Sus cejas se arquearon ligeramente, aunque no podría decir si por incredulidad o confusión. Mil pensamientos chocaban en su mente, ninguno dispuesto a dar paso a la coherencia. Logró, apenas, formar palabras en lugar del silencioso boqueo que temía pudiera traicionarla. —Usted... —titubeó, con un tono más incrédulo del que pretendía—. Debe perdonarme, señor, pero confieso que estoy bastante desconcertada.

Los labios de Darcy se curvaron en lo que casi podría llamarse una sonrisa, aunque con un ligero toque de ironía, como si él mismo apenas pudiera creer lo que estaba a punto de decir. —Querida Elizabeth —dijo—, me atrevería a decir que siempre has disfrutado sorprendiéndome. Quizás esperaba poder devolverte el favor, aunque no anticipé una reacción tan enfática.

Elizabeth parpadeó rápidamente, como si al hacerlo pudiera entender mejor al hombre que tenía delante. ¿Era este realmente el señor Darcy? ¿El mismo señor Darcy que una vez había comentado sobre su aspecto *tolerable* con todo el entusiasmo de quien evalúa un retrato mediocre? ¿El mismo hombre cuyo altivo silencio a menudo la había dejado oscilando entre la irritación y la diversión? Y sin embargo, ahí estaba, con sus ojos oscuros fijos en ella con tal sinceridad inquebrantable que parecía que se le cortaba la respiración.

—Al principio —continuó Darcy, suavizando su voz mientras la observaba atentamente—, quizás cada uno de nosotros encontraba cierto placer en provocar al otro. —Su frente se arrugó levemente, como si estuviera considerando las muchas pullas que habían intercambiado con el tiempo—. Pero hace mucho, mucho tiempo que no puedo encontrar el más mínimo defecto en ti.

—¿Mucho tiempo? —repitió ella, con la voz elevándose en tono antes de que pudiera moderarla. Apretó los labios rápidamente, intentando enmascarar su asombro—. Señor Darcy, habla usted como si yo fuera algún paradigma de virtud. Seguramente no pretende sugerir que le he dejado completamente ciego a mis defectos.

—No ciego —respondió él, con la mirada firme—. Sino más bien, indiferente a ellos.

Lo absurdo de todo ello, de *él*, la golpeó entonces, y a pesar del tumulto salvaje de emociones que se arremolinaban en su interior, una risa escapó de sus labios, ligera e incrédula. —¿Indiferente? —repitió—. Santo cielo, señor Darcy, apenas sé qué decir. O es usted el juez de carácter más generoso o el adulador más grande que jamás he encontrado.

—Ninguna de las dos cosas, se lo aseguro —dijo él con serenidad, aunque hubo un destello de algo parecido al humor en la comisura de su boca—. Simplemente digo la verdad. Defectos y virtudes por igual, los he visto todos. Y aun así...

Hizo una pausa, y Elizabeth se encontró conteniendo la respiración sin saber muy bien por qué. Había algo inquietantemente sincero en su manera, algo que hizo que su corazón, que siempre había considerado firme e impasible, comenzara a agitarse de una forma muy desconcertante.

—Y sin embargo —continuó, con la voz más baja ahora—, no hay falta que no pasaría por alto con gusto, si solo fuera para permanecer en tu compañía un poco más.

Elizabeth lo miró fijamente, su mente corriendo más rápido de lo que su lengua podía seguir el ritmo. Esto no podía ser real, seguramente. En algún lugar, Lydia probablemente ya estaba envuelta en otro escándalo, su madre sin duda lamentaba el precio de las cintas, y el mundo era exactamente tan caótico como debía ser. Pero aquí, en esta habitación silenciosa y apenas iluminada, con el señor Darcy mirándola como si fuera el centro de todas las cosas... bueno, parecía demasiado imposible.

—Señor Darcy —comenzó, con la voz más suave ahora. Y luego se detuvo, sin estar segura en absoluto de lo que quería decir.

—Queridísima Elizabeth —dijo él, cuando ella no pudo pronunciar otra palabra—. Te ruego que me permitas este momento, esta oportunidad de expresar lo que ha estado pesando en mi corazón.

Había algo en su tono, una urgencia que la inquietaba y la intrigaba a la vez. Lentamente, levantó los ojos para encontrarse con los suyos.

—Muy bien —dijo con ligereza, sus labios curvándose en una leve sonrisa en un intento de enmascarar su creciente inquietud—. Si eso te alivia, señor Darcy, te escucharé. Aunque debo confesar que estoy bastante desconcertada sobre qué podría posiblemente dejarte a *ti* tan perturbado.

—Perturbado —repitió suavemente, casi para sí mismo, y luego hizo un pequeño gesto de autodesprecio con la cabeza—. Sí, quizás esa sea la palabra. O tal vez no sea lo suficientemente fuerte. Porque en verdad, Elizabeth, nunca he conocido la paz mental desde el día en que te encontré por primera vez en la asamblea de Meryton.

Elizabeth parpadeó, sorprendida por el repentino cambio en su franqueza, la nota apasionada en su voz. Él dio un paso más cerca, acortando la distancia entre ellos hasta que ella sintió el calor de su presencia, aunque el decoro aún dejaba un espacio respetable entre ambos.

—Desde ese momento —continuó Darcy, con la voz cargada de emoción—, mi admiración por ti solo ha crecido. Al principio, me esforcé por luchar contra ella. Me dije a mí mismo que no era más que un capricho pasajero, uno que podría vencer a través de la razón. Pero la razón me falló, al igual que todos los otros medios de resistencia que intenté. Y ahora, aquí estoy ante ti, incapaz de negar la verdad por más tiempo.

—Señor Darcy... —Elizabeth trató de intervenir, pero él continuó, sus palabras brotando como si temiera perder el valor si vacilaba siquiera un momento.

—Elizabeth —dijo, y su nombre en sus labios le envió un escalofrío involuntario por la espalda —. Te admiro y te amo ardientemente. No creo que pueda encontrar la felicidad a menos que consientas en ser mi esposa.

Su boca se abrió por la sorpresa, pero no salieron palabras. De todos los escenarios que había imaginado, incluyendo varios que involucraban su desprecio por las impropiedades de su familia o su retirada completa de su conocimiento, este no era uno de ellos.

—Sin duda —logró decir al fin, con voz débil pero teñida de incredulidad—, sin duda no puede referirse... —Se interrumpió, sacudiendo la cabeza como para aclararse las ideas—. *Debe* ver lo imposible que es esto, señor Darcy.

—¿Imposible? —Su ceño se frunció, y hubo un destello de vulnerabilidad en su expresión que hizo que se le oprimiera el pecho—. ¿Por qué habría de ser imposible?

—¿Verdaderamente necesita que lo diga en voz alta? —preguntó ella, su voz cobrando fuerza junto con su compostura—. ¿Después de todo lo que ha ocurrido? ¿Después de lo de Lydia...? —

Titubeó, sin querer pronunciar la palabra *escándalo* en la cargada intimidad del momento—. Seguramente entiende que tal asociación le perjudicaría. ¡Casarse con una familia que le daría a Wickham como cuñado! ¡Es una degradación demasiado grande para siquiera considerarla!

La mandíbula de Darcy se tensó, y por un momento, Elizabeth pensó que lo había herido. Sin embargo, en lugar de retroceder, se mantuvo firme, con el semblante tranquilo pero resuelto.

—¿Degradación? —repitió—. Señorita Bennet, le aseguro que ninguna circunstancia, ni siquiera su desafortunada conexión con ese canalla, podría hacer que la tuviera en menos estima. Mi consideración por usted no es tan frágil como para deshacerse por las acciones de otros.

Elizabeth lo miró fijamente, con la respiración entrecortada. De todas las respuestas que había esperado, esta no estaba entre ellas.

El silencio entre ellos se prolongó, pero antes de que se volviera insoportable, Darcy habló, su voz profunda teñida de algo sospechosamente parecido a la diversión.

—Confesaré que Wickham no es la conexión que habría elegido para mí, ni para nadie. Pero por usted, soportaré incluso la indignidad de llamarlo pariente.

—¿Soportar? —repitió Elizabeth, arqueando las cejas mientras su compostura comenzaba a regresar lentamente, animada por lo absurdo de su declaración—. Un sentimiento admirable, señor Darcy, pero poco convincente.

—Soportar —repitió él con firmeza, aunque la comisura de su boca permanecía traidoramente elevada. Sus ojos oscuros sostenían los de ella con una firmeza desconcertante—. Pero permítame ser perfectamente claro: si Wickham se atreve a poner un pie en Pemberley, o peor aún, cerca de Georgiana, no puedo prometer comportarme con ningún grado de civilidad. De hecho —su expresión se oscureció brevemente, revelando un destello de genuina ira—, no haré promesas sobre mi conducta en absoluto.

Ante esto, Elizabeth ya no pudo reprimir su risa, que brotó como un manantial rompiendo el hielo invernal. El sonido llenó la habitación, aligerando la atmósfera cargada que los había envuelto momentos antes—. Qué afortunado, entonces —dijo al fin, con la voz aún tocada por el regocijo—, que recientemente informé al señor Wickham, sin lugar a dudas, que nunca sería bienvenido en Pemberley. Poco sospechaba —hizo una pausa, su mirada recorriendo a Darcy con una mezcla de asombro y picardía—, ¡que algún día podría reclamar cierta autoridad en el asunto como su señora!

La ceja de Darcy se elevó, y por solo un instante, una sonrisa rara y sin reservas iluminó su rostro; una sonrisa tan cálida, tan completamente desprovista de su habitual reserva, que

Elizabeth sintió como si el aire mismo entre ellos hubiera cambiado. Se le cortó la respiración, pero siguió adelante, decidida a no traicionar el repentino aceleramiento de su corazón.

—En esto, al menos —continuó, juntando las manos pulcramente frente a ella como si no estuvieran discutiendo nada más importante que un cambio en el clima—, estamos en perfecto acuerdo. Ninguno de los dos desea ver la cara del señor Wickham de nuevo. Quizás —su tono se volvió pícaro, sus ojos brillando con renovada confianza—, este entendimiento pueda servir como base para una alianza de lo más armoniosa.

—Quizás —respondió Darcy, con voz baja y mirada firme. Sin embargo, ahora había una suavidad en su expresión, una ternura que hizo que Elizabeth sintiera como si estuviera al borde de algo vasto e incognoscible—. Aunque sospecho que podríamos encontrar otros cimientos, mejores, sobre los cuales construir.

Elizabeth inclinó la cabeza, fingiendo considerar sus palabras mientras luchaba contra el inesperado calor que subía a sus mejillas. Fuera lo que fuese que resultara de esta conversación, una cosa estaba abundantemente clara: Wickham, con todo su encanto y maquinaciones, había logrado sin querer lo que ni el ingenio ni el orgullo habían conseguido hasta ahora. Los había unido, en propósito, en entendimiento y quizás, en algo mucho más profundo aún.

—Debo confesar que me encuentro algo consolado en nuestra desgracia compartida respecto a las relaciones —dijo entonces Darcy, con un tono casi juguetón.

—¿Consolado? —Elizabeth arqueó una ceja—. Por favor, señor, explíquese. Estoy completamente asombrada por el consuelo que pueda obtener de semejante fuente.

—Su familia, por supuesto, ha sido sometida a la indignidad del señor Wickham —respondió Darcy, sus labios curvándose en esa sonrisa irónica que ella había comenzado a reconocer como su expresión más genuina—. Pero no olvidemos mis propias tribulaciones. ¿Ha olvidado a Lady Catherine?

—¿Olvidarla? ¡Ciertamente no! —exclamó Elizabeth, su risa brotando antes de que pudiera contenerla—. Aunque admito que los intentos de su tía por disuadirme fueron tan carentes de sutileza que proporcionaron más diversión que problemas. ¡Me atrevería a decir que ella aún se cree triunfante, habiendo regresado a Rosings con la plena expectativa de mi sumisión, pues seguramente no me atrevería a desafiar sus deseos!

—Ella es tenaz, si no otra cosa —convino Darcy, aunque un destello de incomodidad cruzó su rostro al mencionar la interferencia de Lady Catherine—. Y sin embargo, parece notablemente ilesa por el encuentro. ¿Cómo lo logró?

—Señor Darcy —dijo Elizabeth, inclinándose hacia adelante con fingida solemnidad—, lo logré precisamente como sospecho que usted lo haría; con resolución inquebrantable y la ocasional aplicación juiciosa de sarcasmo. —Se permitió una pequeña sonrisa de satisfacción—. Además, tengo la máxima confianza en que Lady Catherine y el señor Collins serán compañeros perfectos juntos en Rosings. Se ocuparán interminablemente de las minucias de los asuntos de la iglesia y los senderos del jardín, dejándonos al resto en paz.

Darcy rió suavemente, sacudiendo la cabeza. —Parece que debo ceder una vez más ante tu ingenio superior. Aunque no puedo evitar sentir cierta lástima por los feligreses de Hunsford. Es poco probable que sus sermones se acorten con semejante pareja presidiendo su instrucción moral.

—En efecto —respondió ella, sus ojos brillando de diversión ante la idea—. Me temo que los pobres feligreses pueden ser los verdaderos mártires en este acuerdo.

—Quizás —murmuró Darcy, su tono cambiando sutilmente mientras se acercaba, con las manos entrelazadas detrás de la espalda. Vaciló, su expresión volviéndose seria, la ligereza dando paso a algo mucho más profundo—. Elizabeth... ¿me... —Hizo una pausa, luego continuó, su voz más baja ahora, casi tentativa—. ¿Me permitirías albergar la esperanza de que pudieras considerar mi cortejo?

El corazón de Elizabeth latía sordamente en su pecho, cada palpitación haciendo eco a la enormidad de su pregunta. La mirada de Darcy permaneció fija en la suya, firme e inquebrantable, pero debajo de todo ello, ella percibió una innegable vulnerabilidad; un hombre que había dejado de lado su orgullo y se había puesto enteramente a su merced.

Su respiración se entrecortó, pero luchó contra el impulso de apartarse, decidida en cambio a enfrentarlo con la misma honestidad que él ahora le ofrecía. Cualquiera que fuese su respuesta, no la daría a la ligera.

—Me hace demasiado honor —dijo finalmente, sus palabras ligeras pero su tono traicionando la profundidad de su emoción. Un rubor subió por sus mejillas, cálido e innegable—. Pero... por supuesto, sí. Sí.

La transformación en Darcy fue inmediata. Su expresión se suavizó, la reserva cautelosa derritiéndose como la escarcha bajo el sol. Por un momento, pareció completamente aliviado, como si apenas pudiera creer su fortuna. Luego, con una rapidez que le robó el aliento a Elizabeth, dio un paso adelante, cerrando la distancia entre ellos en lo que pareció un instante.

—Elizabeth —murmuró, su nombre reverberando en el espacio silencioso entre ellos antes de inclinar su cabeza hacia ella.

Y entonces la besó.

No fue un gesto grandioso y practicado digno de un hombre de su posición. Fue vacilante al principio, como si no se atreviera a presumir demasiado, pero cuando ella no se apartó, se volvió más seguro, tierno y sin embargo lleno de una pasión que claramente había estado conteniendo durante demasiado tiempo. Elizabeth, completamente desprevenida ante la sensación de sus labios sobre los suyos, se encontró respondiendo instintivamente, su mano elevándose para descansar ligeramente sobre su pecho, donde su corazón latía tan fieramente como el suyo propio.

El momento era perfecto, o al menos podría haberlo sido, si el destino —o más bien, Lady Matlock— no hubiera elegido ese preciso instante para intervenir.

Un fuerte y deliberado «EJEM» rompió la quietud, resonando por la habitación como una tos inoportuna durante un servicio religioso. Elizabeth se apartó de un salto como si la hubieran quemado, su mano volando hacia su boca mientras sus ojos se ensanchaban de mortificación. Darcy, por su parte, se puso rígido al instante, su compostura volviendo con precisión militar aunque un leve rubor traicionaba su incomodidad.

—Bueno —llegó una voz punzante desde la puerta, el tono altivo y chorreando implicaciones—, veo que mi sobrino ha olvidado por completo el valor de la discreción.

Elizabeth se arriesgó a mirar al intruso y se encontró frente a frente con Lady Matlock, cuyas cejas estaban tan alzadas que amenazaban con desaparecer en su cabello.

—Tía Margaret —comenzó Darcy, su habitual compostura flaqueando mientras inclinaba la cabeza rígidamente—. Yo...

—Ahórrame tus protestas, Fitzwilliam —le interrumpió, agitando su abanico con un floreo que sugería que tenía la situación completamente bajo control. Su mirada se desplazó hacia Elizabeth, evaluándola con una agudeza que hizo que la joven se sintiera particularmente expuesta—. Señorita Bennet, confío en que disculpará la interrupción, aunque no puedo decir que lamente haberles evitado más indiscreciones, considerando lo que esta casa ha tenido que soportar últimamente.

Elizabeth, aún luchando por encontrar su voz, logró hacer una vacilante reverencia, aunque sus mejillas ardían de vergüenza. —Por supuesto, Lady Matlock —dijo, con un tono educado pero con un leve matiz de desafío—. Su sentido de la oportunidad es impecable.

—En efecto —respondió Lady Matlock, sus labios temblando como si reprimiera una sonrisa—. ¿Esperemos que siga siéndolo en el futuro?

Elizabeth estaba bastante segura de haber oído a Darcy murmurar «Desde luego que *no*» detrás de ella mientras seguía a Lady Matlock fuera de la habitación. Al mirar atrás, se encontró con sus ojos, llenos de risa contenida.

—Iré a ver a tu padre —le susurró al oído, antes de presionar ligeramente su mano y dirigirse al estudio.

—¿Debo suponer que mi sobrino por fin ha entrado en razón? —preguntó Lady Matlock, mientras ella y Elizabeth se acercaban a la puerta del salón—. Por qué no te propuso matrimonio hace semanas está más allá de mi comprensión.

Elizabeth la miró atónita. —¿Cómo dice?

—Elizabeth. Querida niña. —Lady Matlock tomó las manos de Elizabeth entre las suyas y las apretó suavemente—. Desde la primera hora de nuestro encuentro, he estado completamente segura de que tú eras la única esposa posible para Darcy. ¡Y estoy verdaderamente molesta con él porque le haya llevado *tanto* tiempo darse cuenta!



Capítulo Veinticinco

LA MAÑANA DE ENERO amaneció fresca y despejada, con los setos escarchados alrededor de Longbourn brillando como diamantes bajo el sol invernal. Lady Matlock ajustó los pliegues de su pelliza de terciopelo. Sus dedos enguantados se aferraron al mango de su abanico de marfil intrincadamente tallado —un regalo de hace mucho tiempo de su difunta suegra con motivo de su propia boda— aunque apenas era necesario en un día tan frío. No, era más para un efecto dramático, se admitió a sí misma con una sonrisa privada. Después de todo, si alguna vez hubo una ocasión para el teatro, era esta: una triple boda.

—Maggie, deja de inquietarte —llegó la voz divertida de su marido a su lado. Las cejas gris acero de Lord Matlock se arquearon en fingida desaprobación mientras le ofrecía su brazo para subir los escalones de la iglesia—. Pareces un general preparándose para la batalla.

—Henry, simplemente estoy asegurando la perfección —respondió Lady Matlock con una calma desmentida por el brillo de emoción en sus ojos—. No todos los días se presencian tres matrimonios en una sola ceremonia, particularmente cuando dos de esas uniones involucran a la propia familia. Además —dio un ligero golpecito con su abanico en el brazo de él—, no es pasear; es posicionamiento estratégico.

—Ah, sí, tu famoso posicionamiento estratégico —replicó él secamente, aunque sus labios se curvaron hacia arriba—. Ora, ¿qué estás tramando exactamente ahora?

—Nada nefasto, querido —dijo ella con ligereza, aunque se permitió una mirada triunfante hacia la bulliciosa calle frente a la iglesia, donde los carruajes llegaban en un flujo constante. Elegantes invitados se derramaban, sus risas mezclándose con el traqueteo de ruedas y cascos. Damas en sedas y satenes subían los escalones, su aliento visible en el aire fresco, mientras caballeros con abrigos y corbatas impecables intercambiaban cortesías.

—Dime, Henry —continuó, en un tono ligero—, ¿crees que Elizabeth tropezará con su dobladillo? ¿O el semblante severo de Darcy asustará al vicario haciéndole pronunciar mal su nombre?

—Ninguna de las dos cosas, me parece —respondió Lord Matlock con una risita—. Aunque me pregunto si el entusiasmo del joven Bingley podría hacerle olvidar sus votos por completo.

—Totalmente posible —convino Lady Matlock, con los labios temblando—. Nunca he visto a un hombre tan absolutamente embelesado. Pero —añadió inclinando la cabeza—, es muy encantador, y Jane es el tipo de mujer que podría calmar incluso la disposición más excitable. Una pareja bien formada, creo.

Su marido murmuró en acuerdo, pero Lady Matlock ya estaba dirigiendo su atención a la siguiente pareja que seguiría a Jane y Bingley por el pasillo. El señor Darcy estaba cerca de la entrada de la iglesia, su postura tan erguida como siempre, aunque su expresión era la de un hombre completamente cautivado mientras miraba a su novia. Elizabeth Bennet, por su parte, hablaba animadamente con su padre, sus rizos oscuros escapando de sus horquillas de una manera que debería haber sido escandalosa pero que parecía totalmente apropiada. Lady Matlock no pudo evitar sonreír. Había algo deliciosamente satisfactorio en ver al a menudo impenetrable Fitzwilliam Darcy convertido en algo tan completamente humano.

—Míralos —murmuró, inclinándose ligeramente hacia su marido, que estaba a su lado con su habitual aire de divertida compostura—. ¿Alguna vez has visto algo tan radiante?

—¿A cuál "ellos" te refieres, querida? —respondió Lord Matlock, arqueando una ceja plateada —. Actualmente estamos presenciando suficiente resplandor como para rivalizar con el sol mismo. Aunque, si hablas de James, nunca he visto al muchacho tan... bueno, embelesado.

—¡Por supuesto que hablo de James! —respondió ella con suave exasperación, aunque su mirada volvió a dirigirse hacia Darcy y Elizabeth, cuya mirada compartida de silencioso afecto era suficiente para ablandar incluso al observador más cínico—. Aunque debes admitir que nuestro sobrino presenta una figura bastante gallarda con su novia. ¿Y el señor Bingley y Jane? Positivamente angelicales. Pero James —su voz bajó a un susurro, como si compartiera un secreto preciado—, James se ve feliz, Henry. Verdaderamente feliz.

—En efecto, así es —concordó Lord Matlock, siguiendo su mirada hacia donde su hijo ahora estaba de pie junto a Charlotte Lucas, con la mano de ella descansando ligeramente sobre su brazo. El semblante habitualmente serio de James estaba iluminado por una alegría silenciosa que parecía hacerlo parecer más alto que nunca. Su novia, sensata y serena, lo miró con una sonrisa que solo podía describirse como amorosa. No había afectación ni artificio en su

expresión. Solo un calor constante que denotaba una profunda comprensión del hombre con quien estaba a punto de casarse.

—Ella es perfecta para él —dijo Lady Matlock suavemente, su voz teñida de orgullo y alivio—. ¿Ves lo cómodo que está con ella? Sin pretensiones, sin poses, solo James siendo James. Oh, Henry, siempre temí que eligiera a alguna debutante atolondrada que lo agotara con interminables frivolidades. Pero Charlotte... Charlotte lo centra. Lo mantendrá sensato sin apagar su espíritu.

—Una cualidad admirable en una esposa —observó Lord Matlock con sequedad, ganándose una mirada de soslayo de su propia esposa.

—No pretendas que siempre fuiste tan sabio, señor —bromeó ella, aunque sus labios se crisparon en un esfuerzo por reprimir una sonrisa—. Me atrevo a decir que tú mismo te habrías beneficiado de un poco más de sensatez en tu juventud.

—Quizás —concedió él con una risita—. Pero entonces, tuve la buena fortuna de casarme contigo, mi amor, y así todas mis locuras juveniles fueron perdonadas.

—Adulador —dijo ella, aunque el leve rubor que coloreó sus mejillas traicionó su placer. Volviendo su atención al cortejo nupcial, añadió—: Y sin embargo, no puedo atribuirme el mérito de esta unión en particular. Fue James quien vio lo que nosotros podríamos haber pasado por alto. Una mujer de fuerza silenciosa, inteligencia discreta y devoción inquebrantable. ¿Qué más podría pedir un hombre?

—Bueno —dijo su esposo con un destello travieso en los ojos—, una dote generosa nunca está de más.

—¡Henry! —Margaret le dio un ligero golpecito en el brazo con su abanico, aunque esta vez se permitió reír—. ¡Eres incorregible!

—Meramente práctico —replicó él con fingida solemnidad—. Pero da la casualidad de que estoy completamente de acuerdo con tu evaluación, a pesar de la falta de dote. Charlotte es precisamente el tipo de mujer que James necesitaba. Sensata, sí, pero no sin una chispa de ingenio. Nos dará la mejor de las hijas. No podría haber elegido mejor.

—En efecto —dijo Lady Matlock, ampliando su sonrisa—. Y hace reír a James. ¿Te has dado cuenta? Ha estado tan serio estos últimos años, agobiado por el deber y las expectativas. Pero con ella... oh, Henry, sonríe como lo hacía cuando era niño. Como si hubiera redescubierto algo que creía perdido.

—Entonces supongo que le debemos nuestra gratitud a Charlotte —dijo Lord Matlock—. Por devolvernos a nuestro hijo.

—Sí —asintió Margaret, con la voz cargada de emoción—. Por hacerlo completo.

Mientras las ceremonias concluían y los recién casados comenzaban a moverse hacia los carruajes que esperaban, Charlotte captó la mirada de Lady Matlock y le hizo una pequeña y elegante reverencia, un gesto de respeto y, quizás, gratitud. El corazón de Margaret se hinchó mientras inclinaba la cabeza en respuesta, prometiendo silenciosamente hacer todo lo que estuviera en su poder para asegurarse de que su nueva nuera se sintiera tan bienvenida y querida como merecía.

—Ven —dijo Lord Matlock, ofreciendo su brazo una vez más—. No nos demoremos demasiado, o nos perderemos las festividades en Netherfield. Y tanto que disfrutas de un buen desayuno de bodas.

—No tanto como disfruto de una buena familia —respondió Lady Matlock, tomando su brazo con un suspiro de satisfacción. Mientras caminaban hacia su carruaje, echó una última mirada a James y Charlotte, que ahora compartían una risa privada sobre algún intercambio susurrado. Sí, pensó Margaret con una sonrisa, este día era sin duda un triunfo, y el primero de muchos más por venir.



Las suaves melodías del cuarteto de cuerdas proporcionaban un contrapunto melódico al murmullo de voces y al susurro de sedas en el salón de Netherfield. Lady Matlock mantenía la cabeza alta mientras navegaba entre la multitud, sus ojos perspicaces posándose en cada grupo con facilidad practicada. Siempre había sobresalido en tales reuniones; años de observar la naturaleza humana habían afinado su capacidad para encontrar interés incluso en las interacciones sociales más mundanas.

Fue en medio de este mar de invitados a la boda que su mirada se posó en Anne de Bourgh. Para leve sorpresa de Lady Matlock, su sobrina no estaba incómodamente posada al borde de las festividades, como Anne solía preferir, sino sentada junto a Mary Bennet cerca de la chimenea. Las dos jóvenes parecían completamente absortas en la conversación, con sus cabezas inclinadas una hacia la otra, sus expresiones serias pero animadas.

—Vaya, quién lo diría —murmuró Lady Matlock para sí, inclinando la cabeza con sutil curiosidad. Pocas veces había visto evidencia de que Anne se involucrara tan libremente, y con la señorita Mary Bennet nada menos, una joven de sensibilidad tranquila, que a menudo quedaba

eclipsada por sus hermanas más vivaces. Los labios de Lady Matlock se curvaron en una pequeña sonrisa. Qué intrigante.

—Nuestra sobrina ha encontrado una confidente inesperada —comentó Lord Matlock, apareciendo a su lado con una copa de ratafia para ella—. Y yo que pensaba que Anne era incapaz de más que monosílabos en compañía.

—James, eres injusto —le reprendió Lady Matlock ligeramente, aunque su diversión era evidente—. Anne es simplemente... selectiva. Y quizás la señorita Mary ha demostrado ser digna de selección. Míralas. —Gesticuló delicadamente con su abanico—. Parecen bastante absortas.

El momento perduró en su mente mientras el desayuno de bodas continuaba. El amplio salón de baile de Netherfield estaba lleno de suave luz de velas y el tintineo de copas, el aire rico con el aroma de rosas y confituras azucaradas. Lady Matlock, ahora cómodamente sentada con la espalda hacia una ventana que daba a los jardines cubiertos de nieve, observaba la alegría con satisfacción. Su hijo y su sobrino radiaban felicidad de recién casados, y la ocasión era todo lo que una boda de sociedad debía ser.

—Señorita Mary —llamó, al ver a la joven merodeando cerca de la mesa de refrigerios. Mary se sobresaltó ligeramente, luego se acercó con una sonrisa tentativa, alisando su modesto vestido color lavanda mientras avanzaba.

—Lady Matlock —dijo Mary con una educada reverencia—. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, querida, gracias. ¿Espero que estés disfrutando del día?

—En efecto, señora. Ha sido muy... animado —respondió Mary, su tono revelando tanto sinceridad como un toque de agobio.

—Bien —dijo Lady Matlock cálidamente, palmeando el asiento a su lado—. Ven, siéntate conmigo un momento. Tengo una propuesta que discutir contigo, si me lo permites.

Mary parpadeó, claramente sorprendida, pero obedeció sin dudar. Una vez sentada, juntó las manos pulcramente en su regazo, su postura tan recatada y correcta como cualquier juez de la Sociedad de mirada severa pudiera desear.

—Bien —comenzó Lady Matlock, inclinándose de manera cómplice—, tengo entendido que tu hermana Kitty se irá pronto a un internado por un año, ¿no es así?

—Sí, es correcto —confirmó Mary—. Parte la semana que viene.

—Bueno —continuó Lady Matlock—, resulta que disfruto bastante presentando a jóvenes damas en sociedad. Y dado que mi sobrina Anne me acompañará en Londres esta temporada, pensé que podría beneficiarse de compañía adicional. ¿Te gustaría unirte a nosotras?

—¿Yo? —Los ojos de Mary se agrandaron, como si apenas pudiera creer lo que oía—. ¿A Londres? ¿Con usted?

—Precisamente —dijo Lady Matlock con una sonrisa tranquilizadora—. Tú y Anne parecían llevarse espléndidamente antes... —aquí, Mary se sonrojó levemente, aunque Lady Matlock no pudo discernir si por vergüenza o por placer— ...y me atrevo a decir que podrías disfrutar del cambio de aires. ¿Qué dices?

Mary abrió la boca, como si fuera a aceptar ansiosamente, y luego la cerró de nuevo y negó lentamente con la cabeza, apartando la mirada.

—Ni siquiera el señor Collins me miró —dijo Mary con una voz tan queda que podría haberse confundido con el roce de sus guantes de seda. Retorció las manos en su regazo, con la mirada fija en el suelo como si temiera que encontrarse con los penetrantes ojos azules de Lady Matlock la desentrañara por completo—. No creo que tenga sentido.

Por un momento, Lady Matlock simplemente observó a la joven frente a ella, su expresión atrapada entre el asombro y la lástima. Luego, con una decisión que no admitía réplica, extendió la mano y levantó suavemente el mentón de Mary, obligándola a encontrar su mirada.

—Vaya —comenzó Lady Matlock, su tono una curiosa mezcla de reproche y diversión—, eso es lo más absurdo que he escuchado en todo el día, y créeme, querida, he tenido el dudoso placer de conversar con Sir Horace Grimsby esta tarde, así que puedes imaginar la competencia por ese título.

Mary parpadeó, sorprendida, sus labios se entreabrieron como si fuera a protestar. Pero Lady Matlock continuó, su pulgar descansando ligeramente bajo el mentón de Mary mientras inclinaba su cabeza de un lado a otro, examinándola con un ojo crítico que habría hecho honor a un retratista.

—Sí, en efecto —murmuró Lady Matlock, más para sí misma que para Mary—. Los mismos pómulos altos y ojos azules que Jane... y la misma delicada línea de la mandíbula que Elizabeth. ¡Santo cielo, niña, te has estado escondiendo como una perla en una ostra!

—Lady Matlock... —comenzó Mary, sus mejillas sonrojándose intensamente.

—Nada de eso —interrumpió Lady Matlock con brusquedad, soltando el mentón de Mary y reclinándose con un asentimiento decisivo—. Eres una Bennet, después de todo, y eso significa que posees ciertas ventajas... ventajas que, me atrevo a decir, han sido lamentablemente subutilizadas.

—¿Ventajas? —preguntó Mary débilmente, aún pareciendo como si se estuviera preparando para una lección sobre sus defectos.

—Estructura ósea, querida —explicó Lady Matlock como si el asunto fuera perfectamente evidente—. Eso, y cierta gracia natural que puedo ver latente bajo todo este... bueno... —Hizo un gesto vago hacia el vestido discreto y el peinado recatado de Mary.

—¿Todo este qué? —preguntó Mary, frunciendo el ceño.

—Simplicidad monástica —respondió Lady Matlock con un destello travieso en los ojos—. Unos cuantos vestidos bonitos, una doncella que sepa su oficio, y te transformaremos en algo deslumbrante. Recuerda mis palabras, querida, ¡cuando termine la temporada, apenas te reconocerás a ti misma!

—¿Transformarme? —repitió Mary, su voz temblando entre la incredulidad y algo peligrosamente cercano a la esperanza—. Pero... pero ¿por qué? ¿Qué propósito tendría? No soy... no soy como mis hermanas. Y no puedo imaginar que alguien...

—¿Como tus hermanas? —interrumpió Lady Matlock, alzando una ceja elegante—. No, no lo eres. Eres *tú misma*, Mary Bennet, y ese es precisamente el punto. En cuanto a imaginar si alguien se fijaría en ti... —Aquí se inclinó hacia adelante de manera conspiradora, bajando la voz lo suficiente para dar a sus palabras un peso emocionante—. Dejemos eso a Londres, ¿de acuerdo? Te prometo, querida, que podemos hacerlo mucho mejor que un clérigo tonto.

Ante esto, los labios de Mary se separaron de nuevo, pero no emergió ningún sonido. Lady Matlock, observándola de cerca, suavizó su tono, permitiendo que una calidez impregnara sus palabras.

—Vamos —dijo suavemente—. Seguramente no me negarías el placer de demostrar que el señor Collins está equivocado.

Mary parpadeó rápidamente, como si el amanecer de alguna posibilidad inexplorada hubiera surgido en ella. Sus manos se desenlazaron y revolotearon brevemente en su regazo antes de que las aquietara, sus dedos retorciendo un pliegue de su vestido. Un leve rubor se extendió por su cuello, calentando su tez por lo demás pálida, y levantó la mirada para encontrarse con la de Lady Matlock.

—Bueno —comenzó Mary, con voz suave pero que se fortalecía a medida que continuaba—, si no es demasiada molestia, mi señora, entonces... me encantaría aceptar su amable oferta. —Hizo una pausa, tragando saliva con fuerza como si se preparara para el ridículo, antes de añadir en un tono casi apologético—: Aunque temo que pueda resultar toda una empresa.

La expresión de Lady Matlock se iluminó de inmediato, su propia sonrisa floreciendo más amplia de lo que la propiedad podría permitir estrictamente. Le dirigió a Mary una mirada de tal deleite triunfante, que uno podría haber pensado que la joven acababa de anunciar su

compromiso con un duque en lugar de simplemente haber accedido a comprar vestidos nuevos y asistir a algunos bailes y veladas.

—¿Molestia? —repitió Lady Matlock, dejando escapar una risa tintineante—. ¡Mi querida niña, tonterías! ¡Transformarte en una joven admirada no será ninguna molestia en absoluto! Será un *placer*. —Dio unas palmaditas en la mano de Mary con afecto maternal, luego se recostó en su silla, su mirada suavizándose mientras estudiaba a la joven de nuevo—. Ya verás, querida. Londres te adorará.

Los labios de Mary se crisparon —no exactamente una sonrisa, pero algo cercano a ella— y sus hombros se relajaron visiblemente. La tensión que tan a menudo definía su postura pareció derretirse, dejándola con un aspecto, quizás por primera vez en el día, cómoda en su propia piel. Lady Matlock no pudo evitar sentir una punzada de satisfacción ante esta pequeña pero significativa victoria.

—Ahora —dijo, enderezando la columna y mirando alrededor de la habitación—, disfrutemos de esta encantadora reunión mientras podamos. El trabajo de convertirte en un diamante de primera agua debe esperar hasta después de estas festividades, y estoy decidida a saborear cada momento de este triunfo en particular primero.

¡Y qué triunfo fue! La mirada de Lady Matlock recorrió la sala atestada, donde las risas se mezclaban con las notas de una alegre contradanza interpretada por los músicos contratados. Las parejas giraban con gracia por la pista, sus sonrisas radiantes, sus pasos ligeros. En un rincón, Charles Bingley se inclinaba hacia su nueva esposa, Jane, sus cabezas juntas en la más tierna de las conspiraciones. Al otro lado de la sala, Elizabeth y Fitzwilliam Darcy estaban de brazos entrelazados, sus expresiones más suaves, más íntimas de lo que Lady Matlock jamás había visto en ninguno de ellos.

—Ah, el amor joven —murmuró para sí, con un dejo de nostalgia en sus palabras. Pero su atención no se detuvo demasiado en los recién casados; en cambio, sus penetrantes ojos azules se dirigieron hacia James —el vizconde Highton— que estaba de pie junto a su novia, Charlotte, ahora vizcondesa.

El rostro de su hijo, tan a menudo marcado por el cansancio del deber y el título, ahora mostraba una expresión de alegría tan despreocupada que casi le hizo brotar una lágrima. Y Charlotte, la sensata y astuta Charlotte, lo miraba con un afecto que calentaba el corazón de la condesa. Lady Matlock se permitió un silencioso suspiro de alivio; el matrimonio había sido poco convencional, sí, pero tan claramente *acertado*.

—Tres parejas formadas y bien formadas —reflexionó suavemente para sí misma, juntando sus manos enguantadas pulcramente en su regazo.

Sus ojos se desviaron hacia otro rincón de la sala, donde Anne de Bourgh estaba sentada junto a Mary. Las dos estaban nuevamente sumidas en una profunda conversación, con las cabezas inclinadas cerca la una de la otra, y aunque el semblante de Anne seguía siendo tan pálido y frágil como siempre, había una chispa de animación en sus ojos que Margaret no había visto desde... bueno, desde nunca, en realidad.

—Quizás aún haya esperanza para Anne —murmuró Lady Matlock, curvando sus labios en una sonrisa privada—. Y tal vez para Mary también.

La música se intensificó, los bailarines giraron, y Lady Matlock se permitió deleitarse en el resplandor de lo que solo podía llamar un día perfecto.

La condesa de Matlock estaba apenas empezando a considerar los méritos de una segunda copa de ratafia cuando una mano familiar, cálida y firme, envolvió la suya. Sobresaltada de su ensoñación, se volvió para encontrar a su marido, su cabello plateado reflejando la dorada luz de las velas, su expresión de suprema satisfacción.

—Margaret —comenzó Lord Matlock, su tono rico en diversión—, ¿no eres acaso la viva imagen del triunfo sereno? Me atrevería a decir que nuestras intromisiones han dado frutos en abundancia. Tres parejas... casi se podría llamar un huerto.

—Un huerto, en efecto, Henry —respondió Lady Matlock, sus labios curvándose en una sonrisa mientras le permitía ponerla de pie. Su vestido de seda susurró suavemente contra el suelo al levantarse—. Me jacto de que mi poda y cuidado han tenido no poca parte en la cosecha.

—¿Poda y cuidado? —repitió él, con un brillo en los ojos—. Tonterías, Margaret. Has orquestado toda esta sinfonía como una maestra. Admítelo, lo estás disfrutando bastante.

—¿Disfrutando? —Ladeó la cabeza, fingiendo ofensa aunque sus ojos brillaban—. Vaya, Henry, ¿por quién me tomas? ¿Por una mujer que encuentra placer en entrometerse en las vidas de sus amigos y parientes?

—Precisamente —sonrió sin arrepentimiento—. Y eres terriblemente buena en ello. Tanto, mi querida, que temo que puedas inquietarte ahora que todo está resuelto. ¿Qué harás sin otra pareja sobre la cual tramar?

Lady Matlock se dio unos golpecitos en la barbilla pensativamente, con la mirada perdida hacia las ventanas escarchadas del salón de Netherfield. Más allá de ellas, la nieve brillaba como diamantes en polvo bajo la luz de la luna, pero su mente estaba en otra parte, revoloteando entre una docena de planes ya medio formados.

—Quizás —dijo lentamente, deliberadamente, como si estuviera probando las palabras en su lengua—, sea hora de convertir mis talentos en una empresa. *Casamenteras Matlock*. —Se volvió hacia él con un brillo travieso en los ojos—. ¿Qué opinas, Henry? ¿Debería colgar un letrero y anunciar mis servicios? "Condesa de Matlock: Matrimonios arreglados con elegancia y prontitud".

Lord Matlock echó la cabeza hacia atrás y rio, un sonido profundo y retumbante que atrajo miradas curiosas de los juerguistas cercanos. No le importaba; nunca lo hacía. Era una de las cosas que más amaba de él.

—Margaret, mi amor —dijo una vez que su regocijo se hubo apaciguado, con la voz lo suficientemente baja para que solo ella pudiera oírlo—, si alguien pudiera hacer respetable tal empresa, serías tú. Con tu gusto impecable e instinto infalible, no tengo duda de que dejarías a la alta sociedad admirada y a la zaga. Vaya, tendrías a todo soltero elegible de Londres llamando a nuestra puerta para el solsticio de verano.

—La adulación no te llevará a ninguna parte —replicó ella, aunque sus mejillas la traicionaron con un leve rubor.

—Por el contrario —murmuró él, inclinándose para presionar un beso galante en su mejilla—, parece que me ha llevado precisamente a donde deseo estar.

Ella sintió el calor de sus labios persistir allí por un momento antes de que él se enderezara, su mano aún sosteniendo la de ella. Para un hombre conocido por su presencia imponente y reputación formidable, siempre había sido desarmadoramente gentil con ella, un hecho que ella atesoraba más de lo que jamás admitiría.

—Bueno, entonces —dijo enérgicamente, aunque su corazón dio un pequeño aleteo—, quizás lo consideraré. Después de todo, si el día de hoy ha demostrado algo, es que incluso los casos más imposibles pueden dar resultados asombrosos.

—En efecto —concordó él, con los ojos arrugándose en las comisuras—. Aunque sospecho, querida mía, que tu mayor talento no reside meramente en hacer de casamentera, sino en inspirar esperanza donde nadie se atrevía a soñarla. Y por eso —levantó la mano de ella hasta sus labios con el tipo de floritura cortesana que hacía desmayar a las damas, aunque Margaret simplemente puso los ojos en blanco con afecto—, tienes mi eterna admiración.

—Tu admiración y un chelín me comprarán una onza de té —replicó ella, aunque su sonrisa suavizó la broma.

—Ah, pero el té no puede compararse con la satisfacción de verte triunfante —contrarrestó él suavemente.

—Ni con la satisfacción de tener razón —dijo ella, riendo mientras se volvían para observar la asamblea una vez más.

—Aunque se me ocurre, querida, que nuestro trabajo no está del todo terminado —observó Lord Matlock.

—¿No está terminado? —repitió ella, arqueando una ceja delicada.

—En efecto —dijo él, con los ojos brillando de picardía—, ¿qué hay de nuestro otro hijo? Richard necesita una esposa, ¿no es así? Y no olvidemos a Anne, o a Georgiana...

—O a Mary y Kitty Bennet —añadió ella, incapaz de contener una risa—. Sí, sí, veo tu punto. No nos faltan candidatos para nuestros servicios. Para cuando los hayamos visto a todos casados adecuadamente, apenas tendremos tiempo para entrometernos más, ¡pues para entonces, seguramente, habrá nietos y sobrinos-nietos que nos mantendrán ocupados!

—Una proyección optimista —comentó su esposo con sequedad, aunque su expresión no revelaba más que cariño—. Pero permíteme plantearte un desafío aún mayor, querida: ¿qué haremos con Caroline Bingley? —Hizo un gesto hacia la dama en cuestión, que estaba de pie al otro lado de la sala con una expresión desconsolada y un vestido naranja bastante horroroso.

—¡Caroline Bingley! —exclamó Lady Matlock, volviéndose bruscamente para mirarlo con fingida indignación—. No puedes hablar en serio, Henry. No hay un solo caballero en el mundo a quien deteste lo suficiente como para desearle semejante destino.

—¿Ni siquiera al señor Collins? —sugirió él, con un tono engañosamente suave.

—¡El señor Collins! —gritó ella, llevándose una mano al pecho con exagerado horror. Una carcajada escapó de sus labios antes de que pudiera componerse—. ¡Oh, cielos, no! ¡Eso sería una crueldad imperdonable para ambas partes!

—Entonces quizás —dijo Lord Matlock, con los hombros temblando por la risa contenida—, debamos resignarnos a la idea de que algunas personas están simplemente más allá incluso de tus considerables talentos.

—Así es —asintió ella, secándose delicadamente las lágrimas que habían brotado de sus ojos por la risa—. Y que así se queden, por el bien de todos los involucrados.

Sus risas se entremezclaron mientras se sentaban uno al lado del otro, satisfechos con el conocimiento de que, al menos por esta noche, habían hecho su parte para llevar felicidad a aquellos que amaban. A su alrededor, las notas de la música y el murmullo de las conversaciones continuaban, pero para Lady Matlock, el mundo parecía perfectamente inmóvil: un momento suspendido en el tiempo, compartido con el hombre que había sido su compañero en cada aventura, cada triunfo y cada alegría que la vida les había ofrecido.



~ Fin ~

¡Espero que hayas disfrutado este libro! ¡Estate atento a *Lydia y el Coronel*, que llegará pronto!



Otros libros de la autora Catherine Bilson

LA SERIES Las Novias Ruborizadas
Un Conde para Ellen
Un Marqués para Marianne
Un Duque para Diana
Un Capitán para Clarissa

La series **Variaciones de Orgullo y Prejuicio**
Las Mejores Relaciones
Relaciones Infames
Un Milagro de Navidad en Longbourn
Penas y Agravios
La Segunda Señora Bennet
Un Luto en Longbourn
Los Entrometidos Matlock

Otros libros
Su Querida Duquesa
La Novia Dijo No

¡Estate atento a mi nueva serie *Las Novias de Belle Haven*, que llegará pronto!